

STEPHEN KING

MISERY



de

ESTABA LOCA, PERO ÉL LA NECESITABA.

Misery Chastain ha muerto. Paul Sheldon la ha matado. Con alivio y hasta con alegría. Misery lo ha hecho rico. Porque Misery es la heroína que ha protagonizado sus exitosos libros.

Paul quiere volver a escribir. Algo diferente, algo auténtico. Pero entonces sufre un accidente y despierta inmóvil y atravesado por el dolor en una cama que no es la suya, tampoco la de un hospital.

Annie Wilkes lo ha recogido y lo ha traído a su remota casa de la montaña. La buena noticia es que Annie había sido enfermera y tiene medicamentos analgésicos. La mala es que ha sido durante mucho tiempo la fan número uno de Paul. Y cuando descubre lo que le ha hecho a Misery Chastain, no le gusta. No le gusta en absoluto.

Antes, Paul Sheldon escribía para ganarse la vida. Ahora escribe para sobrevivir.



Stephen King

Misery

(Trad. Luis Murillo Fort)

ePub r1.2

Titivillus 23.01.2022

Título original: *Misery*
Stephen King, 1987
Fecha de esta edición: Octubre de 2018
Traducción: Luis Murillo Fort

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ÍNDICE

Agradecimientos

Primera Parte: Annie

Segunda Parte: Misery

Tercera Parte: Paul

Cuarta Parte: Diosa

Sobre el autor

Notas

*Esto es para Stephanie y Jim Leonard,
ellos saben por qué. ¡Vaya si lo saben!*

diosa

África

Quisiera dejar constancia de mi agradecimiento a tres personas del entorno médico que me aclararon datos concretos. Son las siguientes:

Russ Dorr, asociado médico

Florence Dorr, enfermera

Janet Ordway, doctora en medicina y en psiquiatría

Como siempre, me ayudaron en esas cosas que a uno se le pasan por alto. Si el lector ve algún error de bulto, es de mi cosecha.

Naturalmente, no existe ningún producto llamado Novril, pero hay varios fármacos parecidos, con la codeína como ingrediente principal, y por desgracia tanto las farmacias de los hospitales como las consultas médicas no siempre guardan estos medicamentos bajo llave y un riguroso control de inventario.

Tanto los lugares como los personajes de este libro son inventados.

S. K.

PRIMERA PARTE
ANNIE

*Cuando miramos al abismo, el abismo
también nos mira a nosotros.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

1

umro uunnooo

tu addmmra dooora

umro uunnooo

Aquellos sonidos, aun en la bruma.

2

Pero a ratos los sonidos —como el dolor— se desvanecían y solo quedaba la bruma. Recordaba la oscuridad: una negrura compacta, previa a la bruma. ¿Quería eso decir que estaba haciendo progresos?, ¿hágase la luz (aunque sea tirando a brumosa) y vio que la luz era buena, etcétera, etcétera? ¿Esos sonidos estaban cuando todo era negro? Él no tenía respuesta para ninguna de estas preguntas. ¿Cabía planteárselas siquiera? A eso tampoco sabía qué responder.

El dolor medraba por debajo de los sonidos. El dolor estaba al este del sol y al sur de sus orejas. Eso era lo *único* que sabía.

Durante un cierto período de tiempo que le pareció muy largo (y que *debió* de serlo, pues las dos únicas cosas que existían eran el dolor y la bruma tormentosa) esos sonidos fueron la única realidad exterior. Él no tenía ni idea de cómo se llamaba ni de dónde se encontraba, y le daba igual una cosa como la otra. Deseaba estar muerto, pero, en medio de la bruma saturada de dolor que invadía su cerebro como un nubarrón de verano, él no sabía que lo deseaba.

Con el tiempo, empezó a percatarse de que había momentos de no dolor sujetos a una cierta periodicidad. Y por primera vez desde que emergiera de la negrura total que había precedido a la bruma, tuvo un pensamiento completamente al margen de lo que era su situación del momento: pensó en aquel pilote que sobresalía de la arena en Revere Beach. Sus padres lo llevaban a menudo a esa playa cuando era un chaval, y él siempre insistía en que extendieran la manta en un sitio desde el que se pudiera ver el pilote, que a él se le antojaba el colmillo de un monstruo sepultado. Le gustaba sentarse a mirar cómo el agua lo iba cubriendo. Luego, al cabo de unas horas, una vez consumidos los emparedados y la ensalada de patata, cuando en el enorme termo de su padre no quedaba ya una sola gota de Kool-Aid, y justo antes de que su madre dijese que era hora de recoger y volver a casa, la parte superior del pilote volvía a asomar entre las olas que iban llegando, al principio apenas un poquito y luego más y más. Al final, tirados los desperdicios al bidón con el letrero MANTENGA LIMPIA LA PLAYA y recogidos los juguetes de Paulie

(así es como me llamo, Paulie, soy Paulie y esta noche mi madre me pondrá aceite Johnson's en las quemaduras, pensó en el interior del nubarrón donde ahora

vivía)

y doblada la manta otra vez, el pilote había emergido ya casi por completo, sus renegridos costados recubiertos de limo y envueltos en espuma jabonosa. Era la marea, había intentado explicarle su padre, pero él siempre había sabido que era el pilote. La marea iba y venía, mientras que el pilote siempre estaba allí, solo que a veces no podías verlo. Sin pilote, *no* había marea.

Este recuerdo giraba y giraba en círculos, exasperante, como una mosca perezosa. Intentó atrapar su significado, pero durante un buen rato los sonidos se lo impidieron.

admmra dooora

leid toddddddoooo

umro uunnooo

A veces, los sonidos paraban. A veces, era *él* quien se paraba.

Su primer recuerdo claro de este *ahora*, del *presente* exterior a la bruma tormentosa, era que se paraba, que de pronto no podía seguir respirando, y no pasaba nada, era una buena cosa, por no decir el paraíso; podía aguantar cierto grado de dolor, pero todo tenía un límite, y se alegró de que el partido estuviera acabando.

Y luego tenía una boca pegada a la suya, una boca que era indudablemente de mujer a pesar de sus labios duros y secos, y el soplo que expulsaba la boca femenina entraba en su propia boca, garganta abajo, hinchando levemente sus pulmones, y cuando los labios se apartaron pudo oler por primera vez a su carcelera, olerla en el aliento que ella había exhalado por la fuerza dentro de él igual que un hombre podía introducir una parte de su cuerpo a la fuerza en una mujer renuente, aquel repelente tufo a galletas de vainilla y helado de chocolate y salsa de barbacoa y caramelo de mantequilla de cacahuete.

Oyó una voz que gritaba: «¡Respira, maldita sea! ¡Respira, Paul!».

Los labios se le pegaron de nuevo. Sintió cómo el aire bajaba otra vez hasta su garganta. Era como esa húmeda ráfaga de viento que sigue al paso de un convoy en el túnel del metro, levantando papeles de periódico y envolturas de caramelo, y los labios estaban retraídos, y él pensó: Por el amor de Dios, no dejes salir ni una pizca de aire por la nariz, pero no pudo evitarlo y oh, aquella peste, aquel PESTAZO inaguantable.

—¡Respira, maldita sea! —chilló la voz invisible, y él pensó: Vale, haré lo que tú digas, pero, por favor, no vuelvas a hacer eso, deja ya de infectarme, y lo *intentó*, pero antes de ponerse realmente a ello, los labios femeninos estaban otra vez pegados a los suyos, resecos y tiesos como tiras de cuero curado a la sal, y ella lo violó de nuevo con todo su aire.

Esta vez, cuando apartó los labios, él no la *dejó* expulsar el aire, sino que *empujó* con todas sus fuerzas y exhaló una gigantesca ración de su propio aire interior. Lo sacó de un tirón, y aguardó a que su pecho —fuera de su campo visual— volviera a subir y a bajar tal como había hecho siempre por sí solo. No hubo suerte, de modo

que boqueó otra vez a morir y un segundo después volvía a respirar lo más deprisa posible a fin de expulsar cuanto antes el olor y el sabor de aquella mujer.

El aire normal jamás le había sabido tan bien.

Empezó a sumirse de nuevo en la bruma, pero antes de que el mundo exterior se desvaneciera por completo, oyó que la mujer murmuraba: «¡Uf! ¡De poco ha ido!».

Con poco basta, pensó él, y se quedó dormido.

Sonó con el pilote, un sueño tan real que casi creyó que podía alargar la mano y pasar la palma por la curva de la agrietada y verdinegra madera.

Cuando volvió a su estado anterior de semiconsciencia, fue capaz de establecer la conexión entre el pilote y la situación en que se encontraba, como si flotara en la palma de su mano. El dolor no obedecía a la marea. Esa fue la moraleja del sueño que en realidad era un recuerdo. El dolor iba y venía solo *aparentemente*. El dolor era como aquel pilote, unas veces quedaba cubierto, otras veces a la intemperie, pero siempre estaba allí. Cuando el dolor no lo obligaba a atravesar la espesa grisura pétrea de su nube, él se sentía vagamente agradecido, pero ya no se dejaba engañar: el dolor estaba agazapado, a la espera. Y no había *un* pilote, sino *dos*; el dolor era esos pilotes, y aunque la mayor parte de su cerebro no tuvo conciencia de que lo sabía hasta mucho después, una parte de él ya sabía que los destrozados pilotes no eran sino sus propias piernas, asimismo destrozadas.

Pero aún pasó bastante tiempo hasta que pudo por fin romper la costra de saliva que mantenía sus labios pegados y preguntar con voz ronca «¿Dónde estoy?» a la mujer que se hallaba sentada junto a su cama con un libro en las manos. El autor del libro, según pudo ver, era Paul Sheldon. No le sorprendió reconocerse en ese nombre.

—En Sidewinder, Colorado —dijo la mujer, cuando él por fin pudo hacer la pregunta—. Me llamo Annie Wilkes, y soy...

—Sí, lo sé —dijo él—. Mi admiradora número uno.

—Exacto. —Annie sonrió.

3

Oscuridad. Después el dolor y la bruma. Y luego la conciencia de que, por más que el dolor fuera constante, a ratos quedaba sepultado por un inquietante equilibrio que decidió calificar de alivio. El primer recuerdo verdadero: parar y ser devuelto a la vida por el pestilente aliento violador de la mujer.

Siguiente recuerdo verdadero: los dedos de ella metiéndole algo en la boca a intervalos regulares, algo como tabletas de Contac, solo que como no había agua se le quedaban en la boca y, al disolverse, dejaban un sabor increíblemente amargo que recordaba al de la aspirina. De buena gana habría escupido aquel amargor, pero supo

que no le convenía hacerlo: era el sabor amargo lo que hacía que la pleamar cubriera el pilote

(no, los PILOTES, en plural sí vale hay DOS de acuerdo pero ahora calla eh calla shhhhh)

y por un momento pareciera que ya no estaba.

Todas estas cosas ocurrían a intervalos muy dilatados, pero luego, mientras el dolor propiamente dicho empezaba no a remitir, sino a erosionarse (como debió de erosionarse aquel pilote de Revere Beach, pensó, porque nada dura para siempre; aunque el niño que fue en otro tiempo habría puesto mala cara ante tamaña herejía), las cosas del exterior comenzaron a incidir cada vez más rápido hasta que el mundo objetivo —con su cargamento de recuerdos, experiencias y prejuicios— se hubo reinstaurado casi por completo. Él era Paul Sheldon y escribía novelas de dos clases: novelas buenas y best sellers. Se había casado y divorciado dos veces. Fumaba más de la cuenta (al menos, antes de todo esto, fuera lo que fuese «todo esto»). Algo grave le había ocurrido, pero aún estaba vivo. La nube gris oscuro empezó a difuminarse cada vez más rápido. Aún pasaría un rato antes de que entrara su admiradora número uno con la vieja Royal boquiabierta en un rictus de sonrisa y con aquella voz de pato, pero mucho antes de que eso ocurriera Paul comprendió que estaba en un aprieto, y de los gordos.

4

Esa parte clarividente de su cerebro la vio antes de que él supiera que la estaba viendo y, con toda probabilidad, debió de entenderla antes de saber que la estaba entendiendo: ¿por qué, si no, iba a asociarla con imágenes tan siniestras? Cada vez que ella entraba en la habitación, él pensaba en las estatuillas veneradas por tribus africanas supersticiosas en las novelas de H. Rider Haggard, y también en piedras y en el destino.

La imagen de Annie Wilkes como un ídolo africano salido de *Ayesha* o de *Las minas del rey Salomón* era a la vez ridícula y adecuada (esto último de un modo extraño). Era una mujer corpulenta que, quitando las protuberancias de sus senos, grandes pero no atractivos, debajo de la chaqueta de punto gris que siempre llevaba puesta, parecía carecer de curvas femeninas; no había asomo de redondez en sus caderas ni en sus nalgas y ni siquiera en las pantorrillas que asomaban de la interminable sucesión de faldas de lana que llevaba para andar por casa (se metía en su invisible dormitorio para ponerse unos vaqueros cuando tenía recados que hacer fuera). Su cuerpo era grande pero no generoso. Evocaba imágenes de coágulos y barricadas, antes que de acogedores orificios o incluso espacios abiertos, zonas de hiato.

Desprendía más que nada, a ojos de él, una sensación inquietante de *solidez*, como si careciera tal vez de vasos sanguíneos o incluso vísceras, como si fuera toda ella Annie Wilkes la compacta, de lado a lado y de pies a cabeza. Cada vez estaba más convencido de que sus ojos, que parecían tener vida propia, estuvieran en realidad pintados en la cara, que no se movían más que los ojos de un retrato cuando parecen seguirnos a medida que nos desplazamos por la sala donde está expuesto. Tenía la impresión de que si formaba una V con dos dedos de la mano e intentaba metérselos en la nariz, no irían más allá de treinta milímetros antes de toparse con un duro (si bien ligeramente flexible) obstáculo; que incluso el jersey gris y las sosas y anticuadas faldas y los vaqueros gastados con los que salía al exterior formaban parte de aquel fibroso cuerpo desprovisto de canales internos. Así pues, no es de extrañar que le pareciera ver a un ídolo de una férvida novela. Como los ídolos, daba una sola cosa: una sensación de desasosiego rayana en el terror. Como los ídolos, te quitaba todo lo demás.

No, un momento, eso no era del todo justo. Ella *daba* algo más. Le daba las píldoras que hacían que la marea cubriese los pilotes.

Esas píldoras eran la marea; Annie Wilkes era la presencia lunar que las atraía hacia su boca como pecios cabalgando una ola. Le llevaba dos cada seis horas, primero anunciando su presencia tan solo como un par de dedos que se asomaban a su boca (y él aprendió muy pronto a chupar aquellos dedos con avidez pese al sabor amargo), y después presentándose con su jersey y una de sus faldas (media docena, tendría), normalmente con un ejemplar de bolsillo de una de sus novelas bajo el brazo. Por la noche aparecía con un albornoz de color rosa, la cara reluciente de crema (a él no le habría costado nada identificar el ingrediente principal pese a no haber visto nunca el frasco de donde procedía; el olor a oveja de la lanolina era potente y hablaba por sí solo), sacándolo de su viciado y populoso sueño con las píldoras en la palma de la mano y la puñetera luna recostada en la ventana sobre uno de sus compactos hombros.

Pasado un tiempo —una vez que a él le fue imposible ignorar la alarma, demasiado grande—, consiguió averiguar lo que ella le estaba administrando. Era Novril, un analgésico con una fuerte dosis de codeína. La razón de que ella tuviera que llevarle la cuña con tan poca frecuencia no era solo que su dieta consistiera totalmente en líquidos y gelatinas (al principio, cuando estaba en la nube, ella lo había alimentado por vía intravenosa), sino también que el Novril podía causar estreñimiento. Otro efecto secundario, este bastante más serio, era la depresión respiratoria en pacientes sensibles. Paul no era hipersensible, a pesar de que había fumado sin parar durante casi dieciocho años, pero su respiración había *cesado* por completo al menos una vez (quizá había habido otras, en la fase bruma, y no lo recordaba). Esa fue la vez en que ella le hizo el boca a boca. Pudo tratarse simplemente de una de esas cosas que pasan, pero él acabó pensando que quizá había estado a punto de palmarla por una sobredosis accidental. Ella no sabía lo que se traía

entre manos tanto como creía. Y esa era solo una de las cosas que lo asustaban de Annie.

Descubrió tres cosas casi simultáneamente unos diez días después de haber salido del nubarrón. La primera, que Annie Wilkes tenía mucho Novril (de hecho, tenía montones de medicamentos de todas clases). La segunda, que estaba enganchado al Novril. Y la tercera, que Annie Wilkes estaba peligrosamente loca.

5

La oscuridad había antecedido al dolor y el nubarrón; empezó a recordar lo que había antecedido a la oscuridad mientras ella le explicaba lo que había pasado. Eso fue poco después de que él hiciera la pregunta tradicional cuando uno vuelve en sí y ella le respondiera que estaba en la pequeña localidad de Sidewinder (Colorado). Le dijo además que había leído sus ocho novelas al menos dos veces, y que sus *más* preferidas, la serie de *Misery*, las había leído cuatro, cinco y hasta seis veces. Qué pena que no las escribiera más deprisa, le dijo. Y dijo también que casi no podía creer que su paciente fuera *Paul Sheldon en persona* aun después de mirar el carnet de identidad que llevaba en la cartera.

—A propósito, ¿dónde *está* mi cartera? —preguntó él.

—La tengo bien guardada —dijo ella. De repente su sonrisa derivó a un gesto de severa vigilancia que a él no le gustó mucho; fue como descubrir una *grieta* profunda casi disimulada por flores estivales en mitad de un risueño y jocundo prado—. ¿Es que piensas que sería capaz de *robarte* algo?

—No, no, claro que no. Es que... —Es que en esa cartera está el resto de mi vida, pensó él. Mi vida fuera de este cuarto. Fuera del dolor. Fuera de la forma en que el tiempo parece alargarse como la tira de chicle rosa que el chaval se saca de la boca cuando está aburrido. Porque eso es lo que siento la última hora o así, antes de que lleguen las píldoras.

—¿Es que *qué*, Señor Caballero? —exigió saber ella, y Paul vio con alarma que la mirada vigilante se oscurecía cada vez más. La *grieta* iba ensanchándose, como si detrás de su frente estuviera produciéndose un terremoto. Le llegó el insistente gemir del viento en el exterior y tuvo una súbita imagen de ella cogiéndolo en brazos y echándoselo al hombro, donde él quedaba apoyado como un saco de arpillera sobre un muro de piedra, y sacándolo fuera para tirarlo sobre un montón de nieve. Moriría allí, congelado, pero antes de que llegara la muerte las piernas le harían chillar de dolor.

—Es que mi padre siempre me decía que no perdiera de vista la cartera —dijo, asombrado de la facilidad con que había mentido. Su padre había sido un maestro en pasar de su hijo salvo en lo absolutamente imprescindible, y, que Paul recordara, solo

le había dado un consejo en toda su vida. El día en que Paul cumplió catorce años, su padre le regaló un condón Red Devil envuelto en papel de aluminio. «Guárdatelo en la cartera», dijo Roger Sheldon, «y si un día te excitas mucho mientras te estás dando el lote en el autocine, tómate unos segundos entre bastante cachondo para hacerlo y demasiado cachondo para que nada importe y ponte eso. Ya hay demasiados bastardos en el mundo, y no quiero que te metas en el ejército a los dieciséis años».

Paul continuó:

—Supongo que me dijo tantas veces lo de la cartera que se me ha quedado grabado para siempre. Si la he ofendido, lo siento de veras.

Ella se tranquilizó. Sonrió. La *grieta* se fue cerrando. De nuevo el alegre vaivén de flores estivales. Él pensó que si atravesaba con la mano aquella sonrisa no encontraría más que una oscuridad flexible.

—No me has ofendido. La cartera está en lugar seguro. Espera, tengo algo para ti.

Salió de la habitación y volvió con un bol de caldo humeante en el que flotaban hortalizas. No pudo comer mucho, pero sí más de lo que se creía capaz al principio, cosa que a ella pareció complacerla. Mientras se tomaba el caldo ella le contó lo que había pasado, y lo fue recordando todo a medida que se lo explicaba; supuso que era buena cosa saber cómo acaba uno con las piernas destrozadas, pero la manera en que cobró conciencia de ello lo desasosegó; fue como si se hubiera convertido en personaje de un relato o de una obra de teatro, un personaje cuya historia no se narra como tal historia, sino como algo que es fruto de la ficción.

Ella había ido a Sidewinder en su cuatro por cuatro a comprar forraje para el ganado y unos cuantos comestibles, aparte de para echar una ojeada a los libros de bolsillo en el Wilson's Drug Center; eso era un miércoles de hacía casi dos semanas, y los libros de bolsillo nuevos siempre llegaban los martes.

—De hecho, estaba *pensando* en ti —dijo, metiéndole cucharadas de caldo en la boca y luego, muy profesional, limpiándole con una servilleta lo que le caía por la comisura de la boca—. Por eso me parece una coincidencia tan extraordinaria, ¿entiendes? Yo esperaba que hubiera salido por fin en bolsillo *El hijo de Misery*, pero no hubo suerte.

Se avecinaba un temporal, prosiguió ella, pero hasta el mediodía de aquel miércoles el parte meteorológico había asegurado que la borrasca se dirigiría hacia el sur, en dirección a Nuevo México y la sierra de Sangre de Cristo.

—Sí —recordó él—. Lo dijeron los del tiempo. Por eso me fui. —Intentó cambiar las piernas de posición, pero el resultado fue un chispazo de dolor que le hizo gemir.

—No hagas eso, Paul —dijo ella—. Como tus piernas se pongan a hablar, no habrá forma de hacer que se callen... y hasta dentro de dos horas no puedo darte más pastillas. De hecho, ya te estoy dando más de la cuenta.

¿Y por qué no estoy en un hospital? Esa era a todas luces la pregunta que se imponía hacer, pero él no estaba seguro de que ninguno de los dos quisiera oírla. Al menos, de momento.

—Cuando fui a la tienda, Tony Roberts me dijo que pisara el acelerador si quería estar de vuelta en casa antes de que descargara la tormenta, y yo le...

—¿A qué distancia estamos del pueblo? —preguntó él.

—A un buen trecho —dijo ella sin comprometerse, y desvió la vista hacia la ventana. Se produjo un silencio incómodo. Paul se asustó al ver la expresión de ella, porque en aquel rostro no había nada; si acaso, la nada negra de una *grieta* en un prado alpino, una negrura donde no crecía flor alguna y donde la caída podía ser muy larga. Era el rostro de una mujer que por un momento se ha desprendido de toda postura vital, de los hitos de su vida, una mujer que ha olvidado no solo el recuerdo que estaba narrando, sino la propia memoria. Paul había visitado una vez un psiquiátrico años atrás, cuando recopilaba datos para escribir *Misery*, la primera de las cuatro novelas que habían sido su principal fuente de ingresos en los últimos ocho años, y allí había visto una expresión igual. O, mejor dicho, la misma no-expresión. Había una palabra que la definía, «catatonia», pero lo que le había asustado carecía de un término tan preciso; era, más bien, una vaga comparación: en aquel momento pensó que los pensamientos de ella se habían vuelto tal como él se la imaginaba físicamente: sólidos, fibrosos, sin canales internos, sin espacios de hiato.

Paulatinamente, aquel rostro cobró vida. Los pensamientos parecieron afluir de nuevo. Pero luego él se dio cuenta de que «afluir» no acababa de ser la palabra justa. No es que ella estuviera llenándose, como un estanque o una poza de marea; se estaba *calentando*, más bien.

Exacto... se está calentando, como un pequeño electrodoméstico. Una tostadora, o una almohadilla térmica.

—Yo le dije a Tony que la tormenta iba hacia el sur. —Al principio habló despacio, como aturdida, pero luego sus palabras fueron adquiriendo la cadencia y la viveza propias de una conversación normal. Él, sin embargo, estaba prevenido. *Todo* cuanto Annie Wilkes decía era un poco peculiar, un poco inusual. Escucharla era como escuchar una canción en una tonalidad diferente.

»Pero él dijo: “Pues ha cambiado de opinión”.

»Y yo: “¡Qué cagada! Será mejor que monte en mi caballo”.

»“Yo que usted me quedaría en el pueblo, señorita Wilkes”, me dijo Tony. “Por la radio están diciendo que va a caer la de Dios y nadie está preparado.”

»Pero yo *tenía* que volver a casa; no hay nadie más que les dé de comer a los animales. La familia más cercana son los Roydman y están a varios kilómetros. Además, yo no les caigo bien.

Le lanzó una mirada astuta al decir esto último, y en vista de que él no reaccionaba, golpeó el canto del bol con la cuchara de un modo perentorio.

—¿Has terminado?

—Sí, estoy lleno, gracias. El caldo estaba muy rico. ¿Tiene muchos animales?

Porque, estaba pensando ya Paul, en ese caso por fuerza has de tener quien te ayude. Un peón o algo. Aquí la palabra operativa era «ayuda». Sí, esa parecía ser ya

la palabra operativa, y él había visto que no llevaba alianza de boda.

—Muchos, no. Media docena de gallinas ponedoras. Dos vacas. Y Misery.

Él pestañeó.

Ella se echó a reír.

—Te parecerá de mal gusto por mi parte ponerle a una cerda el nombre de la hermosa y valiente mujer que tú inventaste. En fin, pero así es como se llama, y no fue por faltarte al respeto. —Tras un momento de reflexión, añadió—: Es muy simpática. —Arrugó la nariz y por momentos se *convirtió* realmente en una cerda, incluidos los cuatro pelos que le crecían en la barbilla. Se puso a gruñir como los cerdos—: ¡Oinc! ¡Oinc! ¡Oi-oi-OINC!

Paul la miró con ojos como platos.

Ella no se dio cuenta; estaba otra vez ida, la mirada turbia y contemplativa. Sus ojos no reflejaban más que la lámpara de la mesita de noche, sendos pálpitos de luz en sus pupilas.

Finalmente tuvo un ligero sobresalto y dijo:

—Se puso a nevar cuando llevaba recorridos menos de diez kilómetros. Una nevada de las buenas, como suelen ser las de aquí. Seguí adelante a paso de tortuga, encendí los faros, y entonces vi tu coche volcado en la cuneta. —Lo miró con gesto de desaprobación—. *Tú* en cambio no llevabas los faros encendidos.

—Es que me pilló por sorpresa —dijo él, recordando en ese instante cómo le había pillado por sorpresa. Lo que no recordaba aún era que además estaba bastante borracho.

—Paré —dijo ella—. Si hubiera sido en una cuesta no lo habría hecho. Ya sé que no es de buen cristiano, pero había siete u ocho centímetros de nieve en la calzada, y ni siquiera con un cuatro por cuatro puedes estar seguro de que arrancarás una vez pierdes la inercia. Es más fácil decirse a uno mismo: «Bah, probablemente habrán podido salir y habrán hecho autostop», etcétera, etcétera. Pero era en lo alto de la tercera colina pasada la casa de los Roydman, y allí hay un trecho llano. Así que arrimé el coche a la cuneta, y nada más bajar oí unos gemidos. Eras *tú*, Paul.

Le dedicó una extraña sonrisa maternal.

En la mente de Paul Sheldon fraguó por primera vez este pensamiento: Aquí hay algo raro. Esta mujer no está bien.

6

Estuvo hablando unos veinte minutos más, sentada junto a la cama donde él yacía, en lo que aparentemente era un cuarto de huéspedes. Mientras el cuerpo de él asimilaba el caldo, reapareció el dolor en las piernas. Hizo un esfuerzo por concentrarse en lo que ella estaba diciendo, pero no lo consiguió del todo. Su mente se había bifurcado.

Con una parte la escuchaba explicar cómo lo había sacado a él a rastras del Camaro del 74; esa era la parte en que las punzadas de dolor le recordaban a un par de viejos pilotes astillados empezando a asomar de la marea en retirada. Con la otra parte de su mente se veía a sí mismo en el hotel Boulderado terminando su nueva novela, cuya protagonista (gracias a Dios por los pequeños favores) no era Misery Chastain.

Eran muchas las razones por las que no escribía sobre Misery, pero una en concreto dominaba sobre las demás, acorazada e inquebrantable. Misery (gracias a Dios por los favores *grandes*) estaba por fin muerta. Ocurría cinco páginas antes del final de *El hijo de Misery*. Un hecho que no dejó ni un solo ojo seco, incluidos los del propio Paul, solo que *en su caso* había sido fruto de una risa histérica.

Al terminar el nuevo libro, una novela sobre un ladrón de coches en época actual, había recordado teclear la frase final de *El hijo de Misery*: «Y así, Ian y Geoffrey salieron juntos del camposanto de Little Dunthorpe, apoyándose mutuamente en su dolor y decididos a recuperar sus vidas respectivas». Mientras escribía esto, le había dado tal ataque de risa que se equivocó varias veces de tecla y hubo de repetirlo. Menos mal que la vieja IBM tenía cinta correctora. Después de escribir FIN se había puesto a dar brincos por la habitación —la misma habitación del hotel Boulderado— mientras gritaba a voz en cuello: ¡*Por fin libre!* ¡*Por fin libre!* ¡*Dios Todopoderoso, vuelvo a ser libre!* ¡*La muy idiota ha estirado por fin la pata!*

La nueva novela se titulaba *Automóviles veloces*, y no hubo risas cuando la dio por terminada. Se quedó allí sentado delante de la máquina de escribir, pensando: Con esta, amigo mío, puede que hayas ganado el próximo American Book Award. Y después había cogido el teléfono...

—... un pequeño cardenal en la sien derecha, pero no tenía mal aspecto. Lo malo eran las piernas... Enseguida me di cuenta, y eso que se estaba haciendo de noche, de que tus piernas no...

... para llamar al servicio de habitaciones y pedir una botella de Dom Pérignon. Recordaba que estuvo esperando a que se la subieran mientras deambulaba por la habitación en la que había terminado todos sus libros desde 1974; recordaba haberle dado al botones una propina de cincuenta dólares y preguntado si había oído el parte meteorológico, y la sonrisa a un tiempo nerviosa y complacida del muchacho cuando le dijo que la tormenta que se acercaba a ellos seguramente se desviaría hacia el sur, camino de Nuevo México; recordaba el tacto frío de la botella, el discreto sonido del corcho al destaparla; recordaba el sabor seco y acerbo con un punto ácido de la primera copa, y haber abierto luego su bolsa de viaje y mirado el billete de vuelta a Nueva York en avión; recordaba haber decidido, obedeciendo a un impulso...

—... ¡de que tenía que llevarte a casa cuanto antes! No me fue nada fácil subirme a la camioneta, pero soy una mujer robusta (como puede que hayas notado) y llevaba un montón de mantas en la trasera. Te metí dentro, bien arropado, y ya entonces, con la poca luz que había, ¡me pareció que me *sonabas* de algo! Pensé que quizá...

... sacar el viejo Camaro del garaje e ir hacia el oeste en vez de tomar el avión. ¿Qué demonios pintaba él en Nueva York, a ver? La casa unifamiliar, vacía, insulsa, poco acogedora; lo más seguro era que hubieran entrado a robar. ¡Al carajo!, pensó, echando otro trago de champán. ¡Vete al oeste, jovencito, al oeste! Era una idea tan loca que hasta tenía sentido. No coger más que algo de ropa y el...

—... la bolsa que encontré. También la metí en la camioneta, pero no vi nada más y me entró miedo de que te murieras por el camino, así que le metí caña a mi vieja Bessie y...

... manuscrito de *Automóviles veloces* y poner rumbo a Las Vegas o Reno o quizá incluso Los Ángeles. Recordaba que al principio la idea le pareció un poco estúpida, un viaje que habría podido hacer el joven de veinticuatro años que era cuando publicó su primera novela, pero no un viaje para un hombre que hacía ya dos años que había cumplido cuarenta. Varias copas de champán después, la idea ya no le pareció estúpida en absoluto. De hecho, la encontraba casi noble. Una especie de Gran Odisea a Alguna Parte, un modo de refamiliarizarse con la realidad tras un tiempo en el territorio ficticio de la novela. Por eso...

—... ¡estabas frito! Yo pensé que te morías allí mismo... ¡Fijo, vaya! Entonces te saqué la cartera del bolsillo de atrás, miré la foto en el carnet de conducir, vi el nombre, *Paul Sheldon*, y pensé: «Bueno, será una coincidencia», pero la foto del carnet *también* se parecía a ti, y entonces me asusté tanto que tuve que sentarme. Al principio pensé que me iba a desmayar. Al cabo de un rato empecé a pensar que quizá la *foto* también era coincidencia (esas fotos de carnet son muy impersonales, ¿no?), pero luego vi el carnet del Gremio de Escritores, y otro del PEN, y supe que tú eras...

... cuando empezó a nevar la cosa se complicó, pero mucho antes de eso había estado en el bar del hotel y le había dado a George veinte pavos de propina para que le consiguiera una segunda botella de Dom, de la que había ido bebiendo mientras circulaba por la I-70 camino de las Rocosas bajo un cielo color gris plomo. Pasado el túnel Eisenhower se había desviado de la autopista porque las carreteras estaban desiertas y secas, la tormenta se dirigía hacia el sur, qué caray, y además el maldito túnel lo alteraba un poco. Había puesto una vieja cinta de Bo Diddley en el radiocasete debajo del salpicadero y no había encendido la radio hasta que el Camaro empezó a patinar de mala manera y él se dio cuenta de que aquello no eran cuatro copos de nada, sino una ventisca en toda regla. O sea que la tormenta, al final, quizá no pasara de largo camino del sur; la tormenta quizá se le estaba echando encima y él se encontraba en el peor sitio posible,

(igual que ahora)

pero como llevaba tanto alcohol encima creyó que podría pasar en coche sin problemas. Y en vez de parar en Cana y buscar un sitio donde refugiarse, había seguido conduciendo. Recordaba que la tarde se convirtió en una lente cromada de un gris desvaído. Recordaba que el efecto del champán se le fue pasando. Recordaba el momento en que se inclinó hacia delante para coger el paquete de cigarrillos que

había dejado en el salpicadero, y que ahí fue cuando empezó el último derrape y que intentó sortearlo, pero la cosa fue a peor; recordaba un fuerte golpe sordo y cómo el mundo se puso cabeza abajo. Entonces...

—... ¡gritaste! Y cuando te oí gritar, supe que vivirías. Los moribundos raramente gritan. No tienen la energía necesaria, me consta. Entonces decidí que te *haría* vivir. Cogí unas pastillas para el dolor y te las hice tragar. Te quedaste dormido al cabo de un rato. Cuando despertaste y te pusiste a gritar otra vez, te di más medicación. Tuviste fiebre un rato, pero eso también lo solucioné. Te di Keflex. Estuviste a punto de palmar una o dos veces, pero lo peor ya pasó. Te lo prometo. — Se puso de pie—. Y ahora lo que toca es descansar, Paul. Tienes que recuperar las fuerzas.

—Me duelen las piernas.

—No me cabe duda. Dentro de una hora podrás tomar un analgésico.

—No. Ahora, por favor. —Le avergonzaba suplicar, pero no pudo evitarlo. La marea se había retirado y los pilotes estaban a la vista, astillados e irregularmente reales, algo imposible de eludir pero también de afrontar.

—Dentro de una hora. —Con firmeza. Y fue hacia la puerta con la cuchara y el bol en una mano.

—¡Espere!

Ella se volvió, y en su mirada había seriedad y afecto. Una expresión que a él le disgustó. *Mucho*.

—¿Dos semanas hace que me sacó usted del coche?

Ella retomó la expresión ambigua, y también de enfado. Con el tiempo él comprendería que aquella mujer no calibraba bien el tiempo.

—Algo así —dijo.

—Estuve inconsciente.

—Buena parte del tiempo.

—¿Y qué comía?

—Gota a gota —respondió ella tras mirarlo unos instantes.

—¿Gota a gota?

Ella creyó equivocadamente que su sorpresa se debía a ignorancia.

—Te alimenté por vía intravenosa. Con unos tubitos. Por eso tienes marcas en los brazos. —Le dirigió una mirada cansina y escrutadora—. Me debes la vida, Paul. Espero que no se te olvide. Espero que lo tengas siempre presente.

Y, dicho esto, salió.

Estaba tendido en la cama, sudando y tiritando a la vez. De la otra habitación le llegaron primero los sonos de Hawkeye and Hot Lips y a continuación los discjockeys de WKRP, aquella loca y extravagante emisora de radio de Cincinnati. Se oyó la voz de un locutor que ensalzaba los cuchillos Ginsu y luego daba un número 800, informando a todos los espectadores de Colorado que hubieran estado babeando por un buen juego de cuchillos Ginsu que la oferta era válida hasta agotar existencias.

La existencia de Paul Sheldon estaba también a punto de agotarse.

Ella reapareció no bien el reloj de la otra habitación hubo dado las ocho, con dos cápsulas y un vaso de agua.

Paul se acodó ansioso en cuanto ella se sentó en la cama.

—Hace dos días conseguí *por fin* tu último libro —dijo Annie. El hielo tintineó en el vaso. Fue un sonido enloquecedor—. *El hijo de Misery*. Me encanta... Es tan bueno como los otros. ¡Mejor aún! ¡El mejor!

—Gracias —acertó a decir él, notando como su frente se perlaba de sudor—. Por favor... las piernas... me duelen muchísimo...

—Estaba *segura* de que se casaría con Ian —dijo ella con una sonrisa soñadora—, y yo creo que Ian y Geoffrey volverán a ser amigos, con el tiempo. ¿*Es así*, Paul? —Pero añadió de inmediato—: ¡No, no me lo digas! Quiero descubrirlo yo sola. Lo voy a hacer durar. Cada nuevo libro se hace esperar tanto...

El dolor era insoportable y le creaba como un aro metálico en torno a la ingle. Se había tocado allí y le pareció que tenía la pelvis intacta, pero al mismo tiempo torcida y rara. De rodillas para abajo, *nada* parecía estar intacto. Prefería no mirar. Bastante pena tenía con ver los bultos que se perfilaban bajo la sábana.

—Por favor, señorita Wilkes. Me duele...

—Tutéame. Todos mis amigos me llaman Annie.

Le pasó el vaso. Estaba frío y rebosaba humedad. Las cápsulas se las guardó. Las cápsulas en la palma de su mano eran la marea. Ella era la luna y había provocado la marea que cubriría los pilotes. Se las acercó a la boca, que él abrió de inmediato... y entonces apartó la mano.

—Me he tomado la libertad de mirar en tu bolsa. No te importa, ¿verdad?

—No, no, claro. La medicina...

Las gotas de sudor eran calientes ahora y frías un momento después. ¿Iba a ponerse a gritar? Pensó que estaba a punto de hacerlo.

—He visto que dentro hay un manuscrito —dijo ella. Incluyó ligeramente la mano derecha, en la que tenía las cápsulas. Las cápsulas cayeron en su mano izquierda. Él las siguió con la mirada—. Se titula *Automóviles veloces*. O sea que no es una novela de *Misery*, eso está claro. —Lo miró con leve gesto de desaprobación, si bien, igual que un rato antes, teñido de afecto. Una mirada *maternal*—. ¡En el siglo diecinueve no había coches, ni rápidos ni lentos! —Soltó una risita ahogada—. Y también me he tomado la libertad de echarle una ojeada... No te importa, ¿verdad?

—Por favor —gimió él—. No, pero por favor...

Ella inclinó la mano izquierda. Las cápsulas rodaron por la palma, titubearon un instante y cayeron de nuevo en la palma de la mano derecha con un diminuto clic.

—¿Y si leo el manuscrito? ¿No te importa que lo lea?

—No. —Sus huesos estaban destrozados, las piernas sometidas a un sinfín de añicos de cristal—. No... —Esbozó lo que confiaba fuera una sonrisa—. Claro que no.

—Porque jamás se me ocurriría hacer algo semejante sin tu permiso —dijo ella muy seria—. Te respeto demasiado para eso. Bueno, en realidad, Paul, te quiero. —Se puso colorada de manera tan repentina como alarmante. Una de las cápsulas cayó sobre el cubrecama. Paul hizo ademán de cogerla, pero ella fue más rápida. Él gimió, sin que ella llegara a apercibirse; recuperada la cápsula, volvió la cabeza hacia la ventana, ausente la mirada—. Tu *cerebro* —dijo—. Tu *creatividad*. Me refería a eso nada más.

Desesperado, porque fue lo único que se le ocurrió, él dijo:

—Lo sé. Eres mi admiradora número uno.

Esta vez no solo entró en calor; se *encendió*.

—¡*Exacto!* —dijo—. Eso es, sí. Y no te importaría que lo lea con ese espíritu, ¿verdad? Quiero decir con espíritu de... de amor y admiración. Aunque tus otros libros no me gusten tanto como los de *Misery*...

—Descuida —dijo él, y cerró los ojos. No, haz pajaritas de papel con las páginas del manuscrito si te da la gana, pero... por favor... me estoy muriendo, esto es una tortura...

—Eres *bueno*, Paul —dijo ella, afable—. *Sabía* que lo serías. Leyendo tus libros, estaba segura de eso. Alguien capaz de pensar en *Misery Chastain*, primero pensar en ella y luego *insuflarle vida*, no podía ser otra cosa.

De pronto sus dedos estaban en la boca de él, una intimidad chocante, sucios pero bienvenidos. Él chupó las cápsulas y las engulló antes incluso de llevarse torpemente a los labios el vaso de agua.

—Igual que un bebé —dijo ella, aunque él no pudo verla porque seguía con los ojos cerrados y notó el sabor acre de unas lágrimas—. Un bebé *bueno*. Hay tantas cosas que quiero preguntarte, tantas cosas que quiero saber...

Los muelles de la cama crujieron al levantarse ella.

—Vamos a ser muy felices, los dos —dijo, y aun sintiendo que un chispazo de terror le traspasaba el corazón, Paul continuó con los ojos cerrados.

8

Se quedó adormilado. Llegó la marea y se quedó adormilado. La televisión, en el otro cuarto, estuvo encendida un rato más y luego se apagó. El reloj daba las horas e

intentó llevar la cuenta de los toques, pero entre una y otra se perdía.

Gota a gota. Tubitos. Por eso tienes marcas en los brazos.

Se incorporó sobre un codo, tanteó en busca de la lámpara y finalmente consiguió encenderla. Se miró los brazos; en los pliegues del codo vio sombras superpuestas de tonos violeta y ocre, un pequeño agujero lleno de sangre negra en el centro de cada moretón.

Se recostó y miró al techo, escuchando el murmullo del viento. Estaba cerca del punto más alto de la Divisoria Continental y era pleno invierno; estaba con una mujer a la que le faltaba un tornillo, una mujer que le había administrado un gota a gota mientras él se hallaba inconsciente, una mujer que parecía disponer de inagotables existencias de medicamentos, una mujer que no había dicho a nadie que él estaba allí.

Eran cosas importantes, todas ellas, pero empezaba a darse cuenta de que había algo más importante aún: la marea volvía a bajar. Empezó a desear que sonara el despertador en el piso de arriba. Eso no ocurriría hasta dentro de mucho rato, pero ahora le tocaba ponerse a esperar a que fuera la hora.

Ella estaba loca, pero él la necesitaba.

Estoy metido en un buen lío, pensó, y contempló el techo sin verlo realmente mientras gotitas de sudor iban formándose de nuevo en su frente.

9

A la mañana siguiente ella le llevó más caldo y le dijo que había leído cuarenta páginas de lo que llamó su «libro-manuscrito». Le dijo también que no le parecía tan bueno como los otros.

—Se pierde el hilo. La cosa va saltando adelante y atrás en el tiempo.

—Es una técnica —dijo él. Estaba a medio camino entre el dolor y el no dolor, lo cual le permitió concentrarse un poco más en lo que ella decía—. Simplemente eso. El tema... el tema es el que dicta la forma. —Supuso vagamente que ella podía sentir interés, y hasta fascinación, por los trucos del oficio. Bien sabía Dios que habían fascinado a los alumnos de talleres de escritura donde había dado alguna clase cuando era más joven—. El chico se siente confuso, ¿entiendes?, y por eso...

—¡Sí! Está *muy* confuso, lo cual lo hace menos interesante. No quiero decir *carente* de interés (estoy convencida de que tú no crearías un personaje que no fuera interesante), pero sí *menos* interesante. ¡Y las palabrotas! ¡Sale un taco a cada momento! Le falta... —Se quedó ensimismada, pensando, mientras le daba cucharadas de caldo automáticamente, limpiándole la boca cuando a él le resbalaban gotas por las comisuras de la boca, pero casi sin mirar, como un mecanógrafo experto tampoco mira las teclas de la máquina de escribir; eso lo llevó a convencerse, sin el menor esfuerzo, de que la mujer había sido enfermera. Médico, no, eso no; un médico

no sabe cuándo le va a caer una gota al paciente, ni prever el rumbo de cada una con tanta precisión.

Si el hombre del tiempo que predijo lo que pasaría con el temporal hubiera sido la mitad de bueno que Annie Wilkes en su oficio, yo ahora no estaría así de jodido, pensó.

—¡No tiene ninguna *nobleza*! —exclamó ella de pronto, dando un salto, y casi derramó el caldo de carne y cebada sobre la cara de Paul, blanca y vuelta hacia arriba.

—Sí —dijo él, paciente—. Entiendo tu punto de vista, Annie. Es verdad que Tony Bonasaro no tiene nobleza alguna. Es un chico de los bajos fondos que intenta salir de un entorno difícil, entiendes, y ese lenguaje... todo el mundo emplea palabras así en...

—¡No es verdad! —dijo ella, lanzándole una mirada adusta—. ¿Qué crees que hago yo cuando voy al colmado del pueblo? ¿Tú qué crees que *digo*? ¿«Oye, Tony, dame un paquete de ese jodido pienso para cerdos y un paquete de ese puto maíz para vacas y un poco de ese maldito potingue para la sarna de las orejas»? ¿Y qué crees que me contesta él? ¿«Cagando leches, Annie»?

Lo miró, su rostro ahora como un cielo a punto de desatar tornados. Él se recostó, temeroso. El bol empezó a inclinarse en la mano de ella; una gota, después otra más, cayeron sobre el cubrecama.

—Y luego voy al banco y le digo a la señora Bollinger: «Aquí tiene este puñetero talón, y ya me está dando los cincuenta condenados dólares, pero cagando leches», ¿no? ¿Tú crees que cuando me hicieron subir al estrado allá en Den...?

Un reguero de caldo de carne de color turbio cayó en el cubrecama. Ella lo vio, luego lo miró a él, y su cara se descompuso.

—¿Ves?! ¡Mira lo que me has hecho hacer!

—Lo siento.

—¡Faltaría más! —le gritó ella, y arrojó el bol a un rincón. El bol se hizo pedazos, la pared salpicada de líquido. Él boqueó de puro miedo.

Ella entonces desconectó. Estuvo sentada sin moverse durante cosa de medio minuto, tiempo durante el cual el corazón de Paul Sheldon no dio la impresión de latir.

La mujer pareció volver en sí, y de pronto soltó una risita nerviosa.

—Es que tengo tan *mal* genio... —dijo.

—Lo siento —dijo él, y su voz sonó como un graznido.

—Qué menos. —Su cara se aflojó de nuevo; miró hacia la pared con aire melancólico, y él creyó que volvería a quedarse catatónica. No fue así; exhaló un suspiro y luego levantó su mole de la cama—. En las novelas de *Misery* no tienes necesidad de usar ese lenguaje, porque en aquella época no se usaba. Algunas palabrotas no se habían inventado siquiera. Supongo que tiempos brutales requieren palabras brutales, pero aquella época era *mejor*. Deberías ceñirte a *Misery*, Paul. Te lo digo con toda sinceridad, como tu fan número uno.

Fue hacia la puerta y antes de salir se volvió y dijo:

—Dejaré el libro-manuscrito en la bolsa y terminaré *El hijo de Misery*. Quizá cuando acabe de leerlo me animo a seguir con el otro.

—Si te disgusta, no tienes por qué hacerlo —dijo él, e intentó sonreír—. Prefiero que no te enfades conmigo. En cierto modo dependo de ti, ya sabes.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Pues sí —dijo—. Así es, ¿verdad, Paul?

Salió.

10

La marea se retiró. Aparecieron de nuevo los pilotes. Se puso a esperar a que el reloj diera la hora. Dos toques. Sonaron los toques. Permaneció recostado sobre los almohadones, atento a la puerta. Entró ella. Llevaba puesto un delantal encima del jersey y una de sus faldas habituales, y en una mano un cubo de fregar.

—Supongo que quieres tu pajolera medicina —dijo.

—Sí, sí, por favor. —Intentó sonreír para congraciarse con ella y volvió a experimentar la misma vergüenza: se sentía grotesco, apenas si se reconocía.

—La tengo, pero antes he de limpiar ese rincón. El que *tú* has ensuciado. Tendrás que esperar a que termine.

Él permaneció en la cama haciendo formas como ramas partidas con las piernas, bajo la colcha, y con el sudor frío bajándole por la cara en lentos riachuelos. Vio cómo ella iba hasta el rincón, dejaba el cubo en el suelo, recogía los fragmentos de bol, salía con ellos de la habitación, volvía momentos después, se arrodillaba junto al cubo, metía la mano dentro, sacaba un trapo jabonoso, lo escurría y empezaba a limpiar las manchas de caldo de la pared. Él se quedó mirando y al final le entró tiritona y eso hizo que el dolor se agravara, pero no podía evitarlo. En un momento dado ella volvió la cabeza, viendo que tiritaba y que las sábanas estaban empapadas de sudor, le dedicó una sonrisa de astuta complicidad que a él le hizo desear matarla allí mismo.

—Está seco, el caldo —dijo ella, volviendo la cabeza hacia el rincón y las manchas—. Me temo que esto va a llevar un ratito, Paul.

Frotó. La mancha fue desapareciendo poco a poco, pero ella seguía mojando el trapo, estrujándolo, frotando, y vuelta a empezar. Estaba de espaldas y él no podía verle la cara, pero la idea —la *certeza*— de que hubiera desconectado y pudiera seguir frotando la pared durante horas lo puso enfermo.

Por fin —un momento antes de que el reloj sonara una vez, señalando las dos y media—, se levantó y tiró el trapo al cubo, cogió el cubo y salió sin decir palabra. Él escuchó el crujir de las tablas del suelo bajo el peso contundente de ella, y la oyó

verter el agua del cubo y luego, increíble, el sonido del grifo llenándolo otra vez. Se le escaparon sollozos. La marea jamás se había retirado hasta tan lejos; no veía otra cosa que marismas en proceso de secarse y aquellos astillados pilotes y las eternas sombras maltrechas que arrojaban.

Al volver, ella se detuvo un momento en el umbral, observando la cara de él, bañada en sudor, con aquella misma mezcla de seriedad y amor maternal. Luego, desvió la vista hacia el rincón, donde no quedaba ya rastro de salpicaduras.

—Ahora tengo que enjuagar —dijo—, o el jabón dejará una marca. Debo hacerlo a conciencia; debo hacerlo todo bien. Que viva sola no es ninguna excusa para hacer una birria de faena. Mi madre tenía un lema, Paul, y yo siempre me he ceñido a él: «Sé sucia una vez, y no volverás a ser limpia nunca más», solía decir.

—Por favor —rezongó él—. Por favor, el dolor me va a matar.

—No te mueres, ya te lo digo yo.

—Gritaré —dijo él, llorando ya sin contenerse. El llanto aumentó el dolor en las piernas, el dolor en su corazón—. No voy a poder aguantarme.

—Vale, pues grita. Pero recuerda que eso lo ensuciaste *tú*, no yo. La culpa es tuya y de nadie más.

Sin saber cómo, él consiguió aguantarse de gritar. La vio atareada con el trapo: mojar, estrujar, enjuagar; mojar, estrujar, enjuagar. Por fin, cuando el reloj que él suponía estaba en el salón empezó a dar las tres, ella se levantó y cogió el cubo.

Ahora va a salir. Va a salir y oír cómo tira el agua sucia por el desagüe, y puede que no vuelva hasta dentro de varias horas porque quizá no me ha castigado aún lo suficiente.

Pero, en lugar de marcharse, se acercó hasta la cama, metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó no dos cápsulas, sino tres.

—Toma —dijo con ternura.

Él se las metió en la boca y, al levantar la vista, se encontró con que ella estaba alzando el cubo de plástico amarillo en dirección a él, de modo que cubrió su campo visual como una luna en descenso. Un agua grisácea asomaba por el borde, derramándose ya sobre la colcha.

—Trágate las con un poco de esto —dijo ella, el tono de voz tierno aún.

Él se la quedó mirando con ojos como platos.

—Venga —dijo ella—. Sé que puedes tragártelas sin líquido, pero créeme si te digo que soy muy capaz de hacer que las saques enseguida. Vamos, al fin y al cabo es agua de aclarar. No te va a hacer ningún daño.

Se inclinó como un monolito, el cubo ligeramente ladeado. Él alcanzó a ver el trapo moviéndose lentamente como un ahogado en las tenebrosas profundidades, encima del mismo un cuajarón de espuma. Gruñendo por dentro pero sin vacilar un instante, bebió del cubo y tragó las cápsulas; el sabor que le quedó en la boca fue como cuando su madre le hacía cepillarse los dientes con jabón.

Notó que el vientre le daba un brinco y emitió un sonido denso.

—Yo que tú no las vomitaría, Paul. No habrá más hasta las nueve de la noche. — Se lo quedó mirando un momento, con ojos inexpresivos e imparciales. De repente, su cara se iluminó con una sonrisa—. No me harás enfadar otra vez, ¿verdad?

—No —susurró él. ¿Poner de mal humor a la luna que provocaba la marea? ¡Menuda idea! ¡Qué idea *tan* mala!

—Te quiero —dijo ella, y le dio un beso en la mejilla. Salió de la habitación sin volver la vista atrás, llevando el cubo tal como una rolliza mujer de campo llevaría un balde de leche recién ordeñada, ligeramente separado del cuerpo y sin pensar en nada más, para no derramar ni una gota.

Él se recostó de nuevo, notando en la boca y la garganta un sabor a arenilla y yeso. Un sabor a caldo.

No voy a vomitar... no voy a vomitar... no voy a vomitar.

Al rato, la urgencia de este pensamiento empezó a menguar y se dio cuenta de que estaba a punto de dormirse. Había conseguido aguantar el tiempo suficiente para que el medicamento empezara a hacer su efecto. Había ganado.

Esta vez.

11

Soñó que un pájaro lo estaba devorando. No era un sueño agradable. Entonces oía un estampido y pensaba: ¡Sí, señor, muy bien hecho! ¡Pégale un tiro! ¡Mata al condenado bicho!

Ahí fue cuando despertó y se dio cuenta de que solo era Annie Wilkes, que había cerrado la puerta de atrás. Había salido a hacer sus tareas. Oyó el crujir atenuado de sus pasos sobre la nieve. La vio pasar frente a su ventana; llevaba una parka con la capucha puesta. El aliento le humeaba y luego se deshacía sobre su cara al avanzar. No miró hacia dentro, concentrada, supuso él, en lo que tenía que hacer en el establo. Dar de comer a los animales, limpiar las casillas, tal vez echar algún maleficio (no le habría extrañado). El cielo se estaba tiñendo de violeta: puesta de sol. Las cinco y media, quizá las seis.

Podría haber aprovechado que la marea no se había retirado aún para dormir un poco más —le habría *gustado* hacerlo—, pero tenía que analizar su extraña situación mientras su mente aún fuera capaz de razonar o algo parecido.

Lo peor de todo, como estaba descubriendo, era que no quería pensar en ello a pesar de que ahora podía, a pesar de saber que la única forma de salir del aprieto era pensando. Mentalmente hacía esfuerzos por apartar de sí aquella situación, como el niño que aparta el plato a pesar de que le han dicho que no se levantará de la mesa hasta que se lo haya comido todo.

No quería pensar en ello porque bastante tenía con *vivirlo* en carne propia. No quería pensar en ello porque cuando lo hacía se interponían imágenes desagradables: ella con cara de catatónica, ella evocadora de ídolos y piedras, y encima el cubo de fregar amarillo aproximándose a él cual luna estrellándose contra la tierra. Pensar en esas cosas concretas no cambiaría su situación, de hecho era peor que no pensar nada, pero una vez que se concentraba en Annie Wilkes y en lo que pintaba él en su casa, esos eran los pensamientos que le venían a la cabeza y ahuyentaban a todos los demás. El corazón empezaba a latirle demasiado rápido, de miedo sobre todo, aunque también de vergüenza. Se vio a sí mismo aplicando los labios al borde del cubo, vio el agua sucia con su película de jabón y el trapo nadando allí, vio estas cosas, pero no dudó un solo instante en beber. No se lo contaría a nadie, nunca, eso suponiendo que consiguiera salir de esta, y pensó que quizá intentaría mentirse a sí mismo al respecto pero que no lo lograría.

Con todo, hecho una pena o no (y lo estaba), aún quería vivir.

¡Piensa en ello, maldita sea! ¿Tan acojonado estás ya que ni siquiera puedes intentarlo?

No, pero *casi*.

Un pensamiento extraño, irritado, tomó cuerpo en su cabeza: A ella no le gusta el nuevo libro porque es demasiado estúpida para entender de qué va.

El pensamiento no solo era extraño: dadas las circunstancias, lo que ella pensara de *Automóviles veloces* era del todo intrascendente. Pero el hecho de pensar en lo que ella había dicho abría al menos una nueva vía, y sentir animadversión *por* ella era mejor que sentir miedo *de* ella. Ahondó en la cuestión con cierta ansiedad.

¿Demasiado estúpida? No. Demasiado cuadrada. No solo reacia a cambiar, sino contraria a la mera *idea* de cambio.

Sí. Y aunque pudiera estar loca, ¿tan diferente era en su valoración de sus novelas de los centenares de miles de personas —mujeres en un noventa por ciento— muertas de impaciencia esperando el siguiente episodio de quinientas páginas sobre la turbulenta vida de la expósita que acaba casándose con un par del reino? No, en absoluto. Todas querían Misery, Misery, Misery. Cada vez que se había tomado un año o dos para escribir una novela ajena a la serie —esos otros libros que él consideraba su obra «seria», al principio convencido y esperanzado, y después con una suerte de macabra desesperación—, había recibido un aluvión de cartas de protesta, todas de mujeres, muchas de las cuales firmaban «tu admiradora número uno». El tono de las cartas iba de la absoluta perplejidad (en cierta manera, eso era lo que dolía más) al reproche o la ira, pero el mensaje siempre era el mismo: *No era lo que yo esperaba; no era lo que yo quería. Vuelva a Misery, por favor. Necesito saber qué está haciendo Misery*. Aunque escribiera un nuevo *Bajo el volcán*, un *Tess*, la de los d'Urberville, un *El ruido y la furia*, daría lo mismo. Ellas seguirían queriendo Misery, Misery, Misery.

«Se pierde el hilo... él es poco interesante... ¡y las palabrotas!»

Otro chispazo de ira. Ira contra la falta de luces de la mujer, ira por haberse dejado secuestrar nada menos que por ella —convertido en su prisionero y obligado a decidir entre beber agua sucia de un cubo y el suplicio de las piernas destrozadas— y luego, encima, tener las narices de *criticar* lo mejor que él había escrito en su vida.

—Que te den por el mismísimo ojete —dijo, y de pronto se sintió mejor, volvió a sentirse *él mismo* aun sabiendo que aquel gesto de rebeldía era penoso, nimio y carente de sentido; ella estaba en el establo y no podía oírle, y afortunadamente la marea seguía cubriendo los pilotes astillados. De momento...

Recordó el instante en que ella había entrado y cómo retuvo las cápsulas coaccionándolo para que la dejara leer el manuscrito de *Automóviles veloces*. Notó que la cara se le enrojecía de vergüenza y humillación, solo que ahora había un punto de enojo, de *verdadera* ira: lo que empezara como una chispa era ya una modesta llamita. Él *jamás* había enseñado a nadie un manuscrito suyo sin haberlo corregido y vuelto a pasar a máquina. *Nunca* en la vida. Ni siquiera a Bryce, su agente. *Jamás*. Pero si él ni siquiera...

Algo interrumpió sus cavilaciones. Fue solo un momento, suficiente para oír el mugido de una vaca.

¡Pero si ni siquiera hacía una *copia* hasta tener listo el segundo borrador!

De hecho, la copia del manuscrito que ahora obraba en poder de Annie Wilkes era la única copia que existía. Él había quemado incluso todas sus notas.

Dos años de duro trabajo, a ella no le gustaba y estaba loca.

A ella *lo* que le gustaba era Misery; a ella *quien* le gustaba era Misery, y no un hispano mal hablado del East Harlem que se dedicaba a mangar coches.

Recordó haber pensado: Haz pajaritas de papel con las páginas del manuscrito si te da la gana, pero... por favor...

La nueva oleada de ira y humillación tuvo como respuesta el primer dolor sordo en sus piernas. Sí. El trabajo, el orgullo que uno sentía por él, el valor del trabajo en sí mismo... todas esas cosas se reducían a sombras de linterna mágica, pues no eran otra cosa, cuando el dolor se ponía serio. Que ella le hiciera eso —que *pudiera* hacerlo, cuando él llevaba tantos años pensando que la palabra «escritor» era lo que mejor y de manera más importante lo definía— la hacía parecer increíblemente monstruosa, algo de lo que *tenía* que escapar cuanto antes. *Era* realmente un ídolo, y si no lo mataba a él, tal vez sí mataría lo que había *dentro* de él.

Le llegó el chillido entusiasta de la cerda; Annie Wilkes había pensado que le disgustaría, pero en realidad «Misery» le parecía un nombre estupendo para una cerda. Recordó la imitación que había hecho ella, cómo su labio superior se había fruncido, aproximándose a la nariz, cómo había hinchado luego los carrillos, cómo, por un momento, había *parecido* un cerdo: ¡Oinc! ¡OOINCC!

La voz de ella, desde el establo: ¡Cerdiiita, ven, cucha-cucha-cucha!

Se recostó, un brazo sobre los ojos, intentando aferrarse a la ira, porque la ira le hacía sentirse valiente. Un hombre valiente podía pensar. Uno cobarde, no.

He aquí una mujer que había sido enfermera (de eso estaba seguro). ¿Trabajaba aún de enfermera? No, porque no iba al trabajo. ¿Por qué no seguía ejerciendo? Bueno, eso era evidente. No todos los tornillos los tenía bien apretados; por no decir que había perdido más de uno por el camino. Si esto lo veía él claro incluso entre la bruma de dolor en que había estado sumido, más evidente tenía que haber sido para sus compañeros de trabajo.

Él, además, tenía información extra según la cual valorar *cuántos* de esos tornillos estaban flojos, ¿verdad que sí? La mujer lo había sacado a rastras del lugar del siniestro, y en vez de llamar a la policía o a una ambulancia lo había instalado en el cuarto de huéspedes, lo había entubado a placer y le había metido en el cuerpo un cargamento de droga. Suficiente para entrar, al menos una vez, en lo que ella llamó depresión respiratoria. No le había contado a nadie que lo tenía en su casa, y si no lo había hecho ya, era que no pensaba hacerlo nunca.

¿Se habría comportado igual si el tipo al que sacó del coche hubiera sido don Fulano de Tal, residente en Kokomo, Indiana? No. Estaba seguro de que no. Lo había alojado en su casa porque él era Paul Sheldon y *ella...*

—Es mi admiradora número uno —murmuró Paul, y se cubrió los ojos con el brazo.

En aquella oscuridad, un pensamiento tomó forma: su madre lo había llevado una vez al zoológico de Boston y él se había quedado mirando un pájaro de gran tamaño. Tenía unas plumas preciosas —de color rojo, violeta y azul eléctrico—, las plumas más bonitas que había visto nunca... y una mirada tristísima. Le había preguntado a su madre de dónde venía aquel pájaro, y cuando ella respondió que de «África», él comprendió que el ave estaba condenada a morir en la jaula donde ahora vivía, muy lejos de donde Dios decidió ponerla, y viendo que él se ponía a llorar, su madre le compró un helado. Durante un rato el niño dejó de llorar, pero luego se acordó del pájaro y volvió a las andadas, de modo que su madre tuvo que llevárselo de allí. Durante el trayecto en tranvía camino de Lynn le dijo que era un llorón y un mariquita.

Las plumas. La *mirada*.

Momentos después las piernas empezaron a dolerle otra vez.

No. No, no.

Se presionó los ojos con el pliegue del codo. Del establo le llegaron golpes sordos espaciados. Imposible decir a qué se debían, claro está, pero en su imaginación

(*tu CEREBRO tu CREATIVIDAD a eso me refería*)

la vio arriba en el granero, empujando balas de paja con el tacón de una bota, y vio cómo las balas se precipitaban al suelo.

África. Ese pájaro vino de África. De...

De pronto, abriéndose paso a través de todo esto como un cuchillo afilado, la voz de ella, agitada, gritando casi: «¿Tú crees que cuando me hicieron subir al estrado allá en Den...?».

Al estrado. Cuando me hicieron subir al estrado allá en Denver.
¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?
(«No sé de dónde lo saca.»)

Sí.

(«SIEMPRE está anotando cosas así.»)

Diga su nombre completo.

(«De la parte de MI familia nadie tenía tanta imaginación como él.»)

Annie Wilkes.

(«¡Muchísima imaginación!»)

Me llamo Annie Wilkes.

Deseó que ella siguiera hablando; no fue así.

—Vamos —murmuró, el brazo todavía sobre los ojos; era como mejor pensaba, como mejor *imaginaba*. Su madre le decía muchas veces a la vecina, la señora Mulvaney, que su hijo tenía muchísima imaginación, y que siempre estaba escribiendo unos cuentos maravillosos (salvo, claro está, cuando le daba por llamarle mariquita y llorón)—. Vamos, vamos, vamos.

Podía ver el juzgado, en Denver, a Annie Wilkes en el estrado; no llevaba vaqueros, sino un vestido gastado de color violeta y negro y un sombrero espantoso. Podía ver que la sala estaba abarrotada, que el juez era calvo y usaba gafas. El juez lucía un bigote canoso. Un poco más abajo del bigote tenía una marca de nacimiento. El bigote canoso la cubría casi por entero, pero no del todo.

Annie Wilkes.

(«¡A los tres años ya leía! ¡Se imagina usted!»)

Ese espíritu de... de amor de admiradora...

(«Siempre está escribiendo cosas, inventando cosas.»)

Ahora tengo que enjuagar.

(«África. De donde vino ese pájaro.»)

—Vamos —susurró, pero no consiguió ir más allá. El alguacil le pedía que dijese su nombre completo, y ella respondía una y otra vez que se llamaba Annie Wilkes, pero no decía nada más; allí sentada desplazando aire con su fibroso y sólido y siniestro cuerpo y diciendo su nombre una vez y otra, pero solamente eso.

Mientras seguía intentando imaginar por qué la ex enfermera que lo había hecho prisionero podía haber tenido que subir al estrado en un juzgado de Denver, Paul se quedó dormido.

Estaba en una sala de hospital. Lo invadía una enorme sensación de alivio, hasta el punto de que le entraban ganas de llorar. Algo había sucedido mientras dormía,

alguien había venido, o tal vez Annie se lo había pensado mejor. No importaba. El caso era que se había quedado dormido en casa de la mujer-monstruo y había despertado en el hospital.

Pero ¿cómo era que lo habían puesto en una sala tan larga? ¡Era grande como un hangar de aviones! Hileras idénticas de hombres (con idénticas botellas de suero colgando de idénticas bandejas junto a las camas respectivas) ocupaban todo el espacio. Al incorporarse vio que también los hombres eran idénticos: todos eran *él*. Luego, en la lejanía, oyó el reloj y comprendió que estaba sonando del otro lado del mundo onírico. Era un sueño. El alivio se tornó tristeza.

La puerta del fondo de la sala alargada se abría y allí estaba Annie Wilkes, solo que esta vez llevaba un vestido largo con peto y una cofia en la cabeza; iba vestida como Misery Chastain en *El amor de Misery*. Sobre uno de sus brazos, un cesto de mimbre. Lo que fuera que hubiese dentro estaba cubierto con una toalla. Él la veía retirar la toalla y doblarla. Luego metía la mano en el cesto, sacaba un puñado de algo y lo arrojaba a la cara del primer Paul Sheldon durmiente. Era arena, pudo ver él: Annie Wilkes fingiendo ser Misery Chastain haciéndose pasar por el hombre de la arena.^[1] En su versión femenina.

Entonces veía que la cara del primer Paul Sheldon había adquirido una palidez mortal al contacto con la arena, y el miedo lo sacó bruscamente del sueño. De pronto vio a Annie Wilkes allí de pie, junto a la cama. Sostenía en una mano el grueso tomo de bolsillo de *El hijo de Misery*. Por el punto que asomaba de entre las páginas, supo que había leído unas tres cuartas partes del libro.

—Estabas gimiendo —dijo ella.

—Tenía una pesadilla.

—¿De qué iba la cosa?

Lo primero que se le ocurrió a Paul, para ocultar la verdad, fue lo que decidió responder:

—De África.

13

Apareció a media mañana, blanca como la cera. Él llevaba un rato dormitando, pero se despertó de golpe, acodándose en la cama.

—¿Señorita Wilkes? ¿Annie? ¿Te encuentr...?

—No.

Hostia, le ha dado un infarto, pensó, y tras la alarma momentánea le sobrevino una sensación de júbilo. ¡Sí, que le *dé* un infarto! ¡Uno de los *gordos*! ¡Ojalá le reviente el pecho, coño! Él se arrastraría de buena gana hasta el teléfono, por mucho

que le doliera todo el cuerpo. Iría hasta el teléfono incluso sobre cristales rotos, si fuera necesario.

Y, sí, *era* un ataque al corazón... pero no el tipo de ataque que él quería.

La mujer se le acercó, no tambaleándose, sino como si se *deslizara*, algo así como un marinero recién bajado del barco tras una larga singladura.

—Qué... —Él intentó echarse hacia atrás, pero no podía refugiarse en ninguna parte. Detrás tenía el cabezal de la cama y, más atrás aún, la pared.

—¡No! —Ella llegó a la cama, chocó con el costado, titubeó, y hubo un momento en que él pensó que se le caía encima. Pero se quedó allí de pie, mirándolo, con la cara blanca como el papel, los tendones del cuello salidos y una vena latiendo en mitad de la frente. Abrió bruscamente las manos, volvió a cerrarlas formando sendos puños de aspecto rocoso, extendió de nuevo los dedos—. Eres un... un... ¡pajarraco!

—Pero qué... No entiendo... —Y de repente lo entendió; en un primer momento creyó que el estómago se le vaciaba, y luego que desaparecía sin más. Recordó dónde tenía ella el punto de libro la noche anterior, solo le faltaba una cuarta parte por leer. Lo había terminado. Sabía todo cuanto había que saber. Sabía que a fin de cuentas Misery no era estéril; el problema era *Ian*. ¿Se habría quedado Annie Wilkes boquiabierta en su salón (que él no había visto aún) con unos ojos como platos cuando Misery comprendía por fin la verdad y tomaba una decisión y se escabullía en busca de Geoffrey? ¿Habría roto a llorar al comprender que Misery y Geoffrey, lejos de tener una historia clandestina a espaldas del hombre a quien ambos querían, le estaban haciendo el mejor regalo posible, un hijo que él creería propio? ¿Y se habría henchido su corazón cuando Misery le decía a Ian que estaba encinta e Ian la estrechaba entre sus brazos, derramando lágrimas y murmurando una y otra vez «¡Mi vida! ¡Oh, vida mía!»? En aquellos breves segundos no le cupo duda de que todo eso había pasado. Pero, en vez de llorar de emocionada pena como debería cuando Misery expiraba dando a luz al niño que, presumiblemente, Ian y Geoffrey criarían juntos, ella se había puesto hecha una fiera.

—¡No puede estar muerta! —le chilló Annie Wilkes. Sus manos se abrieron y se cerraron, zarpa y puño, siguiendo un ritmo cada vez más rápido—. ¡NO PUEDES HABER MATADO A Misery Chastain!

—Annie... Annie, por favor...

Encima de la mesa había una jarra con agua. Ella la cogió e hizo ademán de lanzársela. Un agua fría le salpicó el rostro y un cubito de hielo dio contra su oreja izquierda y resbaló luego por la almohada hasta descansar en la curva de su hombro. Mentalmente

(«¡Muchísima imaginación!»)

la vio estrellando la jarra contra su cara, se vio a sí mismo agonizando de una fractura de cráneo y un derrame cerebral masivo en medio de un charco de agua helada, los brazos con toda la carne de gallina.

No había duda de que ella deseaba hacerlo.

En el último momento, se apartó de él girando sobre sí misma y lanzó la jarra hacia la puerta, donde se hizo pedazos como antes el tazón de caldo.

Volvió la cabeza para mirarlo y se apartó cabellos de la cara (no tan blanca como antes: habían brotado dos puntitos rojos, uno a cada lado) con el dorso de las manos.

—¡Sucio pajarraco! —dijo, resoplando—. ¡Cómo has *podido* hacer eso!

Él se puso a hablar deprisa, con urgencia, pendiente en todo momento de ella, convencido como estaba en ese instante de que su vida podía depender de lo que fuera capaz de decir en los siguientes veinte minutos.

—Annie, en 1871 era *frecuente* que una mujer muriera de parto. Misery dio su vida por su marido, su mejor amigo y su hijo. El *espíritu* de Misery siempre...

—¡No me interesa su *espíritu*! —gritó ella, encorvando los dedos y agitando sus zarpas como si quisiera arrancarle los ojos—. ¡La quiero a *ella*! ¡La has *matado*! ¡La has *asesinado*! —Volvió a formar sendos puños, y, como si fueran pistones, los descargó a ambos lados de la cabeza de él. Se hundieron con fuerza en la almohada, y él se estremeció como un muñeco de trapo. Sus piernas se resintieron y lanzó un grito.

—¡*Yo no la he matado*! —exclamó.

Ella se quedó rígida, mirándolo con aquella expresión negra y angosta, aquella mirada de *grieta*.

—No, *claro* —dijo con amargo sarcasmo—. Pues si no la mataste tú, Paul Sheldon, ¿quién?

—Nadie —dijo él, más sereno—. Se muere y ya está.

En última instancia, la verdad era esa. De haber sido Misery Chastain una persona de carne y hueso, Paul sabía que probablemente le habrían pedido que «colaborara en las pesquisas de la policía», según el eufemismo al uso. Después de todo, él tenía un móvil: había odiado a Misery. La había odiado a partir del tercer libro. Cuatro años atrás, con motivo del día de los Inocentes, había hecho imprimir un cuadernillo para enviarlo a una docena de amigos y conocidos. Le había puesto por título *El hobby de Misery*, y en él la protagonista pasaba un alegre fin de semana campestre tirándose a Growler, el setter irlandés de Ian.

Podía haber asesinado a Misery, en efecto, pero no lo había hecho. Al final, y a pesar de que le había cogido mucha manía, su muerte lo había pillado hasta cierto punto por sorpresa. Paul se había mantenido fiel a sí mismo, haciendo que el arte imitara a la vida —siquiera lánguidamente— hasta el final mismo de las trilladas aventuras de Misery. Su muerte había sido de lo más inesperada. Y eso no lo había cambiado el hecho de que él se pusiera a hacer cabriolas después.

—Mientes —dijo Annie en un susurro—. Yo pensaba que eras *bueno*, pero *no* lo eres. No, tú lo que eres es un pajarraco embustero.

—Misery pasó, eso es todo. Son cosas que a veces ocurren. Como en la vida, cuando alguien...

Annie volcó la mesita de noche. El cajón salió disparado, y, con él, el reloj de Paul y su calderilla. Ni siquiera sabía que estaban allí dentro. Se encogió de miedo.

—Tú te crees que nací *ayer*, ¿no? —dijo ella, enseñando los dientes—. En mi trabajo he visto morir a docenas de personas, qué digo docenas, ¡*centenares*! Unas veces mueren entre gritos y otras veces mientras están durmiendo. Como tú has dicho, pasan y ya está.

»¡*Pero los personajes de ficción NO pasan así sin más! Dios se nos lleva cuando cree que nos ha llegado la hora, y un escritor es Dios para los personajes de la historia; él los inventa como Dios nos inventó a todos, y vale, de acuerdo, nadie puede irle a Dios y pedirle explicaciones, pero en lo que respecta a Misery te diré algo, pajarraco, y es que resulta que Dios tiene dos piernas rotas y resulta que Dios está en MI casa, comiendo MI comida, y... y...*

Entró en estado catatónico. Se puso derecha, las manos colgando a los costados, la vista fija en la pared donde colgaba una vieja foto del Arc de Triomphe. Se quedó allí tesa y Paul la miró desde la cama, sendos hoyos a cada lado de la almohada. Pudo oír cómo goteaba en el suelo el agua de la jarra, y en ese momento se le ocurrió que podía cometer asesinato. Era algo que se había planteado más de una vez, una pregunta estrictamente académica, por supuesto, solo que ahora no lo era y ya tenía la respuesta. De no haber tirado ella la jarra, él mismo la habría estampado contra el suelo e intentado luego meterle a ella en la garganta uno de los cristales rotos mientras estaba allí, inerte como un paragüero.

Bajó la vista hacia el contenido derramado del cajón, pero solo había el cambio, un rotulador, un peine y el reloj. Ni la cartera ni, lo más importante, la navaja suiza.

Al rato, Annie volvió un poco en sí; la cólera, por lo menos, parecía haber desaparecido. Lo miró con gesto triste y dijo:

—Creo que es mejor que me vaya. Más vale que no esté cerca de ti durante un rato. No creo que sea muy... aconsejable.

—¿Irte? ¿Adónde?

—Eso da igual. A un sitio que conozco. Si me quedo aquí, haré alguna tontería. Necesito pensar. Adiós, Paul.

Se dirigió hacia la puerta con paso firme.

—¿Volverás para darme la medicina? —preguntó él, alarmado.

Ella agarró el pomo de la puerta y cerró sin responder. Una llave giró en la cerradura; la primera vez que Paul oía ese ruido.

Sus pasos se alejaron por el pasillo y él dio un respingo al oírla gritar furiosa —no entendió lo que decía—, y luego oyó que rompía algo más. Un portazo. Un motor arrancando. Crujir amortiguado de neumáticos sobre la nieve acumulada. El sonido de motor se fue alejando, reducido primero a un ronquido y luego a un zumbido lejano, hasta extinguirse por completo.

Estaba solo.

Solo en casa de Annie Wilkes, encerrado en aquel cuarto. Encerrado en su cama. La distancia hasta Denver era como... bueno, como la distancia entre el zoológico de Boston y África.

Se quedó mirando al techo, seca la garganta y el pulso acelerado.

Al cabo de un rato el reloj del salón dio las doce del mediodía y la marea empezó a bajar.

14

Cincuenta y una horas.

Lo sabía con exactitud gracias al rotulador de punta fina que llevaba en el bolsillo en el momento del accidente. Había conseguido pescarlo del suelo. Cada vez que el reloj sonaba, se hacía una marca en el brazo: cuatro verticales y luego una en diagonal para cerrar el quinteto. Cuando volvió ella había diez grupos de cinco y una extra. Las marcas, al principio bien delineadas, iban volviéndose irregulares a medida que sus manos habían empezado a temblar. No creía haber pasado por alto una sola hora. En algún momento se había quedado medio dormido, pero sin llegar a dormirse del todo. El reloj lo despertaba con sus toques.

Al cabo de un rato empezó a sentir hambre y sed, incluso en medio del dolor. Aquello se convirtió en una especie de carrera de caballos. Al principio Rey del Dolor iba muy por delante, seguido a unos doce estadios por Qué Hambre Tengo. Bonita Sed apenas si se veía entre la estela de polvo. Pero cuando ya despuntaba el día siguiente a que ella se marchara, Qué Hambre Tengo consiguió hacérselas pasar un rato moradas a Rey del Dolor.

Buena parte de la noche se la había pasado dormitando y despertándose bañado en sudor frío, convencido de que se moría. Un rato después, lo que *quería* era morir, cualquier cosa con tal de que acabara la tortura. Jamás se había imaginado hasta dónde podía llegar el dolor. Los pilotes crecían y crecían. Podía ver los percebes incrustados en ellos, pálidas cositas ahogadas yaciendo inertes en las hendiduras de la madera. Aquellos seres eran afortunados. El dolor, para ellos, había quedado atrás. A eso de las tres se había puesto a gritar inútilmente.

Hacia las doce del mediodía siguiente —hora veinticuatro— se percató de que había otra fuente de dolor, aparte del que sentía en las piernas y la pelvis: era la abstinencia. Llamémoslo Venganza del Yonqui, por ejemplo. Necesitaba aquellas cápsulas por más de una razón.

Consideró la posibilidad de levantarse, pero la idea de caer al suelo y la subsiguiente escalada de dolor lo hizo desistir varias veces. Pudo imaginar con toda viveza

(«¡Muchísima imaginación!»)

lo que sentiría. Quizá habría hecho un intento, pero ella había cerrado con llave al salir. ¿Qué podía hacer, aparte de arrastrarse hasta la puerta como un caracol y quedarse allí tirado?

Presa de la desesperación, retiró las mantas con la mano por primera vez, confiando contra todo pronóstico que la cosa no fuera tan grave como hacían pensar aquellas formas bajo la tela. Y no es que fuera *grave*, sino peor aún. Contempló horrorizado lo que quedaba de sus piernas rodilla abajo. La voz de Ronald Reagan en *Abismo de pasión* se abrió paso en su cabeza, gritando «¿Y dónde está el resto?».

El resto allí estaba. Quizá podría salir de esta; las perspectivas de lograrlo, eso sí, no podían ser más remotas. Le pareció que era técnicamente factible, aunque tal vez no podría volver a andar nunca más, y no sin que antes le hubieran vuelto a romper las piernas —por varios sitios quizá—, a ensamblarlas con piezas de acero, a someterlas a una despiadada puesta a punto y a un sinfín de dolorosísimas vejaciones.

Annie Wilkes se las había entablillado; él, naturalmente, lo sabía, había notado aquellas cosas rígidas, pero hasta el momento no había sabido de qué medios se había servido para hacerlo. La parte inferior de ambas piernas estaba circundada por unas varillas metálicas que parecían haber sido aserradas de unas muletas de aluminio. Las varillas estaban fuertemente fijadas con cinta adhesiva, de tal manera que de rodilla para abajo parecía Amenhotep cuando descubrieron su tumba. Las piernas propiamente dichas subían en extraños meandros hasta las rótulas, ahora un poco hacia fuera, ahora un poco hacia dentro. De hecho, la rodilla izquierda —un foco permanente de dolor— estaba como desaparecida. Había una pantorrilla y un muslo, y luego en medio una especie de muñón que recordaba por la forma a un domo salino. La parte superior de las piernas se veía tremendamente hinchada y parecía haberse arqueado un poco hacia fuera. Muslos, entrepierna e incluso el pene mostraban todavía rastros de contusiones diversas.

Él había pensado que tenía las piernas hechas añicos. Resultaba que no: lo que estaban era *pulverizadas*.

Gimiendo, llorando, volvió a taparse. Nada de bajar de la cama. Mejor quedarse quieto, morir donde estaba ahora; mejor aceptar este nivel de dolor, por muy horroroso que fuera, hasta que el dolor desapareciera por completo.

A eso de las cuatro del segundo día, Bonita Sed dijo aquí estoy yo. Hacía mucho rato que era consciente de la sequedad en la boca y la garganta, pero la cosa empezó a ponerse seria. Notaba la lengua hinchada, exageradamente gruesa. Le dolía al tragar. Pensó en la jarra de agua que ella había hecho trizas.

Dormitó, se despertó, dormitó.

El día quedó atrás. Se hizo de noche.

Necesitaba orinar. Apoyó la sábana de arriba sobre su pene confiando en hacer con ella una especie de filtro tosco y orinó a través de ella sobre sus manos abocinadas. Intentó contemplarlo como una suerte de reciclaje y bebió lo que había

conseguido retener en las manos. Y se las lamió, mojadas. Era otra de las cosas que probablemente no le contaría a nadie, si es que vivía lo suficiente para contar algo.

Empezaba a pensar que ella había muerto. Era una mujer desequilibrada, y muchas veces la gente desequilibrada se quitaba la vida. La vio

(«¡Muchísima imaginación!»)

arremánzose al arcén en su vieja Bessie, sacando de debajo del asiento un revólver calibre 44, metiéndose el cañón en la boca y apretando el gatillo. «*Muerta Misery, ya no quiero vivir. ¡Adiós, mundo cruel!*»

Soltó una carcajada, luego un gemido, después un grito. El viento chilló con él... pero no hizo más caso.

¿Un accidente, quizá? ¿Podía ser? ¡Sí, señor! La vio conduciendo furiosa, corriendo demasiado, y luego

(«¡Eso no le viene de la parte de MI familia!»)

entrando en catatonia y desviándose hacia la cuneta. Cuesta abajo y abajo. Chocando, el coche convertido acto seguido en una bola de fuego y ella muriendo sin darse cuenta siquiera.

Si estaba muerta, él moriría en aquella cama, como una rata en una trampa.

Pensaba que si perdía el conocimiento dejaría de sufrir, pero no ocurrió tal cosa; llegó la hora treinta, llegó la hora cuarenta, y Rey del Dolor y Bonita Sed se fundieron en un solo caballo (Qué Hambre Tengo había quedado rezagado en el polvo hacía ya rato) y empezó a sentirse nada más que como un pequeño fragmento de tejido humano en el portaobjetos de un microscopio, o como un gusano en el anzuelo; algo, en cualquier caso, que se retorció sin parar esperando la muerte.

15

Cuando ella entró, Paul pensó que se trataba de un sueño, pero luego la realidad —y la simple y pura supervivencia— se impuso y empezó a gemir y rogar y suplicar, todo ello a trompicones, todo ello como si saliera de un profundo pozo de irrealidad. La única cosa que veía clara era que ella llevaba un vestido azul oscuro y un sombrero estampado, exactamente el conjunto con que él la imaginó en el estrado allá en Denver.

Tenía el cutis encendido y sus ojos brillaban vivaces. Era todo lo bonita que Annie Wilkes podía llegar a ser jamás, y cuando más tarde intentó recordar la escena, las únicas imágenes claras que fue capaz de evocar fueron sus mejillas arreboladas y el sombrero estampado. Desde un último bastión de sensatez y de claridad mental, el racional Paul Sheldon había pensado: Parece una viuda a la que acaban de echarle un polvo después de diez años de sequía.

Annie Wilkes llevaba en la mano un vaso alto de agua.

—Toma —dijo, y le puso en el cogote una mano todavía fría de la intemperie a fin de que él pudiera incorporarse para beber sin atragantarse. Paul echó tres largos sorbos, notando como los poros del desierto de su lengua se ensanchaban, clamando ante la sorpresa del líquido, y una parte del agua le resbaló por el mentón para caer sobre la camiseta que llevaba puesta. Después, ella apartó el vaso.

Paul lloriqueó pidiendo más, extendió las manos en señal de súplica.

—No —dijo ella—. No, Paul. Si bebes más, vomitarás.

Al cabo de un rato, le devolvió el vaso y permitió que echara dos tragos más.

—Dame eso —dijo él, tosiendo. Se pasó la lengua ávida por los labios y chupó. Recordaba vagamente haber bebido sus propios orines, lo calientes y salados que estaban—. Las cápsulas. Me duele mucho. Annie, te lo ruego, ayúdame, *el dolor es insoportable...*

—Ya lo sé, pero tienes que hacerme caso —dijo ella, mirándolo con aquella expresión seria pero maternal—. He tenido que irme para pensar. He pensado mucho, y confío en haber pensado bien. No estaba del todo segura; a veces se me enturbian los pensamientos, eso lo sé muy bien. Y lo acepto. Es por ese motivo que no podía recordar dónde estuve todas las veces que me lo preguntaron. Por eso rezaba. *Existe un Dios, como ya sabes, y él siempre responde. Por eso he rezado. Le he dicho: «Dios, es posible que Paul Sheldon esté muerto cuando yo regrese». Pero Dios me ha dicho: «No. Le he perdonado la vida para que tú puedas mostrarle el buen camino».*

Paul apenas si la escuchaba; tenía la vista fija en el vaso de agua. Ella le dejó tomar tres sorbos más. Él bebió como los caballos, soltó un eructo y luego dejó escapar un grito al sentir calambres en todo el cuerpo.

Durante todo aquel rato, ella lo miraba con bondad.

—Te daré la medicina y se te pasará el dolor —dijo—, pero antes hay algo que debes hacer. Enseguida vuelvo.

Se levantó y fue hacia la puerta.

—¡No! —gritó él.

Ella hizo caso omiso. Paul se quedó tumbado, envuelto en dolores, tratando de no gemir pero gimiendo de todos modos.

16

Al principio pensó que había entrado en fase de delirio. Lo que estaba viendo era demasiado extravagante para ser fruto de la cordura. Cuando Annie regresó, lo hizo empujando una parrilla de asar.

—Annie, no aguanto más —dijo él, llorando a lágrima viva.

—Lo sé, cariño. —Lo besó en la mejilla, y el contacto de sus labios fue tan sutil como la caída de una pluma—. Pronto.

Volvió a salir y él se quedó mirando la parrilla como un idiota; ¿qué pintaba en la habitación un objeto pensado para un patio al aire libre en verano? Le vinieron a la cabeza imágenes de ídolos y sacrificios.

Y, cómo no, era un sacrificio lo que ella tenía en mente; cuando volvió a entrar llevaba en una mano el manuscrito de *Automóviles veloces*, única prueba existente de dos años de trabajo, y en la otra mano una caja de cerillas Diamond Blue Tip.

17

—No —dijo él, llorando y temblando.

Un pensamiento le quemaba como si fuera ácido: por menos de cien pavos podría haber hecho una copia del manuscrito en Boulder. La gente —Bryce, sus dos exesposas, qué coño, hasta su madre— siempre le decía que era una locura no hacer al menos una copia del trabajo y guardarla; a fin de cuentas, podía declararse un incendio en el Boulderado, o en su casa de Nueva York; podía haber un tornado, una inundación u otra catástrofe natural. Pero él se había negado siempre, y no por un motivo racional, sino porque le parecía que hacer copias tenía gafe.

Pues bien, el gafe y la catástrofe natural se habían combinado, y el resultado no era otro que el Huracán Annie. Por lo visto, a ella, inocente, no se le había pasado por la cabeza que en alguna parte pudiera haber otra copia de *Automóviles veloces*, y si Paul hubiera *hecho caso*, si hubiera desembolsado esos malditos cien dólares...

—Sí —dijo ella, tendiéndole las cerillas. El manuscrito, en pulcro papel Hammermill Bond con la página del título encima de todo, descansaba en su regazo. Su cara no había perdido claridad ni serenidad.

—No —dijo él, desviando la cabeza para no mirarla.

—Sí. Es asqueroso. Y, aparte de eso, no es bueno.

—¡Qué cojones vas a saber tú lo que es bueno o no es bueno! —le chilló, sin importarle ya nada.

Ella rio sin estridencia. Aparentemente, su mal genio estaba de vacaciones. Pero, pensó Paul, conociendo a Annie Wilkes, podía volver en cualquier momento, una maleta en cada mano: *¡Qué ganas tenía de volver! ¿Cómo te va?*

—En primer lugar —dijo ella—, los genitales aquí no pintan nada. En segundo lugar, yo sé perfectamente cuándo algo es bueno. Tú eres bueno, Paul. Solo necesitas un poco de ayuda. Bien, coge las cerillas.

Él negó obstinadamente con la cabeza.

—No.

—Sí.

—¡No!

—Sí.

—*¡Que no, joder!*

—Sigue diciendo tacos. Me los sé todos.

—No pienso hacerlo. —Cerró los ojos.

Cuando los abrió, ella sostenía en la mano un pequeño cartón con la palabra NOVRIIL impresa en la parte superior en letras azules. MUESTRA, ponía debajo de la marca, en letras rojas. NO DESPACHAR SIN RECETA MÉDICA. Y al pie de esta advertencia había cuatro cápsulas en sus blísteres respectivos. Paul hizo ademán de cogerlas; ella las apartó a tiempo.

—Cuando quemes el manuscrito, te daré las cápsulas (creo que las cuatro) y se te pasará el dolor. Te irás sintiendo sereno otra vez, y cuando puedas controlarte, te cambiaré las sábanas (ya veo que las has mojado y debes de estar incómodo), y a *ti* también. Como ya tendrás hambre, te daré un poco de caldo. Puede que unas tostadas sin mantequilla. Pero mientras no lo quemes, Paul, no puedo hacer nada. Lo siento.

Su lengua quería decir *¡Sí! ¡Sí, de acuerdo!*, de modo que se la mordió. Apartándose de ella una vez más —lejos de aquel cartoncito seductor y exasperante, de las blancas cápsulas en sus blísteres transparentes con forma de rombo—, dijo:

—Eres el diablo.

De nuevo, en lugar del arrebató de furia que él esperaba, recibió otra risa indulgente teñida de melancolía.

—*¡Sí, cómo no! ¡Claro!* Es lo que piensa un niño cuando mamá entra en la cocina y se lo encuentra jugando con el líquido limpiador que guarda debajo del fregadero. Naturalmente, el niño no lo dice con *esas* palabras porque no tiene tu cultura. Él solo dice: «¡Eres mala, mami!».

Apartó con la mano los cabellos que él tenía pegados a la frente sudorosa, y sus dedos bajaron luego por su mejilla, perfilaron la nariz y dieron un leve apretón en el hombro, con compasión, antes de apartarse.

—La madre se siente mal cuando su niño le dice cosas como que ella es mala, o si llora porque ella le ha quitado algo, como haces tú ahora. Pero la madre cumple con su deber porque sabe que hace bien. Y yo cumplo con el mío.

Tres rápidos golpes sordos cuando Annie descargó sus nudillos sobre el manuscrito; 190 000 palabras y cinco vidas que a un Paul Sheldon sano y sin dolores le habían importado mucho; 190 000 palabras y cinco vidas que, cada segundo que pasaba, le parecían más y más despreciables.

Las píldoras. Tenía que conseguir las malditas píldoras como fuera. Las vidas eran sombras. Las píldoras, no. Las *píldoras* eran reales.

—Paul...

—*¡No!* —sollozó él.

El ruidito de las cápsulas dentro de sus blísteres (silencio), el sonido a madera de las cerillas en el interior de la caja.

—Paul...

—*¡No!*

—Estoy esperando, Paul.

Pero, por el amor de Dios, ¿a qué viene este papelón a lo Horacio en el puente y a quién, por el amor de Dios, tratas de impresionar? ¿Te crees que esto es una peli o un programa de televisión y que el público te va a poner nota según lo valiente que seas? Puedes hacer lo que ella quiere o puedes resistirte; si te resistes, morirás, y ella después quemará el manuscrito. Así que ¿qué vas a hacer, quedarte aquí sufriendo por un libro del que se venderían la mitad de ejemplares que del menos vendido de la serie *Misery* y en el que Peter Prescott se cagaría a su más elegante y desdeñoso estilo cuando escribiera la reseña para ese gran oráculo literario llamado *Newsweek*? ¡Venga, hombre, espabila! ¡Hasta el mismísimo Galileo abjuró al ver que aquella gente iba realmente en serio!

—¿Paul? Estoy esperando. Puedo esperar todo el día. Aunque me parece que no tardarás mucho en entrar en coma; de hecho, creo que estás en estado comatoso ahora mismo y yo he tenido mucha...

No terminó la frase.

¡Sí! ¡Dame las cerillas! ¡Dame un soplete! ¡Dame un helicóptero y un bote de napalm! ¡Lanzaré una bomba nuclear táctica encima si eso es lo que quieres, bruja de los cojones!

Así hablaba el oportunista, el superviviente. Pero otra parte de él, ahora en declive, casi comatosa también, se puso a chillar en la oscuridad: ¡Ciento noventa mil palabras! ¡Cinco vidas! ¡Dos años de trabajo! En resumidas cuentas: ¡La verdad! ¡Lo que tú sabías sobre LA PUTA VERDAD!

Los muelles crujieron al levantarse ella.

—¡Muy bien! Está visto que *eres* un niño testarudo, y yo no puedo estarme toda la noche aquí sentada, ¡y no porque no me apetezca! Después de todo, he conducido casi una hora seguida para llegar aquí lo antes posible. Pasaré dentro de un rato, a ver si has cambiado de...

—¡Pues quémalo *tú*!

Ella se volvió y dijo:

—No. Eso no puedo hacerlo, aunque lo haría de buena gana y así te evitaría tener que sufrir...

—¿Por qué no?

—Porque has de ser tú quien lo haga por voluntad propia —dijo ella con delicadeza.

Él se echó a reír al oír esto, y por primera vez desde que había entrado en la habitación, la cara de ella se ensombreció. Un momento después salía del cuarto con el manuscrito bajo el brazo.

Cuando volvió al cabo de una hora, él cogió las cerillas.

Ella puso la primera página del manuscrito sobre el asador. Él intentó encender una de las cerillas, pero no pudo porque no acertaba con la tira de rascar o se le caía de la mano.

Fue Annie, pues, quien cogió la caja, prendió la cerilla y se la puso entre los dedos, y él entonces la acercó a la esquina del papel. La dejó caer en el recipiente y miró fascinado cómo paladeaba primero y luego engullía. Esta vez ella había traído un tenedor de barbacoa y cuando la página empezó a abarquillarse con el fuego, la hundió entre los espacios de la parrilla.

—Así no acabaremos nunca —dijo él—. No puedo...

—Será rápido, ya lo verás —dijo ella—. Pero tienes que quemar varias de las páginas sueltas, Paul, como muestra de que lo entiendes.

Puso la primera página de texto de *Automóviles veloces* sobre la parrilla, unas palabras que él recordaba haber escrito unos dos años atrás, en la casa de Nueva York: «“No tengo coche”, dijo Tony Bonasaro, acercándose a la chica que estaba bajando los escalones, “y soy lento para aprender, pero sé conducir rápido”».

Le vino aquel día a la memoria como si hubiera escuchado un viejo éxito por la radio. Recordó que había ido por el apartamento de habitación en habitación, hinchado de libro, o, más que hinchado, *preñado*, y he aquí los dolores de parto. Recordó que horas antes había encontrado un sujetador de Joan debajo de un cojín del sofá; hacía tres meses ya que ella se había ido, lo que da una idea de lo bien que limpiaban las asistentes. Recordó haber oído el tráfico rodado en la calle y también, de lejos, el monótono tañer de una campana de iglesia llamando a los fieles a misa.

Recordó haberse sentado.

Como siempre, el tremendo alivio de empezar, una sensación que era como caer por un agujero lleno de una luz deslumbrante.

Como siempre, la sombría conciencia de que no escribiría tan bien como deseaba hacerlo.

Como siempre, el terror de no ser capaz de terminar, de ir acelerando hacia una pared ciega.

Como siempre, la maravillosa y jubilosa y estresante sensación de *viaje empezado*.

Miró a Annie Wilkes y dijo, con voz clara pero no alta:

—Annie, por favor, no me obligues a hacer esto.

Ella, con las cerillas inmóviles en la mano tendida, dijo:

—Puedes hacer lo que quieras.

Y él quemó el manuscrito.

Le hizo quemar la primera página, la última página y nueve pares de páginas de diversos puntos en el manuscrito, porque, dijo, nueve era un número de poder y dos veces nueve daba buena suerte. Paul vio que había tachado las palabrotas con un rotulador, al menos hasta donde había sido capaz de leer.

—Bien —dijo, una vez quemado el noveno par de páginas—. Como has sido un niño bueno y comprensivo y sé que esto te duele tanto como las piernas, no voy a alargarlo más.

Retiró la parrilla y metió el resto del manuscrito en la cuba, hundiendo las negras virutas de las páginas que él acababa de quemar. La habitación apestaba a fósforos y a papel quemado. Huele como el guardarropa del demonio, pensó Paul, delirante. Y supuso que si hubiera tenido algo dentro de la arrugada cáscara de nuez en que se había convertido su estómago, lo habría vomitado sin más.

Annie Wilkes encendió otra cerilla y se la pasó. No sin esfuerzo, él consiguió inclinarse y dejarla caer en la cuba. Ya todo le daba igual.

Notó que ella le daba un codazo.

Fatigado, abrió los ojos.

—Se ha apagado. —Ella raspó otro fósforo y se lo acercó a la mano.

Y de nuevo, no sin esfuerzo, él se inclinó —al hacerlo, le pareció que alguien le serraba las piernas con una herramienta oxidada— y aplicó la cerilla a una esquina del taco de páginas. Esta vez la llama se ensanchó en lugar de encogerse hasta morir alrededor de la cabeza del fósforo.

Se recostó de nuevo, cerrados los ojos, escuchando el crepitar del fuego, sintiendo aquel calor sordo e intenso.

—¡Santo Dios! —exclamó ella, alarmada.

Él abrió los ojos. Fragmentos chamuscados de papel se elevaban de la barbacoa y bailoteaban en el aire recalentado del cuarto.

Annie salió pesadamente de la habitación. Él la oyó llenar un cubo con agua en la bañera. Como embobado, se quedó mirando un oscuro fragmento de manuscrito que atravesaba flotando la habitación para aterrizar en uno de los visillos. Hubo un chispazo fugaz —a él le dio tiempo de pensar si habría un incendio— que, al extinguirse, dejó en la tela un agujerito como una quemadura de cigarrillo. Nevaba ceniza sobre la cama, y algunos copos cayeron en sus brazos. Pero a él ya nada le importaba.

Cuando Annie volvió a entrar, sus ojos se desvivieron por seguir el rumbo de cada una de las páginas carbonizadas conforme estas bailoteaban en el aire. Pequeñas llamas daban volteretas y guiñadas asomando de la cuba.

—¡Santo Dios! —volvió a decir, mirando en derredor con el cubo en una mano, tratando de decidir en qué dirección tirar el agua o si había que hacerlo siquiera. Le temblaban los labios, húmedos de saliva. Mientras Paul la observaba, la lengua de ella escapó de su boca para humedecérselos de nuevo—. ¡Santo Dios! ¡Santo Dios! —No parecía capaz de decir otra cosa.

Incluso apresado en el torno de su dolor, Paul experimentó una sensación fugaz de placer intenso; esa era la cara que ponía Annie Wilkes cuando estaba asustada; una expresión que podía acabar gustándole mucho.

Otra página del manuscrito revoloteó, esta vez orlada todavía de pequeños zarcillos de fuego azulado, y ahí fue cuando ella se decidió. Soltando otro «¡Santo Dios!», vertió el agua con cuidado en la cuba de la barbacoa. Produjo un monstruoso siseo y un denso penacho de vapor que desprendió un pestazo húmedo, un olor a chamuscado y sin embargo a leche también.

Cuando se quedó a solas, Paul consiguió acodarse en la cama una última vez. Miró dentro de la cuba y vio algo que parecía un tocón de árbol carbonizado flotando en una charca.

Annie Wilkes volvió al cabo de un rato.

Tarareando, ni más ni menos.

Lo ayudó a incorporarse y le metió cápsulas en la boca.

Él las tragó y volvió a tumbarse, pensando: En cuanto pueda, la mato.

20

—Come —dijo ella, desde lejos, y él sintió punzadas de dolor. Al abrir los ojos la vio sentada a su lado; por primera vez estaban los dos cara a cara, a la misma altura. Paul se percató con cierta legañosa sorpresa de que, por primera vez en incontables eones, él estaba sentado también; tal como suena, sentado.

¿Qué coño importa?, pensó, dejando que sus ojos volvieran a cerrarse. La marea estaba de vuelta; los pilotes, cubiertos. La marea había llegado por fin, y la próxima vez que se retirara sería quizá para siempre, de modo que cabalgaría las olas mientras quedaran olas que cabalgar, ya pensaría en sentarse más adelante...

—¡Que comas! —chilló ella, y a esto siguió una reaparición del dolor; un zumbido penetrante en la sien izquierda le hizo gemir y querer apartarse—. ¡Come, Paul! Tienes que reaccionar un poco y comer, porque si no...

¡Zzzzzing! El lóbulo de la oreja. Se lo estaba pellizcando ella.

—Kay —murmuró—. ¡Kay! No me la arranques, por el amor de Dios.

Se obligó a abrir los ojos. Fue como si de cada párpado le colgara un bloque de hormigón. Inmediatamente notó la cuchara en su boca y el caldo, muy caliente, resbalando garganta abajo. Tragó para no ahogarse.

Y entonces, de manera inesperada —¡la remontada más asombrosa que este locutor haya visto jamás, damas y caballeros!—, Qué Hambre Tengo apareció en su campo visual. Fue como si la primera cucharada de caldo hubiera sacado a sus tripas de un trance hipnótico. Tragó el resto todo lo rápido que ella pudo meterle cucharadas

en la boca, y conforme succionaba y tragaba, el hambre en vez de menguar parecía ir en aumento.

Recordaba muy vagamente haber visto a Annie Wilkes sacar la siniestra y humeante barbacoa y entrar luego con algo que, en su estado de drogada postración, pensó que podía ser un carrito de la compra. La idea no le había causado ni sorpresa ni extrañeza; a fin de cuentas, ¡su anfitriona *era* Annie Wilkes! Barbacoas, carritos de la compra; mañana igual un parquímetro o una cabeza nuclear. Cuando vivías en la casa de la risa, no parabas de troncharte.

Se había quedado medio dormido, pero comprendió ahora que el carrito de la compra era en realidad una silla de ruedas plegada. Estaba sentado en ella, tiesas al frente las piernas entablilladas, la zona pélvica incómodamente hinchada y no muy feliz con la nueva postura.

Me ha puesto aquí mientras yo estaba KO, pensó. Habrá tenido que levantarme a pulso. ¡Lo fuerte que es esta mujer!

—¡Listo! —exclamó ella—. Da gusto ver lo bien que te tomas el caldo, Paul. Estoy segura de que te pondrás bien. Por desgracia, no puedo decir que vayas a quedar como nuevo, pero si no volvemos a tener más... más *contratiempos*, yo creo que te curarás. Bueno, voy a cambiarte esas sábanas sucias, y cuando termine te cambiaré a *ti*, que estás sucio también. Y luego, si no te duelen mucho las piernas y todavía tienes hambre, te dejaré comer unas tostadas.

—Gracias, Annie —dijo él con humildad, y pensó: Tu garganta. Si puedo, te daré una oportunidad de relamerte y decir «¡Santo Dios!». Pero solo una vez, Annie.

Una nada más.

21

Cuatro horas más tarde estaba otra vez tumbado en la cama y por un Novril habría sido capaz de quemar *todos* sus libros. La postura sedente no le había causado ningún problema en el momento —menos aún teniendo tanta droga en la sangre como para dormir a medio ejército prusiano—, pero ahora parecía que la mitad inferior de su cuerpo estuviera invadida por un enjambre de abejas.

Gritó a pleno pulmón; debía de ser *cosa* de la comida, porque no recordaba haber podido gritar tan fuerte desde que saliera del nubarrón.

Notó su presencia en el pasillo, frente a la puerta de la habitación, mucho antes de que entrara, hierática, desconectada, desenchufada, mirando inexpresiva el pomo de la puerta, o las líneas de sus propias manos.

—Toma. —Le dio la medicina, dos cápsulas esta vez.

Él las tragó, sujetándole la muñeca para beber del vaso.

—Te he comprado dos cosas en el pueblo —dijo ella mientras se ponía de pie.

—¿Ah, sí? —dijo él, con un graznido de voz.

Annie señaló la silla de ruedas que descansaba en el rincón con sus reposapiés de acero tiesos al frente.

—El otro regalo te lo enseñaré mañana. Ahora procura dormir un poco, Paul.

22

Pero el sueño tardaba mucho en llegar. Colocado de codeína, meditó sobre la situación en que se encontraba. Le pareció un poco más soportable; prefería pensar en eso que en el libro que había creado y luego descreado.

Cosas... cosas aisladas como retazos de tela que se pueden juntar para confeccionar una colcha.

Estaban a mucha distancia de los vecinos; vecinos que, decía Annie, le tenían manía. ¿Qué apellido había dicho? ¿Boynton? No, *Roydman*. Eso. Roydman. Y del pueblo, ¿a qué distancia? Seguramente no demasiada. Se encontraba en una circunferencia cuyo diámetro podía ser tan pequeño como veinticinco kilómetros o tan grande como setenta. La casa de Annie Wilkes estaba dentro del círculo, y la de los Roydman, y el centro de Sidewinder, por muy patéticamente pequeño que pudiera ser...

Y mi coche. También mi Camaro está en ese círculo. ¿Lo habrá encontrado la policía?

Probablemente no. Él era una persona bastante conocida; si hubieran encontrado un coche con matrícula registrada a su nombre, una simple comprobación habría servido para ver que él había estado en Boulder y que luego había desaparecido de la vista. El hallazgo de su coche siniestrado, y vacío, habría dado pie a una búsqueda, a noticias en la prensa y la televisión...

Ella nunca mira las noticias, y nunca pone la radio... a no ser que use unos auriculares.

Toda la situación era un poco como lo del perro en aquel cuento de Sherlock Holmes, el perro que no ladraba. Estaba claro que no habían encontrado el coche porque no había aparecido ningún poli. Si *hubieran dado* con él, habrían preguntado a todas las personas del hipotético círculo en que se hallaba, ¿no? Y ¿cuántas podía haber en dicho círculo, tan cerca del ápice del Western Slope? Los Roydman, Annie Wilkes, a lo sumo diez o doce personas más.

Y que todavía no lo hubieran encontrado, el coche, no quería decir que no *acabaran* encontrándolo.

Su vívida imaginación (que no le venía de nadie de la parte *materna* de su familia) tomó los mandos. El agente era alto, apuesto pero no sexy, las patillas un poquito más largas de lo que fijaba el reglamento. Usaba unas gafas de sol en las que

la persona interrogada podía ver un duplicado de su propia cara. Tenía un fuerte acento del Medio Oeste.

Hemos encontrado un coche volcado a media ladera de Humbuggy Mountain. Pertenece a un famoso escritor de nombre Paul Sheldon. Hay rastros de sangre en los asientos y el salpicadero, pero ningún ocupante. Debió de salir por sus propios medios, quién sabe si no se habrá extraviado, aturdido por el accidente.

Eso tenía gracia, considerando cómo tenía las piernas; claro que ellos no podían saber qué clase de heridas había sufrido. Supondrían que, como no estaba en el lugar del accidente, habría tenido fuerzas suficientes para alejarse al menos un poco. Las deducciones de la policía difícilmente podían barajar la posibilidad de un secuestro, al menos de entrada, y muy probablemente nunca.

¿Recuerda haber visto a alguien en la carretera el día del temporal?, ¿un hombre alto, cuarenta y dos años, cabello rubio tirando a rojizo?, ¿probablemente con vaqueros, camisa de franela a cuadros y parka?, ¿pinta de estar un poco tocado? Qué digo, a lo mejor ni sabía quién era...

Annie haría pasar al agente a la cocina y le ofrecería café; tomaría la precaución de verificar que todas las puertas entre la cocina y el cuarto de huéspedes estuvieran cerradas. Por si a él le daba por gemir.

Vaya, pues no, agente. No he visto absolutamente a nadie. Es más, volví del pueblo lo más rápido que pude en cuanto Tony Roberts me dijo que finalmente la tormenta no iba a desviarse hacia el sur.

El agente, dejando la taza y poniéndose de pie: *Bien, pues si ve a alguien que se ajuste a esta descripción, señora, póngase en contacto con nosotros lo antes posible. Se trata de una persona bastante famosa. Sale en la revista People. Y en algunas más.*

¡Descuide, agente!

Y el policía que se marchaba.

Podía ser que algo así hubiera sucedido ya y él no se hubiera enterado. Tal vez el homólogo (u homólogos) del poli había ido a ver a Annie mientras él estaba grogui de Novril. Pensándolo mejor, decidió que eso era poco probable. Él *no era* Fulano de Tal, con domicilio en Kokomo, sino un simple huésped de paso. Visto y no visto. Había salido en *People* (primer best seller) y en *Us* (primer divorcio); un domingo, en la columna *Personality Parade* de Walter Scott había salido una pregunta sobre él. Probablemente los propios agentes habrían cotejado la información. Cuando desaparecía un famoso —o un famosillo, como un novelista—, las fuerzas policiales se esmeraban mucho.

Eso son simples conjeturas, tío.

Conjeturas o deducciones, a saber. En cualquier caso, preferible eso a estar tumbado sin hacer nada.

¿Había quitamiedos?

Intentó hacer memoria sin conseguirlo. Lo único que recordaba era que alargó el brazo para coger el tabaco y que, de repente, el cielo y la tierra cambiaron de posición, y luego oscuridad total. Claro que, por simple deducción (o conjetura razonable, vale, si nos poníamos petulantes), lo más fácil era creer que no había. Quitamiedos destrozados o tirantes de fijación sueltos habrían alertado a algún equipo de mantenimiento de carreteras.

Entonces ¿qué había pasado *exactamente*?

Que había perdido el control en un sitio donde apenas había desnivel, solo la suficiente pendiente para que el coche volcara. Si el desnivel hubiese sido más pronunciado, en la carretera habría habido quitamiedos. Si el desnivel hubiera sido más pronunciado, a Annie Wilkes le habría resultado difícil, por no decir imposible, llegar hasta él, no digamos ya sacarlo del coche y subirlo ella sola hasta la carretera.

Y ¿dónde estaba, pues, el coche? Sepultado bajo la nieve, claro.

Paul se puso un brazo sobre los ojos y vio un quitanieves municipal subiendo por la carretera en donde él había sufrido el accidente dos horas antes. La máquina es como una mancha naranja en la nevada hacia el final del día. El que la conduce va abrigado hasta los ojos; su cabeza está cubierta por una anticuada gorra de ferroviario hecha de cutí azul y blanco. A su derecha, al final de una suave pendiente que, no muy lejos de allí, terminará en un cañón típico de la zona, yace el Camaro de Paul Sheldon con la descolorida pegatina azul de HART FOR PRESIDENT en el parachoques posterior. El conductor de la máquina quitanieves no ve el coche; pese a que destaca en el entorno, allá abajo, la pegatina está demasiado descolorida para llamar su atención. Las cuchillas laterales le tapan casi toda la visión y, encima, es casi de noche y está agotado. Solo desea terminar la última pasada, dar media vuelta y regresar a su refugio para tomarse una buena taza de café caliente.

Al pasar la máquina de largo, una rociada de nieve desciende hacia el barranco. El Camaro, con nieve ya por las ventanillas, está sepultado hasta la línea del techo. Más tarde, en el momento más oscuro de un crepúsculo borrascoso cuando incluso lo que uno tiene delante de las narices parece irreal, acierta a pasar por allí, en sentido contrario, el conductor del segundo turno y acaba de sepultarlo.

Paul abrió los ojos y miró al techo. Había finas grietas en la escayola que parecían formar un terceto de emes entrelazadas. Le eran ya muy familiares, después de tantos días tumbado en la cama desde que saliera del nubarrón, y volvió a reseguirlas con la vista, pensando inadvertidamente en palabras que empezaban por eme, como «maldad», «malandrín», «malhadado», «mucilaginoso».

Sí.

Pudo haber pasado así. Por qué no.

¿Había pensado ella en lo que podía ocurrir cuando encontraran el Camaro?

Tal vez sí. Estaba como una cabra, pero no por ello era estúpida.

Ah, pero no se le había pasado por la cabeza que él pudiera tener un duplicado de *Automóviles veloces*.

Y estaba en lo cierto, claro. La muy puta había acertado. Yo no tenía copia.

Imágenes de las páginas medio quemadas revoloteando, las llamas, los sonidos, el olor de la descreación; todo ello le hizo rechinar los dientes. Intentó interponer un muro mental; tener *muchísima* imaginación no siempre era *bueno*.

No, no hiciste copia, pero nueve de cada diez escritores la habrían hecho, al menos si les pagaran tanto como te han pagado a ti por los libros que no eran de Misery. Eso ella ni siquiera lo pensó.

Porque no es escritora.

Tampoco es una estúpida, como creo que ambos hemos convenido. Yo pienso que es una mujer muy pagada de sí misma; no es que tenga un ego grande, es que lo tiene colosal. Quemar el manuscrito le parecía lo correcto, y la idea de que su concepto de lo correcto pudiera sufrir un cortocircuito por algo tan nimio como una fotocopidora y ochenta pavos... esa señal luminosa no llegó a aparecer en su radar, amigo mío.

Sus otras deducciones tal vez fueran como casas construidas sobre arenas movedizas, pero esta visión de Annie Wilkes le pareció tan sólida como el peñón de Gibraltar. Gracias a lo que había investigado para escribir la serie *Misery*, tenía más que conocimientos de lego sobre la neurosis y la psicosis y sabía que, aunque alguien a caballo de ambas pudiera tener períodos alternos de depresión profunda y de hilaridad casi agresiva, el ego hinchado estaba siempre latente, convencido de que todas las miradas estaban posadas en él, o en ella, seguro de estar siendo el o la protagonista de un gran drama; millones y millones de personas esperaban, conteniendo el aliento, a conocer el resultado.

Un ego semejante prohibía ciertas líneas de pensamiento. Eran líneas predecibles porque todas iban en una misma dirección: de la persona desequilibrada a objetos, situaciones u otras personas ajenas a su territorio de control (o fantasía: para el neurótico podía haber cierta diferencia, pero para el psicótico eran exactamente lo mismo).

Annie Wilkes se había empeñado en destruir *Automóviles veloces* y por eso, para ella, solo había esa única copia.

Podría haber salvado el maldito libro si le hubiera dicho que había más; ella habría entendido que destruir el manuscrito era un esfuerzo vano. Ella...

Su respiración, que había ido ralentizándose camino del sueño, se topó con un repentino obstáculo en la garganta. Abrió los ojos.

Claro, ella habría entendido que era un esfuerzo vano. Se habría visto obligada a hacerse consciente de una de esas líneas que conducían a un lugar ajeno a su control. El ego, dolido, se habría puesto a chillar...

«¡Tengo tan mal genio!»

Si hubiera visto claramente que no *podía* destruir aquel «libro asqueroso», ¿no habría optado tal vez por destruir en cambio al *creador* del libro asqueroso? A fin de cuentas, de Paul Sheldon no existía ninguna copia.

El corazón le latía aceleradamente. En la otra habitación el reloj empezó a sonar, y en el piso de arriba oyó sus pisadas, yendo de un lado a otro del techo. El murmullo apagado de ella orinando. El agua del inodoro. El pesado ritmo de sus pies al volver a la cama. El crujir de muelles.

«No me harás enfadar otra vez, ¿verdad?»

Su cabeza hizo un súbito esfuerzo por arrancarse a galopar, un trotón sobrealimentado intentando cambiar el ritmo. ¿Cuál era la conclusión, caso de haber alguna, de este psicoanálisis barato en lo referente a su coche?, ¿a cuando lo encontrarán? ¿Cuál era la conclusión en lo referente a él?

—Espera un momento —susurró en la oscuridad del cuarto—. Espera un momento, espera, no cuelgues. Cálmate.

Volvió a cubrirse los ojos con el brazo y de nuevo imaginó al policía de las gafas de sol y las patillas un poco demasiado largas. *Hemos encontrado un coche volcado a media ladera de Humbuggy Mountain*, estaba diciendo el agente, y bla bla bla...

Solo que *esta vez* Annie no le ofrece café. Esta vez ella sabe que no se sentirá a salvo hasta que el agente esté lo más lejos posible. Incluso ahí en la cocina, incluso habiendo dos puertas cerradas entre ellos y el cuarto de huéspedes, incluso con el huésped drogado hasta las cejas, el poli podría oír algún gemido.

Si encontrarán el Camaro, Annie Wilkes sabría que estaba en un aprieto, ¿no es cierto?

—Sí —dijo en voz baja. Empezaban a dolerle las piernas, pero apenas se apercibía de ello, horrorizado por este descubrimiento.

Ella estaría en un lío no porque lo hubiera llevado a su casa, menos aún si la casa estaba más cerca que Sidewinder (y así lo creía Paul); por eso podían darle una medalla y nombrarla socia vitalicia del Club de Fans de Misery Chastain (tal cosa existía, para enorme disgusto de Paul). El problema *era* que ella lo había llevado a su casa, lo había instalado en el cuarto de huéspedes y no se lo había dicho a nadie. Ninguna llamada al servicio local de ambulancias: «Hola, soy Annie, de Humbuggy Mountain Road, y tengo aquí a un tipo que está como si King Kong lo hubiera usado como trampolín». El problema *era* que le había administrado toneladas de un medicamento al que supuestamente no debería tener acceso (no si él estaba incluso la mitad de enganchado de lo que creía estar). El problema *era* que, pastillas aparte, le había hecho un extraño tratamiento, pinchándole en los brazos, entablillándole las piernas con trozos de unas muletas de aluminio. El problema *era* que Annie Wilkes había estado en el estrado, allá en Denver... y seguro que no como testigo secundario, pensó Paul. Me apostarí la casa y toda la finca.

Así que cuando ve alejarse al agente en su immaculado coche patrulla (es decir, immaculado sin contar las bolas de nieve y sal incrustadas en los guardabarros y debajo de los parachoques), vuelve a sentirse a salvo... pero no a salvo del *todo*, porque ahora es como un animal al que hubieran dado cuerda. Cuerda *a tope*.

La poli buscará y seguirá buscando, porque él no es el bueno de Fulano de Tal oriundo de Kokomo, sino Paul Sheldon, el Zeus de la literatura, de cuya frente brotó Misery Chastain, niña mimada de los contenedores de basura y novia de los supermercados. Quizá dejen de buscar en vista de que no lo encuentran, o quizá busquen en otra parte, pero es posible que uno de los Roydman la viera pasar aquella noche y observara algo raro en la trasera de la vieja Bessie, algo envuelto en una colcha, algo con forma vagamente humana. Y aunque no hubiesen visto nada de nada, Annie no descartaría que los Roydman se inventaran una historia para fastidiarla; al fin y al cabo, le tenían manía.

Podía ser que la poli volviera, y la próxima vez el huésped no iba a estar tan calladito.

Recordó la cara de susto de Annie Wilkes cuando el fuego en la barbacoa amenazaba con escapar a su control; cómo se pasaba la lengua por los labios, cómo iba de un lado para otro, cómo abría y cerraba los puños, cómo de vez en cuando echaba un vistazo al cuarto de huéspedes donde él permanecía perdido en su nube particular. De vez en cuando se volvía y soltaba uno de sus «¡Santo cielo!».

Ella había robado un ave rara de hermosas plumas, un ave rara que venía de África.

Y ¿qué harían ellos si lo descubrían?

Pues hacerla subir otra vez al estrado, naturalmente. En Denver. Y esta vez difícilmente iba a salir en libertad.

Apartó el brazo, miró las emes entrelazadas que se bamboleaban ebrias en el techo. No necesitaba el pliegue del codo sobre los ojos para ver el resto. Annie Wilkes se agarraría a él un día o dos, una semana. Probablemente bastaría una llamada o una visita de seguimiento para decidirla a librarse de su *rara avis*. Pero tarde o temprano lo haría, igual que los perros salvajes empiezan a enterrar sus presas ilícitas cuando se cansan de que los persigan.

Le daría cinco pastillas en vez de dos; o quizá lo asfixiaría con una almohada; o le pegaría un tiro. Seguro que en alguna parte tenía una escopeta —casi todo el mundo que vive en las montañas tiene una—, y con eso quedaría resuelto el problema.

No, la escopeta no.

Demasiado aparatoso.

Podría dejar pruebas.

Nada de esto había sucedido aún porque nadie había encontrado el coche. Quizá le estuvieran buscando en Nueva York o en Los Ángeles, pero no en Sidewinder (Colorado), eso estaba claro.

Pero llegaría la primavera.

Las emes se reordenaron en el techo de la habitación. «Meneo.» «Malparado.» «Maltrecho.»

El dolor en las piernas estaba empeorando; ella aparecería la próxima vez que el reloj diera la hora, pero la posibilidad de que le leyera el pensamiento casi le dio

miedo, como el argumento de una historia demasiado macabra para ser escrita. Sus ojos se movieron hacia la izquierda. En la pared había un calendario donde se veía a un muchacho deslizándose en trineo por una pendiente. Según el calendario, estaban en febrero, pero si sus cálculos eran correctos, ya era el mes de marzo. Annie Wilkes había olvidado girar la página.

¿Cuánto faltaba para que la nieve al derretirse dejara al descubierto su Camaro con la matrícula de Nueva York y los papeles en la guantera, donde constaba que el propietario era Paul Sheldon? ¿Cuánto faltaba para que el agente de policía volviera a presentarse, o para que ella lo leyera en el periódico? ¿Cuánto faltaba hasta el deshielo?

¿Seis semanas? ¿Cinco, quizá?

Es lo que podría durar mi vida, pensó, y al momento se echó a temblar. Las piernas habían despertado del todo, y ya no pudo conciliar el sueño hasta que ella volvió a entrar y le dio otra dosis de medicamento.

23

La tarde siguiente Annie le llevó la Royal. Era un modelo de oficina de una época en la que máquinas de escribir eléctricas, televisores en color y teléfonos de marcación por tonos eran pura ciencia ficción. Tan negra y tan pulcra como unos botines antiguos, tenía en los costados sendos paneles de cristal que permitían ver las palancas, muelles, ruedas dentadas y varillas de la máquina. Una palanca de retorno metálica, mate por falta de uso, sobresalía de un costado cual pulgar de autostopista. El carro tenía bastante polvo y el caucho estaba acribillado a marcas y pequeños hoyos. La marca de la máquina podía leerse en la parte frontal, sus letras formando un semicírculo. Annie la dejó con esfuerzo a los pies de la cama, entre las piernas de él, tras sostenerla un momento en vilo para que la inspeccionara.

Paul se quedó mirando aquel objeto.

¿Sonreía?

Pues sí, *parecía* que estuviera sonriendo.

Con o sin sonrisa, la Royal anunciaba problemas. La cinta era de dos tonos, rojo sobre negro. Paul había olvidado que *existían* cintas así; verla no suscitó ningún agradable sentimiento de nostalgia.

—Bueno —dijo ella con una sonrisa expectante—. ¿Qué opinas?

—¡Es bonita! —respondió él al instante—. Una auténtica antiguala.

La sonrisa de Annie se difuminó.

—No la he comprado en un anticuario. La he comprado de segunda mano. De buena segunda mano.

Él reaccionó con labia:

—Bueno, claro, *ninguna* máquina de escribir es una antigualla. Una buena máquina de escribir te dura toda la vida. ¡Y estos viejos aparatos de oficina son verdaderos *tanques*!

De haber tenido la Royal más cerca, le habría dado unas palmaditas. De haberla tenido más cerca, hasta un *beso* le habría plantado.

La sonrisa de Annie reapareció; a él se le desaceleró un poco el corazón.

—La he conseguido en Novedades Usadas. Qué nombre más tonto para una tienda. Claro que la dueña, Nancy Dartmonger, es una señora bastante tonta.

Su rostro se ensombreció ligeramente, pero él entendió enseguida que no era por *su* causa; estaba empezando a descubrir que el instinto de supervivencia tal vez fuera *eso*, instinto y nada más, pero que gracias a él encontraba uno sorprendentes atajos para desarrollar empatía. Cada vez sintonizaba mejor con los cambios de humor y los ciclos de Annie Wilkes; su maquinaria sonaba como la de un reloj que falla.

—Encima de tonta, *mala* gente. Por no decir que es una *fresca*. Se ha divorciado dos veces y ahora vive con un *camarero*, nada menos. Por eso cuando has dicho que la máquina era una antigualla...

—De aspecto está bien —dijo él.

Annie se quedó un rato en silencio y luego, como si hiciera una confesión, dijo:

—Le falta la ene.

—¿En serio?

—Sí. Mira, ¿ves?

Inclinó la máquina para que él pudiera echar un vistazo al semicírculo de teclas y fijarse en la palanca que faltaba; era como ver una dentadura vieja a la que le faltara un molar para estar completa.

—Sí.

Ella volvió a bajar la máquina. La cama se mecía un poco. Paul calculó que la Royal debía de pesar algo más de veinte kilos. Era de una época en que no había aleaciones ni plásticos... y tampoco anticipos de seis cifras por un libro, ni acuerdos para hacer versiones cinematográficas, ni *USA Today* ni *Entertainment Tonight*, ni famosos haciendo anuncios de vodka o de tarjetas de crédito.

La Royal le sonrió otra vez, prometiendo problemas.

—Dartmonger pedía cuarenta y cinco dólares por ella, pero me rebajó cinco. Por la ene que falta. —Le dedicó una sonrisa de pilla, como diciendo «a mí no me la dan».

Había marea alta, y en esas condiciones a él le era tan sencillo devolver una sonrisa como mentir.

—¿Te la rebajó *sin más*? ¿No tuviste que regatear?

Annie se pavoneó un poco.

—Bueno, le dije que la ene era una letra importante.

—¡Bravo! ¡Así se hace! —Un nuevo descubrimiento: cuando le cogías el tranquillo, la adulación era cosa tirada.

La sonrisa de ella se tornó astuta, una invitación a compartir un delicioso secreto.

—Le dije que la ene era una de las letras del apellido de mi escritor favorito.

—Y *dos* de las letras del nombre de mi *enfermera* preferida.

Ahora ella estaba radiante. Sus recios mofletes se tiñeron de un rubor inverosímil. Si montaras un horno dentro de la boca de uno de esos ídolos que salen en los libros de H. Rider Haggard, pensó él, ese es el aspecto que tendría de noche.

—¡No seas *payaso*! —dijo ella, sonriendo como una tonta.

—¿Yo? ¡Si lo digo en serio!

—¡Bueno! —Annie desvió un momento la vista, no desconectando, sino sencillamente contenta, un poco aturullada, tomándose unos segundos para aclarar sus ideas. A él podría haberle complacido el rumbo que estaba tomando la conversación de no haber sido por el peso de la máquina, un objeto tan contundente como la mujer y también deteriorado; allí estaba la Royal, con aquel rictus de sonrisa y el diente de menos, prometiendo problemas.

»La silla de ruedas me ha salido *mucho* más cara —dijo ella—. Ya no se encuentran bolsas de ostomía desde que yo... —Calló de repente, frunció el ceño, carraspeó. Finalmente, volvió a mirarlo, risueña—. Pero ya iba siendo *hora* de que empezaras a estar sentado, no lamento haber tenido que pagar tanto. Y, además, tumbado no puedes escribir a máquina, ¿verdad?

—No...

—Tengo una tabla... la corté a medida... y papel... ¡espera!

Salió de la habitación corriendo como una niña. Paul y la máquina quedaron cara a cara. A él se le borró la sonrisa falsa tan pronto ella le dio la espalda; la de la Royal no varió un ápice. Paul supuso después que desde el primer momento había sabido a qué venía todo aquello, del mismo modo que supo cómo iba a sonar la máquina cuando tecleara en su sempiterna sonrisa: como un pato de dibujos animados.

Ella volvió con un paquete de Corrasable Bond en film transparente y una tabla de unos cuatro palmos de largo por tres de ancho.

—¡Mira! —Puso la tabla sobre los brazos de la silla de ruedas, que estaba junto a la cama cual solemne y esquelético visitante. Paul se imaginó al espectro de sí mismo confinado a aquella tabla como un galeote.

Annie depositó la máquina de escribir sobre la tabla, de cara al galeote, dejando a un lado el paquete de Corrasable Bond (el tipo de papel que Paul más odiaba porque la letra se volvía borrosa al juntar y ordenar las páginas). El conjunto era una especie de estudio para lisiado.

—¿Qué opinas, eh?

—Tiene buena pinta —dijo él, mintiendo como nunca en su vida y con toda la calma, y acto seguido hizo la pregunta cuya respuesta conocía de antemano—: Y ¿qué te parece que podría escribir ahí?

—¡Oh, pero Paul! —exclamó ella, mirándolo, los ojos bailoteando en su cara arrebolada—. No es que me *parezca*, ¡es que sé lo que vas a escribir! ¡Con esta

máquina escribirás una nueva novela! ¡La mejor de todas! ¡*El regreso de Misery*!

24

El regreso de Misery. Paul no experimentó nada en absoluto. Supuso que alguien que acabara de cortarse la mano con una sierra mecánica sentiría más o menos la misma clase de vacío al mirar con aturdida sorpresa la sangre manando a chorros de su muñeca.

—¡Sí! —La cara de ella brilló como un faro. Tenía las manazas juntas entre sus pechos—. ¡Será un libro solo para mí, Paul! ¡A cambio de mis cuidados para que te restablezcas! ¡El único ejemplar existente del ultimísimo libro de la serie *Misery*! Poseeré algo que nadie más en el mundo podrá tener, ¡aunque se mueran de ganas! ¡¿Te imaginas?!

—Annie, *Misery* está muerta. —Pero, increíblemente, mientras lo decía ya estaba pensando: Podría hacerla volver. La idea le causó una hastiada revulsión pero no verdadera sorpresa. Al fin y al cabo, si uno podía beber de un balde de agua sucia, también debería ser capaz de un poco de escritura dirigida.

—No lo está —dijo Annie con expresión soñadora—. Lo supe incluso cuando yo... cuando me enfadé tanto contigo. Sabía que no podías haberla matado de verdad. Porque tú eres *bueno*, Paul.

—¿De veras? —dijo él, y miró la máquina de escribir. La Royal le sonrió, diciendo en voz baja: *Pronto averiguaremos lo bueno que eres, colega*.

—¡Sí!

—Annie, yo no sé si voy a poder sentarme en esa silla de ruedas. La última vez...

—La última vez te dolió, es evidente. Y la próxima también te va a doler. Puede que incluso un poco más. Pero llegará el día (y no creas que va a tardar mucho, aunque pueda parecerte que sí) en que te dolerá un poco menos. Y luego un poco menos aún...

—Annie, ¿puedes contestarme una pregunta?

—¡Desde luego, querido!

—Si escribo este relato para ti...

—¡*Novela*! Una novela de muchas páginas, como las demás. ¡O más larga todavía!

Paul cerró los ojos apenas un momento.

—Vale, si te escribo esta *novela*, ¿dejarás que me marche cuando la termine?

En el semblante de ella apareció una sombra de desasosiego.

—Hablas como si te tuviera aquí *preso*, Paul —dijo, mirándolo con detenimiento.

Él no dijo nada; la miró sin más.

—Yo creo que para cuando la termines, seguramente ya serás capaz de afrontar el esfuerzo de ver gente otra vez —dijo ella—. ¿Es lo que querías oír?

—Sí, es lo que quería oír.

—¡Vaya por Dios! Sabía que los escritores teníais un ego importante, pero ¡supongo que no me daba cuenta de que también sois desagradecidos!

Él continuó mirándola. Al cabo, ella apartó la vista, impaciente y un tanto nerviosa.

—Necesitaré todos los libros de *Misery* —dijo él—, si los tienes, porque me faltan las concordancias.

—¡Claro que los tengo! —dijo ella, y añadió—: ¿Qué son las concordancias?

—Me refería a una carpeta de hojas sueltas donde guardo todo lo relativo a *Misery* —dijo él—. Personajes y lugares, básicamente, pero con referencias cruzadas de tres o cuatro tipos. Secuencias de eventos, datos históricos...

Vio que ella apenas si prestaba atención. Era la segunda vez que Annie no mostraba el más mínimo interés por un truco del oficio que habría embelesado a toda un aula de futuros escritores. La razón, pensó Paul, era de lo más simple. Annie Wilkes era el público perfecto, una mujer a quien le encantaban las historias sin tener el menor interés por los mecanismos de la creación literaria. Era la encarnación del arquetipo victoriano, el Lector Fiel. Ella no quería saber nada de concordancias o índices porque para ella *Misery* y los personajes secundarios eran absolutamente reales. Los índices no significaban nada. Si le hubiera hablado de un censo en la aldea de Little Dunthorpe, probablemente habría mostrado cierto interés.

—Me encargaré de traerte esos libros. Están un poco manoseados, pero eso es señal de que un libro ha sido bien leído y bien querido, ¿verdad?

—Sí. —Esta vez no había necesidad de mentir—. Así es.

—Voy a ponerme a estudiar un poco de encuadernación —dijo ella, otra vez con expresión soñadora—. Quiero encuadernar yo misma *El regreso de Misery*. Aparte de la Biblia de mi madre, será el único libro *de verdad* que tenga.

—Me parece bien —dijo él, sin saber qué otra cosa decir. Empezaba a sentir vahídos en el estómago.

—Me marchó para que puedas ponerte la gorra de pensar —dijo ella—. ¡Qué emocionante! ¿A ti no te lo parece?

—Sí, Annie. Desde luego.

—Dentro de una media hora volveré con un poco de pechuga de pollo y puré de patata y guisantes. Como has sido bueno, puede que también un postre de gelatina. Y no te preocupes, que tendrás tu sedante cuando sea el momento. Si es preciso, te daré una pastilla extra para la noche. Quiero asegurarme de que duermes bien, porque mañana has de volver al trabajo. ¡Apuesto a que te curarás más rápido cuando te pongas a trabajar!

Fue hacia la puerta y, antes de salir, de la manera más grotesca, le mandó un beso.

La puerta se cerró. Paul no quería mirar la máquina de escribir y durante un rato se resistió a hacerlo, pero al final no tuvo más remedio que mirarla. Allí estaba el monstruo, sonriéndole. Era un poco como mirar un instrumento de tortura —bola, potro, garrucha— que permanece inactivo, pero solo temporalmente.

«Yo creo que para cuando la termines, seguramente ya serás capaz de afrontar el esfuerzo de ver gente otra vez.»

Ay, Annie, me mentías a mí y a ti también. Los dos lo sabíamos. Lo he notado en tus ojos.

El limitado panorama que se le ofrecía era extremadamente desagradable: seis semanas de vida que le tocaría pasar sufriendo con los huesos rotos y renovando su relación con Misery Chastain, de soltera Carmichael, seguidas de un apresurado enterramiento en el patio de atrás. Si es que sus despojos no servían para alimentar a Misery la cerda; eso tendría su parte de justicia divina, por siniestra y truculenta que pudiera ser.

Entonces no lo hagas. Niégate. Que se enfade. Ella es como un frasco de nitroglicerina con patas. Agítala un poco. Hazla explotar. Mejor eso que seguir aquí tumbado sufriendo.

Intentó concentrarse en las emes del techo, pero al momento volvía a mirar la máquina de escribir. Allí estaba, encima de la cómoda, muda y maciza y llena de palabras que él no quería escribir, sonriendo con el diente de menos.

Me parece que ni tú te lo crees, compañero. Me parece que quieres seguir con vida aunque duela. Si eso supone sacar a Misery otra vez a escena, acabarás haciéndolo. Al menos lo intentarás, pero antes vas a tener que vértelas conmigo... y creo que no me gusta tu jeta.

—Lo mismo digo —murmuró Paul.

Esta vez intentó mirar por la ventana. Vio que empezaba a nevar otra vez. Sin embargo, unos segundos después estaba mirando la máquina con ávida y reacia fascinación, sin saber siquiera cuándo había vuelto los ojos hacia allí.

25

Trasladarse a la silla no le supuso tanto dolor como él pensaba, lo cual era bueno, porque la experiencia anterior le había demostrado que luego el dolor iría a *mucho* más.

Annie Wilkes dejó la bandeja con la comida sobre la cómoda y arrimó la silla de ruedas a la cama. Lo ayudó a incorporarse —él notó unos pinchazos en la zona pélvica, pero el dolor pasó pronto— y luego se inclinó, su cuello presionando el hombro de él como el pescuezo de un caballo. Por un momento, Paul le notó el pulso

y tuvo que apartar la cara, asqueado. Luego, ella le pasó el brazo derecho por la espalda al tiempo que colocaba el izquierdo bajo sus nalgas.

—Intenta no moverte de rodillas para abajo mientras lo hago —dijo, y acto seguido lo deslizó sin más hasta la silla. Lo hizo como quien mete un libro en un espacio vacío de la estantería. Era fuerte, desde luego. Incluso estando en buena forma, el resultado de una pelea con Annie habría sido incierto. Tal como estaba él ahora, sería algo así como un combate entre Wally Cox y Boom Boom Mancini.^[2]

Ella le puso la tabla delante.

—¿Ves qué bien queda? —dijo, y fue a por la bandeja.

—Annie.

—¿Sí?

—¿No podrías darle la vuelta a esa máquina y ponerla cara a la pared?

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—¿Se puede saber por qué me pides semejante cosa?

Porque no quiero que me esté sonriendo toda la noche.

—Supersticiones de escritor —dijo—. Yo siempre pongo la máquina cara a la pared antes de empezar a escribir. —Hizo una pausa—. Bueno, y todas las noches, cuando *ya* estoy escribiendo.

—Es un poco como «pisa entre baldosa y baldosa y del cielo te caerá una losa» —dijo ella—. Yo procuro pisar siempre bien. —Giró la máquina para que quedara sonriendo a la pared desnuda—. ¿Mejor así?

—Mucho mejor.

—Hay que ver lo *tontito* que eres —dijo ella, y se le acercó para darle de comer.

26

Soñó que Annie Wilkes estaba en la corte de un fabuloso califa árabe; sacaba genios y diablillos de botellas y se ponía a volar en una alfombra mágica. Cuando la alfombra pasaba junto a él (los cabellos de Annie formando una estela a su paso, los ojos tan vivaces y acerados como los de un capitán de barco que navegara entre icebergs), veía que estaba hecha en tonos verdes y blancos; como la matrícula de Colorado.

Había una vez, decía Annie en voz alta. Hace muchos muchos años sucedió que. Esto ocurrió en los tiempos en que el abuelo de mi abuelo era un muchacho. Esta es la historia de cómo un pobre muchacho. Esto me lo contó un hombre que. Érase una vez. Había una vez.

27

Cuando despertó, Annie lo estaba sacudiendo y por la ventana entraba sesgado un sol deslumbrante; había dejado de nevar.

—¡Despierta, dormilón! —Annie casi gorjeaba—. Te traigo yogur y un huevo pasado por agua, y después te pones ya a trabajar.

Al ver su expresión anhelante, Paul experimentó un nuevo y extraño sentimiento: esperanza. Había soñado que Annie Wilkes era Sherezade, su sólida anatomía envuelta en diáfanos ropajes, sus grandes pies incrustados en babuchas rosas de puntera enroscada, con lentejuelas, ella subida a su alfombra mágica mientras pronunciaba los encantamientos que abren la puerta de las mejores historias. Pero, claro, la Sherezade era *él*, no *Annie*. Y si escribía algo suficientemente bueno, si ella no se decidía a matarlo hasta averiguar cómo acababa la historia aunque sus instintos animales le gritaran que lo hiciese, que *tenía* que hacerlo...

¿No le daría eso una oportunidad?

Miró hacia la pared y vio que ella había girado la máquina de escribir antes de despertarlo. Allí estaba la Royal con su radiante sonrisa de un diente menos, diciéndole que la esperanza estaba muy bien y que esmerarse era noble, pero que a la postre todo dependía del destino.

28

Lo trasladó en la silla de ruedas hasta la ventana y él, por primera vez en muchos días, notó el sol de lleno en la cara y le pareció sentir cómo su blanquecina piel, salpicada aquí y allá de leves úlceras de decúbito, murmuraba agradecida. Las lunas de la ventana tenían una orla interior de escarcha, y cuando alargó el brazo le pareció estar metiendo la mano en una burbuja de frío a modo de cúpula; la sensación fue a la vez refrescante y un tanto nostálgica, como encontrar una nota de un viejo amigo.

Por primera vez en muchos días —las semanas se le antojaban años— pudo contemplar una geografía distinta de la de su cuarto y sus inalterables accidentes: el papel pintado azul, la foto del Arc de Triomphe, el interminable mes de febrero simbolizado por el chico bajando la cuesta en trineo (pensaba que cada vez que enero se transformara en febrero vería la cara y el gorro de punto de aquel chico, aunque viviera para ver ese cambio de mes otras cincuenta veces). Contempló aquel mundo nuevo con el mismo entusiasmo con que había visto de niño su primera película, *Bambi*.

El horizonte estaba próximo; siempre era así en las Rocosas, donde la profundidad de campo quedaba inevitablemente entorpecida por la diagonal de algún lecho de roca. El cielo era de un perfecto azul mañanero, libre de nubes. Una alfombra de verde foresta trepaba por la ladera del monte más cercano. Había unas treinta hectáreas de terreno despejado entre la casa y la linde del bosque, y la nieve

que las cubría era de un blanco deslumbrante e impoluto. No había modo de saber si la tierra de debajo estaba arada o era un prado. Solo una pequeña construcción interrumpía la vista de aquel cuadrado a cielo abierto: un limpio y reluciente establo pintado de rojo. Cuando ella hablaba de sus animales, o al verla pasar frente a la ventana con gesto sombrío, hendiendo su propio aliento con la insensible proa de su cara, Paul se había imaginado un anexo medio en ruinas como la ilustración de un libro infantil de cuentos de fantasmas: caballete alabeado y semihundido por años de ventiscas, ventanas ciegas y polvorientas, algunas de ellas con trozos de cartón sustituyendo el cristal roto, puerta alta de doble hoja salida de sus goznes y venciendo hacia el exterior. No, la pulcra dependencia que tenía ante sus ojos, con su pintura rojo oscuro y el pulido ribete de color crema, parecía el garaje de un terrateniente, un garaje de cinco plazas disfrazado de granero. Frente al mismo había un Jeep Cherokee que debía de tener unos cinco años pero se veía muy bien cuidado. A su lado, una quitanieves Fisher sobre un soporte de madera casero. Para enganchar la máquina al Jeep, solo había que arrimar el cuatro por cuatro al soporte hasta que los ganchos de la carrocería estuviesen a la altura de los pestillos de la pala, y luego accionar la palanca de anclaje desde el salpicadero. Era el vehículo perfecto para una mujer que vivía sola y no tenía vecinos a los que llamar pidiendo ayuda (descontando, claro, a aquellos pajarracos de los Roydman, y seguramente Annie no iba a aceptar de ellos unas chuletas de cerdo ni aunque estuviera muriendo de inanición). El camino de acceso estaba perfectamente despejado, prueba de que, en efecto, ella utilizaba la quitanieves, pero Paul no pudo ver la carretera, pues la casa le tapaba la vista.

—Veo que estás admirando mi establo, Paul.

Al volver la cabeza, sobresaltado, el rápido y no calculado movimiento despertó al dolor. Rabió este en lo que quedaba de sus pantorrillas y en el domo salino que había sustituido a su rodilla izquierda; se revolvió acto seguido, disparando agujas desde el fondo de la cueva de sus huesos para luego quedarse medio adormilado otra vez.

Ella traía una bandeja con comida. Alimentos blandos, de inválido..., pero el estómago de Paul gruñó de satisfacción. Cuando ella se le acercó, pudo verle sus zapatos blancos con suela de crepé.

—Sí —dijo—. Es muy bonito.

Ella apoyó la tabla en los brazos de la silla de ruedas y dejó la bandeja encima. Luego acercó una silla, se sentó a su lado y miró cómo él empezaba a comer.

—¡Paparruchas! Como decía mi madre, obras son amores, que no buenas razones. Procuro tenerlo bonito porque si no los vecinos criticarían. Siempre están buscando la manera de meterse conmigo. Por eso lo tengo todo en condiciones. Mantener las apariencias es importantísimo. Y en cuanto al establo, tampoco da mucho trabajo siempre y cuando no dejes que se amontonen las cosas. Lo más pringajoso de todo es impedir que la nieve hunda el tejado.

Lo más «pringajoso», pensó él. Guarda eso para el vocabulario de Annie Wilkes cuando escribas tus memorias; si es que llegas a escribirlas, claro. Junto con pajarraco y paparruchas y todo lo que seguro que irá saliendo.

—Hace dos años le pedí a Billy Haversham que pusiera lámina aislante térmica en la cubierta. Le das a un interruptor y al calentarse derrite el hielo. Pero *este* invierno ya no lo voy a necesitar; ¿ves cómo se va derritiendo solo?

Paul estaba a punto de dar un mordisco al huevo pasado por agua y se quedó con el tenedor a medio camino. Vio que en el alero del establo había toda una hilera de carámbanos, las puntas de los cuales goteaban sin parar. Cada gota soltaba un destello al caer en un canalón de hielo que se había formado en la base del establo.

—¡Estamos a siete grados y todavía no son ni las nueve! —Annie seguía hablando muy animada mientras él visualizaba el parachoques trasero de su Camaro emergiendo de la nieve putrefacta y centelleando al sol—. No va a durar, claro. Todavía habrá dos o tres rachas de frío, y seguramente alguna buena nevada más, pero la primavera está a la vuelta de la esquina. Mi madre siempre solía decir que uno espera la primavera como espera el cielo.

Paul volvió a dejar el tenedor en el plato con el huevo intacto.

—¿No quieres terminártelo? ¿Ya estás?

—Ya estoy —dijo él mientras mentalmente veía a los Roydman llegar en coche de Sidewinder, veía cómo una flecha de luz se clavaba en el rostro de la señora Roydman, haciéndole dar un respingo y protegerse los ojos con la mano. *¿Qué es eso de ahí, Ham?... No me digas que estoy loca, ¡ahí abajo hay algo! ¡Ese reflejo casi me deja ciega, caray! Vuelve atrás, hombre, que quiero echar un vistazo.*

—Entonces me llevo la bandeja —dijo ella— y así te pones a trabajar. —Le dedicó una mirada que fue muy afectuosa—. No te imaginas lo emocionada que estoy, Paul.

Salió dejándolo allí sentado en la silla de ruedas, la vista fija en el agua que goteaba de los carámbanos en los aleros del establo.

29

—Si fuera posible, me gustaría otro tipo de papel —dijo cuando Annie volvió para colocar la máquina y el papel encima de la tabla.

—¿Este no? —preguntó ella, dando unos golpecitos con el dedo en el paquete de Corrasable Bond envuelto en celofán—. ¡Pero si es el más caro de *todos*! ¡Lo pregunté el otro día en Paper Patch!

—¿Y tu madre no te decía que lo más caro no siempre es lo más bueno?

Annie frunció el ceño. Si al principio estaba a la defensiva, ahora estaba indignada. Paul dedujo que lo siguiente sería ponerse furiosa.

—Pues *no*, no me lo decía. Pero lo que *sí* decía, Señor Listo, es que si *compras* barato, lo que te *dan* es barato.

Él había acabado descubriendo que el clima interior de aquella mujer era como la primavera en el Medio Oeste. Tenía dentro un montón de tornados a la espera de formarse, y si él hubiera sido un campesino que observara un cielo con la pinta que tenía ahora la cara de Annie, habría ido *ipso facto* a por su mujer y sus hijos para encerrarse en el refugio del sótano. La frente se le había puesto muy blanca. Las ventanas de la nariz se le hinchaban y deshinchaban al compás, como el hocico de un animal olfateando fuego. Sus manos habían iniciado el calentamiento, ahora abiertas, ahora cerradas, cazando aire, estrujándolo acto seguido.

El hecho de necesitarla y su vulnerabilidad ante ella le estaban diciendo a gritos que cejara en su empeño, que la apaciguara cuando aún había tiempo —si realmente lo había—, como una tribu de novela de Rider Haggard habría aplacado a su diosa enojada procediendo a hacer un sacrificio frente a su efigie.

Pero la parte menos calculadora y menos cobarde le estaba recordando que él no podía representar el papel de Sherezade si se asustaba e intentaba aplacarla cada vez que ella entraba en fase tormentosa. *Porque solo conseguiría avivar la tormenta. Si no tuvieras algo que ella quiere a toda costa*, razonaba esa parte de él, *ella te habría llevado enseguida al hospital o te habría matado después para protegerse de los Roydman, porque para Annie el mundo está lleno de Roydman; para Annie hay Roydman acechando detrás de cada arbusto. Y como no le pongas el cascabel a esta fiera de gata ahora mismo, querido Paulie, puede que no tengas otra oportunidad.*

Ella estaba empezando a respirar más deprisa; no hiperventilaba, pero casi. También el compás de su gimnasia de manos se estaba acelerando, y Paul supo que dentro de nada no habría forma de hacerla entrar en razón.

Haciendo acopio del poco valor que le quedaba y tratando desesperadamente de encontrar el tono exacto para dar a entender que estaba francamente irritado pero que no le importaba gran cosa, dijo:

—Y más te vale que no sigas con eso. Enfadarte no va a cambiar nada.

Ella se quedó tiesa como si la hubiera abofeteado; lo miró dolida.

—Annie —dijo él, paciente—, no hay para tanto.

—Es un truco —dijo ella—. Como no quieres escribir mi libro, te inventas trucos para no empezar. Sabía que lo intentarías, qué te crees. Pero no te servirá de nada...

—Qué tontería, Annie. ¿He dicho yo que no fuera a empezar?

—No... No, pero...

—¿Lo ves? *Claro* que voy a empezar. Y si te acercas y echas un vistazo a una cosa, te enseñaré cuál es el problema. Tráete ese Bote Webster, por favor.

—¿Ese qué?

—El botecito con los bolis y los lápices —dijo él—. En las redacciones de los periódicos a veces lo llaman así. Por Daniel Webster, ya sabes. —Se lo acababa de inventar, pero la mentira tuvo el efecto deseado: ella parecía más desconcertada que

nunca, perdida en un mundo de especialistas del que no conocía absolutamente nada. El desconcierto había difuminado aún más (y por tanto desactivado) su cólera; ahora no parecía saber siquiera si tenía algún *derecho* a estar enojada.

Fue a por el bote de lápices y bolígrafos y lo dejó de mala manera sobre la tabla. ¡Bien!, pensó él. ¡He ganado! Bueno, no. Había ganado *Misery*.

Pero eso tampoco es exacto. Ha sido Sherezade la que ha ganado.

—¿Qué? —dijo ella, de morros.

—Tú mira.

Paul abrió el paquete de Corrasable y extrajo un folio. Cogió un lápiz de punta nueva y trazó una línea en el papel. Luego cogió un bolígrafo y trazó otra línea, paralela a la anterior. Después pasó el dedo pulgar por la superficie ligeramente ondulada del papel. Ambas líneas se emborronaron siguiendo la misma dirección que el pulgar, la línea hecha a lápiz un poco más borrosa que la trazada a bolígrafo.

—¿Ves?

—Sí. Y qué.

—Que con la tinta de carrete pasará lo mismo —respondió él—. No se difumina tanto como esa línea hecha a lápiz, pero sí más que la hecha a bolígrafo.

—¿Tenías pensado pasar el dedo por cada una de las hojas?

—El solo hecho de que se froten las unas con las otras hará que se emborronen las palabras en cuestión de semanas, o incluso días —dijo él—, y cuando tienes un manuscrito en marcha, hay mucho movimiento de páginas. Siempre estás buscando dónde escribiste tal fecha o tal nombre. Cómo quieres que te lo diga, Annie. Una de las primeras cosas que se aprenden en este negocio es que a los editores les gusta tan poco leer originales escritos en papel Corrasable Bond como leer originales escritos a mano.

—No quiero que lo llames así. Me disgusta mucho que lo hagas.

Él la miró, verdaderamente confuso.

—¿Que llame así a *qué*?

—Que ensucies el talento que Dios te dio llamando a eso un negocio. Me *disgusta* mucho.

—Lo siento.

—Y haces bien —dijo ella, impávida—. Es casi como decir que eres una prostituta.

No, Annie, pensó él, sintiéndose rebosar de ira. Yo no soy ninguna puta. *Automóviles veloces* iba de no ser una puta. Y ahora que lo pienso, de eso iba también matar a la maldita zorra de *Misery*. Decidí irme a la Costa Oeste para celebrar el fin de mi condición de puta. Lo que tú hiciste fue sacarme del coche accidentado y devolverme al burdel. Dos dólares, un mete y saca; cuatro dólares, te hago ver las estrellas. Y de vez en cuando observo en tus ojos un centelleo que me dice que en lo más recóndito de tu alma tú también lo sabes. Un jurado podría absolverte en virtud del atenuante de demencia, pero yo no, Annie. Ni por esas.

—No te falta razón —dijo—. Bueno, volviendo al tema del pap...

—Te conseguiré ese pajolero papel —dijo ella, mosqueada ahora—. Dime cuál tengo que comprar y te lo compro.

—Siempre y cuando entiendas que estoy de tu lado.

—No me hagas reír, Paul. Nadie ha estado de mi lado desde que murió mi madre hace veinte años.

—Puedes creer lo que te apetezca —dijo él—. Si tan insegura eres que no puedes creer que te estoy agradecido por salvarme la vida, es problema tuyo.

La estaba observando atentamente, y una vez más vio en sus ojos un destello de incertidumbre, de ganas de creer. Bien. Muy bien. La miró con toda la sinceridad que pudo y se vio de nuevo mentalmente hincándole un cristal roto en la garganta, provocando de una vez para siempre el derramamiento de la sangre que alimentaba el cerebro de aquella chiflada.

—Al menos deberías poder creer que estoy con el libro. Antes hablabas de encuadernarlo. Te referías a encuadernar el manuscrito, supongo. Las páginas mecanografiadas, ¿no?

—Pues claro que me refería a eso.

Ya, y una mierda. Porque si llevaras el manuscrito a imprimir, seguramente te harían preguntas. Puede que no sepas gran cosa del mundo editorial, pero tan tonta no eres. Paul Sheldon está desaparecido y el impresor podría acordarse de que recibió un extenso manuscrito sobre el personaje más famoso de Paul Sheldon, más o menos en las fechas en que el citado escritor desapareció, ¿verdad? Y a buen seguro se acordaría de las instrucciones, unas instrucciones tan raras que cualquier impresor las recordaría. Una sola copia de un manuscrito largo como una novela.

Solo una copia.

«¿Que qué aspecto tenía, agente? A ver, pues era muy corpulenta. Parecía un ídolo sacado de una novela de H. Rider Haggard. Ah, espere. Tengo su nombre y su dirección aquí en el registro... Deje que eche un vistazo a las copias de las facturas...»

—Eso tampoco me parece mala idea —dijo—. Un manuscrito encuadernado puede quedar la mar de bonito. Como una buena edición en tamaño folio. Pero un libro tiene que durar mucho, Annie, y si escribo este en Corrasable, dentro de diez años o así no tendrás más que un montón de papeles en blanco. A no ser, claro, que lo dejes en un estante y te olvides de él.

Pero ella no querría eso, ¿a que no? Qué va. Ella querría bajarlo a diario, incluso cada equis horas, y recrearse mirándolo.

Una extraña expresión glacial se había instalado en su rostro. A él no le gustó aquella testarudez, aquella expresión casi ostentosa de empecinamiento. Le ponía nervioso. La cólera, en Annie, era relativamente fácil de prever, pero esta nueva expresión tenía algo de opaco y de infantil a la vez.

—No tienes por qué añadir nada —dijo ella—. Ya te he dicho que compraré otro papel. ¿Cuál quieres?

—En esa tienda de suministros que dices...

—Paper Patch.

—Eso, Paper Patch. Bueno, pues les dices que quieres dos resmas, una resma en un paquete de quinientas hojas...

—Ya lo sé. No soy una estúpida, Paul.

—Y yo sé que no lo eres —dijo él, más nervioso que antes. El dolor había empezado a murmurar en sus piernas, a hablar casi en voz alta a la altura de la pelvis; llevaba sentado desde hacía casi una hora, y la luxación que tenía allá abajo protestaba.

Mantén la calma, caray. ¡No pierdas todo lo que has ganado!

¿Es que he ganado algo, realmente, o solo me estoy haciendo ilusiones?

—Pide dos resmas de papel mimeo blanco de grano largo. Hammermill Bond es una buena marca; otra podría ser Triad Modern. Dos resmas de mimeo te costarán menos que ese paquete de Corrasable y creo que bastarán para todo el trabajo, escribir y reescribir.

—Iré ahora mismo —dijo ella, levantándose al punto.

Él la miró alarmado al comprender que pensaba dejarlo otra vez sin medicina y, encima, sentado. Ya tenía dolores por no estar tumbado en la cama; aunque ella se diera prisa en volver, para entonces el sufrimiento sería espantoso.

—No tienes por qué —se apresuró a decir—. El Corrasable ya me sirve para empezar; al fin y al cabo, después tendré que reescribir...

—Solo un tonto empezaría un buen trabajo con una mala herramienta.

Cogió el paquete de Corrasable Bond y luego hizo una pelota con la hoja de las dos líneas emborronadas, tiró ambas cosas a la papelera y se volvió. La expresión pétrea y empecinada cubría su cara como una máscara; le brillaban los ojos como dos monedas sin lustre.

—Me voy ahora mismo al pueblo —dijo—. Ya sé que quieres ponerte a trabajar cuanto antes, ya que estás *de mi lado*... —dijo esto último con un sarcasmo visceral (y, estaba convencido Paul, odiándose a sí misma como nunca)—, o sea que no voy a perder tiempo trasladándote a la cama.

Su sonrisa de labios estirados fue tan grotesca como la de una marioneta. Se le acercó silenciosa con su calzado blanco de enfermera y le pasó las yemas de los dedos por los cabellos. Él dio un respingo. Quiso evitarlo, pero no pudo. La sonrisa de muerto viviente se ensanchó.

—Aunque mucho me temo que tendremos que aplazar el inicio de *El regreso de Misery* un día o dos... quizá tres. Sí, creo que tardarás unos tres días en poder estar incorporado. Por el dolor, quiero decir. Una pena, porque había puesto champán a enfriar en la nevera. Tendré que llevarlo otra vez al cobertizo.

—Annie, en serio, puedo empezar a escribir si me...

—No, Paul. —Fue hacia la puerta y, una vez allí, se volvió para mirarlo con su cara de palo. Solamente los ojos, aquellas monedas sin lustre, denotaban vida bajo la repisa de su entrecejo—. Quiero que medites una cosa mientras estoy fuera. Tal vez piensas que puedes engañarme o tomarme el pelo; sé que parezco lerda y estúpida. Pero ni soy estúpida, Paul, ni soy lerda.

De pronto su cara se resquebrajó. El pétreo empecinamiento se hizo añicos, dejando paso al semblante de una niña desquiciada de ira. Aterrado como estaba, Paul llegó a pensar que le daba un ataque. ¿De veras había pensado que le ganaba la partida? ¿Cómo podía uno representar a Sherezade siendo rehén de una loca?

Annie embistió desde el otro extremo de la habitación, sus poderosas piernas, sus rodillas flexionadas, sus codos batiendo como pistones el aire rancio de aquel cuarto de enfermo. El cabello bailoteó salvaje en torno a su cara al soltársele los pasadores con que se lo sujetaba. Su tránsito no era silencioso; ahora era como oír a Goliat irrumpiendo en el Valle de los Huesos. La foto del Arc de Triomphe crujió de miedo en la pared.

—¡Jiiii-yahhh! —chilló Annie Wilkes antes de descargar el puño sobre el protuberante domo salino que en otro tiempo fuera la rodilla izquierda de Paul Sheldon.

Él echó la cabeza atrás y gritó, las venas del cuello y de la frente a punto de reventar. Las punzadas de dolor lo situaron en el centro de una nova, envuelto en una radiante mortaja blanca.

Ella agarró la máquina de escribir y la estampó contra la repisa de la chimenea, levantando en vilo aquel peso muerto metálico con la facilidad con que él habría levantado una caja de cartón vacía.

—O sea que te quedas ahí sentado —dijo, enseñando otra vez su rictus de sonrisa — y vas pensando a ver quién es la que manda aquí, y en todo lo que puedo hacerte si te portas mal o intentas engañarme. Te quedas ahí sentado, y ya puedes gritar lo que te dé la gana, porque no te van a oír. Por aquí no pasa nadie porque todo el mundo sabe que Annie Wilkes está loca; todos saben lo que hizo, a pesar de que me declararan inocente.

Cruzó de nuevo la habitación y, al llegar a la puerta, giró en redondo; él volvió a gritar, pensando que se disponía a arremeter otra vez contra él. Su reacción la hizo sonreír a placer.

—Y te diré otra cosa, Paul —dijo sin alzar la voz—. Ellos creen que salí impune, y tienen razón. Ve pensando en eso mientras estoy en el pueblo comprando tu pajolero papel.

Salió dando un portazo que hizo temblar la casa. Un segundo después se oyó el ruido de la llave de la cerradura.

Paul se retrepó en la silla; temblaba de pies a cabeza e intentó dominar el temblor, pero sin conseguirlo. Corrían lágrimas por sus mejillas. Una y otra vez la veía embestir desde la puerta, una y otra vez la veía descargar el puño sobre su muy

maltrecha rodilla con la fuerza de un borracho aporreando furioso la barra de un bar, una y otra vez lo engullía la nova blancoazulada de dolor.

—Dios, por favor, te lo suplico —gimió mientras el Cherokee arrancaba fuera con un petardeo y un rugido—. Dios, Dios, por favor; sácame de esto o márame... Sácame de esto o márame.

El ruido del motor se fue alejando y Dios no hizo ni una cosa ni otra; Paul se quedó allí con sus lágrimas y con el dolor, que ahora había despertado del todo y estaba despachándose a gusto con él.

30

Después pensó que el mundo, en su infalible perversidad, probablemente equipararía las cosas que hizo a continuación a actos de heroísmo. Y a él seguramente no le importaría; pero, en el fondo, lo que hizo no fue sino un último y desesperado intento de sobrevivir.

Le parecía oír de lejos a un entusiasta locutor de deportes —Howard Cosell o Warner Wolf, o aquel loco sin precedentes de Johnny Most— describiendo la escena, como si su afán por ir hasta donde ella tenía su arsenal farmacológico antes de que el dolor acabara matándolo fuese un curioso evento deportivo, quizá una emisión de prueba para sustituir el *Monday Night Football*. Y ¿cómo se podría llamar un deporte así? ¿*Fórmula Dopaje*?

«¡Increíble! ¡Ese Sheldon está demostrando que los tiene *muy* bien puestos!», vociferaba el locutor en la cabeza de Paul Sheldon. «Dudo mucho que nadie en el Annie Wilkes Stadium (bueno, y ninguno de los telespectadores que lo están viendo en casa) pensara que el chaval tenía la más *mínima* posibilidad de mover esa silla de ruedas después del golpe recibido, pero creo que... ¡sí, señor! ¡La está moviendo! ¡Veamos la repetición!»

El sudor le caía por la frente y le escocía los ojos. Se pasó la lengua por los labios: sabían a sal y a lágrimas. La temblequera no cesaba. Y el dolor era como el fin del mundo. Pensó: Llega un momento en que hablar simplemente del dolor se vuelve redundante. Nadie sabe que existe un dolor de esta magnitud. Nadie. Es como estar poseído por demonios.

Fue solo la idea de las pastillas, del Novril que ella guardaba en algún lugar de la casa, lo que le dio fuerzas. La puerta cerrada con llave... la posibilidad de que la medicina pudiera no estar en el cuarto de baño de la planta baja (como él había supuesto), sino escondida en alguna otra parte... que ella pudiera volver y lo pillara con las manos en la masa... todo esto no importaba nada, todo esto no eran más que sombras detrás del dolor. Abordaría los problemas según se fueran presentando o moriría en el intento. No había más.

Moverse hizo que la cinta de fuego que tenía debajo de la cintura y en las piernas le apretara todavía más, ciñendo sus piernas como sendos cinturones remachados con púas al rojo vivo que apuntaran hacia dentro. Pero la silla de ruedas se *movi*ó. Muy lentamente, pero empezaba a moverse.

Había conseguido avanzar poco más de un metro cuando cayó en la cuenta de que, a menos que pudiera hacer girar la silla, no conseguiría nada más útil que llegar hasta la puerta.

Asió la rueda derecha, temblando de dolor,

(piensa en las pastillas, piensa en que te aliviarán)

e hizo presión con todas sus fuerzas. Se oyó un ridículo chasquido de goma sobre el suelo de madera, como chillidos de ratón. Apretó de nuevo, sus músculos otrora fuertes y ahora fofos bailoteando como postre de gelatina, sus dientes apretados asomando entre los labios, y la silla de ruedas giró lentamente sobre sí misma.

Agarró ambas ruedas e hizo mover la silla de nuevo. Esta vez rodó cinco o seis palmos antes de parar para ponerse derecho. Un momento después, perdió el mundo de vista.

Volvió a la realidad cinco minutos después. La lejana e incitante voz de aquel locutor seguía hablando en su cabeza: «¡Está intentando moverse otra vez! ¡Ese Sheldon los tiene *muy* bien puestos, señores!».

Lo guiaba visualmente la parte posterior de su cerebro; la parte frontal solo entendía el dolor. Así llegó a las cercanías de la puerta. Alargó un brazo, pero las yemas de sus dedos quedaron a casi ocho centímetros del suelo, donde a ella se le había caído uno de los pasadores al embestir. Se mordió el labio, ajeno al sudor que le bañaba la cara y el cuello, oscureciendo ya la parte de arriba del pijama.

«No creo que pueda alcanzar ese pasador, señores; su esfuerzo ha sido fan-*tás-ti*-co, pero mucho me temo que ahí va a quedar la cosa.»

A lo mejor no.

Dejó vencer el cuerpo hacia el lado derecho de la silla, al principio tratando de ignorar el terrible dolor en el costado —un dolor que experimentó como una burbuja creciente de presión, similar a una impactación dental—, para luego rendirse y gritar. A fin de cuentas, como ella había dicho, nadie le iba a oír.

Las yemas de sus dedos estaban todavía a un par de centímetros del suelo, tanteando el aire en busca del pasador, y tuvo la sensación de que su cadera derecha podía estallar de un momento a otro y dejarlo todo perdido de repugnante y blancuzca médula ósea.

Dios, Dios, ayúdame, por favor...

Se inclinó todavía más a pesar del suplicio. Rozó finalmente el pasador con los dedos, pero solo le sirvió para apartarlo unos milímetros de donde estaba. Se deslizó sobre el asiento de la silla, abalanzado todavía por el costado derecho, y el dolor en las piernas le hizo gritar de nuevo. Los ojos se le salían de las órbitas, la lengua

colgaba entre sus dientes como el cordel de una persiana, dejando caer gotitas de saliva que salpicaron el suelo.

Consiguió pellizar el pasador... lo aprisionó entre las yemas de los dedos... estuvo en un tris de perderlo... y por fin logró retenerlo en el puño.

Enderezarse le provocó un nuevo abismo de dolor, y cuando hubo conseguido ponerse derecho, fue incapaz de otra cosa salvo de quedarse sentado, jadeando, la cabeza inclinada hacia atrás todo lo que daba de sí el poco flexible respaldo de la silla, el pasador de pelo encima de la tabla puesta de través sobre los reposabrazos. Durante un rato estuvo casi convencido de que iba a vomitar, pero luego se le pasó.

¿Qué haces?, le recriminó al cabo de un rato una parte de su cerebro, *¿esperar a que pase el dolor? Pues ya puedes ir esperando. Ella siempre cita a su madre, pero la tuya también tenía sus frases predilectas, ¿no es verdad?*

Lo era, sí.

Sentado en la silla de ruedas, con la cabeza atrás, la cara reluciente de sudor, el pelo pegado a la frente, Paul pronunció una de ellas en voz alta, casi como un ensalmo: «Puede que existan las hadas y puede que existan los duendes, pero Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos».

O sea que no esperes más, Paulie; aquí no aparecerá más duende que la superpeso pesado, Annie Wilkes.

Arrancó de nuevo, avanzando lentamente hacia la puerta. Ella había cerrado con llave, pero Paul se veía capaz de abrir. Tony Bonasaro, que ya no era más que un montoncito de ceniza renegrida, había sido ladrón de coches. Previamente a la redacción de *Automóviles veloces*, Paul había pedido a un duro expolicía llamado Tom Twyford que le explicara los distintos métodos utilizados en el robo de vehículos. Tom le había enseñado a hacer un puente, a utilizar la típica ganzúa para forzar la puerta de un coche, a neutralizar una alarma antirrobo.

«O», había dicho Tom un día de primavera, en Nueva York, hacía cosa de dos años y medio, «supongamos que lo que quieres no es robar un coche. Tienes uno, pero el depósito está casi vacío. Tienes una manguera, pero el coche que has elegido para hacerte una transfusión gratis es de los que llevan tapa de depósito con cerradura. ¿Problema? No si conoces tu oficio, porque la mayor parte de las cerraduras de tapa de depósito son literalmente de risa. Lo único que necesitas es un pasador de pelo».

Paul tuvo que hacer y deshacer muchas veces el camino hasta dejar la silla de ruedas exactamente donde él quería, con la rueda izquierda tocando casi la puerta.

El ojo de la cerradura era de los antiguos; le hizo pensar en los dibujos de John Tenniel para *Alicia en el país de las maravillas*, plantado en el medio de un deslustrado escudete. Se agachó ligeramente en la silla —eso le supuso soltar una especie de ladrido, uno solo— y atisbó. Se veía un pasillo corto que desembocaba en lo que sin duda era el salón: alfombra rojo oscuro en el suelo, diván anticuado tapizado con una tela similar, lámpara con pantalla de borlas.

A mano izquierda, hacia la mitad del pasillo, había una puerta entornada. Paul notó la aceleración del pulso. Aquello tenía que ser el baño; había oído a Annie Wilkes hacer correr litros de agua allí dentro (incluidos los del cubo del que él bebería después con entusiasmo), ¿y no sería también el lugar de donde salía siempre antes de darle la medicina?

Pensó que sí.

Cogió el pasador. Se le escurrió entre los dedos, cayó sobre la tabla y patinó hacia el borde.

—¡No! —gritó con voz ronca, y dio un manotazo justo encima antes de que el pasador se fuera al suelo. Una vez lo tuvo bien cogido, perdió otra vez el mundo de vista.

Aunque era imposible saberlo con certeza, le pareció que esta segunda vez el desmayo había durado más. En cuanto al dolor —descontando el suplicio de la rodilla izquierda—, parecía haber menguado un poquito. El pasador descansaba en la tabla atravesada sobre los brazos de la silla. Antes de cogerlo, flexionó varias veces los dedos de su mano derecha.

Muy bien, pensó, enderezando el pasador y sosteniéndolo con la mano derecha. No vas a temblar. Ten esto bien claro. NO VAS A TEMBLAR.

Alargó el brazo hacia el lado contrario e introdujo el pasador en el ojo de la cerradura. El locutor empezó a radiar en su cabeza

(¡*muchísima imaginación!*)

narrando los pormenores.

El sudor le caía ahora como aceite por la cara. Aguzó los oídos... el *cuerpo* entero.

«El cilindro de una cerradura barata es como un balancín», le había explicado Tom Twyford, haciendo un movimiento de sierra para ilustrarlo. «¿Quieres volcar una mecedora? Facilísimo, ¿verdad? Agarra las patas y dale la vuelta... está chupadísimo. Pues eso es lo que tienes que hacer con una cerradura de esas: empujas el cilindro hacia arriba y abres rápidamente la tapa, antes de que vuelva a cerrarse.»

Por dos veces consiguió mover el cilindro, pero en ambas el pasador resbaló y el cilindro volvió rápidamente a su sitio sin darle tiempo a nada más. Viendo que el pasador empezaba a doblarse, temió que no aguantara más de dos o tres intentos.

—Dios, por favor —suplicó, introduciendo de nuevo el pasador—. Vamos, ¿qué me dices? Dale un respiro a este pobre chaval, es todo lo que te pido.

(«Señores, la actuación de Sheldon ha sido heroica en el día de hoy, pero este va a ser su último disparo. El público ha enmudecido...»)

Cerró los ojos. La voz del locutor se fue perdiendo mientras él aguzaba el oído, concentrado en el ruidito del pasador dentro de la cerradura. ¡Por fin! ¡Había encontrado resistencia! ¡Era el cilindro! Lo vio mentalmente, su forma como la pata curvada de una mecedora, presionando la lengüeta para que no se moviera de sitio. Y para que *él* no se moviera de allí.

Es literalmente de risa, Paul. Tú no te pongas nervioso.

Cuando uno tenía tanto dolor, era difícil no ponerse nervioso.

Pasando la mano izquierda por debajo del brazo derecho, agarró con la mano el pomo de la puerta y aplicó una ligera presión al pasador. Un poco más... otro poco más...

Mentalmente vio cómo el balancín empezaba a desplazarse en su polvoriento nicho, vio cómo la lengüeta del cerrojo se venía hacia atrás. Tampoco era necesario que hiciera todo el recorrido, eso no, por Dios; no era necesario volcar la mecedora, por emplear la metáfora de Tom Twyford. Solo había que esperar el momento en que salvara el marco de la puerta; un empujón y...

El pasador estaba empezando a doblarse, y al mismo tiempo resbalaba. Desesperado, empujó hacia arriba con todas sus fuerzas, giró el picaporte y dio un manotazo a la puerta. El pasador se partió con un *chasquido*, y la parte que estaba en la cerradura cayó dentro. Por un momento creyó que había fracasado, pero enseguida vio que la puerta se abría despacio, la lengüeta asomando del escudete como un dedo metálico.

—Jesús —dijo en voz baja—. Jesús, gracias.

«¡Vamos a la moviola!», gritó Warner Wolf en su cabeza, exultante, mientras los miles de espectadores del Annie Wilkes Stadium —por no hablar de los incontables millones de televidentes— prorrumpían en estruendosos vítores.

—Ahora no, Warner —masculló con voz ronca, iniciando la extenuante tarea de encarar la silla para poder salir por la puerta.

31

Tuvo un momento malo —más bien horrible, espantoso— en que le pareció que la silla no cabía por la puerta. Era solo cinco centímetros demasiado ancha, pero esos cinco centímetros ya eran demasiado. *Ella la entró plegada, por eso al principio creíste que era un carrito de la compra*, le informó como en sueños su cerebro.

Al final consiguió pasar —a duras penas— colocándose frente al umbral e inclinándose luego hacia delante hasta agarrarse con las manos a las jambas de la puerta. Los ejes de las ruedas chillaron al morder la madera, pero Paul logró pasar.

Un instante después, volvió a perder el mundo de vista.

32

Fue la voz de ella lo que hizo que volviera en sí. Abrió los ojos y vio que le estaba apuntando con la escopeta. Sus ojos echaban chispas de furia y tenía los dientes

brillantes de saliva.

—Si tanto ansías tu libertad, Paul —dijo Annie—, para mí será un placer concedértela.

Y tiró hacia atrás de ambos percutores.

33

Se sobresaltó, esperando la detonación de la escopeta. Pero ella, claro, no estaba allí; mentalmente había entendido que era un sueño.

No, un sueño, no: una advertencia. Ella podría volver de un momento a otro. Ya.

La luz que entraba a través de la puerta entornada del cuarto de baño había cambiado, era más fuerte ahora. Debía de ser mediodía. Deseó que sonara el reloj y así saber hasta qué punto acertaba en su suposición, pero el reloj se obstinaba en permanecer callado.

Una vez estuvo fuera cincuenta horas.

En efecto. Y ahora podía tardar ochenta. O podrías oír que llega el Cherokee dentro de cinco segundos. Por si no lo sabías, amigo, el servicio meteorológico puede dar avisos de tornados, pero en cuanto a decir exactamente cuándo y dónde tocarán tierra, no tienen ni puta idea.

—Cierto —dijo, y avanzó hasta el baño en la silla de ruedas. Al mirar dentro, vio una habitación austera con suelo de baldosas hexagonales blancas. Una bañera con la porcelana oxidada debajo de los grifos descansaba sobre sus patas de garra. Al lado había un armario para toallas y ropa de cama. Enfrente de la bañera había un lavabo, y más arriba del mismo un armario de medicamentos.

El cubo de fregar estaba dentro de la bañera; pudo ver el plástico de la parte superior.

En el pasillo había espacio de sobra para maniobrar con la silla y encararla a la puerta, pero le temblaban los brazos por el esfuerzo. De chico había sido más bien enclenque, razón por la cual había intentado cuidarse al llegar a la edad adulta, pero ahora su musculatura era la de un inválido y el chaval enclenque había vuelto, como si todo el tiempo empleado en hacer abdominales y correr y ejercitarse en la máquina Nautilus hubiera sido solo un sueño.

Por suerte, el umbral del cuarto de baño era más ancho; no gran cosa, pero sí lo suficiente para franquearlo sin tanto peligro. Paul chocó contra el dintel y luego las ruedas de caucho duro de la silla se deslizaron por las baldosas. Notó un olor fuerte que asoció automáticamente a hospitales: zotal, quizá. No había retrete, pero eso ya lo había sospechado; siempre oía tirar la cadena en el piso de arriba y, pensándolo ahora, también cuando él usaba la cuña. En este cuarto solo había la bañera, el lavabo y el armario, con su puerta abierta.

Echó un breve vistazo al ordenado conjunto de toallas y paños —ambas cosas le resultaban familiares por los baños de esponja que ella le daba— y luego miró el botiquín.

Estaba demasiado alto.

Por mucho que estirara el brazo, el armarito quedaba a unos veinte centímetros de las puntas de sus dedos. Lo intentó a pesar de la evidencia, incapaz de creer que el Hado, Dios o Quien Fuera pudiese ser tan cruel. Parecía el jardinero en un partido de béisbol, tratando de alcanzar la bola de un *home run* que no tenía la menor posibilidad de atrapar.

Resoplando de fastidio y desconcierto, bajó la mano y se recostó, sin aire en los pulmones. Notó el preámbulo de un desmayo e hizo un esfuerzo de voluntad para combatirlo. Buscando algún objeto con el que abrir la puerta del armarito, reparó en el palo azul de una fregona apoyado en un rincón.

No me digas que vas a usar eso. Bueno, supongo que podrías. Abres la puerta del botiquín y haces caer unas cuantas cosas al lavabo. Pero los frascos se romperán, e incluso si no hubiera frascos, cosa muy dudosa, ya que todo el mundo tiene un frasco de Listerine o algo así en el botiquín, no podrás meter otra vez dentro lo que hayas tirado. Y cuando ella vuelva y vea el estropicio, entonces ¿qué, eh?

—Le diré que ha sido Misery —graznó—. Le diré que ha pasado por aquí en busca de un elixir que la haga resucitar de entre los muertos.

No bien lo hubo dicho, rompió a llorar... pero incluso entre lágrimas no dejó de mirar aquí y allá buscando algo, lo que fuera, una inspiración, un respiro, coño, solo un r...

Estaba mirando otra vez el armario de las toallas y el corazón le dio un vuelco. Sus ojos se abrieron de par en par.

La primera vez solo se había fijado en los estantes, con sus bien ordenadas pilas de sábanas y fundas de almohada de paños y toallas. Pero ahora estaba mirando *abajo*, y en el suelo del armario había numerosas cajas cuadradas de cartón. En unas etiquetas ponía UPJOHN. En otras ponía LILY. En otras más ponía CAM PHARMACEUTICALS.

Hizo girar la silla bruscamente, sin importarle el dolor.

Dios, Dios, por favor, que no sea su escondite de champú de repuesto o de tampones o de fotos de la santa de su madre o...

Se inclinó para alcanzar una caja, la sacó y la abrió. Ni champú de repuesto ni muestras de Avon. Qué va. Dentro había un batiburrillo de medicinas, la mayor parte en envases con la etiqueta MUESTRAS. Unas cuantas píldoras y comprimidos de diferentes colores corrieron sueltos por el fondo. Le sonaban algunos nombres, como los de medicamentos para la hipertensión que su padre había tomado durante los últimos años de su vida; otros no le sonaban de nada.

—Novril —dijo para sí, hurgando frenético en la caja, la cara bañada en sudor y las piernas enviándole dolorosos mensajes—. Novril, ¿dónde está el puto Novril?

Allí no había. Volvió a cerrar la caja y la metió en el armario, haciendo apenas un esfuerzo simbólico de dejarla en el mismo sitio donde estaba antes. Tampoco se iba a notar, aquel espacio parecía un maldito vertedero.

Inclinándose mucho hacia la izquierda pudo alcanzar una segunda caja. Al abrirla, casi no dio crédito a lo que estaba viendo.

Darvon. Darvocet. Darvon Compound. Morphose y Morphose Complex. Librium. Valium. Y Novril. Docenas y docenas y docenas de muestras. En sus encantadoras cajitas. Encantadoras, preciosas, santísimas cajitas. Abrió una con avidez y vio, dentro de sus pequeños blísteres, las cápsulas que ella le daba cada seis horas.

NO DESPACHAR SIN RECETA MÉDICA, rezaba la caja.

—¡Viva! ¡Ha llegado el doctor! —sollozó, agradecido. Arrancó el celofán con los dientes y masticó tres cápsulas de Novril sin darse apenas cuenta de su sabor tremendamente amargo. Se quedó mirando las cinco restantes dentro de su mutilada lámina de celofán, y se zampó una cuarta.

Miró rápidamente a su alrededor, la barbilla pegada al esternón, los ojos pícaros y asustados. Aunque sabía que era demasiado pronto para sentir alivio, lo *estaba* sintiendo; aparentemente, *tener* las pastillas era más importante aún que *tomarlas*. Como si alguien le hubiera otorgado el control sobre la luna y las mareas, o bien se lo hubiera adjudicado él sin más. Una idea bestial, increíble, pero que daba también cierto miedo con su trasfondo de culpabilidad y blasfemia.

Mira que si vuelve ahora...

—Vale, está bien. Capto el mensaje.

Miró la caja de cartón tratando de calcular cuántas muestras podía llevarse sin que ella se diera cuenta de que un ratoncito llamado Paul Sheldon había estado mordisqueando por allí.

La idea lo hizo reír. Fue una risa estridente y aliviada, lo que le hizo pensar que el medicamento no solo le estaba afectando a las piernas. Por decirlo de una manera perfectamente vulgar, acababa de meterse el chute que necesitaba.

Mueve el culo, imbécil. No te entretengas disfrutando del colocón.

Decidió coger cinco cajitas, treinta cápsulas en total. Hubo de reprimirse para no llevarse más. Revolvió los envases y frascos que quedaban para que se viera todo lo más parecido a como él lo había encontrado al mirar por primera vez. Remetió las solapas y devolvió la caja al armario.

Se acercaba un coche.

Paul se enderezó de golpe, los ojos muy abiertos. Sus manos bajaron rápidamente a los reposabrazos de la silla y se aferraron, tensas de pánico. Si era Annie que volvía, estaba jodido y este sería el fin. Imposible maniobrar aquella cosa tan voluminosa y pesada para volver a su cuarto a tiempo. Cabía la posibilidad de darle un porrazo a Annie con el palo de la fregona antes de que ella le retorciera el pescuezo como a una gallina.

Sentado en la silla de ruedas con las muestras de Novril en el regazo y las piernas rotas tiesas al frente, esperó a que el coche pasara de largo o girara hacia la casa.

El sonido crecía y crecía... pero luego fue disminuyendo.

Muy bien. ¿Necesitas una advertencia más gráfica aún, niño?

No. Ciertamente no la necesitaba. Echó un vistazo final a las cajas y le pareció que estaban más o menos como al principio —claro que en ese primer momento las había mirado por entre una bruma de dolor y no podía estar del todo seguro—, pero supo que los montoncitos de muestras quizá no tenían esa disposición azarosa que él había creído observar; no, claro que no. Annie Wilkes, como buena neurótica, poseía una sensibilidad exacerbada y era posible que hubiera memorizado la posición de cada caja y de cada envase. Podía ser que con un simple vistazo se percatara enseguida de lo que había ocurrido, incluso a un nivel puramente arcano. La conciencia de esta posibilidad no le causó temor, sino una cierta resignación; él necesitaba la droga y había logrado salir de su cuarto y hacerse con ella. Si había consecuencias, en forma de castigo, las afrontaría al menos con la convicción de que no podía haber hecho otra cosa. Y de las cosas que ella le había hecho, esta resignación era sin duda un síntoma de lo más grave: ella lo había convertido en un animal transido de dolor y sin opciones éticas de ningún tipo.

Retrocedió en la silla en dirección a la puerta, mirando hacia atrás de vez en cuando para asegurarse de que no se desviaba. Antes, la operación le habría hecho gritar de dolor, pero ahora parecía que las punzadas iban desapareciendo bajo una hermosa capa vítrea.

Salió al pasillo y, de repente, se detuvo al caer en la cuenta de una cosa terrible: si el suelo del cuarto de baño estaba ligeramente húmedo o incluso un poco sucio, entonces...

Por un momento, al mirar el suelo, la idea de que había podido dejar huellas en las prístinas baldosas del baño fue tan convincente que realmente las vio. Sacudió la cabeza antes de mirar otra vez. No, no había huellas. Pero la puerta estaba más abierta que al entrar él. Se acercó en la silla de ruedas, giró un poco hacia la derecha a fin de alcanzar el picaporte, e inclinándose un poco tiró hasta dejar la puerta casi cerrada. Listo. Le pareció que así estaba bien.

Iba a asir las ruedas con el fin de girar en redondo para volver a su cuarto, cuando reparó en que la silla había quedado orientada más o menos hacia la sala de estar, y en la sala de estar era donde casi todo el mundo tenía un teléfono y...

La luz que prendió en su cerebro fue como una bengala disparada sobre un prado amortajado de niebla.

«Comisaría de Policía de Sidewinder, agente Humbuggy al habla.»

«Oiga, agente Humbuggy. Escúcheme con mucha atención y, por favor, no me interrumpa, porque no sé de cuánto tiempo dispongo. Me llamo Paul Sheldon. Llamo desde casa de Annie Wilkes. Me tiene aquí retenido desde hace al menos quince días, puede que incluso un mes. Yo...»

«¿Annie Wilkes, dice?»

«Vengan enseguida. Envíen una ambulancia. Y por el amor de Dios, intenten llegar antes de que ella vuelva...»

—Antes de que vuelva —gimió Paul—. Sí, claro. Cojonudo.

¿Qué te hace pensar que ella tiene teléfono? ¿Acaso la has oído hablar con alguien? ¿A quién iba a llamar, esa mujer?, ¿a sus buenos amigos los Roydman?

Que no tenga a nadie con quien estar de cháchara todo el día no significa que no sea capaz de entender que a veces ocurren accidentes; podría caerse escaleras abajo y romperse un brazo o una pierna, podría haber un incendio en el establo.

¿Cuántas veces has oído sonar tú ese supuesto teléfono?

¿Así que ahora ponen condiciones? ¿Si tu teléfono no suena al menos una vez al día, vienen los de Mountain Bell y se te lo llevan? Además, la mayor parte del tiempo ni siquiera he estado consciente.

Estás desafiando a la suerte. La estás desafiando y lo sabes muy bien.

Lo sabía, claro, pero pensar en aquel teléfono, imaginar el tacto fresco del plástico negro, el clic del dial giratorio o el pitido del marcador por tonos... Quién podía resistirse a tanta seducción.

Hizo girar la silla hasta encararla con el salón y luego avanzó.

Olía a humedad, a poca ventilación, a cosa vagamente mustia. Aunque las cortinas que protegían las ventanas en voladizo no estaban corridas del todo y había una preciosa vista de las montañas, la estancia estaba demasiado oscura. Porque los colores son demasiado oscuros, pensó. Dominaba el rojo oscuro, como si alguien hubiera derramado litros de sangre venosa.

Sobre la repisa de la chimenea había un retrato coloreado de una mujer de gesto adusto y ojos diminutos incrustados en un rostro grueso. Su boca de labios fruncidos era como un capullo de rosa. La foto, en su marco dorado de estilo rococó, era del tamaño de la foto del presidente que uno veía al entrar en la oficina postal de una ciudad importante. Paul no necesitó un telegrama con una declaración notarial para saber que se trataba de la santa madre de Annie.

Avanzó un poco más. El lado izquierdo de la silla de ruedas topó con una mesita auxiliar. Las fruslerías de cerámica que había encima chocaron entre sí y una de ellas —un pingüino sentado en un bloque de hielo— se precipitó al suelo.

Sin pensarlo, estiró el brazo y agarró la figurilla. Fue un gesto casi indiferente; la reacción vino después. Con el pingüino apretado en el puño, se concentró en ahuyentar los temblores. *Vamos, lo has cazado al vuelo, tranquilo; además, hay una alfombra, seguramente no se habría roto.*

Pero ¡y SI llega a romperse!, objetó a gritos su cerebro. ¡Y SI se rompe! Tienes que volver a tu cuarto, no sea que dejes algún indicio o algo...

No. Todavía no. Todavía no, por muy asustado que estuviera. Le había costado horrores llegar hasta allí. Si después le ajustaban las cuentas, tendría que aguantarse.

Miró a su alrededor. La sala estaba repleta de muebles sin gracia alguna. Debería haber estado presidida por las ventanas y la espléndida vista de las Rocosas al fondo, pero lo que dominaba era el retrato de aquella señora entrada en carnes aprisionada entre las volutas y florituras y rígidos festones dorados del abominable marco.

Encima de una mesa al otro extremo del sofá, donde ella probablemente se sentaba para mirar la tele, había un teléfono corriente.

Con suavidad, atreviéndose apenas a respirar, Paul dejó otra vez el pingüino de cerámica (¡Y ESTA ES MI HISTORIA!, rezaba la leyenda en el bloque de hielo) sobre la mesita de las chucherías y se propulsó hacia el teléfono.

Enfrente del sofá había una mesa auxiliar; dio un rodeo para no chocar con ella. Había encima un ramo de flor seca dentro de un feo jarrón verde, y el conjunto daba la impresión de pesar mucho, como si apenas rozándolo pudiera hacerlo volcar.

Fuera no se oía ningún coche, solo el rumor del viento.

Puso la mano sobre el auricular del teléfono y, lentamente, lo levantó.

Una extraña sensación predestinada de fracaso se apoderó de él antes incluso de llevarse el auricular al oído: silencio absoluto. Mientras lo devolvía a su sitio, le vino a la mente un verso de una vieja canción de Roger Miller que parecía tener cierto paradójico sentido: «Ni teléfono ni piscina ni perro ni gato... Me he quedado sin tabaco...».

Al reseguir con la vista el cable del teléfono, vio el pequeño módulo cuadrado en el zócalo y la clavija enchufada. Todo parecía estar en orden.

Como el establo, con sus láminas térmicas.

Guardar las apariencias es importantísimo.

Cerró los ojos y vio a Annie retirando la clavija y metiendo un chorrito de pegamento en el agujero del módulo. La vio introducir la clavija en el blanquecino pegamento, donde se endurecería hasta congelarse para toda la eternidad. La compañía telefónica no sabría que algo iba mal a menos que alguien intentara llamar a Annie y diera parte de que la línea no funcionaba, pero nadie llamaba a Annie por teléfono. Las facturas irían llegando cada mes y ella las pagaría puntualmente, pero el teléfono en sí era puro atrezo, un elemento más en su permanente lucha por *guardar las apariencias*, como el pulcro establo recién pintado de rojo con ribete de color crema y las láminas térmicas para fundir el hielo invernal. ¿Había castrado Annie el teléfono previendo una expedición como la de él ahora? ¿Había previsto que él podía escaparse de la habitación? Paul lo dudaba. Seguro que el teléfono —cuando *funcionaba*— la habría puesto de los nervios mucho antes de que apareciera él. Annie debía de pasarse noches enteras despierta, contemplando el techo de su dormitorio y escuchando el gemir del viento montaraz, mientras imaginaba que la gente debía de estar pensando en ella con desagrado o, peor aún, con mala fe —los Roydman, del mundo entero—, personas, cualquiera de ellas, que en un momento dado podían tener la idea de llamar por teléfono y gritarle: ¡Fuiste tú, Annie! ¡La policía se te llevó a Denver y sabemos que fuiste tú! ¡A nadie se lo llevan a Denver si es inocente! Ella

habría solicitado y obtenido, cómo no, un número que no constara en el listín telefónico —cualquier persona a la que hubieran juzgado y absuelto de un crimen importante (y si fue en Denver, tenía que haberlo sido) lo habría hecho—, pero para una neurótica profunda como Annie Wilkes ni siquiera eso aportaba consuelo suficiente. *Todos* estaban conchabados contra ella; si querían conseguir el número, podían hacerlo; seguramente, los abogados que tan mal se habían portado con ella se alegrarían de poder dárselo a *todo* aquel que lo *pidiera*, claro que sí. Y es que ella veía el mundo como un lugar en tinieblas repleto de masas humanas como mares en constante movimiento, un universo malvado en torno a un pequeño escenario, y sobre ese escenario, iluminada por un cañón de luz salvajemente intensa, ella y nadie más que ella. Así pues, mejor silenciar el teléfono, eliminarlo, como lo eliminaría a *él* si se enteraba de que había entrado allí.

El pánico explotó en su cerebro, diciéndole que *tenía* que salir cuanto antes del salón y volver a su cuarto, esconder las pastillas donde fuera y situarse otra vez junto a la ventana a fin de que cuando ella volviese no pudiera ver *ninguna diferencia, ninguna en absoluto*. Esta vez estuvo de acuerdo con su voz interior. Totalmente de acuerdo. Retrocedió con cuidado, y una vez en la única zona más o menos despejada de la sala, inició la complicada tarea de girar sobre sí mismo en la silla de ruedas, cuidando de no chocar con la mesita auxiliar.

Apenas si había completado el giro cuando oyó que un coche se acercaba, y supo, lo *supo* sin más, que era ella que volvía del pueblo.

34

Casi perdió el conocimiento, atenazado por un terror como jamás había conocido, un terror lleno de un profundo e intimidante sentimiento de culpa. Recordó de pronto el único incidente vivido por él que guardaba una remota semejanza con el de ahora por su desesperado carácter emocional. Tenía entonces doce años. Eran las vacaciones de verano, su padre estaba en el trabajo y su madre había ido a pasar el día a Boston con la vecina de enfrente, la señora Kaspbrak. Había visto un paquete de cigarrillos de su madre y había encendido uno. Mientras fumaba con entusiasmo, se había sentido medio mareado pero feliz, como pensaba que debían de sentirse los ladrones cuando atracaban un banco. A medio cigarrillo, y con la habitación llena de humo, había oído abrirse la puerta de la calle. «¿Paulie? Soy yo, ¡me he olvidado el monedero!» Paul había empezado a dar manotazos al aire, sabiendo que el humo seguiría allí, que lo habían pillado *in fraganti*, que le caerían unos azotes.

Esta vez iba a ser algo más que unos azotes.

Se acordó del sueño que había tenido durante uno de sus breves desmayos. Annie tirando de los dos percutores de la escopeta y diciendo «Si tanto ansías la libertad,

Paul, para mí será un placer concedértela».

El sonido del motor fue disminuyendo de volumen al perder el coche velocidad. Era *ella*, sin duda.

Paul apoyó en las ruedas unas manos que apenas si podía sentir y dirigió la silla hacia el pasillo, echando un vistazo rápido al pingüino sobre su bloque de hielo. ¿Lo había dejado en el sitio exacto? No estaba seguro. Tendría que confiar en la suerte.

Condujo la silla hacia su cuarto ganando velocidad a medida que avanzaba. Pensó que podría entrar derecho por la puerta, pero se había desviado un poco. Aunque solo era un poco, el espacio era tan exiguo que la silla chocó con el lado derecho del umbral y saltó ligeramente hacia atrás.

¿Has rascado la pintura?, le gritó su cerebro. *Santo Dios, ¿has rascado la pintura?, ¿has dejado una marca?*

No, la pintura estaba intacta. Solo había una pequeña incisión. Menos mal. Corrigió el rumbo frenéticamente, tratando de encajar la silla en la angosta abertura de la puerta.

El ruido del motor iba en aumento, cada vez más cerca, reduciendo aún la velocidad. Le llegó el crujir de los neumáticos de nieve.

Despacio... no corras...

Arronzó de nuevo. Los cubos de las ruedas se engancharon en los costados de la puerta. Empujó, aun sabiendo que no iba a servir de nada; estaba atascado como un corcho en una botella de vino, no podía ir hacia delante ni hacia atrás.

Tras un último empujón —los músculos de sus brazos temblaban como cuerdas de violín afinadas demasiado alto—, la silla pasó con el mismo chillido sordo.

En ese momento el Cherokee enfiló el camino de acceso.

Llevará paquetes, quiso tranquilizarlo su cerebro, *el papel de escribir, quizá algunas cosas más, y andará despacio para no resbalar en el hielo, ya estás en tu cuarto, lo peor ha pasado, hay tiempo, todavía hay tiempo...*

Avanzó un poco más y giró torpemente unos ciento ochenta grados. Mientras situaba la silla en paralelo a la puerta, oyó cómo ella apagaba el motor.

Paul se inclinó al frente, agarró el pomo de la puerta e intentó cerrar. La lengüeta de la cerradura, asomando todavía como un dedo metálico tieso, golpeó la jamba. Hizo presión con el pulpejo del pulgar. La lengüeta empezó a moverse... y después nada. Se había parado a medio camino, negándose a permitir que la puerta se cerrara.

Se quedó mirando aquello como un estúpido mientras le venía a la cabeza el viejo lema de la marina. Si algo PUEDE salir mal, SALDRÁ mal.

Dios, por favor, basta ya; ¿no era suficiente con que ella se cargase el teléfono?

Dejó de apretar y la lengüeta volvió a salir del todo. Empujó de nuevo hacia dentro y ocurrió lo mismo. Al oír un ruidito extraño dentro de la cerradura, entendió lo que pasaba. Era el trozo de pasador que se había partido. Al romperse había caído dentro, y ahora impedía que la lengüeta retrocediera hasta el fondo de la cerradura.

Oyó abrirse la puerta del Cherokee. Oyó incluso cómo resoplaba ella al apearse. Oyó el crujir de bolsas de papel cuando sacaba los paquetes.

—Vamos, *vamos* —susurró mientras empezaba a mover la lengüeta hacia delante y hacia atrás. Cada vez entraba unos milímetros y luego se quedaba atascada. Y el condenado pasador haciendo ruidito allí dentro—. Vamos... vamos... vamos...

Estaba llorando otra vez y no se había dado cuenta; sudor y lágrimas se mezclaban en sus mejillas. Fue vagamente consciente de sentir aún mucho dolor pese a todo el Novril que llevaba dentro, y de que tendría que pagar un precio muy alto por aquel pequeño trabajo.

No tan alto como el que ella te hará pagar como no consigas cerrar esta maldita puerta, Paulie.

Oyó crujir sus prudentes pasos en el sendero. El ruido de las bolsas... y luego el tintineo de las llaves de la casa al sacarlas del bolso.

—Vamos... vamos... vamos...

Esta vez, al empujar la lengüeta hacia dentro, oyó un clic en la cerradura, y la pieza metálica entró medio centímetro más. No lo suficiente para salvar la jamba... pero casi.

—Vamos... *por favor*...

Empezó a presionar la lengüeta más deprisa, meneándola nervioso, mientras la oía a ella abrir la puerta de la cocina. Y entonces, como en un tétrico flashback del día en que su madre lo había pillado fumando, Annie dijo, en voz alta y alegre:

—¿Paul? ¡Soy yo! ¡Te traigo el papel!

¡Me ha pillado! ¡Me ha pillado! Dios, no, te lo suplico, no permitas que me haga daño, Dios...

Con movimientos convulsos, presionó la lengüeta una vez más con el pulgar intentando meterla en la cerradura, y un chasquido sordo indicó que el pasador se había roto. La lengüeta entró. Desde la cocina le llegó el sonido de una cremallera: Annie, quitándose la parka.

Paul cerró la puerta. El clic del pestillo

(¿lo habrá oído?, ¡seguro, seguro que lo ha oído!)

sonó como el pistoletazo de salida en una carrera de atletismo.

Retrocedió en la silla de ruedas hacia la ventana. No había terminado de enderezarla cuando oyó sus pisadas en el pasillo.

—¡Te traigo el papel, Paul! ¿Estás despierto?

Imposible... no me dará tiempo... lo oiré...

Dio un último tirón a la palanca de maniobrar y situó la silla al pie de la ventana justo en el momento en que ella introducía la llave en la cerradura.

No entrará bien... el pasador... y sospechará...

Pero la pieza intrusa de metal debía de haber quedado en el fondo de la cerradura, porque la llave entró perfectamente. Paul se quedó allí sentado, los ojos a media asta, confiando en haber puesto la silla exactamente donde estaba antes (o, al menos, lo

bastante cerca para que ella no notase el cambio), confiando en que ella interpretara el sudor que empapaba su cara y los temblores que recorrían todo su cuerpo como reacciones a la falta de medicamento, confiando sobre todo en no haber dejado ningún rastro...

Fue al abrirse la puerta cuando bajó un momento la vista y reparó en que, buscando posibles huellas con tan desesperada concentración, había pasado por alto toda una estampida de bisontes: las cajas de Novril seguían sobre su regazo.

35

Traía dos paquetes de papel de escribir y llevaba uno en cada mano.

—Justo lo que me habías pedido, ¿eh? —dijo, sonriendo—. Triad Modern. Aquí tienes dos resmas, y he dejado dos más en la cocina, por si acaso. Bueno, ya ves...

Calló bruscamente; ahora lo estaba mirando, ceñuda.

—Pero si estás *empapado* en sudor... y tienes la cara *muy* colorada. —Hizo una pausa—. ¿Se puede saber qué has estado haciendo?

Y aunque estas palabras provocaron que la vocecita de su ser interior se pusiera a gritar otra vez que lo habían pillado y que más valía que se rindiera, que confesara, que cruzara los dedos confiando en que ella se mostrara misericordiosa, Paul logró aguantarle la mirada con irónica fatiga.

—Creo que ya sabes la respuesta. Sufrir, eso he hecho —dijo.

Annie sacó un clínex del bolsillo de su falda y le enjugó la frente; el pañuelo acabó mojado. Lo miró con aquella sonriente expresión teñida de horrible y espuria maternidad.

—¿Tan mal lo has pasado?

—Sí. Muy mal. Y ahora, ¿podrías...?

—Te *advertí* que no me hicieras enfadar. Viviendo se aprende, ¿no es eso lo que dicen? Así pues, si vives, imagino que aprenderás.

—¿Puedes darme la medicina?

—Enseguida —dijo ella, sin apartar la mirada de su rostro sudoroso, de aquella palidez cerosa punteada de ronchas rojas—. Pero antes quiero estar segura de que no me vas a pedir nada *más*. Nada que la tonta de Annie Wilkes haya olvidado porque no tiene ni idea de lo que necesita el Señor Listo para escribir un libro. Quiero asegurarme de que no me mandarás otra vez al pueblo a comprarte una grabadora, o unas zapatillas especiales para novelistas, qué sé yo. Porque si quieres que vaya, voy. Tus deseos son órdenes. Ni siquiera esperaré a darte las pastillas; subiré otra vez a mi vieja Bessie e iré. ¿Qué me dice, eh, Señor Listo? ¿Lo tiene usted todo?

—Lo tengo todo —dijo él—. Annie, por favor.

—¿Y no me harás enfadar más?

—Descuida, no te haré enfadar más.

—Porque cuando me enfado no me reconozco. —Bajó la vista. Estaba mirando donde él tenía las manos juntas y bien apretadas sobre las muestras de Novril. Transcurrieron varios largos segundos—. Paul —dijo con suavidad—, ¿por qué tienes puestas así las manos?

Él rompió a llorar. Lloraba por sentimiento de culpa, y fue eso lo que detestó más: encima de todo lo que le había hecho ya, aquel monstruo de mujer le estaba haciendo sentirse culpable. Lloró, pues, por la culpa que sentía... pero también de puro e infantil cansancio.

Levantó la vista, la cara arrasada en lágrimas, y jugó la última carta que le quedaba.

—Necesito las pastillas —dijo— y necesito el orinal. Me he estado aguantando todo el rato que has estado fuera, Annie, pero no creo que pueda aguantar mucho más y no quiero hacérmelo encima otra vez.

Ella esbozó una sonrisa radiante y le apartó de la frente unos cabellos apelmazados.

—Pobrecito. Qué mal te lo ha hecho pasar Annie, ¿verdad? ¡Esta Annie es muy mala! Voy a buscarlo. Enseguida vuelvo.

36

No se habría atrevido a meter las pastillas debajo de la alfombra incluso pensando que tenía tiempo de hacerlo antes de que ella volviera: eran envases pequeños, pero se habrían notado igual. Cuando oyó que ella entraba en el baño, cogió las muestras, pasó los brazos a la espalda con mucho dolor y se las metió por la parte de atrás del calzoncillo. Puntiagudas esquinas de cartón se le clavaron entre nalga y nalga.

Annie volvió con la cuña en una mano —era de estaño, anticuada, parecía un secador de pelo— y en la otra dos cápsulas de Novril y un vaso de agua.

Si tomas dos pastillas más, teniendo en cuenta las que te has zampado hace media hora, podrías entrar en coma y luego morirte, pensó, y una segunda voz contestó al punto: *Por mí, ningún problema.*

Se tragó las pastillas con un poco de agua. Ella le tendió la cuña.

—¿Necesitas que te ayude? —dijo.

—Ya me apaño.

Ella se volvió mientras él introducía el pene en el frío tubo metálico y orinaba. La miró cuando empezó a oírse el líquido murmullo, y vio que Annie sonreía.

—¿Ya? —preguntó ella momentos después.

—Sí. —Era cierto, de hecho, que tenía mucha necesidad de orinar; con el nerviosismo de toda la operación, no había pensado siquiera en ello.

Annie le cogió el orinal y lo depositó con cuidado en el suelo.

—Bueno, y ahora a la cama —dijo—. Estarás agotado... y esas piernas deben de estar cantando ópera de la buena.

Él asintió con la cabeza, cuando en realidad no sentía absolutamente *nada*; la cantidad de medicamento que había ingerido lo estaba llevando a una velocidad alarmante hacia la inconsciencia y ya empezaba a verlo todo como a través de sucesivas capas de gris. Se aferró a una sola idea: ella iba a transportarlo hasta la cama, y cuando lo hiciera, iba a tener que estar ciega y encima borracha para no ver las cajitas que abultaban en la parte de atrás de sus calzoncillos.

Ella lo trasladó en la silla hasta la cama.

—Será un momento, Paul, y luego podrás echar un sueñecito.

—Annie —improvisó él—, ¿te importa esperar cinco minutos?

Ella lo miró, y sus ojos se entornaron ligeramente.

—Creí que estaba usted sufriendo mucho, caballero.

—Y es verdad. Me duele... demasiado. Sobre todo la rodilla, ¿sabes? Donde, bueno, donde me diste cuando te enfadaste. Prefiero esperar un rato antes de que me levantes. ¿Te importa esperar a que... a que...?

Sabía lo que quería decir, pero empezaba a perder el mundo de vista. Todo cada vez más brumoso y gris. La miró, impotente, convencido de que al final lo iba a pillar.

—¿Quieres decir a que haga efecto el Novril? —preguntó ella, y Paul asintió con gesto agradecido—. Claro. Voy a guardar algunas cosas y vuelvo dentro de un rato.

Nada más salir ella, se sacó las cajas que llevaba escondidas detrás y las fue metiendo una por una debajo del colchón. Las capas de gasa eran cada vez más gruesas; el gris iba rápidamente camino del negro.

Mételas lo más adentro que puedas, pensó a ciegas. Así, si ella cambia las sábanas, no las arrastrará al quitar la de abajo. Mételas lo más adentro que... que...

Introdujo la última muestra bajo el colchón y luego se tumbó mirando al techo, donde las emes bailaban ahora ebrias de un lado al otro.

África, pensó.

Ahora tengo que enjuagar, pensó.

Uf, estoy metido en un buen lío, pensó.

Huellas, pensó. ¿He dejado alguna huella? ¿He d...?

Paul Sheldon perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, habían pasado catorce horas y fuera nevaba otra vez.

SEGUNDA PARTE

MISERY

Escribir no es causa de desdicha; nace de la desdicha.^[3]

MONTAIGNE

1

EL REGRESO DE MISERY

por Paul Sheldon

Para Annie Wilkes

CAPÍTULO 1

Aunque Ian Carmichael no se habría movido de Little Dunthorpe ni por todas las joyas del tesoro de la reina, hubo de reconocer para sus adentros que cuando llovía en Cornwall, llovía con más ganas que en cualquier otro punto de Inglaterra.

En el recibidor, colgada de un gancho, había una toalla vieja, y después de colgar la chorreante chaqueta y quitarse las botas, se secó el pelo con la toalla.

De lejos, procedentes del salón, le llegaron esforzados y ondulantes sonos de Chopin, y todavía con la toalla en la mano izquierda, se detuvo para escuchar.

Si ahora tenía las mejillas húmedas no era por la lluvia, sino porque estaba llorando.

Recordó que Geoffrey había dicho: No llores delante de ella, hombre; ¡es lo único que no debes hacer jamás!

Geoffrey, claro, tenía razón—raras veces se equivocaba, el viejo y querido Geoffrey—, pero a veces, cuando estaba solo, la proximidad de la huida de Misery del Grim Reaper le venía forzosamente a la cabeza y casi no podía contener las lágrimas. Hasta ese extremo la amaba; sin ella se moriría. Sin Misery, ya no habría vida para él, ni dentro de él.

El parto había sido largo y duro, pero no más largo ni más duro que el de otras muchas mujeres jóvenes a las que había atendido, dijo la comadrona en su momento. Fue pasada la medianoche, una hora después de que Geoffrey se lanzara a la tormenta que se avecinaba para ir a por el doctor, cuando la comadrona había empezado a alarmarse. Y fue cuando empezó la hemorragia.

—¡Querido Geoffrey! —Esta vez habló en voz alta, coincidiendo con el momento de entrar en la enorme cocina típica de la región, caldeada hasta lo insoportable.

—¿Decía algo, señorito? —le preguntó la señora Ramage, la malhumorada pero adorable vieja ama de llaves de los Carmichael, que salía en ese momento de la despensa. Como de costumbre, llevaba la cofia torcida y olía al rapé que, aun después de tantos años, seguía creyendo que era un vicio secreto suyo.

—No era mi intención, señora Ramage —dijo Ian.

—Por cómo he oído que le chorreaba el abrigo, un poco más y se me ahoga usted entre los cobertizos y la casa.

—En efecto, poco ha faltado —dijo Ian, pensando:

Si Geoffrey hubiera vuelto con el doctor tan solo diez minutos más tarde, creo que ella habría muerto. Era este un pensamiento que Ian trataba de frenar conscientemente (por truculento y por inútil), pero la idea de una vida sin Misery era tan horrible que a veces lo cogía desprevenido.

Tan lúgubres reflexiones fueron interrumpidas por el saludable llanto de un niño: su hijo, despierto y más que preparado para la merienda. Le llegó débilmente el ajetreo de Annie Wilkes, la competente niñera del pequeño Thomas, calmando a la criatura antes de cambiarle el pañal.

—Hoy tiene buena voz, la criatura —comentó la señora Ramage.

Ian tuvo un momento para pensar de nuevo, con verdadero pasmo, que era padre de un varón, y entonces su esposa le habló desde el umbral:

—Hola, cariño.

Ian levantó la vista, miró a su Misery, su amada.

Estaba como suspendida allí en el umbral, sus cabellos castaños de misteriosos reflejos como ascuas rojo oscuro derramándose en seductora profusión sobre sus hombros. Tenía la tez demasiado pálida aún, pero Ian pudo ver en sus mejillas un primer atisbo de color.

Sus ojos eran oscuros y profundos, y el resplandor de las lámparas de la cocina se reflejaba en ellos como dos pequeños diamantes que descansaran sobre el más oscuro paño de joyero.

—¡Mi vida! —exclamó, corriendo hacia ella como había hecho aquel día en Liverpool, cuando parecía seguro que

los piratas se la habían llevado tal como Jack Wickersham el Loco jurara que harían.

La señora Ramage recordó de pronto que había dejado algo a medias en el salón y los dejó a solas; eso sí, con una sonrisa en los labios. También a ella se le ocurría a veces pensar en cómo habrían sido las cosas si Geoffrey y el doctor hubieran llegado una hora más tarde aquella negra noche de tormenta, hacía dos meses, o si el experimento de la transfusión de sangre con la que su joven amo había puesto valientemente su vida al servicio de las depauperadas venas de Misery no hubiera funcionado.

—Ay, qué boba eres —se dijo a sí misma mientras se alejaba por el pasillo—. Ciertas cosas es preferible no pensarlas. —Un buen consejo; un consejo que Ian se había dado a sí mismo. Mas ambos habían descubierto que, en ocasiones, los buenos consejos eran más fáciles de dar que de seguir.

Ian estrechó a Misery entre sus brazos, ya en la cocina, sintiendo que su alma vivía y moría y volvía a vivir gracias al aroma de su tibia piel.

Aplicó una mano a la curva de su seno y notó el latir fuerte y seguro de su corazón.

—Si hubieras muerto, yo tendría que haber muerto contigo —dijo en susurros.

Ella le echó los brazos al cuello, haciendo más evidente la firmeza de su pecho, y susurró a su vez:

—Calla, mi vida, y no seas tonto. Estoy aquí, ya lo ves. Y ahora ¡bésame! Si muero, creo que será de tanto desearte.

Ian buscó los labios de Misery al tiempo que hundía las manos en su gloriosa melena castaña, y durante unos instantes no existió en el mundo nada más que ellos dos.

2

Annie dejó las tres páginas mecanografiadas sobre la mesita de noche y él esperó a ver qué diría al respecto. Sentía curiosidad, pero no estaba nervioso; de hecho, le había sorprendido la facilidad con que había vuelto a meterse en el mundo de Misery. Era un mundo cursi y melodramático, pero eso no alteraba el hecho de que regresar a él no hubiera sido en absoluto tan desagradable como esperaba, sino, al contrario,

casi tan reconfortante como calzarse unas zapatillas viejas. De ahí que se quedara literalmente boquiabierto y francamente pasmado cuando ella dijo:

—No está bien.

—¿No te... no te gusta? —Casi no se lo podía creer. Si las otras novelas de la serie le habían gustado tanto, ¿cómo no podía gustarle esto? Era tan *Misery*, de la primera a la última palabra, que casi era una caricatura, empezando por la maternal señora Ramage y sus viajes a la despensa para tomar rapé, pasando por Ian y Misery achuchándose como dos adolescentes salidos a la vuelta del baile del viernes noche en el instituto, y siguiendo por...

Pero ahora era *ella* la que parecía atónita.

—¿*Gustarme*, dices? Claro que me gusta. Es *precioso*. Cuando Ian se echa en sus brazos, me he puesto a llorar, no he podido evitarlo. —Y, sí, tenía los ojos un poco enrojecidos—. Y que le hayas puesto mi nombre a la niñera de Thomas... ha sido muy bonito de tu parte.

E inteligente, espero, pensó él. Ah, por cierto, tesoro, el bebé iba a llamarse Sean, por si te interesa saberlo; le he cambiado el nombre para no tener que tirarme el puto día escribiendo enes a mano.

—Pues me temo que no entiendo lo que...

—No, ya lo veo. Yo no he dicho que no me gustase, he dicho que no estaba bien. Es una estafa. Tendrás que cambiarlo.

¿No había pensado una vez que ella era el público ideal? Virgen santa. *Tienes que reconocerlo, Paul: cuando metes la pata, la metes hasta el fondo*. Lectora Fiel se había transformado en Editora Implacable.

El rostro de Paul, sin que él fuera consciente siquiera de ello, adoptó la expresión de sincera concentración que siempre ponía cuando escuchaba a una editora. Él lo llamaba mentalmente su cara de «¿Puedo ayudarla, señora?». Y es que los editores eran en su mayor parte esa clase de mujer que cuando llega a la estación de servicio le dice al mecánico que arregle algo que da golpes debajo del capó o que parece estar suelto dentro del salpicadero, y a ser posible «ya». Un gesto de sincera concentración era bueno porque halagaba a la editora, y una editora halagada podía renunciar a varias de sus ideas de bombero.

—¿Una estafa en qué sentido? —preguntó.

—Bueno, Geoffrey va a buscar al doctor, eso está bien. Pasa en el capítulo 38 de *El hijo de Misery*. Pero el doctor, como tú bien sabes, no aparece por la casa porque el caballo de Geoffrey tropieza con la baranda superior de la barrera del podrido de Cranthorpe cuando Geoffrey intenta saltarla (espero con toda mi alma, Paul, que ese pajarraco reciba todo su merecido en *El regreso de Misery*) y se queda allí tirado bajo la lluvia con la clavícula y varias costillas rotas, hasta que el hijo del pastor pasa por allí y lo encuentra. O sea que el doctor no aparece, ¿entiendes?

—Sí. —Paul se percató de que no podía dejar de mirarla.

Había pensado que Annie se ponía el sombrero de editora, o que se probaba incluso la gorra de colaboradora, para decirle qué tenía que escribir y cómo; pero no era así. El señor Cranthorpe, sin ir más lejos. Ella *esperaba* que Cranthorpe recibiera su merecido, pero no se lo estaba exigiendo; veía el curso creativo de la historia como algo ajeno, pese al evidente control que ejercía sobre el *autor*. Pero había cosas que no se podían hacer, y aquí la creatividad o la falta de creatividad no tenían la menor incidencia; hacer estas cosas era tan necio como proclamar la anulación de la ley de la gravedad o intentar jugar al ping-pong con un ladrillo. Annie *era*, realmente, la Lectora Fiel, pero Lectora Fiel no quería decir Tonta del Bote.

No le permitía matar a Misery... pero tampoco le permitía devolverle la vida con añagazas.

Pero yo la MATÉ, coño, pensó cansinamente. ¿Qué le voy a hacer?

—Cuando era niña —dijo ella—, en el cine solían poner seriales, un episodio por semana. *El Vengador Enmascarado*, *Flash Gordon*, hasta uno sobre Frank Buck, el que se fue a África a cazar animales salvajes y era capaz de dominar a leones y tigres con solo mirarlos. ¿Tú te acuerdas de los seriales?

—Sí, pero *tú* no puedes ser tan mayor, Annie; los habrás visto en televisión, o tenías algún hermano mayor que te hablaba de ellos.

A la altura de la boca de Annie, en la contundencia de la carne, aparecieron sendos hoyuelos y desaparecieron otra vez.

—¡Anda ya, bromista! Pero sí, *tenía* un hermano mayor y solíamos ir al cine los sábados por la tarde. Esto era en Bakersfield, California, donde yo vivía de pequeña. Y aunque normalmente me gustaba ver el noticiario, los dibujos animados y la peli del día, en realidad lo que me hacía más ilusión era el episodio del serial. Pensaba en la historia durante toda la semana y fuera cual fuese la situación; si me aburría en clase, o si tenía canguro en casa de la vecina de abajo, la señora Krenmitz. Aquellos cuatro críos eran insoportables.

Annie se sumió en un silencio reflexivo, la vista fija en el rincón. Había desconectado. No le pasaba desde hacía unos días, y él se preguntó, inquieto, si sería el preámbulo a la fase baja de su ciclo. En tal caso, más valía cerrar las escotillas cuanto antes.

Finalmente, Annie resucitó con su acostumbrada expresión de leve sorpresa, como si en el fondo no esperara que el mundo siguiera todavía allí.

—Mi serial preferido era *Rocket Man*. Por ejemplo, el final del capítulo 6, «Muerte en el cielo», cuando perdía el conocimiento mientras su avión empezaba a caer en picado. O el del capítulo 9, «Ardiente destino», con él atado a una silla en un galpón en llamas. A veces era un coche sin frenos, a veces gas venenoso, a veces electricidad...

Hablaba de todo ello con un cariño que resultaba estrafalario, de tan inequívocamente auténtico.

—*Cliff-hangers*,^[4] los llamaban —se arriesgó a decir él.

—Ya lo sabía, Señor Listo —le espetó ella—. ¡Caray, a veces pienso que te crees que soy boba!

—No, Annie, en serio.

Ella desdeñó sus palabras con un gesto de la mano. Paul comprendió que era mejor no interrumpirla (al menos en ese momento).

—Era divertido pensar en cómo saldría del aprieto. Unas veces se me ocurría la solución, otras veces no. En el fondo daba igual, siempre y cuando ellos jugaran limpio. Quiero decir los que escribían la historia. —Lo miró de hito en hito al decir esto para asegurarse de que él hubiera captado el mensaje. Paul pensó que a nadie se le habría pasado por alto—. Como cuando se desmayaba en el avión. De repente volvía en sí y debajo del asiento tenía un paracaídas. Se lo ponía y saltaba del avión; eso estuvo bastante bien.

Miles de profesores de inglés discreparían, querida, pensó Paul. Eso de lo que estás hablando se llama *deus ex machina*, o sea, el Dios desde la máquina, y se empleó por primera vez en los anfiteatros de la Grecia antigua. Cuando el dramaturgo ponía a su héroe en una situación extrema, una silla adornada con flores descendía de las alturas. El héroe se sentaba en ella y era sacado en volandas, lejos del peligro. Hasta el más imbécil de los humanos entendía el simbolismo: el héroe había sido salvado por Dios. Pero el *deus ex machina*, que en el argot técnico se conoce a veces como «el truco del paracaídas bajo el asiento del avión», dejó de estar de moda llegado el siglo XVIII. Bueno, descontando extravagancias como las series del *Rocket Man* y los libros de Nancy Drew. Es que no miras las noticias, Annie.

Fue apenas un instante, un horrible momento de los que no se olvidan jamás: Paul pensó que le daba un ataque de risa. Pero, visto de qué humor estaba ella, el resultado habría sido sin duda un severo y doloroso castigo. Se tapó rápidamente la boca con la mano, cubriendo la sonrisa que pugnaba por abrirse paso, y se inventó un acceso de tos.

Ella le dio varios manotazos en la espalda, tan fuertes que incluso le hizo daño.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—¿Puedo continuar, o ahora toca un ataque de estornudos? ¿Traigo el cubo, quizá? ¿Crees que tendrás que vomitar varias veces?

—No, Annie. Continúa, por favor. Lo que me cuentas es fascinante.

Ella pareció aplacarse; no mucho, pero algo sí.

—Que encontrara ese paracaídas debajo del asiento era justo. No diré que muy *realista*, digamos, pero sí justo.

Paul recapacitó, sorprendido —como le sorprendía las pocas veces que ella demostraba ser capaz de una gran perspicacia—, y decidió que estaba en lo cierto. «Justo» y «realista» tal vez fueran sinónimos en el mejor de los mundos, pero de ser así, el mundo en que vivían no era ese mundo mejor.

—Pero luego coges otro episodio —dijo ella—, y es *exactamente* lo que no funciona en lo que escribiste tú ayer, así que presta atención.

—Soy todo oídos.

Ella lo miró de pronto, dudando si le tomaba el pelo o no. Sin embargo, el rostro del paciente estaba pálido y serio; era, ni más ni menos, el rostro de un alumno aplicado. Las ganas que Paul tenía de reír se habían disipado al comprender que Annie podía saberlo todo sobre el *deus ex machina* salvo el nombre.

—Muy bien —continuó ella—. Verás, era un caso de coche sin frenos. Los malos metían a Rocket Man (bueno, era Rocket Man pero en su identidad secreta) dentro de un coche que no tenía frenos, sellaban todas las puertas y luego empujaban el coche cuesta abajo por una carretera de montaña con miles de curvas. Te aseguro que ese día estaba que me caía de la butaca.

Ahora no se caía, pero estaba sentada en la cama; él la escuchaba desde la silla de ruedas. Habían pasado cinco días desde su expedición al cuarto de baño y la sala de estar, y se había recuperado de la experiencia más rápido de lo que pensaba. Estaba visto que salir impune era un maravilloso reconstituyente.

Ella miró embobada hacia el calendario, donde el sonriente muchacho montaba su trineo en aquel febrero interminable.

—Y ya tienes al pobre Rocket Man encerrado en ese coche sin su equipo de vuelo, ni siquiera su casco de vista unidireccional, tratando de guiar el coche y frenarlo y abrir la puerta de su lado, todo a la vez. ¡Más liado que un empapelador manco, te lo digo yo!

Paul visualizó la escena en cuestión de segundos, y comprendió de manera instintiva todo el jugo que se le podía sacar desde la perspectiva del suspense, por absurda y melodramática que fuera la escena en sí. El paisaje, todo él inclinado en un ángulo escalofriante, pasando a gran velocidad. Corte al pedal de freno, que se hunde sin más hasta la esterilla del suelo cuando el héroe presiona con el pie (vio claramente ese pie, embutido en un zapato de puntera redonda tipo años cuarenta). Corte al hombro golpeando la puerta. Corte al exterior, con un detalle de la soldadura irregular allí donde los malos han sellado la puerta. Una estupidez, claro —nada literario—, pero se podía hacer algo con ello, acelerar pulsos. Aquí nada de Chivas Regal; esto era el equivalente ficcional del aguardiente rústico.

—Entonces veías que la carretera terminaba en un acantilado —continuó Annie—, y todos los espectadores supimos que si Rocket Man no escapaba de ese viejo Hudson antes de llegar al acantilado, sería hombre muerto. ¡Horror! Y el coche que sigue cuesta abajo, Rocket Man peleando todavía por frenar o por abrir la puerta a golpes, y de pronto... ¡allá que va! Queda un momento suspendido en el vacío y luego empieza a caer. Choca con la ladera del acantilado, estalla, y envuelto en llamas se hunde en el mar. Y en la pantalla apareció este aviso: LA SEMANA PRÓXIMA CAPÍTULO

¹¹, «EL DRAGÓN VUELA».

Se quedó donde estaba, en el borde de la cama, las manos juntas y apretadas, sus grandes pechos subiendo y bajando a gran velocidad.

—¡Bueno! —prosiguió, sin mirarlo a él, solo a la pared—. Después de aquello casi no *vi* la película. Y la semana siguiente no es que pensara en Rocket Man de vez en cuando; es que no dejé de pensar en él *todo* el rato. ¿Cómo conseguía salir del coche? Yo no tenía la menor idea.

»El sábado siguiente, a las doce del mediodía, yo ya estaba delante del cine, aunque la taquilla no abría hasta la una y cuarto y la película no empezaba hasta las dos. Pero, Paul..., lo que pasó... ¡no te lo puedes ni imaginar!

Paul guardó silencio, pero se lo imaginaba. Entendía que a ella hubiera podido gustarle lo que había escrito aun sabiendo que no estaba bien; lo sabía y lo expresaba, no con la sofisticación literaria, a veces poco fiable, de un editor, sino con la certeza contundente e incontrovertible de Lectora Fiel. Paul lo entendía, y le sorprendió sentirse avergonzado de sí mismo. Porque ella tenía razón: lo que había escrito *era* una estafa.

—El nuevo episodio siempre empezaba con el final del episodio *anterior*. Se veía el coche yendo cuesta abajo, se veía el acantilado, se veía cómo Rocket Man aporreaba la puerta del coche, tratando de abrirla. Entonces, justo antes de que el coche llegara al borde del risco, ¡la puerta se abría de golpe y él salía disparado al asfalto! El coche saltaba al vacío, y todos los chavales que había en el cine se pusieron a gritar de contento porque Rocket Man había conseguido escapar, pero yo no estaba contenta, Paul. ¡Yo estaba *furiosa*! Y me puse a chillar: «¡Esto no es lo que ocurría la semana pasada! ¡La semana pasada no ocurría esto!».

Se levantó de un salto y empezó a ir de un lado a otro de la habitación, la cabeza gacha, los cabellos caídos sobre la cara como una cogulla de monje, los ojos centelleantes, y a todo esto dándose con el puño de una mano en la palma de la otra.

—Mi hermano intentó hacerme callar, y, en vista de que yo seguía, trató de meterme la mano en la boca, pero le mordí y continué gritando: «¡Esto no es lo que ocurrió la semana pasada! ¿Tan idiotas sois que ya no os acordáis? ¿Es que tenéis amnesia?». Mi hermano me dijo: «Estás chiflada, Annie», pero yo sabía que no. Entonces vino el encargado y me dijo que si no dejaba de gritar tendría que salir del cine, y yo le contesté: «Pues claro que me voy, porque eso es una *estafa*, ¡eso no es lo que ocurría la semana pasada!».

Miró a Paul, y este advirtió un odio asesino en su mirada.

—*¡Él no salía del puñetero coche! Cuando el coche saltaba al vacío, ¡él todavía estaba dentro! ¿Lo entiendes?*

—Sí, Annie —dijo él.

—*¡DIGO QUE SI LO ENTIENDES!*

De repente se le echó encima, otra vez la gata feroz, y aunque Paul estaba convencido de que pretendía hacerle daño, seguramente porque no podía partirle la cara al mierdecilla de guionista que había hecho trampa sacando a Rocket Man del

Hudson antes de que el coche saltara al vacío, no se movió de donde estaba. Annie había abierto una ventana de su pasado, y eso le había permitido a él tener un atisbo del origen de su desequilibrio mental, pero al mismo tiempo estaba sobrecogido; la injusticia que ella sentía era, a pesar de su infantilismo, absoluta e indiscutiblemente real.

No le pegó; lo que hizo fue agarrarlo de la pechera del albornoz que llevaba puesto y atraerlo hacia sí hasta que sus caras casi se rozaron.

—¿SÍ O NO?

—Que sí, Annie.

Ella se lo quedó mirando con aquella furia acumulada, y debió de ver en su expresión que era sincero, porque un instante después lo soltó, lanzándolo desdeñosamente hacia atrás en la silla.

Él hizo una mueca de dolor ante el inesperado y brusco vaivén.

—Entonces ya sabes lo que está mal —dijo ella.

—Eso creo. —¡Aunque a saber cómo demonios lo voy a arreglar!

Y al momento aquella otra voz susurró: *No sé si Dios te va a condenar o te va a salvar, Paulie, pero una cosa sí sé: como no encuentres la manera de devolver la vida a Misery —una manera que sea creíble para ella—, esta mujer te mata seguro.*

—Pues hazlo —dijo ella, cortante, y salió de la habitación.

3

Paul miró la máquina de escribir. La máquina estaba allí. ¡Enes! Nunca se había fijado en la cantidad de enes que podía tener una línea de texto normal.

Se suponía que eras bueno en tu oficio, le dijo la máquina —mentalmente, Paul le había adjudicado un tono de voz burlón pero inmaduro, la voz de un pistolero adolescente de película del Oeste, un muchacho empeñado en labrarse una rápida reputación allí en Deadwood—. *Y no eres tan bueno. Qué diablos, ni siquiera sabes complacer a una ex enfermera gorda y chiflada. Será que en el accidente te rompiste también el hueso de escribir... lo que pasa es que ese hueso no se te cura.*

Se recostó cuanto daba de sí la silla de ruedas y cerró los ojos. Su rechazo de lo que había escrito sería más fácil de sobrellevar si podía echarle las culpas al dolor, pero lo cierto era que el dolor estaba empezando por fin a remitir un poco.

Las pastillas que había robado estaban a buen recaudo entre el colchón y el somier de muelles. No las había tocado aún; saber que las tenía escondidas era suficiente, una especie de Annie-póliza de seguro. Supuso que ella las encontraría si le daba por girar el colchón, pero estaba dispuesto a correr ese riesgo.

No había habido más enfrentamientos entre ellos desde el lío del papel de escribir. Annie le daba la medicina con regularidad y él se la tomaba. Un día se preguntó si

ella sabía que estaba enganchado al Novril.

Eh, venga ya, Paul, ¿no estás dramatizando un poco?

No, en absoluto. Hacía tres noches, suponiendo que ella estaba en el piso de arriba, había sacado una de las muestras escondidas bajo la cama y había leído lo que ponía la etiqueta, aunque supuso que había leído todo lo necesario cuando llegó al principal ingrediente del medicamento. Así como un antiácido era, básicamente, carbonato de calcio, el Novril era, fundamentalmente, *codeína*.

La cuestión, Paul, es que te estás curando. De rodillas para abajo, tus piernas son como palos dibujados por un crío de cuatro años, pero te estás curando. Ahora podrías apañarte con aspirina o similares. No eres tú el que necesita Novril; es el mono quien te lo pide.

Tendría que aflojar un poco, esquivar alguna de las tomas. Mientras no fuera capaz de hacerlo, ella lo tendría atado, y no solo a la silla de ruedas, sino a una cadena de cápsulas de Novril.

De acuerdo. Escamotearé una de las dos que me da cada vez que me las trae. La retendré debajo de la lengua mientras trago la otra, y cuando ella aparte el vaso, la meteré rápidamente debajo del colchón, con las otras. Pero hoy no. Hoy no me siento capaz de empezar. Quizá mañana.

En su cerebro sonó la voz de la Reina Roja sermoneando a Alicia: *Aquí sentamos la cabeza ayer y tenemos previsto empezar a sentar la cabeza mañana, pero de sentar la cabeza hoy, ni hablar.*

Ja, ja, Paulie, eres la monda, dijo la máquina de escribir con la voz de duro de quiero y no puedo que él le había puesto.

—Nosotros los pajarracos nunca somos tan graciosos, pero no será porque no lo intentemos; eso tienes que reconocerlo —murmuró.

Ya, pues empieza a pensar en toda la mandanga que te estás metiendo, Paul. Te aconsejo que empieces a pensarlo muy seriamente.

De improviso, decidió que empezaría a esconder parte de la medicación tan pronto hubiera escrito un primer capítulo a gusto de Annie, un capítulo que no le pareciera tramposo.

Una parte de él —era esa parte que escuchaba a regañadientes incluso las mejores y más sabias sugerencias de los editores— objetó que aquella mujer estaba loca, que no había forma de saber lo que le parecería o no le parecería bien; que todo cuanto él intentara sería pura lotería.

Pero otra parte —la parte de él mucho más sensata— discrepó. Sabría que habría escrito algo auténtico cuando lo encontrara. Y la basura que le había dado a leer a Annie la noche anterior, la basura que había tardado en escribir tres días y un sinfín de salidas en falso, parecería una cagarruta al lado de un dólar de plata. ¿Acaso no sabía que aquello no funcionaba? No era propio de él trabajar con tanto ahínco ni dejar la papelera medio llena de borradores o páginas a medias que acababan con frases como «Misery se volvió hacia él, brillantes los ojos, sus labios murmurando las

palabras mágicas». «Pero, cabeza de chorlito, ¡¡¡¿NO VES QUE ESTO NO FUNCIONA NI DE COÑA?!!!» Lo había atribuido a los dolores y a estar en una situación en la que no solo escribía para ganarse el pan, sino para salvar el pellejo. Todo lo cual no eran más que mentiras plausibles, cuando la pura y dura realidad era que las cosas se habían torcido porque aquello era una estafa, y él lo había sabido en todo momento.

Pues ya ves, ella te caló, tonto del culo, dijo la máquina con su fea e insolente voz. ¿Verdad que sí? Y ahora ¿qué piensas hacer, eh?

Paul no lo sabía, pero estaba claro que algo había que hacer, y rápido. Hoy no le había preocupado el humor de Annie. Supuso que podía considerarse afortunado de que no le hubiera machacado las piernas con un bate de béisbol o le hubiera hecho la manicura con ácido de baterías o algo similar para darle a entender que no le gustaba nada cómo había empezado el libro; este tipo de respuesta crítica siempre era factible, dada la singular visión que Annie tenía del mundo. Si salía de esta con vida, quizá le enviaría una nota a Christopher Hale. Hale escribía reseñas de libros en el *New York Times*. La nota diría: «Cada vez que mi editora me llamaba para decirme que ibas a hacer la crítica de una de mis novelas en el diario, las rodillas me temblaban; me dejaste bien algunas veces, amigo Chris, pero también te cargaste el libro más de una vez, como recordarás. En fin, solo quería decirte que no te prives de entrar a matar. He descubierto un estilo crítico totalmente nuevo, amigo mío. Podríamos llamarlo la escuela de pensamiento Barbacoa y Cubo de Fregar de Colorado. En comparación, lo que escribís vosotros da menos miedo que un viaje en el tiovivo de Central Park».

Muy divertido, Paul, eso de escribir cartitas de amor a críticos literarios siempre da para unas risas, pero ¿no crees que deberías ir buscándote la vida para solucionar esto?

Claro. Sí.

La máquina de escribir lo miró con aquella sonrisita suya.

—Te odio —dijo Paul, taciturno, y desvió la vista hacia la ventana.

4

La nevada que despertó a Paul un día después de su expedición al cuarto de baño había durado dos días; hubo casi medio metro de nieve y vientos fuertes. Cuando por fin el sol asomó de nuevo entre las nubes, el Cherokee de Annie no era más que una joroba informe en el camino de entrada.

Ahora, en cambio, el sol volvía a brillar y el cielo estaba otra vez despejado. Un sol que además de brillar calentaba, como pudo notar él en la cara y las manos mientras estaba allí sentado. Los carámbanos del establo volvían a gotear. Pensó apenas un momento en su coche, sepultado bajo la nieve, y luego cogió una hoja de

papel y la introdujo en la Royal. Tecleó las palabras EL REGRESO DE MISERY en la esquina superior izquierda y un 1 en la derecha. Golpeó cuatro o cinco veces la palanca de retorno, centró el carro y tecleó CAPÍTULO ¹. Le dio a las teclas más fuerte de lo necesario, solo para que ella oyera que, por fin, estaba escribiendo *algo*.

Un gran espacio en blanco se extendía debajo de CAPÍTULO 1, como un banco de nieve donde era posible caerse y morir por congelación.

África.

Siempre y cuando jugaran limpio.

Ese pájaro vino de África.

Debajo del asiento había un paracaídas.

África.

Ahora tengo que enjuagar.

Estaba empezando a perder el conocimiento y sabía que debía evitarlo —si entraba ella y lo pillaba sobando en vez de escribiendo, se enfadaría mucho—, pero igualmente se dejó llevar. No solo estaba quedándose dormido; en cierto modo, y por extraño que parezca, estaba pensando. Mirando. *Buscando*.

¿Buscando qué, Paulie?

Era evidente, ¿no? El avión estaba en piloto automático. Él estaba buscando el paracaídas bajo el asiento. ¿De acuerdo? ¿Vale así?

Vale. Cuando encontró el paracaídas bajo el asiento, eso fue justo. Puede que no muy realista, pero sí justo.

Su madre lo había enviado un par de veranos al campamento de día que organizaba el Malden Community Center. Y allí jugaban a... se sentaban todos en círculo, era un poco como lo de los episodios que contaba Annie, y él ganaba casi siempre... ¿Cómo se llamaba el juego?

Vio mentalmente a unos quince niños y niñas sentados en corro en la parte de un patio de recreo donde daba la sombra, todos con camisetas del Malden Community Center, todos pendientes del monitor, que les estaba explicando en qué consistía el juego. *¿Puedes?, el juego se llamaba ¿Puedes? y era realmente como las historias de suspense de Republic Pictures; el juego se llamaba ¿Puedes?, Paulie, y es el nombre que tiene el juego de ahora, ¿verdad?*

Supuso que así era.

En ¿Puedes?, el monitor empezaba a explicar una historia sobre un tal Careless Corrigan. Careless [Descuidado] se extraviaba en las intrincadas junglas de Sudamérica. De repente mira a su alrededor y ve leones detrás de él... leones a ambos lados... oh, Dios, leones también delante. Careless Corrigan está rodeado... y los leones empiezan a avanzar hacia él. Son solo las cinco de la tarde, pero a esos mininos les da igual; para los leones sudamericanos, eso de cenar a las ocho es cosa de tontainas.

El monitor tenía un cronómetro de plata, y la mente adormilada de Paul Sheldon lo vio con pasmosa claridad, pese a que habían pasado más de treinta años de la

última vez que sopesara en la mano aquel contundente objeto. Vio los números, grabados en cobre, la aguja pequeña de la parte inferior que registraba décimas de segundo, la marca del reloj impresa en letras diminutas: ANNEX.

De entre los niños sentados en corro, el monitor elegía a uno. «Daniel», por ejemplo, decía. «¿Puedes?» Y nada más pronunciar la palabra «¿Puedes?», el monitor ponía el cronómetro en marcha.

A partir de ahí, Daniel tenía diez segundos exactos para continuar la historia. Si no empezaba a hablar en esos diez segundos, abandonaba el corro. Pero si conseguía alejar a Careless de los leones, entonces el monitor volvía a mirar a los del corro y hacía la otra pregunta del juego, una pregunta que devolvió a Paul claramente a la situación en que se encontraba: *¿Ha podido?*

Las reglas para esta parte del juego eran idénticas a las de Annie. No era necesario ser realista, pero sí justo. Daniel podía decir, por ejemplo: «Menos mal que Careless llevaba el Winchester y munición de sobra. Disparó contra tres de los leones, y los demás huyeron». En un caso así, Daniel había *podido*. El monitor le pasaba el cronómetro y Daniel continuaba la historia, terminando su segmento con Careless metido hasta las caderas en arenas movedizas o algo por el estilo, y entonces preguntaba a otro del corro si podía y presionaba a su vez el botón del cronómetro.

Pero diez segundos no daban para mucho; era fácil atascarse... fácil estafar a los oyentes. El siguiente chaval, niño o niña, decía algo como: «Y entonces se posó en tierra aquel pájaro enorme, creo que se trataba de un buitre andino. Careless se agarró a su pescuezo e hizo que alzara el vuelo para poder salir de las arenas movedizas».

Cuando el monitor preguntaba *¿Ha podido?*, los del corro levantaban la mano si pensaban que sí, o no la levantaban en caso contrario. Probablemente, la historia del buitre andino no hubiera colado y el chaval habría tenido que abandonar el juego.

¿Puedes, Paul?

Claro. Así es como sobrevivo. Así es como he logrado mantener dos casas, en Nueva York y Los Ángeles, y más coches de los que tienen muchas agencias de coches usados. Porque yo puedo, y no veo que haya que pedir disculpas por eso, caramba. Hay por ahí cantidad de tíos que escriben en una prosa mejor que la mía y que saben mejor que yo cómo son las personas y qué se supone que significa el género humano; coño, eso ya lo sé. Pero cuando el monitor pregunta ¿Ha podido? en relación con esos tíos, suelen ser muy pocos los que alzan la mano. Pero por mí sí... bueno, o por Misery... y al final supongo que viene a ser lo mismo. ¿Puedo? ¿Yo? Juégate algo. Hay un millón de cosas que no puedo o no sé hacer. En el fútbol americano no daba pie con bola, ya en el instituto. Tampoco sé arreglar un grifo que gotea. Tampoco sé patinar ni tocar en la guitarra un acorde de fa que no suene a porquería. He probado dos veces el matrimonio y ninguna de las dos estuve a la altura. Ahora bien, si quieres que te transporte, que te meta miedo o te involucre o te haga llorar o sonreír, eso sí puedo. Y puedo hacerlo hasta que grites «me rindo». De eso soy capaz. YO PUEDO.

La voz de pistolero insolente de la Royal penetró en su profunda duermevela:
Aquí lo que hay, amigos, son dos cosas y en cantidad: mucha cháchara y mucho espacio en blanco.

¿Puedes?

Sí. ¡Sí!

¿Ha podido?

No. Porque hizo trampa. En El hijo de Misery el doctor no aparecía. Muchos de vosotros quizá no recordáis lo que ocurría la semana pasada, pero el ídolo de piedra jamás olvida. O sea, Paul debe abandonar el corro. Si me disculpáis, ahora tengo que enjuagar. Ahora tengo que...

5

—... enjuagar —refunfuñó, volviéndose hacia el lado derecho. Eso hizo que la pierna izquierda le quedara un poco torcida, y la punzada de dolor en la rodilla machacada bastó para despertarlo. Habían pasado menos de cinco minutos. Pudo oír a Annie fregando platos en la cocina. Normalmente, cuando hacía las tareas de la casa, cantaba. Hoy no; solo se oían los platos y, de vez en cuando, el murmullo del agua al enjuagar. Otro mal presagio. *Ofrecemos un parte meteorológico especial para residentes en el condado de Sheldon. Alerta de tornado vigente hasta las 17.00 de hoy. Repetimos, alerta de tornado...*

Pero había que dejarse de juegos y poner manos a la obra. Ella quería a Misery resucitada; no era necesario que fuera algo realista, pero sí justo. Si conseguía hacerlo a lo largo de la mañana, quizá a lo mejor podría frenar la depresión que sentía inminente antes de que llegara a tomar forma.

Paul miró por la ventana, el mentón apoyado en la palma de la mano. Estaba completamente despierto y pensaba a toda velocidad, aunque sin tener pleno conocimiento del proceso. Las dos o tres capas superiores de su consciente, que se ocupaban de asuntos como cuándo se había lavado el pelo por última vez, o si Annie llegaría a tiempo con la nueva remesa de fármaco milagroso, parecían brillar por su ausencia. Esa parte de su cerebro se había largado a comprar un pastrami con pan de centeno, o algo así. Había percepción sensorial, pero no le estaba sirviendo de nada; no veía lo que estaba viendo ni oía lo que estaba oyendo.

Otra parte de su cerebro estaba barajando ideas a toda pastilla: las rechazaba, intentaba combinarlas, rechazaba las combinaciones... Percibía que eso estaba ocurriendo, pero no tenía contacto directo con el proceso ni deseaba tenerlo. En los talleres clandestinos las condiciones eran pésimas.

Paul entendía lo que estaba haciendo en ese momento como un intento de tener una idea. INTENTAR TENER UNA IDEA no era lo mismo que PILLAR UNA

IDEA. PILLAR UNA IDEA era un modo más humilde de decir *Estoy inspirado*, o *¡Eureka!* *¡Mi musa ha hablado!*

La primera idea de *Automóviles veloces* se le había ocurrido un día estando en Nueva York. Había salido sin otra cosa en la cabeza que comprar un videocasete para su casa de la calle Ochenta y tres. Al pasar frente a un aparcamiento había visto que un encargado intentaba forzar la puerta de un coche. Eso fue todo. No sabía si lo que acababa de presenciar era lícito o ilícito, y después de recorrer dos o tres manzanas, ya ni le importaba. El encargado del aparcamiento se había convertido en Tony Bonasaro. Lo sabía todo sobre Tony menos su nombre, que luego sacaría de un listín de teléfonos. La mitad de la historia estaba ya, al completo, en su cabeza, y el resto fue encajando rápidamente. Se sintió muy animado, feliz, casi ebrio. La llegada de la musa había sido tan bien recibida como un inesperado talón entre la correspondencia. Había salido para comprar un videocasete y había pillado algo mucho mejor: había PILLADO UNA IDEA.

El otro proceso —INTENTAR TENER UNA IDEA— era infinitamente menos enaltecedor, aunque igual de misterioso... e igual de necesario. Porque cuando uno escribía una novela tarde o temprano llegaba a un punto muerto, y no tenía sentido seguir adelante mientras no tuviera UNA IDEA.

El método que empleaba él normalmente cuando necesitaba TENER UNA IDEA era ponerse la chaqueta y salir a caminar. Si no necesitaba TENER UNA IDEA, cogía un libro cuando salía a pasear. Reconocía que una caminata era un buen ejercicio, pero también aburrido. Si no tenías con quién hablar mientras caminabas, un libro era imprescindible. Ahora bien, si necesitabas TENER UNA IDEA, el aburrimiento podía ser, para una novela en punto muerto, lo que la quimioterapia para un enfermo de cáncer.

Hacia la mitad de *Automóviles veloces*, Tony mataba al teniente Gray cuando este intentaba calzarle las esposas en un cine de Times Square. Paul quería que Tony saliera impune —temporalmente— del asesinato, porque si lo metían en chirona no había tercer acto posible. Pero, lógicamente, Tony no podía dejar a Gray en la butaca del cine con el mango de un cuchillo asomando de la axila izquierda, porque al menos tres personas sabían que el teniente había ido a encontrarse con Tony.

El problema era qué hacer con el cadáver, y Paul no encontraba la solución. Era un punto muerto. Era como el juego aquel. Era *Careless acaba de matar a un tío en un cine de Times Square y ahora necesita llevar el cuerpo al coche del asesinado sin que le salga uno diciendo «Oiga, señor, ¿ese tipo está tan muerto como parece o es que le ha dado un berrinche de cojones?»*. Si lleva el cadáver de Gray hasta el coche, puede ir a Queens y dejarlo tirado en una urbanización abandonada que él conoce. *¿Qué, Paulie? ¿Puedes?*

No había límite de diez segundos, claro; el libro no obedecía a un contrato previo, lo había escrito por su cuenta y riesgo; no tenía que pensar en una fecha de entrega. Aun así, en este oficio *siempre* había una fecha límite, ese momento pasado el cual

uno debía abandonar el corro. Casi todos los escritores lo sabían. Si un libro permanecía demasiado tiempo en punto muerto, empezaba a deteriorarse poco a poco, a caerse en pedazos; todos los truquitos y prestidigitaciones quedaban en evidencia.

Había salido a dar una caminata sin pensar en nada en especial, como tampoco pensaba en nada en especial ahora. Llevaba ya recorridos unos cuatro kilómetros cuando alguien, desde los subterráneos talleres clandestinos, disparó una bengala: *¿Qué tal si provoca un incendio en el cine?*

Supuso que podía funcionar. No experimentó la menor sensación de mareo ni de haber tenido una inspiración; se sintió como el carpintero que mira un trozo de madera y piensa que quizá servirá.

Podría prender fuego al tapizado de la butaca contigua, ¿qué te parece? En esos cines las malditas butacas están casi todas destripadas. Y habría humo. Humo en cantidad. Tony podría demorar al máximo el momento de salir. Y luego, cuando sacara a Gray de allí, siempre puede decir que ha sido víctima de inhalación de humo. ¿Qué opinas, eh?

Su opinión había sido que no estaba mal. Sin más. Quedaban por resolver montones de detalles, pero podía funcionar. Había TENIDO UNA IDEA. Ahora el trabajo podía seguir su curso.

Él nunca había necesitado TENER UNA IDEA para *empezar* un libro, pero el instinto le dijo que se podía hacer.

Permaneció en la silla, mentón sobre mano, mirando el establo. De haber podido andar, habría salido al campo. Se quedó allí quieto, casi adormecido, esperando a que sucediera algo, ajeno absolutamente a todo salvo a que allá abajo estaban ocurriendo cosas, que edificios enteros de fantasía estaban siendo levantados, evaluados, declarados deficientes y demolidos en un abrir y cerrar de ojos. Transcurrieron diez minutos. Un cuarto de hora. Ahora ella estaba pasando el aspirador por la sala (seguía sin cantar). El zumbido de la máquina no le reportó nada; era un ruido inconexo que se metía en su cabeza para salir otra vez como agua por un tubo.

Los del taller clandestino lanzaron una bengala, como antes o después hacían siempre. Aquellos pobres diablos se partían el *culo* a trabajar, y él no los envidiaba ni por asomo.

Paul permaneció sentado; empezaba a TENER UNA IDEA. Su consciente se abrió paso —HA LLEGADO EL DOCTOR— y cogió la idea como quien coge una carta que acaban de meter por la ranura del buzón. Empezó a analizarla. Casi la descartó (¿eso que había oído era un gruñido procedente de los talleres?), lo pensó mejor, decidió que la mitad de la idea era salvable.

Otra bengala, esta más brillante que la primera.

Paul empezó a tamborilear en el alféizar con los dedos, impaciente.

A eso de las once se puso a escribir. Al principio iba muy lento: unas cuantas teclas y luego espacios de silencio, algunos de hasta quince segundos. Era el

equivalente auditivo de un archipiélago visto desde mucha altura: una serie de montículos bajos separados por amplias franjas de azul.

Poco a poco los espacios de silencio empezaron a menguar y de vez en cuando se producía un tableteo más largo, que en la máquina de escribir eléctrica de Paul habría sonado a gloria, no así en la voz cascada y sumamente desagradable de la vieja Royal.

Al cabo de un rato, sin embargo, Paul se olvidó de Sonrisitas, como había dado en llamar a la vieja máquina. Hacia el final de la primera página, ya estaba entrando en calor. Al final de la segunda, llevaba puesta la directa.

Pasado un rato, Annie apagó el aspirador y se lo quedó mirando desde el umbral. Paul no se dio cuenta de que estaba allí; de hecho, tampoco era consciente de estar *él*. Finalmente, había huido. Ahora se hallaba en el camposanto de Little Dunthorpe, aspirando el húmedo aire nocturno y el olor a musgo y tierra y niebla; oyó que el reloj de la torre de la iglesia presbiteriana tocaba las dos y lo introdujo en la historia sin pestañear. Cuando todo iba tan bien, era capaz de traspasar el papel con la vista. Es lo que le ocurría ahora.

Annie lo observó largamente, serio e inmóvil su rostro mofletudo, pero en cierto modo satisfecha. Se marchó pasado un rato. Sus pisadas resonaban en la casa, pero eso Paul tampoco lo oyó.

Estuvo trabajando hasta las tres de la tarde, y a las ocho le pidió a Annie que lo ayudara a volver a la silla de ruedas. Estuvo escribiendo tres horas más, aunque hacia las diez el dolor volvía a atormentarlo. Ella entró a las once. Él le pidió quince minutos más.

—No, Paul, ya es suficiente por hoy. Estás blanco como la cera.

Lo ayudó a acostarse y Paul se durmió a los tres minutos. Por primera vez desde que emergiera de la nube gris, durmió de un tirón toda la noche y, por primera vez también, sin sueños de ninguna clase.

Había estado soñando despierto.

6

EL REGRESO DE MISERY

por Paul Sheldon

Para Annie Wilkes

CAPÍTULO 1

Geoffrey Alliburton tardó un momento en identificar al hombre que llamaba a la puerta, y no fue solamente porque el timbre lo hubiera sacado de su profunda duermevela. Si algo le irritaba de la vida de pueblo era que no existía el perfecto desconocido; aun habiendo poca gente, había la suficiente para que en muchos casos uno no supiera de inmediato quién era tal o cual lugareño. A veces el único recurso para identificar a la persona era un aire de familia, y, lógicamente, este tipo de parecidos no excluían la improbable pero en modo alguno imposible coincidencia de la bastardía. Por regla general, uno podía lidiar con momentos así, por más que pudiera tener la sensación de estar entrando en la tercera edad mientras intentaba mantener una conversación normal con una persona cuyo nombre uno debería poder recordar pero no recordaba; las cosas solo alcanzaban ese territorio cósmico del engorro cuando se daba el caso de que eran dos las caras conocidas que aparecían al mismo tiempo y uno se sentía obligado a hacer las presentaciones oportunas.

—Espero no importunarlo, señor —dijo el recién llegado. Retorcía entre sus manos una gorra barata de tela, y a la luz de la lámpara que Geoffrey sostenía en alto, el rostro se le veía marchito, amarillento y terriblemente afligido, por no decir atenazado de miedo—. Verá, es que no quería ir a buscar al doctor Bookings, pero tampoco quería molestar a su señoría. Bueno, al menos hasta haber hablado con usted, no sé si me entiende, señor.

Geoffrey no entendía nada, pero de forma bastante repentina sí supo una cosa: quién era la persona que se presentaba a aquellas horas de la noche. Todo gracias a que había mencionado al doctor Bookings, el pastor anglicano. Hacía solo tres días el doctor Bookings había presidido los ritos fúnebres por Misery en el camposanto que había detrás de la rectoría, y el individuo en cuestión estaba presente, solo que acechando muy en segundo plano, donde su presencia no fuera tan conspicua.

Se llamaba Colter y era uno de los sacristanes de la iglesia. Para decirlo con franqueza brutal, aquel hombre era sepulturero.

—Colter —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

El hombre habló con titubeos:

—Hay ruidos, señor. Ruidos en el camposanto. La señora no descansa en paz, no señor, y estoy asustado. Yo...

Fue como recibir un puñetazo en el diafragma.

Geoffrey boqueó al tiempo que notaba una punzada de dolor en el costado, donde el doctor Shinebone le había vendado las costillas. El lúgubre diagnóstico de Shinebone había sido que Geoffrey difícilmente se salvaría de contraer una pulmonía tras haber estado tirado toda la noche en aquella zanja y con la lluvia helada que caía, pero tres días habían pasado ya sin que tuviera síntomas de fiebre o tos. Geoffrey sabía que no iba a pasar nada: Dios no perdonaba a los culpables con tanta facilidad. Él tenía fe en que le permitiría vivir a fin de perpetuar durante muchos muchos años la memoria de su pobre amada.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Colter—. Me enteré de que la otra noche recibió una buena paliza... La noche en que ella murió.

—Estoy bien —dijo Geoffrey despacio—. Oiga, Colter, esos sonidos que dice... Usted ya sabe que solo son imaginaciones suyas, ¿verdad?

Colter lo miró asombrado.

—¿Imaginaciones? Pero ¡señor! ¡Y ahora me va a decir que no cree en Jesucristo ni en la vida eterna!

¿Acaso Duncan Fromsley no vio al viejo Patterson apenas dos días después de su funeral, blanco y luminoso como un fuego fatuo (que probablemente era de lo que se trataba, pensó Geoffrey, un fuego fatuo sumado a lo que fuera que contuviese la última botella que se había bebido Fromsley)? Y no me diga que no sabe que medio pueblo ha visto a ese viejo monje católico pasearse por las almenas de Ridgeheath Manor, ¿eh? ¡Si hasta hicieron venir de Londres a dos señoras de la Asociación de Parapsicología o como se llame eso!

Geoffrey sabía a qué señoras se estaba refiriendo Colter; eran un par de damiselas histéricas que probablemente padecían los drásticos altibajos de la mediana edad, ambas tan chifladas como para que las encerraran en un manicomio.

—Señor, los fantasmas son tan reales como usted o como yo —decía Colter, muy serio—. La idea me trae sin cuidado, pero le juro que esos ruidos le meten a uno el miedo en el cuerpo. Fíjese que ya hasta prefiero no

acercarme al camposanto, y eso que mañana me toca cavar una tumba para el pequeño de los Roydman..

Geoffrey rezó interiormente pidiendo paciencia.

Las ganas de gritarle a aquel pobre sacristán eran casi insufribles. Él estaba dormitando, más o menos apaciblemente, delante de la lumbre con un libro en el regazo cuando llamó Colter y lo despertó... y poco a poco iba despertando del todo, y a cada segundo que pasaba la tristeza se cebaba más y más en él, la conciencia de que su amada había muerto. Hacía tres días que la habían enterrado, pronto haría una semana, después sería un mes... dos meses... un año... diez. La pena, pensó, era como una roca a orillas del mar. Cuando uno estaba dormido, era como si la marea hubiera subido, y eso aportaba cierto alivio. El sueño venía a ser la marea que cubría la roca del pesar. Pero uno despertaba y la marea empezaba a retirarse, de modo que al poco rato la roca volvía a ser visible, una cosa incrustada de percebes, indiscutiblemente real, una cosa que estaría allí eternamente, o hasta que Dios decidiera sacarla de allí.

¡Y este necio se atrevía a presentarse en su casa para hablarle de fantasmas!

Sin embargo, el hombre parecía tan sumamente afectado, que Geoffrey logró dominarse.

—La señorita Misery, quiero decir la señora, era muy querida —dijo Geoffrey con voz apagada.

—Ya puede usted decirlo, señor —convino el sacristán. Sosteniendo la gorra en una mano, extrajo del bolsillo un pañuelo rojo gigantesco.

Se sonó en él con fuerza, los ojos más que húmedos.

—Todos nosotros lloramos su defunción. —Se frotó con nerviosismo la camisa a la altura de los gruesos vendajes de muselina que llevaba debajo.

—Ay, cuánta razón tiene usted, señor —dijo Colter, la voz amortiguada por el pañuelo, pero Geoffrey le vio los ojos, y aquel hombre estaba llorando de verdad, sus lágrimas eran sinceras. Eso acabó de convertir en piedad el rastro de egoísta cólera que aún le quedaba—. ¡Era una mujer tan buena, señor! Ya lo creo que sí, una gran señora, y de qué manera tan horrible quiso Nuestro Señor que...

—Sí, era una excelente persona —dijo Geoffrey, y para su desconsuelo comprobó que también él estaba próximo a

llorar, las lágrimas amenazando con desatarse como tormenta de finales de verano—. Y a veces, Colter, cuando alguien tan bueno fallece (alguien especialmente querido para todos nosotros) se nos hace difícil dejar que se vaya. De ahí que a veces imaginemos que en realidad no se ha ido. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—¡Sí, sí, señor! —exclamó el sacristán—. Pero es que estos ruidos... ¡si los oyera usted!

Con toda la paciencia, Geoffrey le preguntó:

—A ver, ¿qué clase de ruidos son?

Pensó que Colter respondería que no eran más que un murmullo como de viento entre las ramas, en todo caso un sonido amplificado por su propia imaginación; o tal vez un castor horadando camino del arroyo que discurría por detrás del camposanto.

Por eso lo cogió por sorpresa que Colter, en un susurro producto del temor, contestara:

—¡Ruidos de alguien que rasca! Como si ella estuviera viva todavía e intentara salir de la tumba y volver al mundo de los vivos, ¡eso es lo que parece, señor!

CAPÍTULO 2

Quince minutos más tarde, de nuevo a solas, Geoffrey se acercó al aparador que había en el comedor. Iba de un lado a otro como si caminara por la cubierta de proa de un barco en pleno vendaval. De hecho, se sentía como en mitad de un vendaval. Podría haber creído que la fiebre que el doctor Shinebone había pronosticado casi con alborozo era por fin una realidad, y llegaba con ganas, pero no era fiebre lo que había pintado sus mejillas de rosa subido y teñido al mismo tiempo su frente del color de la cera; no era fiebre la causa de que las manos le temblaran de tal manera que a punto estuvo de tirar la botella de brandi al cogerla del aparador.

Si existía alguna posibilidad —siquiera la más pequeña — de que fuese cierta la monstruosa idea que Colter le había metido a la fuerza en la cabeza, entonces de nada servía que se detuviera allí un momento. No obstante, creía que sin una copa podía caer redondo al suelo.

Entonces, Geoffrey Alliburton hizo algo que jamás en su vida había hecho; algo que no volvió a hacer jamás. Se llevó el decantador directamente a los labios y bebió.

Acto seguido dio un paso atrás y dijo, en susurros:

—Nos ocuparemos de esto. Por Dios que nos ocuparemos de esto. Y si hago esta locura y al final descubro que solo era la febril imaginación de un viejo sepulturero, colgaré de mi faltriquera las orejas de ese Colter, por mucho que el hombre adorara a Misery.

CAPÍTULO 3

Montó en el tílburí y azuzó al caballo bajo un cielo misterioso y no oscuro del todo, en el que tres cuartos de luna asomaban y desaparecían entre raudos bancos de nubes. Se había detenido un momento ante el armario del recibidor para ponerse lo que estuviera más a mano, y que resultó ser un batín de color granate oscuro. Los faldones ondeaban al viento mientras fustigaba a Mary. A la vieja yegua le disgustó la velocidad que él le imponía; a Geoffrey le disgustó el creciente dolor que sentía en el hombro y el costado; un dolor inevitable en ambos casos.

¡Ruidos de alguien que rasca! ¡Como si ella estuviera viva todavía e intentara salir de la tumba y volver al mundo de los vivos!

Por sí solo, esto no le habría puesto en un estado cercano al pánico, pero recordaba perfectamente cuando fue a Calthorpe Manor el día siguiente a la defunción de Misery. Ian y él se habían mirado a los ojos; Ian hizo un intento de sonreír, aunque sus ojos estaban brillantes de lágrimas no derramadas.

—Sería hasta cierto punto más fácil —había dicho Ian— si ella... si pareciera más muerta. No, ya sé que suena un p...

—Sandeces —le había interrumpido Geoffrey, tratando de sonreír—. Seguro que el sepulturero hizo uso de todos sus conocimientos y...

—¡Sepulturero! —exclamó, gritó casi, Ian, y por primera vez Geoffrey comprendió de verdad que su amigo estaba al borde de la demencia—. ¿Sepulturero? ¡Di más

bien necrófago! ¡Yo no he encargado ni encargaré jamás a ningún sepulturero que venga a pintarrapear a mi amada como si fuera una muñeca!

—¡Ian! ¡Amigo del alma! Mira, no deberías...

Geoffrey había hecho ademán de darle una palmada en el hombro, y de alguna manera el gesto se transformó en un abrazo. Lloraron los dos, como niños agotados, mientras que en otro lugar el hijo de Misery, un varón de casi un día de vida y todavía sin nombre, se despertó y rompió a llorar. La señora Ramage, cuyo bondadoso corazón estaba igualmente roto, empezó a cantarle una canción de cuna con voz entrecortada por las lágrimas.

A Geoffrey no le había inquietado tanto lo que Ian había dicho como la manera en que lo había dicho, hasta ese punto temía por la cordura de su amigo; solo ahora, mientras seguía azuzando a Mary camino de Little Dunthorpe a pesar de que los dolores iban en aumento, volvieron a su mente aquellas palabras, terribles a la luz de lo que Colter le había contado: *Si pareciera más muerta... Si pareciera más muerta, amigo mío.*

Y no fue eso todo. A media tarde, mientras los primeros lugareños enfilaban ya las cuestas de Calthorpe Hill para ir a dar el pésame al doliente, reapareció Shinebone. Venía con gesto de cansancio, y hasta él mismo parecía un poco ido, cosa que tampoco era sorprendente en alguien que afirmaba haber estrechado la mano de lord Wellington —el gran hombre en persona— siendo un muchacho (no Wellington, sino Shinebone). Geoffrey creía que se trataba de una exageración, pero el viejo Shinnny, como Ian y él lo llamaban cuando eran pequeños, había curado a Geoffrey de todas las enfermedades de su niñez, y ya entonces el pequeño Geoffrey lo veía como a un hombre muy mayor. Aun considerando que todo niño tiene tendencia a ver como viejo a cualquier persona de más de veinticinco años, él calculaba que Shinnny debía de andar ya por los setenta y cinco.

Era viejo... Las últimas veinticuatro horas habían sido muy duras, terribles... ¿No era posible que un hombre viejo y cansado hubiera cometido un error?

¿Una espantosa y atroz equivocación?

Fue esta idea, más que ninguna otra, la que hizo que saliera a la fría y ventosa noche, bajo una luna que parecía tartamudear entre las nubes.

¿Era posible que Shinnny hubiera cometido ese error? La parte más cobarde de Geoffrey, esa parte que prefería correr el riesgo de perder a Misery para siempre antes que considerar los inevitables resultados de semejante error, lo negaba. Pero cuando entró Shinnny... Geoffrey estaba sentado en compañía de Ian, que en ese momento rememoraba con voz rota y apenas coherente cómo Geoffrey y él habían rescatado a Misery de las mazmorras del palacio de Leroux, el vizconde francés loco, y cómo Misery había despistado a uno de los guardianes en un momento crítico sacando del heno una deslumbrante pierna desnuda y moviéndola con seductora delicadeza.

Geoffrey había aportado sus propios recuerdos de la aventura, transido de pena a la sazón, pena que maldijo ahora porque para él (y, suponía, también para Ian) Shinnny apenas si había estado presente.

¿No tenía el hombre aspecto de estar extrañamente preocupado, extrañamente distante?

¿Fue solo agotamiento o había habido algo más... algún tipo de sospecha...? No, seguramente no, objetó su mente, inquieta.

El tílburí parecía volar colina arriba. La casa solariega estaba a oscuras, pero —¡menos mal!— aún había luz encendida en la casita de la señora Ramage.

—¡Vamos, Mary! —exclamó, haciendo restallar el látigo—. ¡Ya queda menos, pequeña, y podrás descansar un poco! ¡¡No, seguramente no es lo que piensas!!

Pero había dado la impresión de que Shinnny le examinaba las costillas rotas y el esguince en el hombro de forma muy somera; Geoffrey apenas si había cruzado palabra con Ian, pese a la pena que evidentemente lo corroía y a sus frecuentes e incoherentes exclamaciones. No, tras una visita que, vista desde ahora, no parecía más que una mera cortesía, Shinnny había preguntado: «¿Está...?».

—Sí, en el salón —había dicho Ian, no sin esfuerzo—. Mi pobre amada yace en el salón. Dale un beso de mi parte, Shinnny. ¡Y dile que pronto estaré haciéndole compañía!

Dicho esto, Ian había roto a llorar otra vez.

Shinnny, tras murmurar unas palabras de condolencia, había pasado finalmente al salón. Geoffrey recordó ahora que el viejo matasanos había estado un buen rato allí

dentro... aunque tal vez le fallara la memoria. Pero cuando volvió a salir, su semblante le había parecido a Geoffrey casi alegre, y aquí sí que la memoria no le fallaba, de eso estaba seguro; su expresión estaba totalmente fuera de lugar en aquella estancia impregnada de dolor y lágrimas y en la que la señora Ramage había colgado ya las negras cortinas de luto.

Geoffrey había seguido al viejo doctor y había hablado con él en la cocina. Le sugirió que le recetara a Ian algún somnífero, pues parecía estar francamente enfermo.

Shinny apenas si dio muestras de escucharle. En cambio, dijo:

-No tiene nada que ver con la señorita Evelyn-Hyde. Eso sí que he podido comprobarlo.

Y había vuelto a su calesa sin reaccionar siquiera a lo que Geoffrey le había planteado.

Geoffrey volvió adentro, olvidándose ya del extraño comentario del doctor, achacando ya el extraño comportamiento de Shinny a la edad, el cansancio, a su propia pena. Estaba pensando de nuevo en su amigo; decidió que, a falta de un somnífero, tendría que obligar a Ian a beber whisky hasta que el pobre perdiera el conocimiento.

Olvidándose... desdeñando...

Hasta ahora.

No tiene nada que ver con la señorita Evelyn-Hyde. Eso sí que he podido comprobarlo.

¿Eso? ¿El qué?

Lo ignoraba, pero estaba decidido a averiguarlo aunque eso pudiera hacerle perder la razón; y reconocía que las probabilidades de que tal cosa ocurriera eran muy grandes.

CAPÍTULO 4

La señora Ramage estaba aún levantada cuando Geoffrey se puso a aporrear la puerta, pese a que normalmente ella se habría acostado dos horas antes. Desde la pérdida de Misery, la señora Ramage había ido postergando cada vez más el momento de acostarse. Si no podía poner fin a

aquellas noches de dar vueltas y vueltas en la cama, al menos intentaría que empezaran lo más tarde posible.

Aunque era una mujer sumamente equilibrada y práctica, aquellos golpes repentinos en la puerta le hicieron soltar un gritito y escaldarse con la leche caliente que en ese momento estaba pasando de un cazo al tazón. Últimamente siempre parecía estar en vilo, siempre a punto de gritar. Se trataba de un sentimiento diferente al de la pena (pese a que la señora Ramage estaba casi consumida de pena); era más bien una sensación extraña y tormentosa que no recordaba haber tenido jamás. En algunos momentos le parecía que la acechaban pensamientos que mejor habría hecho en no escuchar, pensamientos que escapaban a su mente agotada e invadida de tristeza.

—¿Quién llama a las diez? —preguntó, alzando la voz—. Sea quien sea, ¡muchas gracias por la quemadura que me acabo de hacer!

—¡Soy Geoffrey, señora Ramage! ¡Geoffrey Alliburton! ¡Abra la puerta, se lo ruego!

La señora Ramage se quedó boquiabierta al oírlo, e iba ya camino de la puerta delantera cuando recordó que estaba en gorro y camisa de dormir.

Nunca le había oído a Geoffrey semejante tono de voz, y no habría dado crédito si alguien le hubiera venido con ese cuento. Si en Inglaterra había un solo hombre de ánimo más resuelto que su señor, ese era Geoffrey. Sin embargo, ahora le temblaba la voz como a una mujer al borde de la histeria.

—¡Un momento, señorito Geoffrey! ¡Estoy a medio vestir!

—¡Al diablo con eso! —gritó él—. ¡Como si está en cueros, señora Ramage! ¡Abra de una vez! ¡Abra la puerta en nombre de Dios!

La señora Ramage se quedó allí parada apenas un segundo y luego fue hasta la puerta, la desatancó y la abrió. Decir que se quedó estupefacta al ver la expresión de Geoffrey sería quedarse corto, y en algún rincón de su cabeza volvieron a sonar los truenos lejanos de negros pensamientos.

La postura de Geoffrey en el portal del ama de llaves era un tanto extraña; su columna vertebral se había ido torciendo tras muchos años de acarrear un saco de buhonero. Tenía la mano derecha remetida entre el brazo y

el costado izquierdos. Sus cabellos estaban revueltos. Sus ojos castaño oscuro parecían arder en el rostro blanco. Su indumentaria era singular para alguien tan cuidadoso en el vestir (más de uno le habría llamado «dandi») como lo era normalmente Geoffrey Alliburton. Llevaba puesto un viejo batín con el cinturón torcido, una camisa blanca con el cuello abierto y unos pantalones de sarga que le habrían cuadrado más a un jardinero ambulante que al hombre más rico de Little Dunthorpe. Iba calzado con unas pantuflas raídas.

La señora Ramage, que no iba vestida tampoco para un baile de gala, con su largo camisón blanco y el gorro de dormir con las cintas colgando sin atar en torno a su cara como flecos en la pantalla de una lámpara, lo miró con genuina preocupación.

La herida en las costillas que Geoffrey se había fracturado tres noches atrás yendo a buscar al médico se había abierto de nuevo, eso era evidente, pero lo que daba aquel centelleo a sus ojos en el rostro blanquecino no era solo el dolor físico; era terror, un terror que él apenas si podía dominar.

—¡Señorito Geoffrey! ¿Qué...?

—¡Nada de preguntas! —dijo él con voz ronca—. Eso luego; ahora respóndame usted a mí.

—¿Cuál es la pregunta? —dijo ella, francamente asustada. Su mano izquierda, cerrada en un puño, había ido a apoyarse en su generoso pecho.

—¿El nombre de señorita Evelyn-Hyde le dice algo?

Y, de repente, la señora Ramage supo cuál era el motivo de aquella horrible sensación atronadora que venía experimentando desde el sábado por la noche.

En algún rincón de su mente debía de haber tenido alojado aquel espantoso pensamiento, manteniéndolo a raya, porque no necesitó más explicaciones. El nombre de la desventurada Charlotte Evelyn-Hyde, que había vivido en Storing-on-Firkill, el primer pueblo al oeste de Little Dunthorpe, bastó para que un grito pugnara por escapar de su garganta.

—¡Oh, cielos! ¡Oh, dulce Jesús! ¿Es que la han enterrado viva? ¿Es que han enterrado viva a mi pobre y querida Misery?

Y antes de que Geoffrey pudiese siquiera abrir la boca, fue la anciana y recia señora Ramage quien hizo

algo que jamás en su vida había hecho y no volvería a hacer: caer redonda al suelo.

CAPÍTULO 5

Geoffrey no tuvo tiempo de ir a buscar sales. De todos modos, dudaba mucho que una recia veterana como la señora Ramage tuviera sales en casa, pero debajo del fregadero encontró un trapo que olía ligeramente a amoníaco. No solo se lo pasó por debajo de la nariz, sino que lo aplicó brevemente a la barbilla de la mujer. La posibilidad que había planteado Colter, aun siendo una mera insinuación, era demasiado espeluznante para detenerse a considerarla.

La señora Ramage dio una sacudida, lanzó una exclamación y abrió los ojos. Por un momento miró a Geoffrey con absoluta estupefacción y desconcierto.

Después se incorporó.

—No —suplicó—. No, señorito Geoffrey, dígame que no es verdad, que no lo decía usted en serio...

—No sé si es verdad o no lo es, pero debemos comprobarlo sin tardanza. De inmediato, señora Ramage. Yo no puedo cavar todo el rato, suponiendo que haya que cavar... —Ella lo miraba horrorizada, las manos tan prietas sobre la boca que sus uñas se habían vuelto blancas—. ¿Podrá ayudarme, en caso de que necesite ayuda? No tengo a nadie más...

—Mi amo —dijo ella, medio aturdida—, el señorito Ian...

—... no debe saber nada de esto hasta que nosotros sepamos más —la interrumpió él—. Si Dios es bueno, no será necesario que sepa nada. —No quiso expresar en voz alta delante de ella la esperanza que anidaba en su cabeza, una esperanza que se le antojaba casi tan monstruosa como sus lágrimas. Si Dios era muy bueno, Ian se enteraría de lo que iban a hacer... cuando le devolvieran a su esposa y único amor, su regreso de entre los muertos casi tan milagroso como el de Lázaro.

—¡Oh! ¡Es horrible... horrible! —dijo ella con voz apenas audible. Agarrándose a la mesa, consiguió ponerse en pie y allí permaneció un momento, balanceándose,

mechones de pelo colgando a ambos lados de su cara entre las colas de algodón del gorro de dormir.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Geoffrey, más afable ahora—. De lo contrario, intentaré apañarme yo solo lo mejor que pueda.

Con un estremecimiento, la señora Ramage tomó aire y luego lo expulsó con fuerza. El balanceo cesó.

—En el cobertizo de la parte de atrás hay un par de palas —dijo, yendo hacia la despensa—. Y un pico también, me parece. Méталos en el tílburí. Aquí en la despensa tengo media botella de ginebra. No la he tocado desde la noche de Lammas de hace cinco años, cuando murió Bill. Deje que tome un trago y enseguida estoy con usted, señorito Geoffrey.

—Es usted una mujer valiente, señora Ramage. Dese prisa.

—Sí, nunca tengo miedo, yo —dijo ella, agarrando la botella de ginebra con una mano que casi no tembló. El cristal no tenía polvo (ni siquiera la despensa se salvaba del implacable trazo de la señora Ramage), pero la etiqueta donde ponía CLOUGH & POOR BOOZIERS estaba amarillenta—. Dese prisa usted también.

Siempre había detestado el alcohol y su estómago quiso devolver la ginebra, con su desagradable olor a enebro y su sabor aceitoso, pero consiguió que permaneciera donde estaba. Esa noche la iba a necesitar.

CAPÍTULO 6

Bajo unas nubes que seguían corriendo de este a oeste, formas negras contra un fondo casi igual de negro, y una luna que empezaba ya a posarse en el horizonte, el tílburí avanzó raudo hacia el camposanto. Ahora era la señora Ramage quien llevaba las riendas y hacía restallar el látigo sobre la pobre Mary, que, si los caballos pudieran hablar, les habría dicho que a esas horas ella tendría que haber estado dormitando calentita en su establo. Las palas y el pico chocaban entre sí con frío sonido metálico, y la señora Ramage pensó que si alguien los hubiera visto se habría llevado un buen susto; debían de parecer un par de dickensianos ladrones de cadáveres...

o quizá uno solo viajando en un tálburi conducido por un espectro. Pues ella iba toda de blanco; ni siquiera se había permitido ir a coger la bata. Su camisa de dormir aleteaba en torno a sus gruesos tobillos de varicosas venas, mientras que las colas del gorro ondeaban a diestra y siniestra.

Llegaron a la iglesia y la señora Ramage guio a Mary hacia el camino que discurría por uno de sus lados. El espectral sonido del viento entre los aleros la hizo estremecerse. Se paró un momento a pensar por qué un lugar santo como una iglesia podía invadirlo a uno de temor cuando era de noche, pero luego se dio cuenta de que no se trataba de la iglesia, sino del cometido que los había llevado hasta allí.

Lo primero que había pensado al recobrar el conocimiento era que necesitarían la ayuda de su señor, ¿acaso no había estado él allí, a las duras y a las maduras, sin flaquear ni un solo momento? Pero después había caído en la cuenta de que aquello no tenía sentido. Lo que estaba sobre el tapete no era la valentía de milord, sino su cordura.

No había necesitado que el señorito Geoffrey le dijese que se trataba de eso; había bastado con el recuerdo de la señorita Evelyn-Hyde.

Comprendió que ni el señorito Geoffrey ni milord habían estado en Little Dunthorpe cuando pasó. De aquello hacía ya casi medio año, fue en primavera. Misery había entrado en el sonrosado estío de su embarazo, las náuseas matutinas habían quedado atrás, y aún faltaba tiempo para el aumento final de su vientre y la incomodidad del inquilino, de modo que les había dicho a los dos que se marcharan tranquilamente a cazar patos y a jugar a las cartas o al fútbol o a cualquier otra de las numerosas tonterías masculinas con que entretenerse un fin de semana en Oaks Hall, Doncaster. Milord no había puesto muy buena cara, pero Misery le aseguró que estaba perfectamente y casi lo sacó a empujones de la casa. Que Misery iba a estar bien era algo de lo que la señora Ramage no dudó ni un segundo. Pero siempre que milord y el señorito Geoffrey iban a Doncaster, se preguntaba si uno de ellos (o incluso los dos) no volvería tendido en una carreta y con los pies por delante.

La mansión de Oaks Hall la había heredado Albert Fossington, un compañero de estudios de Geoffrey e Ian. La señora Ramage no se equivocaba al creer que Bertie Fossington estaba loco. Unos tres años atrás se había comido a su poni favorito para jugar al polo después de que el animal se partiera dos patas y hubiera de ser sacrificado. Él dijo que fue un gesto de cariño. «Lo aprendí de los fuzzy-wuzzy de Ciudad del Cabo», afirmó. «Griquas, se llaman. Unos tipos encantadores. Se meten palos y cosas en los morros, no digo más. Algunos creo que podrían llevar los doce volúmenes de las Cartas de Navegación de la Corona apoyados en el labio inferior, ¡ja, ja! Ellos me enseñaron que un hombre debe comerse aquello que ama. Poético pero un poquitín truculento, ¿no?»

A pesar de tan estrafalario comportamiento, el señorito Geoffrey y milord seguían teniéndole mucho afecto a Bertie (Entonces ¿tendrán que comérselo cuando él muera?, se preguntó un día la señora Ramage tras una visita de Bertie durante la cual había intentado jugar al cróquet con uno de los gatos de la casa, destrozándole la cabeza al pobre minino), y la pasada primavera habían estado casi diez días en Oaks Hall.

Apenas un par de días después de su partida, la señorita Charlotte Evelyn-Hyde había sido hallada muerta en el jardín de atrás de su casa en Storpington-Firkill, llamada Cove o' Birches. Cerca de una de sus manos encontraron un ramo de flores recién cortadas. El médico del pueblo era un tal Billford, a todos los efectos un hombre competente. No obstante, Billford había reclamado la ayuda del viejo doctor Shinebone. Según Billford, la causa de la muerte había sido un ataque al corazón, y eso a pesar de que la difunta era muy joven —apenas dieciocho años— y parecía gozar de excelente salud.

Billford estaba perplejo.

Algo parecía no encajar. También el viejo Shinnny estaba francamente perplejo, pero finalmente el diagnóstico le había parecido correcto. Otro tanto opinaron la mayoría de los lugareños; la muchacha no tenía el corazón sano, no había más, eran cosas que no pasaban a menudo, pero quien más quien menos recordaba algún caso similar. Fue probablemente esta coincidencia de opiniones lo que había salvado a Billford —como médico

y como persona— a raíz del trágico desenlace. Aunque todo el mundo había convenido en que la muerte de la muchacha era desconcertante, a nadie se le pasó por la cabeza que pudiera no estar muerta del todo.

Cuatro días después del sepelio, una anciana, la señora Soames (la señora Ramage la conocía, pero poco), había visto una cosa blanca en el suelo del cementerio de la iglesia congregacionalista al entrar ella para dejar unas flores en la tumba de su marido, fallecido el invierno anterior. Era demasiado grande para ser un pétalo, y pensó que debía de tratarse de algún pájaro muerto. Al acercarse más, enseguida se dio cuenta de que el objeto blanco, más que yacer en el suelo, sobresalía de él. Avanzó dos o tres valientes pasos más y lo que vio fue una mano asomando de una tumba reciente, los dedos rígidos en un espeluznante gesto de súplica. De los extremos de todos los dedos salvo del pulgar sobresalían huesos con rastros de sangre.

La señora Soames huyó entre gritos del cementerio y no paró de correr hasta llegar a la calle mayor de Storpington—una carrera de casi dos kilómetros— e informar de su hallazgo al barbero del pueblo, que era además el policía local. Un momento después perdió el conocimiento. Horas más tarde, ya en su casa, se metió en la cama y no volvió a levantarse hasta cuatro semanas después. Y no hubo nadie en el pueblo que la culpara de ello en lo más mínimo.

El cuerpo de la desventurada señorita Evelyn-Hyde había sido exhumado, como es natural, y en el momento en que Geoffrey Alliburton hizo parar a Mary frente a la verja del camposanto de la iglesia de Little Dunthorpe, la señora Ramage no pudo por menos que desear fervientemente no haber escuchado lo que la gente contó de aquella exhumación. Había sido horroroso.

El doctor Billford, en un tris él también de perder la chaveta, diagnosticó catalepsia. La pobre muchacha, al parecer, había caído en una especie de trance similar a la muerte, algo así como lo que aquellos faquires indios podían provocarse a sí mismos antes de dejar que los enterraran vivos o que les atravesaran la carne con agujas. La señorita Charlotte había permanecido en ese trance unas cuarenta y ocho horas, tal vez sesenta. Lo suficiente, en cualquier caso, para que al despertar

viera que no se hallaba en el jardín donde había estado cogiendo flores, sino en un ataúd y enterrada viva.

Aquella muchacha había peleado con uñas y dientes por volver a la vida, y la señora Ramage, siguiendo ahora a Geoffrey para penetrar en una fina bruma que convertía en islas las inclinadas lápidas mortuorias, descubrió que lo que la nobleza debería haber redimido parecía tanto más horrendo por ello mismo.

La muchacha estaba prometida en matrimonio. En su mano izquierda —no la que asomaba tiesa del suelo cual mano de ahogada— llevaba una alianza de boda de diamantes; con ella había hendido el forro de satén del ataúd y, solo sabía Dios después de cuántas horas, agujereado la tapa de madera. Al final, apenas sin aire que respirar, habría utilizado el anillo para cortar y ahondar mientras con la derecha iba retirando la tierra. Pero no lo suficiente: su tez había adquirido un tono cárdeno y los ojos inyectados en sangre sobresalían de sus órbitas en una expresión de horror extremo.

El reloj de la torre de la iglesia empezó a tocar la hora doceava —la hora en que, le había explicado su madre, la puerta entre la vida y la muerte se abre ligeramente y los muertos pueden ir hacia un lado o el otro—, y la señora Ramage hubo de hacer un enorme esfuerzo para no huir de allí entre gritos de un pánico que en vez de menguar solo iba en aumento a cada paso que daba; sabía que si echaba a correr, ya no pararía hasta caer inconsciente.

¡Eres una tonta y una miedosa!, se reprendió, cambiándolo luego a: ¡Miedosa y tonta y egoísta! En quien debes pensar ahora es en milord, y no en tus miedos. En milord... y en si existe siquiera una oportunidad de que milady...

Pero no; imaginar siquiera una cosa así era ya una locura. Había pasado demasiado tiempo, demasiado.

Geoffrey la había llevado hasta la sepultura de Misery y se quedaron los dos contemplando la lápida como hechizados. LADY CALTHORPE, decía la inscripción. Aparte de las fechas de nacimiento y defunción, solo se leían estas palabras: MUCHOS LA AMARON.

La señora Ramage miró a Geoffrey y, como quien despierta de un sueño profundo, le dijo:

—No ha traído las herramientas.

—Ya lo sé. Aún *no*. —Se lanzó al suelo cuan *largo* era y pegó la oreja a la tierra; entre el césped sustituido de forma *un* tanto descuidada empezaban a asomar los primeros brotes de hierba *nueva*.

En un primer momento ella *no* vio cambios *en* su expresión de miedo y *angustia*, la misma expresión que le había visto al abrirle la puerta. Pero luego algo empezó a cambiar; la *nueva* expresión era de horror absoluto mezclado *con una* casi *paranoica* esperanza.

Él la miró *entonces*, los ojos como platos, la boca tratando de articular palabras.

—Creo que está viva —dijo Geoffrey, apenas *sin* fuerzas—. Oh, señora Ramage...

De pronto se puso boca abajo y le gritó al suelo (*en* otras *circunstancias* habría resultado cómico):

—¡Misery! ¡MISERY! ¡ESTAMOS AQUÍ! ¡AGUAN *Ta*! ¡AGUAN *Ta*, MI VIDA! *un* segundo después estaba de pie y corría como *un* poseso hacia el tílburí, donde habían quedado las herramientas, provocando juguetones remolinos *en* la plácida *niebla* baja.

La señora Ramage *notó* como le fallaban las rodillas y su cuerpo venció hacia delante, a punto otra vez del desmayo. La cabeza, como si actuara por su cuenta, giró hacia *un* lado de modo que su oreja derecha quedó pegada al suelo; la señora Ramage había visto a *niños en* esa postura *en* la vía del tren, esperando la llegada de *un* convoy.

Y *entonces* lo oyó: *un* sonido amortiguado de alguien rascando, pero *no* como de *un* animal que escarbara, *no*, sino ruido de dedos arañando madera a la desesperada.

Aspiró, una convulsa bocanada de aire que, al parecer, puso de *nuevo en* marcha su corazón.

—¡ENSEGUIDA, MILADY! —chilló—. ¡DÉ GRACIAS A DIOS Y RUEGUE AL DULCE JESÚS PARA QUE LLEGUEMOS A TIEMPO! ¡YA VAMOS, YA VAMOS!

Con dedos temblorosos, se puso a arrancar puñados de hierba restaurada, y aunque Geoffrey tardó muy poco *en* volver *con* las palas y el pico, ella ya había hecho *un* agujero de unos veinte centímetros de hondo.

Llevaba ya nueve páginas del capítulo 7 —Geoffrey y la señora Ramage habían conseguido sacar a Misery de su tumba en un visto y no visto, para comprobar a continuación que la pobre mujer no tenía la menor idea de quiénes eran ni de quién era ella tampoco— cuando Annie entró en el cuarto. Esta vez Paul la oyó y dejó de teclear, lamentando que lo sacaran del sueño.

Traía los seis primeros capítulos en la mano y esta pegada al costado. La lectura del primer borrador le había llevado menos de veinte minutos, pero desde que se llevara las veintiuna páginas del segundo había pasado una hora. Paul la observó, notando con vago interés que Annie Wilkes estaba un poco pálida.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Es justo?

—Sí —dijo ella, ausente, como si esa conclusión se hubiera dado por sentada, y así lo supuso Paul—. Es justo. Y además es *bueno*. Excitante. Pero ¡también truculento! Nada que ver con *ninguno* de los otros libros de *Misery*. Esa pobre mujer dejándose literalmente la piel de los dedos de tanto rascar... —Meneó la cabeza y volvió a decir—: Nada que ver con ninguno de los otros libros de *Misery*.

El estado de ánimo de quien escribió estas páginas, querida, también era un poco truculento, pensó Paul.

—¿Qué hago? ¿Continúo? —le preguntó a Annie.

—¡Como no sigas, te mato! —respondió ella, esforzándose por sonreír. Paul no le devolvió la sonrisa. El comentario, que en otro momento él habría metido en el mismo saco que trivialidades como *Estás tan guapo que te comería entero*, no le pareció para nada trivial.

Sin embargo, le fascinó su actitud, allí parada en el umbral. Como si temiera acercarse más, como si pensara que él tenía algo dentro que podía quemarla. La causa no era el tema del enterramiento prematuro; eso lo tenía claro. No, el motivo era la diferencia entre su primer y su segundo intento. El primero era frío como la redacción de un chaval de primaria sobre el tema «Mis vacaciones de verano». Pero este segundo era diferente. Aquí el horno estaba en marcha. Oh, y no es que él hubiera escrito especialmente bien —la historia tenía fuerza, pero los personajes eran tan estereotipados y predecibles como siempre—, pero esta vez había conseguido al menos generar cierta energía; esta vez las líneas de texto transmitían calor.

Divertido por esta idea, pensó: Annie ha notado el calor. Creo que le da miedo acercarse, no sea que yo la queme.

—No hará falta que me mates, Annie —dijo con gentileza—. Yo *quiero* continuar, o sea que mejor me pongo, ¿no?

—Muy bien —dijo ella. Se acercó con los capítulos, los dejó sobre la tabla y retrocedió rápidamente.

—¿Quieres leerlo mientras voy escribiendo?

Annie sonrió.

—¡Vale! ¡Será casi como volver a la adolescencia, con aquellos seriales!

—Bueno, no puedo prometerte que habrá mucho suspense al final de *cada* capítulo —dijo él—. La cosa no funciona así...

—Pero para mí, sí —afirmó ella con entusiasmo—. Yo querría saber qué pasará en el capítulo 18 aunque el capítulo 17 termine con Misery, Ian y Geoffrey apoltronados en el porche leyendo el periódico. Ya estoy impaciente por saber qué va a pasar ahora. ¡No! ¡No me lo digas! —se apresuró a añadir, como si Paul fuera a contárselo.

—Yo normalmente no enseño lo que escribo hasta que el trabajo está terminado. —Dicho esto, le sonrió—. Pero, mira, como la situación es especial, no me importa que vayas leyendo capítulo a capítulo. —Y así empezaron las mil y una noches de Paul Sheldon, pensó—. Hay una cosa que quería pedirte.

—¿Cuál?

—Que vayas poniendo a mano esas malditas enes.

Ella le sonrió, radiante de felicidad.

—Será un honor. Bueno, ahora te dejo.

Una vez en la puerta dudó un poco, se volvió hacia él. Y luego, con profunda y casi dolorosa timidez, le hizo la única sugerencia editorial que le haría nunca:

—Quizá fue una abeja.

Él ya tenía la vista puesta en la hoja de papel que sobresalía del carro de la Royal; estaba buscando el agujero. Quería dejar a Misery en casa de la señora Ramage antes de dar por terminada su jornada laboral. Miró a Annie con disimulada impaciencia.

—¿Cómo dices?

—Una abeja —repitió ella, y Paul vio que una capa de rubor ascendía por su cuello y le cubría las mejillas. Un momento después, sus orejas estaban coloradas también—. Una persona de cada doce es alérgica al veneno de las abejas. Vi muchos casos antes de... antes de jubilarme como enfermera. La alergia puede manifestarse de muchas formas. A veces, la picadura puede provocar un estado comatoso que... que es parecido a lo que antes se solía llamar... eh... catalepsia.

De tan colorada como se había puesto, estaba ya casi morada.

Paul consideró brevemente la idea y luego la arrojó a la papelera. Una abeja podría haber sido la causa de que enterraran viva a la pobre señorita Evelyn-Hyde; incluso tenía sentido, ya que eso ocurría en plena primavera y, encima, en el jardín. Pero él ya había decidido que la credibilidad dependía de que ambas sepulturas en vivo tuvieran cierta relación, y Misery había sucumbido en su dormitorio. El problema no era que a finales de otoño difícilmente pudiera haber abejas volando por allí. No, el problema era lo peculiar de esa reacción cataléptica. Él pensaba que Lectora Fiel no se tragaría que dos mujeres no relacionadas entre sí y con domicilio en pueblos vecinos hubieran sido enterradas vivas con una diferencia de seis meses como resultado de sendas picaduras de abeja.

Pero eso no podía decírselo a Annie Wilkes, y no porque ella pudiera cabrearse. No podía decírselo porque eso la iba a herir profundamente, y a pesar de todo el dolor

que ella le había infligido, Paul se veía incapaz de hacerle daño de esa forma. A él mismo le habían hecho daño de esa forma.

Decidió echar mano de un eufemismo muy común en los talleres de escritura:

—Tiene posibilidades, desde luego. Lo tendré muy presente, Annie, aunque debo decir que ya estoy barajando varias ideas. Puede que no encaje.

—Ya, bueno; el escritor eres tú, no yo. Bah, olvídalo, perdona.

—No tienes que pe...

Pero ella ya estaba fuera, y sus contundentes pisadas se alejaron, corriendo casi, por el pasillo. Paul se quedó mirando el umbral vacío. Bajó la vista... y de repente abrió mucho los ojos.

A cada lado del umbral, unos veinte centímetros por encima del suelo, había una marca negra. Supo inmediatamente que eran de los tapacubos de la silla de ruedas, al entrar él a la fuerza. Hasta el momento, Annie no se había fijado. Hacía casi una semana de aquello; que no las hubiera advertido era un pequeño milagro. Pero no tardaría en venir a pasar el aspirador —hoy, mañana—, y entonces las vería.

Seguro.

En toda la tarde, Paul apenas si logró escribir un par de líneas.

El agujero en el papel había desaparecido.

8

A la mañana siguiente estaba incorporado en la cama, apoyado en varias almohadas, tomando café y observando aquellas dos marcas en la puerta con la mirada culpable del asesino que acaba de percatarse de una pieza de ropa con manchas de sangre que descuidó tirar. De pronto, Annie entró en tromba en la habitación, los ojos muy abiertos y saliéndosele de las órbitas. En una mano llevaba un trapo de quitar el polvo; en la otra, cosa increíble, unas esposas.

—¿Qué...?

Fue todo lo que Paul tuvo tiempo de decir. Ella lo agarró con estremecedora fuerza y lo obligó a ponerse derecho. El dolor en las piernas —que había remitido un poco— lo hizo gritar. La taza de café salió volando y se estrelló contra el suelo. Aquí todo acaba rompiéndose, pensó, y luego: Ha visto las marcas. Claro. Puede que hace días. Fue la única explicación que encontró a tan extravagante comportamiento; Annie había visto las marcas, sí, y esto era el comienzo de una nueva y espectacular sesión de castigo.

—*Cállate, imbécil* —dijo ella entre dientes, asiéndole las manos detrás de la espalda, y justo cuando Paul oyó el clic de las esposas al cerrarse, oyó también el motor de un coche entrando por el camino de acceso.

Abrió la boca con la intención de decir algo, o de gritar otra vez, pero ella le metió el trapo a la fuerza antes de que él pudiera hacer ninguna de las dos cosas. Era repugnante, el sabor que despedía aquel trapo: a cera para muebles o algo así, supuso Paul.

—No hagas el menor ruido —dijo ella, y al inclinarse hacia él poniéndole una mano a cada lado de la cabeza, mechones de pelo le hicieron cosquillas en la frente y los pómulos—. Te lo advierto. Si ese de ahí fuera oye algo (o si lo oigo *yo* y *pienso* que puede haberlo oído), le mataré, sea uno o sean más, luego te mataré a ti y después me pegaré un tiro yo también.

Se incorporó. Los ojos parecían a punto de saltarle. Tenía el rostro sudoroso y un rastro de yema de huevo en los labios.

—No lo olvides, Paul.

Él estaba asintiendo con la cabeza, pero Annie no lo vio porque estaba ya saliendo a la carrera.

Un viejo pero bien conservado Chevrolet Bel Air se detuvo junto al Cherokee. Paul oyó abrirse una puerta más allá del salón y luego cerrarse. Por el chirrido, supo que era la puerta del armario donde ella guardaba ropa y cosas de exterior.

El hombre que estaba apeándose del Bel Air era también viejo pero bien conservado; un verdadero arquetipo de Colorado, a ojos de Paul. Aparentaba sesenta y cinco años, pero quizá tenía ochenta; podía ser el socio principal de un bufete de abogados o el patriarca semijubilado de una gran empresa constructora, pero lo más probable es que fuera ranchero o agente inmobiliario. Sería uno de esos republicanos que jamás pondría una pegatina en su coche como tampoco se pondría zapatos puntiagudos de marca italiana; debía de tener, además, algún cargo municipal y estaría aquí por ese motivo, porque solo asuntos municipales podían justificar una entrevista entre un hombre así y una ermitaña como Annie Wilkes.

Paul la vio ir al encuentro del visitante a rápidas zancadas y con la evidente intención de cortarle el paso. Esto le recordó sus primeras fantasías. No era un poli el que venía, sino alguien CON AUTORIDAD. LA AUTORIDAD se había presentado en casa de Annie, y su llegada solo podía significar que la vida de Paul se acortaría.

¿Por qué no le invitas a pasar, Annie?, pensó, intentando no asfixiarse con el trapo del polvo. ¿Por qué no le dices que entre y le enseñas tu pájaro africano?

Qué va. Annie estaba tan poco dispuesta a dejar entrar al señor Empresario Colorado como a llevar a Paul al aeropuerto y comprarle un billete de vuelta en primera clase a Nueva York.

Se puso a hablar antes de llegar a la altura del visitante; su aliento formaba como bocadillos de dibujos animados pero sin palabras dentro. El hombre le tendió una mano embutida en un guante negro de piel, no elegante pero casi. Ella miró la mano con gesto desdeñoso y acto seguido se arrancó a hablar mientras blandía un dedo, y más globos blancos sin palabras surgieron de su boca. Terminó de ponerse el anorak y cesó en su gesto amenazador el tiempo justo para subirse la cremallera.

El hombre sacó una hoja de papel del bolsillo de su abrigo y se la tendió con gesto casi de disculpa. Aunque Paul no tenía manera de saber exactamente de qué se trataba, no le cupo duda de que Annie sabría ponerle un adjetivo al documento. Tal vez *pajolero*.

Sin dejar de hablar, ella lo guio por el camino. Salieron del campo visual de Paul. Pudo ver sus sombras como siluetas de cartulina en la nieve, pero nada más. Comprendió que ella lo había hecho adrede; si Paul no podía verlos, no había posibilidad alguna de que el señor Rancho Grande mirase hacia la ventana del cuarto de huéspedes y lo viera a *él*.

Las sombras permanecieron unos cinco minutos en el camino particular, donde la nieve empezaba a fundirse. Hubo un momento en que Paul llegó a oír la voz intimidante de Annie, gritando colérica. Fueron cinco largos minutos para Paul. Los hombros le dolían, y comprobó que no podía moverse para aliviar el dolor. No solo lo había esposado, sino que de alguna forma había sujetado las esposas al cabecero de la cama.

Pero lo peor era el trapo remetido en la boca. El olor del espray limpiamuebles le estaba dando jaqueca, y la sensación de náusea iba en aumento. Se concentró con denuedo en dominarla; no tenía ninguna intención de morir asfixiado y con la tráquea llena de vómito, mientras Annie discutía con un funcionario municipal que se hacía cortar el pelo una vez por semana en el emporio barberil del pueblo y que probablemente llevaba los zapatos negros protegidos por chanclos durante todo el invierno.

Un sudor frío había empañado ya su frente para cuando reaparecieron. Annie sujetaba el papel en la mano. Iba detrás del señor Rancho Grande amenazándolo dedo en ristre y ella precedida por los bocadillos sin letras que salían de su boca. A todo esto, el señor Rancho Grande ni siquiera se volvía para mirarla. Su rostro era cuidadosamente inexpresivo; solo sus labios, tan apretados que casi desaparecían de la vista, denotaban algún sentimiento interior. ¿Ira? Tal vez. ¿Desagrado? Sí, eso cuadraba más.

Te parece que está loca. Tú y tus amigotes —entre todos debéis de controlar este pueblucho de segunda división— seguramente os jugasteis al póquer o a la carta más alta a ver quién pringaba. A nadie le gusta tener que dar malas noticias a gente tocada de la cabeza. ¡Ay, señor Rancho Grande! Si supieras hasta qué punto está loca esta mujer, ¡dudo mucho que le dieras la espalda!

Subió al Bel Air. Cerró la puerta. Ella se quedó junto al coche, blandiendo el dedo frente a la ventanilla subida, y Paul acertó de nuevo a oír su voz:

—¡... se cree muy pero que muy *liistoo*!

El Bel Air arrancó en marcha atrás, de vuelta a la carretera. Rancho Grande procuraba no mirar a Annie, que ahora estaba enseñando los dientes.

Más fuerte aún:

—¡Se cree que es la rueda que hace girar el mundo!

De pronto la emprendió a puntapiés con el parachoques delantero, haciendo saltar cachos de nieve del hueco de las ruedas. El viejales, que tenía la cara vuelta hacia el hombro derecho a fin de guiar el coche, giró bruscamente la cabeza para mirarla, echando por tierra la cautelosa neutralidad que había mantenido durante toda la visita.

—¡Pues le voy a decir una cosa, pajarraco! *¡HASTA EL PERRO MÁS TONTO SE MEA EN LAS RUEDAS! ¿Qué le parece eso, eh?*

Le pareciera esto o lo otro, Rancho Grande no pensaba darle a Annie el gusto de comprobarlo: la expresión neutral cayó de nuevo sobre su cara cual visera en un yelmo. Luego desapareció del campo visual de Paul.

Ella se quedó allí plantada un momento, con los brazos en jarras, antes de volver con brío hacia la casa. Paul oyó un tremendo portazo en la cocina.

Bueno, se ha ido, pensó. El señor Rancho Grande se ha marchado, pero yo sigo aquí. Vaya por Dios.

9

Esta vez la mujer no descargó su ira contra él.

Entró en la habitación con la chaqueta puesta todavía pero la cremallera bajada. Se puso a andar a paso rápido de un lado para otro, sin mirar siquiera hacia él. Aún llevaba en la mano el papel y de vez en cuando lo agitaba delante de sus propias narices, como reprendiéndose a sí misma.

—¡Un diez por ciento más de impuestos, dice el tío! ¡Atrasos! ¡Gravámenes! ¡Abogados! ¡Pago trimestral, dice! ¡Vencido! ¡Paparruchas! ¡Caca-pedo-papa-RRUUCHAS!

Paul rezongó, con trapo en la boca, pero ella no se volvió siquiera. A todos los efectos, estaba sola. Empezó a deambular más deprisa, cortando el aire con su recio corpachón. Él pensó que en cualquier momento haría trizas el documento, pero al parecer no se atrevía a tanto.

—¡Quinientos seis dólares! —gritó, esgrimiendo esta vez el papel ante la nariz de él, y acto seguido arrancó el trapo que lo asfixiaba y lo arrojó al suelo. Paul volvió la cabeza hacia un lado, tenía arcadas. Sus brazos parecía que estuvieran desgajándose de sus articulaciones—. ¡Quinientos seis dólares *con diecisiete centavos*! ¡Saben *perfectamente* que yo aquí no quiero a nadie! Se lo dije bien claro. ¡Y mira! ¡Mira!

Él sintió arcadas otra vez y soltó una especie de eructo prolongado.

—Como vomites ahí, Paul, vas a tener que dormir encima —dijo ella—. No sé si ves que tengo cosas más importantes en la cabeza. Ha dicho algo de un gravamen sobre la casa. ¿Qué ha querido decir?

—Las esposas... —graznó él.

—Sí, ya va. —Ella se impacientó—. A veces eres como un *crío*. —Sacó la llave del bolsillo de su falda y lo hizo rodar más hacia la izquierda, de forma que la nariz le quedó pegada a la sábana. Gritó, pero ella hizo caso omiso. Se oyó un clic, un traqueteo metálico, y sus manos quedaron libres. Se incorporó, casi sin aire, y fue deslizándose sobre las almohadas con cuidado de estirar las piernas al hacerlo. En sus estrechas muñecas había sendos surcos pálidos que, mientras las miraba, empezaron a llenarse de rojo.

Annie se guardó las esposas en el bolsillo como si tal cosa, como si formaran parte de los objetos comunes en toda casa decente, algo así como los clínex o las perchas para colgar ropa.

—¿Qué es un gravamen? —preguntó de nuevo—. ¿Quiere decir que la casa es de ellos? ¿Quiere decir eso?

—No —respondió Paul—. Quiere decir que tú... —Carraspeó un poco y le vino otra vez el regusto a trago de quitar el polvo. Una nueva náusea le tensó el pecho. Ella no se enteraba de nada; simplemente permanecía allí de pie mirándolo impaciente. Al cabo, él consiguió hablar otra vez—: Significa que no puedes venderla, eso es todo.

—¿Todo? ¿*Todo*, dices? Menudo concepto tiene usted de la palabra «todo», señor Paul Sheldon. Claro que los problemas de una pobre viuda como yo no deben de parecerle importantes a un Señor Listo como tú.

—Al contrario, Annie. Considero que tus problemas son *míos* también. Me refería a que un gravamen no es gran cosa comparado con lo que *podrían* hacerte si tienes muchos impagados. ¿Es ese el caso?

—Muchos impagados. ¿Que si estoy hasta el cuello, quieres decir?

—Atrasos, deudas. Sí.

—¡Yo no soy una tirada que vive del cuento! —La pátina de su dentadura quedó a la vista al levantar el labio superior—. Pago siempre las facturas. Solo que... esta vez se me...

Se te olvidó, ¿verdad? Igual que se te olvida cambiar la página del maldito calendario. Olvidarse de hacer el pago trimestral del impuesto de la propiedad es muchísimo más grave que olvidarse de cambiar la página del calendario, y estás cabreada porque es la primera vez que te olvidas de algo tan gordo. Porque, reconócelo, Annie, cada día estás peor. Los psicóticos pueden salir adelante —hasta cierto punto— y algunas veces, como tú sabes bien, consiguen quedar impunes de cosas muy jodidas. Pero entre la psicosis controlable y la incontrollable hay una línea divisoria. Tú te vas acercando cada vez más a esa línea... y en parte lo sabes.

—Es que todavía no he encontrado el momento —dijo Annie, malhumorada—. Contigo aquí en casa he estado más ocupada que un empapelador manco.

A Paul se le ocurrió una idea, una idea estupenda. El potencial para acumular puntos buenos parecía ilimitado.

—Me hago cargo —dijo con sinceridad contenida—. Te debo la vida, Annie, y no he hecho más que causarte molestias. Tengo unos cuatrocientos pavos en la cartera. Quiero que los cojas para pagar esos atrasos.

—Oh, Paul... —Ella lo estaba mirando, confusa y complacida a la vez—. No puedo de ninguna manera aceptar tu dinero...

—Si no es mío —la interrumpió él, y enseñó su sonrisita número uno, la de *¿Quién te quiere a ti, nena?* Mientras tanto, estaba pensando: Lo que busco, Annie, es que tengas uno de tus fallos de memoria cuando yo pueda echar mano a uno de los cuchillos de la cocina, y estoy convencido de que puedo moverme lo bastante bien para utilizarlo. Diez segundos antes de que sepas que has palmado, te estarás friendo en el infierno—. Es tuyo. Te lo doy. Tómallo como una paga y señal, si prefieres. —Tras una pausa, decidió correr un riesgo calculado—: Si piensas que no me doy cuenta de que estaría muerto de no ser por ti, estás loca.

—Paul... Es que no sé...

—Hablo en serio. —Permitió que su sonrisa se fundiera en una expresión de sinceridad ganadora (o eso esperaba él: Dios, por favor, que sea ganadora)—. Mira, tú hiciste algo más que salvarme la vida. Has salvado dos, porque sin ti Misery todavía estaría en la tumba.

Ahora ella lo miró casi radiante, olvidado por momentos el documento que tenía en la mano.

—Y me has enseñado dónde fallaba, me has puesto otra vez en el buen camino. Solo por eso ya te debo mucho más de cuatrocientos dólares. Y si no aceptas el dinero, harás que me sienta mal.

—Bueno, pues... de acuerdo. Yo... muchas gracias.

—Soy yo quien debería dártelas. ¿Puedo ver ese papel?

Annie se lo pasó sin poner ninguna objeción. Era un requerimiento por impago de impuestos. El gravamen no pasaba de ser una formalidad. Paul echó un vistazo y luego le devolvió el papel.

—¿Tienes dinero en el banco?

Ella apartó la vista rápidamente.

—Tengo unos ahorrillos, pero no en el banco. Yo no creo en los bancos.

—Aquí dice que solo pueden ejecutar el gravamen si pasa el 25 de marzo y no has pagado aún. ¿A qué estamos hoy?

Ella miró hacia el calendario.

—¡Madre mía! —exclamó—. Eso está mal.

Arrancó la hoja de la pared y el muchacho del trineo desapareció, cosa que a Paul le causó una absurda punzada de pena. Marzo era un arroyo de aguas bravas discurriendo impetuosamente entre orillas nevadas.

Annie miró el calendario con ojos de miope y luego dijo:

—El 25 de marzo es *hoy*.

¡Joder, finales de marzo ya!, pensó él.

—Claro, por eso ha venido. —El hombre no te estaba diciendo que *hayan* ejercido el derecho de retención sobre tu casa, Annie, sino que se verían obligados a hacerlo si tú no apoquinabas antes de que cierren esta tarde las oficinas del ayuntamiento. Ese tipo en realidad intentaba hacerte un favor—. Pero si pagas los quinientos seis dólares antes de...

—Con diecisiete centavos —añadió ella con saña—. No olvides los pajoleros diecisiete centavos.

—Muy bien. Con diecisiete centavos. Si pagas antes de que cierren las oficinas esta tarde, no hay gravamen. Si es verdad que la gente del pueblo tiene de ti la opinión que dices que tiene, Annie...

—¡Me odian! ¡Están todos contra mí, Paul!

—... entonces no pagando tus impuestos se lo estás poniendo en bandeja. Es un poco exagerado amenazar a alguien con un gravamen por saltarse un trimestre del impuesto sobre bienes inmuebles. Huele mal. Mejor dicho, apesta. Si te saltaras un par de pagos, es probable que intentaran embargarte la casa y venderla en subasta. Sí, una idea descabellada, pero me temo que técnicamente estarían en su derecho.

Ella se echó a reír, una carcajada seca, como un ladrido.

—¡Que lo intenten! ¡Les sacaré las tripas a unos cuantos! Eso te lo aseguro yo. ¡Sí, señor! ¡Sí, señooooorrr!

—Al final serían *ellos* los que te sacarían las tripas a ti —dijo Paul sin alzar la voz—. Pero no se trata de eso.

—¿De qué, entonces?

—Annie, en Sidewinder debe de haber más de uno que no paga sus impuestos desde hace *años*. Nadie les está embargando la casa ni vendiendo sus muebles en la subasta que organiza el ayuntamiento. En la mayoría de los casos, lo peor que les puede pasar es que les corten el agua. A ver, los Roydman, por ejemplo. —La miró con gesto astuto—. ¿Tú crees que ellos pagan los impuestos a su debido tiempo?

—¿Esos mierdecillas? —dijo, chilló casi—. ¡Qué risa!

—Me parece que van a por ti, Annie. —De hecho, él no lo creía.

—¡No pienso irme! ¡Me quedaré para darme el gustazo de escupirles! ¡Me quedaré aquí y les escupiré a la cara!

—¿No puedes conseguir ciento seis pavos y los añades a los cuatrocientos que hay en mi cartera?

—Sí. —Parecía que empezaba a sentirse un tanto aliviada.

—Estupendo —dijo Paul—. Entonces te sugiero que pagues hoy esa porquería de factura.

Y mientras estás en el pueblo, yo miraré qué puedo hacer para disimular esas marcas en la puerta. Y cuando tenga eso solucionado, creo que miraré si descubro alguna manera de salir de este puto agujero. Empiezo a estar cansado de tu hospitalidad, Annie.

Esbozando una sonrisa, dijo:

—En el cajón de la mesita de noche debe de haber por lo menos diecisiete centavos.

10

Annie Wilkes tenía su propio decálogo interior; en realidad, era una persona extrañamente remilgada. Le había hecho beber agua de un cubo de fregar; le había retirado la medicación hasta hacerlo rabiar de dolor; le había hecho incinerar la única copia de su última novela; lo había esposado a la cama y le había metido en la boca un trapo que apestaba a limpiamuebles; pero cogerle dinero de la cartera le parecía feo. Le llevó la vieja Lord Buxton que Paul conservaba desde sus tiempos de estudiante y se la puso en las manos.

Los documentos —carnet de identidad, de conducir— habían desaparecido. Annie, en *este caso*, no había tenido ningún escrúpulo. No quiso preguntar al respecto; le pareció más prudente.

No había documentos, pero el dinero seguía allí; tersos billetes nuevos, de cincuenta en su mayoría. Con una claridad a la vez asombrosa y siniestra, Paul se vio a sí mismo arrimando el Camaro a la ventanilla del Boulder Bank justo el día antes de terminar *Automóviles veloces* y dejando en la bandeja el talón al portador por cuatrocientos cincuenta dólares firmado al dorso (podía ser que ya entonces el personal de los talleres clandestinos estuviera planeando tomarse unas vacaciones). El hombre que había hecho aquello era rico, libre y se encontraba perfectamente, y no había tenido la sensatez de valorar ninguna de estas tres cosas. El hombre en cuestión había mirado a la cajera con ojos vivaces e interesados; era una rubia alta con un vestido lila, y no solo se había acariciado las curvas con mano amorosa, sino que le había devuelto la mirada... ¿Qué pensaría ella de aquel hombre, se preguntó Paul, si lo viera ahora, casi veinte kilos más flaco y diez años más viejo, las piernas convertidas en sendos palos inútiles y repulsivos?

—¿Paul?

Alzó los ojos, el dinero en una mano. En total había cuatrocientos veinte dólares.

—¿Sí?

Ella lo estaba mirando con aquella desconcertante expresión de ternura y amor maternal; desconcertante por la absoluta y compacta oscuridad que ocultaba en el fondo.

—¿Estás llorando?

Él se pasó la mano libre por la mejilla y, en efecto, la encontró húmeda. Le sonrió al tiempo que le tendía el dinero.

—Un poco —dijo—. Pensaba en lo buena que has sido conmigo. Supongo que muchas personas no lo comprenderían... pero a mí me consta.

Ella también tenía un brillo en los ojos cuando se inclinó hacia él y le rozó los labios. Paul notó en su aliento un olor peculiar, algo procedente de sus sombríos aposentos interiores, algo que olía a pescado muerto; mil veces peor que el sabor/pestazo del trapo de limpiar muebles. Le trajo a la memoria el momento en que ella le introdujo en la garganta

(¡*respira, maldita sea, RESPIRA!*)

una bocanada de aire agrio que más parecía un viento sucio venido del averno. Sintió un espasmo en el estómago, pero consiguió sonreír.

—Te quiero —dijo ella.

—¿Me trasladas a la silla antes de irte? Quiero escribir un rato.

—Desde luego, querido. —Annie lo abrazó—. Desde luego.

11

No fue tan tierna como para salir sin cerrar la puerta con llave, pero eso no supuso ningún problema. Esta vez él no estaba medio loco de dolor y con síndrome de abstinencia. Había recolectado cuatro de las horquillas para el pelo de Annie con la misma aplicación con que una ardilla recolecta bayas para el invierno; las tenía escondidas debajo del colchón junto con las muestras de Novril.

Cuando estuvo seguro de que ella se había ido de verdad, que no estaba rondando cerca para ver si él hacía «alguna barrabasada» (otro wilkesismo que añadir al vocabulario cada vez más amplio), se desplazó en la silla de ruedas hasta la cama, cogió los pasadores y luego la jarra de agua y la caja de clínex de la mesita. No le costó mucho hacer rodar la silla con la Royal encima de la tabla delante de él; sus brazos habían recuperado mucha fuerza. La sorpresa que se llevaría Annie Wilkes si pudiera comprobar hasta qué punto había recuperado energías... y confiaba en que ese día llegara muy pronto.

Para escribir, la Royal era una máquina infame de verdad, pero funcionaba de maravilla utilizándola como mancuerna. Había empezado a practicar cada vez que ella se marchaba de la habitación y lo dejaba encajado en la silla con la máquina delante. Al principio solo conseguía levantar la máquina cinco veces seguidas y apenas quince centímetros. Ahora podía hacerlo dieciocho o veinte veces sin parar. No estaba mal, habida cuenta de que la cabrona pesaba más de veinte kilos.

Probó a abrir la cerradura con uno de los pasadores, sujetando dos de repuesto entre los dientes como una costurera haciendo el dobladillo de un vestido. Pensó que el trozo de pasador que había quedado dentro de la cerradura podía joder la operación, pero no fue así. Alcanzó el balancín casi enseguida y empujó hacia arriba, con lo que la lengüeta salió también. Por un momento pensó si ella no habría echado el pestillo por la parte de fuera; había intentado por todos los medios aparentar que

estaba más débil y más enfermo de lo que en realidad se sentía, pero las sospechas del verdadero paranoico tienen raíces profundas. Un momento después, la puerta quedaba abierta.

Volvió a sentirse nervioso y culpable: era preciso actuar con *rapidez*. Aguzando los oídos para captar el primer atisbo sonoro del regreso de la vieja Bessie (pese a que solo hacía tres cuartos de hora que Annie se había marchado), sacó un puñado de clínex, los humedeció en el agua de la jarra y con la pelota de pañuelos mojados inclinó el cuerpo hacia un costado. Rechinando los dientes, haciendo oídos sordos al dolor, se puso a frotar la marca que había dejado la silla en el lado derecho de la puerta.

Para su inmenso alivio, la marca empezó a desaparecer a la primera. Los tapacubos no habían llegado a rajar la pintura, como él había temido; era solo un arañazo.

Reculó en la silla, giró y volvió a retroceder a fin de borrar la marca del otro lado. Cuando creyó que ya no se podía hacer más, reculó de nuevo y contempló la puerta, tratando de verla con los muy suspicaces ojos de Annie. Las marcas seguían allí, pero muy tenues, apenas visibles. Le pareció que con eso bastaba.

O, mejor, *confió* en que bastara con eso.

—Refugios antitornado —dijo, relamiéndose, y soltó una carcajada seca—. Qué coño, señoras y señores...

Se deslizó hasta la puerta y asomó la cabeza al pasillo; pero las marcas ya no se veían y no sintió la necesidad de arriesgarse ni de aventurarse más. Otro día, sí. Cuando llegara el momento oportuno, lo sabría.

Ahora lo que quería hacer era escribir.

Cerró la puerta; el clic de la cerradura le pareció muy fuerte.

África.

Aquel pájaro venía de África.

Pero no debes llorar por él, Paulie, porque pasado un tiempo el pájaro olvidó el olor del veld al mediodía y el murmullo de los ñúes en el abrevadero y también el olor a agrio de los árboles ieka-ieka en el enorme claro al norte de Big Road. Pasado un tiempo olvidó el color cereza del sol al ponerse detrás del Kilimanjaro. Pasado un tiempo solo conocía las fangosas y polucionadas puestas de sol de Boston, eso era todo lo que recordaba y todo lo que quería recordar. Pasado un tiempo ya no deseaba volver, y si alguien se lo llevara de vuelta y lo pusiera en libertad, el pájaro se quedaría agazapado, sin moverse de sitio, muerto de miedo y dolorido y nostálgico en dos direcciones desconocidas e ineluctables, hasta que alguien viniera a matarlo.

—Oh, África. Oh, mierda —dijo con voz temblorosa.

Llorando un poco, se propulsó en la silla hasta la papelería y metió los clínex empapados debajo de todo el montón de papel. Luego volvió a situarse junto a la ventana e introdujo un folio en la Royal.

Oh, por cierto, Paulie, ¿asoma ya entre la nieve el parachoques de tu Camaro? ¿Asoma ya, centelleando alegremente al sol, en espera de que pase alguien por allí y lo vea mientras tú sigues aquí sentado, perdiendo la que podría ser tu última oportunidad?

Miró dubitativo la página en blanco encajada en la máquina.

De todos modos, hoy no voy a ser capaz de escribir. Eso me ha fastidiado.

Pero, si lo pensaba bien, nada le fastidiaba nunca. Era algo que *podía* ocurrir, lo sabía perfectamente, pero el acto creativo siempre había sido la cosa más resistente de su vida, la más perdurable, pese a su presunta fragilidad: nunca nada había conseguido contaminar el desquiciado pozo de los sueños: ni el alcohol ni las drogas ni el dolor. Huyó, pues, hacia el pozo como el animal sediento que encuentra un abrevadero al atardecer, y bebió. O sea, encontró el agujero en el papel y se dejó caer, agradecido. A las seis menos cuarto, cuando llegó Annie, tenía escritas casi cinco páginas.

12

En las tres semanas que siguieron, Paul Sheldon se vio rodeado de una singular paz eléctrica. Notaba siempre la boca seca. Cualquier sonido le molestaba. Hubo días en que se sintió capaz de doblar cucharas con solo mirarlas; otros días, de lo único que tenía ganas era de llorar como un histérico.

Aparte de esto, independiente de la atmósfera en que vivía y del escozor exasperante en sus piernas a medida que iban curando, su propia serena labor, el trabajo, seguía adelante. La pila de páginas a la derecha de la Royal aumentaba con regularidad. Antes de tan extraña experiencia, él consideraba que escribir cuatro páginas al día era su *output* óptimo (con *Automóviles veloces* normalmente no pasó de tres —o dos incluso, muchos días— hasta el esprint final). Pero en las tres semanas eléctricas, a las que pondría punto final el aguacero del 15 de abril, Paul hizo un promedio de *doce páginas diarias*, siete por la mañana y cinco más en la sesión de tarde-noche. Si alguien en su vida anterior (sin darse cuenta, le había dado por llamarla así) le hubiera insinuado que podía trabajar a ese ritmo, Paul se habría reído con ganas. Cuando empezó a llover, tenía doscientas sesenta y siete páginas de *El regreso de Misery*; un primer borrador, por supuesto, pero después de echarles un vistazo pensó que estaban asombrosamente bien para ser un primero.

El secreto, en parte, era que llevaba una vida asombrosamente recta. Nada de noches turbias yendo de bar en bar hasta la madrugada, seguidas de días turbios sin más ocupación que beber litros de café y zumo de naranja y zamparse tabletas de vitamina B (días en que si se le escapaba mirar una vez siquiera la máquina de escribir, apartaba la vista con un estremecimiento). Nada de despertarse junto a una

rubia o pelirroja tetuda a la que se había ligado quién sabía dónde; una chica que normalmente parecía una reina a medianoche y un trago a las diez de la mañana siguiente. Nada de tabaco. Un día había pedido un cigarrillo con voz tímida, a ver qué pasaba, y Annie le había lanzado una mirada tan tenebrosa que Paul le dijo al instante que lo olvidara. Se había convertido en Míster Limpio. Nada de malos hábitos (bueno, descontando los chutes de codeína; a eso no le hemos puesto remedio todavía, ¿eh, Paul?), nada de distracciones. Hete aquí, pensó un día, el único drogata ermitaño que en el mundo ha habido. Levantarse a las siete. Meterse dos Novril con un trago de zumo. A las ocho el desayuno, que ella servía a *monsieur* en la cama. Un huevo, pasado por agua o revuelto, tres días por semana. Los otros cuatro, cereales con mucha fibra. Luego, a la silla de ruedas. Viaje hasta la ventana. Encontrar el agujero en el papel. Meterse en el siglo XIX, aquellos tiempos en que todos los hombres eran hombres y todas las mujeres, busconas. Almuerzo. Siesta. Después corregir un rato, o a veces solo leer. Annie tenía en casa todo lo que Somerset Maugham había escrito en su vida (una vez Paul se descubrió pensando si no tendría también la primera novela de John Fowles, pero decidió que sería mejor no preguntarlo), y Paul se adentró en los veintitantos volúmenes que comprendía la *oeuvre* de Maugham, cada vez más fascinado por la astucia del autor para sacarle la moraleja a una historia. Con el paso de los años se había ido resignando al hecho de que ya no podía leer como hacía de muchacho; al convertirse él mismo en autor de historias escritas, se había condenado a una vida de disección. Pero Maugham no solo lo sedujo, sino que lo devolvió a la infancia, y eso fue maravilloso. Annie le servía una cena ligera sobre las cinco, y a las siete llevaba el carrito con el televisor en blanco y negro a la habitación y veían juntos *M*A*S*H** y *Radio Cincinnati*. Terminadas las series, Paul escribía. Después guiaba despacio la silla de ruedas (podía hacerlo mucho más rápido, pero era mejor que ella no supiera eso) hasta la cama. Ella le oía hacerlo, entraba y lo ayudaba a acostarse de nuevo. Más medicina. ¡Bum! Dormido como un bendito. Y el mismo proceso al día siguiente. Y al otro. Y al otro.

Si ser virtuoso era uno de los secretos de tan sorprendente fecundidad, el otro era sin duda la propia Annie. A fin de cuentas, había sido su comentario sobre la picadura de abeja lo que había dado forma al libro, lo que le había otorgado urgencia cuando Paul estaba plenamente convencido de que jamás volvería a sentir la urgencia de escribir sobre Misery.

Una cosa sí había tenido clara desde el principio: de *El regreso de Misery*, nada de nada. Paul había concentrado toda su atención en buscar la manera de sacar a la mala puta de su tumba sin hacer trampas antes de que a Annie se le ocurriera inspirarle metiéndole un enema relleno de cuchillos Ginsu. Problemas menores, como de qué iba supuestamente el puto libro, tendrían que esperar.

En los dos días que siguieron a la excursión de Annie al pueblo para pagar los impuestos, Paul intentó olvidar que había desperdiciado una posible ocasión de oro

para fugarse y se concentró en la tarea de devolver a Misery a la casita de la señora Ramage. Era inútil llevarla a casa de Geoffrey, porque los criados —en especial Tyler, el mayordomo chismoso— lo verían y comentarían. Además, necesitaba establecer la amnesia total provocada por el shock de haber sido enterrada viva. ¿Amnesia? Joder, si la tía apenas podía hablar. Un alivio, en parte, habida cuenta de las chorradas que solía soltar su protagonista.

Bueno, y ahora ¿qué? Ya había resucitado a la pájara, ¿dónde coño estaba la *historia*, a ver? ¿Geoffrey y la señora Ramage iban a decirle a Ian que Misery estaba viva? Paul creía que no, pero tampoco lo veía claro; *no verlo claro*, como él sabía bien, era ese triste rincón de purgatorio reservado a escritores que conducían rápido pero sin tener ni idea de adónde.

No, pensó, mirando hacia el establo. Ian todavía no. Primero el doctor, ese vejstorio con tantas enes en el apellido, *Shinebone*.

Lo cual le trajo a la mente, y no por primera vez, el comentario de Annie sobre las picaduras de abeja. Se acordaba de ello a ratos perdidos. «Una persona de cada doce...»

No, pero difícilmente funcionaría. ¿Dos mujeres sin relación entre ellas y viviendo en pueblos vecinos, ambas alérgicas a picaduras y con el mismo extraño resultado?

Tres días después del Gran Salto en Paracaídas Fiscal de Annie Wilkes, Paul estaba adormilado aún después de la siesta cuando los del taller clandestino dijeron aquí estamos, y lo dijeron de viva voz. No fue una simple bengala, esta vez, sino una bomba H en toda regla.

—¡Annie! —gritó, desgañitándose—. ¡Ven, corre!

La oyó bajar por la escalera de dos en dos y luego correr por el pasillo. Entró con los ojos muy abiertos y francamente asustada.

—¿Qué ocurre, Paul? ¿Tienes calambres? ¿Te pa...?

—No —dijo él, pero en realidad los tenía, solo que en la *cabeza*—. No, Annie. Perdona si te he asustado, pero necesito que me ayudes a ir a la silla. ¡Es la hostia! ¡Ya lo tengo! —El taco le salió antes de que pudiera evitarlo, pero esta vez a ella no pareció importarle; lo estaba mirando con gesto respetuoso, por no decir ligeramente sobrecogida. Parecía estar viendo arder ante sus mismísimos ojos la versión laica del fuego del Espíritu Santo.

—Pues claro, Paul.

Lo trasladó rápidamente a la silla de ruedas y luego lo situó junto a la ventana. Paul meneó impaciente la cabeza.

—No será mucho rato, pero es muy importante —dijo.

—¿Es algo del libro?

—Es el libro. Ahora guarda silencio. No me digas nada.

Pasando de la máquina de escribir —él nunca utilizaba la máquina para tomar notas—, cogió uno de los bolígrafos y en poco rato llenó toda una hoja de papel, con

una letra que seguramente nadie aparte de él habría logrado entender.

SÍ estaban relacionadas. Habían sido las abejas, y a ambas mujeres les había afectado de la misma forma porque SÍ estaban relacionadas. Misery es huérfana. Y ¿sabéis qué? ¡Pues que la Evelyn-Hyde era HERMANA DE MISERY! O hermanastra, quizá. Eso probablemente funcionaría mejor. ¿Quién es el primero en olérselo? ¿Shinny, el doctor? No. Shinny es un tontaina. La señora R. Ella va a ver a Charl., la mamá de E-H, y

Y de pronto se le ocurrió una idea de tan extremada belleza —al menos en términos de la trama argumental—, que levantó la vista, boquiabierto.

—¿Paul...? —dijo ella, nerviosa.

—Ella lo *sabía* —respondió Paul en un susurro—. *Por supuesto* que lo sabía. Como mínimo lo sospechaba, sí, pero...

Y volvió a sus notas.

ella —la señora R.— se da cuenta enseguida de que la señora E-H por fuerza tiene que saber que M. y su hija están emparentadas. El mismo tipo de cabello o algo. Recuerda que la mamá de E-H va tomando cuerpo como personaje importante. Tendrás que trabajarlo un poco. La señora R. empieza a entender que la señora E-H ¡¡PODRÍA SABER INCLUSO QUE A MISERY LA ENTERRARON VIVA!! ¡DE PUTA MADRE! ¡ME ENCANTA! Supongamos que la ancianita adivinó que Misery era un vestigio, digamos, de sus tiempos de aquí-te-pillo-aquí-te-mato y

Dejó el bolígrafo, miró el papel y luego, despacio, volvió a coger el boli y escribió rápidamente unas líneas más.

Tres puntos necesarios:

1. ¿Cómo reacciona la señora E-H a las sospechas de la señora R.? Debería tener ganas de cargarse a alguien o estar cagadita de miedo, una de dos. Prefiero el miedo, pero creo que a A. W. le gustará más lo otro, o sea que nada, cargarse a alguien.

2. ¿Cómo entra Ian en todo esto?

3. ¿La amnesia de Misery?

Ah, y otra cosa a desarrollar. ¿Misery descubre que su madre vivió con la posibilidad de que no solo una, sino *dos* de sus hijas habían sido enterradas vivas y no dijo esta boca es mía?

¿Y por qué no?

—Si quieres, ya puedes ayudarme a ir a la cama —dijo—. Perdona si parecía enfadado. Eran solo los nervios.

—No pasa nada, Paul. —Ella parecía sobrecogida aún.

A partir de entonces el trabajo había ido divinamente. Annie tenía razón; la historia estaba resultando ser bastante más truculenta que los otros libros de la serie; el primer capítulo no había sido una carambola, sino un presagio. Pero la trama también era mucho más elaborada que ninguna de las otras novelas de *Misery*, y los personajes, más vibrantes. Las tres últimas de la serie habían sido poco más que historias de aventuras con el añadido de una buena cantidad de sexo con descripciones picantes para solaz de las señoras. Este libro, en cambio, era una novela gótica, empezó a comprender Paul, y por tanto dependía más de la trama que de la situación en sí. Se le planteaban constantes retos. Aquí no se trataba de un ¿Puedes? en cuanto a empezar el libro, sino que, por primera vez en años, era un ¿Puedes? diario... y Paul estaba descubriendo que *podía*.

Entonces empezó a llover y las cosas cambiaron.

13

Del 8 al 14 de abril disfrutaron de una racha ininterrumpida de buen tiempo. El sol brillaba en un cielo sin nubes y a veces la temperatura rozaba casi los veinte grados. En el terreno que había detrás del pulcro establo rojo empezaban a verse trechos de color castaño. Paul se refugió en su trabajo e hizo lo posible por no pensar en el Camaro, cuyo hallazgo se estaba retrasando ya. El trabajo no se resintió por ello, pero su estado de ánimo sí; cada vez tenía más la sensación de vivir en una cámara de niebla y estar respirando una atmósfera sin coalescencia electrostática. Cada vez que el Camaro se entrometía en su pensamiento, Paul llamaba inmediatamente a la Policía Cerebral y hacía que se lo llevaran esposado y cargado de cadenas. Lástima que el puñetero sabía cómo fugarse y regresaba pasado un tiempo, de una forma o de otra.

Una noche soñó que el señor Rancho Grande volvía a casa de Annie. Bajaba de su bien cuidado Chevrolet Bel Air con parte del parachoques del Camaro en una mano y el volante en la otra. *¿Estas cosas son tuyas?*, le preguntaba a Annie.

El despertar no había sido lo que se dice alegre.

Annie, por el contrario, nunca había estado de mejor humor que durante aquella soleada semana de principios de primavera. Limpiaba; hacía ambiciosas comidas (aunque todo lo que cocinaba tenía un deje extrañamente industrial, como si tantos años comiendo en el bar de un centro hospitalario hubieran corrompido el talento culinario que pudo tener alguna vez); cada tarde envolvía a Paul en una manta azul enorme, le encasquetaba un gorro verde de cazador y lo sacaba al porche de atrás en la silla de ruedas.

En esas ocasiones llevaba consigo su Somerset Maugham, pero pocas veces leía; estar de nuevo al aire libre era una experiencia demasiado extraordinaria para concentrarse en otras cosas. Se quedaba allí sentado, olfateando el estupendo aire fresco en lugar del rancio y cerrado de su habitación, siempre con aquel trasfondo de cuarto de enfermo; escuchaba el gotear de los carámbanos y observaba el lento avance de las sombras que proyectaban en el campo las nubes pasajeras. Eso probablemente era lo mejor.

Annie cantaba, a tono pero con una voz extrañamente poco musical. Reía como una chiquilla los chistes de *M*A*S*H** y de *Radio Cincinnati*, o a carcajada limpia cuando el chiste era un poco verde (los de *Radio Cincinnati* lo eran en su mayor parte). Rellenaba enes a mano mientras Paul daba cuenta de los capítulos 9 y 10.

La mañana del día 15 amaneció ventosa y encapotada, y Annie cambió. Paul quiso atribuirlo a la bajada del barómetro, una explicación tan buena como cualquier otra.

No se presentó con la medicina hasta las nueve, y para entonces Paul ya la necesitaba mucho... tanto como para haber pensado en echar mano de su alijo. No hubo desayuno; pastillas y nada más. Cuando ella entró, aún llevaba puesta su bata rosa de boatiné. Paul, cada vez más receloso, se percató de las señales como verdugones rojos en mejillas y brazos; de los lamparones de comida que tenía en la bata, y de que solo se había puesto una zapatilla. Plof-chap, hicieron sus pies al acercarse a él. Plof-chap, plof-chap, plof-chap. Los cabellos se le iban a la cara; sus ojos estaban apagados.

—Ten. —Annie le lanzó las cápsulas. Sus manos también estaban sucias de pringue: rojo, marrón, blanco viscoso. Paul no sabía qué podía ser aquello y no estaba seguro de querer saberlo. Las pastillas le rebotaron en el pecho y aterrizaron en su regazo. Ella dio media vuelta y se alejó. Plof-chap, plof-chap, plof-chap.

—Annie...

Se detuvo, sin volverse. Vista así parecía más corpulenta, sus hombros dando forma redondeada a la bata, el pelo como un casco magullado. Parecía una cavernícola asomada a su cueva.

—¿Te encuentras bien, Annie?

—No —dijo ella sin más, y entonces giró hacia él. Con aquella cara de lerda y pellizcándose el labio inferior con el pulgar y el índice de la mano derecha. Se lo estiró y se lo retorció, a todo esto sin dejar de pellizcarlo. Le salió un poco de sangre entre el labio y la encía, que luego resbaló mentón abajo. Dio media vuelta sin decir palabra, antes de que él, atónito, pudiera convencerse de que ya la había visto hacer eso. Annie cerró la puerta... con llave. Se oyó el repetido plof-chap de sus pasos camino de la sala de estar y luego el crujido de su butaca favorita al sentarse en ella. Eso fue todo. Nada de tele. Nada de cantar. Nada de tintineo de cubiertos contra loza. Estaba allí sentada sin más. Sentada y no encontrándose bien.

Después sí se oyó algo. Un sonido aislado pero absolutamente claro. Un manotazo. Fuerte de verdad. Y como él estaba del lado de acá de una puerta cerrada con llave y ella del otro lado de la misma, no había que ser Sherlock Holmes para adivinar que se había propinado un bofetón. Con contundencia, a juzgar por el ruido. La imaginó estirándose el labio, clavando sus cortas uñas en la sensible piel rosada.

De pronto le vino a la mente una nota sobre enfermedades mentales que había tomado para el primer libro de *Misery*, cuya acción estaba situada principalmente en el famoso manicomio de Londres. (La supercelosa villana había enviado allí a Misery en ferrocarril.) «Cuando una personalidad maniacodepresiva entra en un período de depresión profunda», había escrito, «uno de los síntomas de su estado consiste en autocastigarse: bofetadas, puñetazos, pellizcos, quemaduras de cigarrillo, etc.».

De repente, le entró mucho miedo.

14

Recordaba un ensayo de Edmund Wilson en el que este decía, a la manera siempre reticente de Wilson, que la norma de Wordsworth para escribir buena poesía — sentimientos fuertes evocados en momentos de serenidad— podía aplicarse también a la mayoría de la narrativa dramática. No le faltaba razón. Paul había conocido a escritores que eran incapaces de redactar una sola frase después de algo tan simple como una pelea conyugal, y a él mismo le costaba horrores cuando estaba enfadado. Pero también se producía el efecto contrario; en ciertas ocasiones se había puesto a trabajar no solo por necesidad, sino porque eso lo ayudaba a escapar de lo que le estaba incordiando en ese momento. En dichas ocasiones, rectificar el origen de su enfado estaba fuera de su alcance.

Como le ocurría ahora. Viendo que eran las once de la mañana y que ella no había vuelto aún para trasladarlo a la silla, Paul decidió hacerlo por sí solo. No iba a poder coger la máquina de la repisa de la chimenea, pero podía escribir a mano. Estaba convencido de poder llegar hasta la silla, sabía que no era buena idea que Annie se enterara de eso, pero, maldita sea, necesitaba su dosis y tumbado en la cama no podía escribir.

Se incorporó hasta quedar sentado en el borde de la cama, miró que estuviera puesto el freno de la silla y se agarró a los brazos de la misma para apoyar el trasero en el asiento. Colocar las dos piernas en sus respectivos soportes fue lo único que le provocó dolor. Luego se propulsó hasta la ventana y cogió el manuscrito.

La llave giró en la cerradura. Allí estaba Annie, mirándolo, sus ojos convertidos en sendos agujeros negros. Se le había hinchado la mejilla derecha y daba la impresión de que con el paso de las horas se le pondría morada. En las comisuras de la boca y en la barbilla tenía algo rojo. Por un momento, Paul pensó que era sangre

del labio partido, pero entonces vio las semillas. Era confitura, o relleno, de frambuesa, no sangre. Annie lo miró. Paul también a ella. Ninguno dijo nada. Fuera, las primeras gotas de lluvia salpicaron la luna de la ventana.

—Si puedes trasladarte tú solo a la silla, Paul —le soltó ella de repente—, también puedes rellenar las putas enes tú solito.

Cerró la puerta, una vez más con llave. Paul se la quedó mirando largo rato, casi como si hubiera algo que ver allí. Estaba demasiado atónito para hacer otra cosa.

15

No volvió a verla hasta mediada la tarde. Había sido incapaz de escribir, después de su breve visita. Sus dos intentonas habían terminado igual, dejándolo correr. Un fracaso. Fue en la silla de ruedas hasta la cama; en el proceso de levantarse para apoyarse en el borde, le resbaló una mano y estuvo en un tris de caer al suelo. Adelantó la pierna izquierda, para mantener el equilibrio, y aunque la pierna soportó el peso e impidió la caída, el dolor fue atroz: como si le hubieran clavado en el hueso una docena de tornillos. Lanzó un grito, trató de agarrarse al cabezal y consiguió subirse a la cama sin novedad, la pierna izquierda arrastrando detrás como un palo que latiera de dolor.

Ahora aparecerá, pensó con escasa coherencia. Querrá comprobar si Sheldon se ha convertido en Luciano Pavarotti o si es que suena así.

Pero Annie no apareció, y el dolor en la pierna lastimada se le hacía insoportable. Poniéndose torpemente boca abajo, metió un brazo debajo del colchón y sacó una de las muestras de Novril. Tragó dos cápsulas, con saliva, y se quedó un rato medio dormido.

Al principio, cuando volvió en sí, pensó que aún estaba soñando. La imagen era tan surrealista como la de la noche en que ella se presentó con la barbacoa. Annie estaba sentada junto a la cama. Había dejado en la mesita de noche un vaso de agua con cápsulas de Novril dentro, y en la otra mano tenía una ratonera Victor. La ratonera, además, incluía inquilino, una rata grande de pelaje pardogrisáceo. La trampa le había partido el lomo. Sus patas traseras colgaban por los costados de la ratonera y de vez en cuando daban sacudidas. En los bigotes tenía gotas de sangre.

No era un sueño, no. Un día más en la Casa de la Risa de Annie Wilkes.

A ella el aliento le olía a cadáver putrefacto.

—Annie. —Se incorporó, mirándolas alternativamente, a la rata y a ella. Atardecía; el crepúsculo tenía una extraña tonalidad azul y fuera seguía lloviendo. Una cortina de agua se cernía sobre la ventana. Toda la casa gemía y crujía a merced de fuertes ráfagas de viento.

Si durante la mañana ella estaba mal por algún motivo, ahora estaba peor. *Mucho* peor. Paul se percató de que la estaba viendo desprovista de máscaras: esta era la Annie de verdad, la Annie interior. La carne de su cara, que al principio le había causado auténtico pavor por su solidez, ahora colgaba como una masa informe. Sus ojos eran dos canicas sin lustre. Se había vestido, pero llevaba la falda del revés. Tenía más verdugones en la piel, más salpicaduras de comida en la ropa. Al moverse, despedía tantos aromas diferentes que Paul perdió la cuenta. Casi un brazo entero de su jersey abierto estaba empapado de una sustancia medio seca, medio húmeda, que olía a salsa.

Sostuvo en alto la trampa para ratones.

—Cuando llueve, se meten en el sótano —dijo. La rata emitió un chillido débil y tiró un mordisco al aire. Sus ojos negros, infinitamente más vivaces que los de su captora, giraron en redondo—. He puesto ratoneras. Qué remedio. Unto las trabillas con grasa de tocino. Siempre cazo ocho o nueve. A veces encuentro otras...

De repente, desconectó por completo. Estuvo así cerca de tres minutos, con la rata en alto. Paul la miró a ella, miró la rata que forcejeaba y chillaba, y comprendió que se había equivocado al creer que las cosas no podían empeorar. ¡Qué gran error!

Por fin, cuando ya pensaba que Annie había entrado definitivamente en el limbo, sin fanfarria ni aspavientos, ella bajó la ratonera y continuó hablando como si en ningún momento hubiera dejado de hacerlo.

—... ahogadas en los rincones. Pobrecillas.

Al mirar entonces a la rata, una lágrima le resbaló y fue a caer en el apelmazado pelaje del roedor.

—Pobrecillas...

Cerró una de sus fuertes manos alrededor de la rata y con la otra tiró del muelle hacia atrás. La rata se debatió, girando la cabeza entre débiles y espantosos chillidos como si quisiera morderla. Paul, horrorizado, se llevó una mano a la boca.

—¡Cómo le late el corazón! ¡Cómo lucha por librarse! Igual que nosotros, Paul. Igual. Creemos que sabemos muchas cosas, pero en realidad apenas si sabemos más que una rata en una trampa; una rata con el lomo partido y que cree que aún quiere vivir.

La mano que sujetaba al roedor se tornó puño. La mirada de Annie no perdió su inexpresividad, su lejanía. Paul quería mirar para otro lado, pero era incapaz. Vio que en la cara interior del brazo le sobresalían tendones. De la boca del roedor manó un brusco chorrito de sangre. Paul oyó cómo le quebraba los huesos, y acto seguido aquellos dedos gordezuelos se hundieron en el cuerpo de la rata hasta la primera articulación. El suelo quedó salpicado de sangre. Los ya apagados ojos de la rata se salían de sus órbitas.

Annie lanzó el cadáver a un rincón y se limpió la mano con la sábana como si tal cosa, dejando largas manchas rojas.

—Ahora está en paz. —Se encogió de hombros y luego rio—. Quizá debería ir a por la escopeta, ¿no te parece, Paul? Puede que el otro mundo sea mejor que este. Tanto para las ratas como para los humanos; claro que tampoco hay gran diferencia entre unos y otros...

—Mientras no haya terminado, no —dijo él, tratando de pronunciar cada palabra con especial cuidado. No le fue fácil, porque sentía como si le hubieran llenado la boca de novocaína. La había visto depre otras veces, pero nunca *así*. Se preguntó si lo de ahora era el punto más bajo a que había llegado en su depresión. Era la fase inmediatamente anterior a cargarse a toda la familia y suicidarse después; era la psicótica desesperación de la mujer que viste a sus hijos de punta en blanco, los lleva a tomar un helado y luego de paseo hasta un puente, levanta a uno con cada brazo y los arroja al vacío. Los depresivos se quitan la vida. Los psicóticos, acunados por el veneno de sus egos, quieren hacerles un favor a todos los que están cerca y cargárselos también.

Nunca en toda mi vida había estado tan cerca de la muerte, pensó, porque esta hija de puta habla muy en serio.

—¿Misery? —dijo ella, casi como si jamás hubiera oído esa palabra; pero ¿no había habido en sus ojos un momentáneo y fugitivo centelleo? A Paul se lo pareció.

—Misery, exacto. —Debía apresurarse a añadir algo, pero no sabía qué. Todas las opciones parecían campos de minas—. Estoy de acuerdo en que por regla general el mundo es una porquería —dijo, y luego añadió, como un tonto—: Sobre todo cuando llueve.

¡¿Quieres no decir sandeces, idiota?!

—Mira, Annie, estas últimas semanas he sufrido muchos dolores y...

—¿Dolores? —Ella lo miró con pálido y podrido desdén—. Tú no sabes lo que es el dolor. No tienes ni la más mínima *idea*, Paul.

—Ya... Supongo que no. Comparado contigo, quiero decir.

—En efecto.

—Pero, mira, quiero acabar este libro. Quiero ver en qué acaba todo. —Hizo una breve pausa—. Y me gustaría que tú estuvieras aquí para verlo también. Porque si no hay nadie que lo lea, no tiene ningún sentido escribir un libro, ¿me entiendes? —Se quedó mirando desde la cama aquella horrible cara de piedra, el corazón a cien—. ¿Annie? ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí... —Dejó escapar un suspiro—. Yo *quiero* saber cómo acaba todo. Imagino que es lo *único* que deseo ya en este mundo. —Despacio, y como si ella misma fuera ajena a lo que estaba haciendo, empezó a chuparse los dedos manchados de sangre de la rata. Paul apretó los dientes cuanto pudo, diciéndose a sí mismo que no iba a vomitar, *no iba a vomitar, no iba a vomitar*—. Es como esperar el final del episodio de uno de aquellos seriales.

Se volvió, repentinamente, la boca pintarrajeada de sangre.

—Repetiré mi propuesta, Paul. Si quieres, voy a por la escopeta y pongo fin a todo esto. No eres ningún tonto. Sabes que no puedo dejar que te marches. Lo sabes desde hace semanas, ¿verdad?

No permitas que tu mirada flaquee. Si ella ve que flaquea, te matará sin pensárselo dos veces.

—Sí, Annie. Pero el final llega de todas formas, ¿no es cierto? Al final todos estiramos la pata.

Un atisbo de sonrisa en los labios de ella; se llevó brevemente una mano a la cara, casi con afecto.

—Supongo que piensas en huir. Lo mismo le pasa a una rata cuando cae en la trampa, seguro. Pero tú no vas a huir, Paul. Si esto fuera una novela tuya, podrías, pero no lo es. Yo no puedo dejar que te marches... pero sí podría irme contigo.

Y de repente, apenas por un momento, él estuvo tentado de decir: *De acuerdo, Annie: adelante. Acabemos con esto de una vez.* Pero luego su necesidad y su voluntad de vivir —y le quedaba bastante dentro, de ambas cosas— se alzaron en armas para sofocar aquel breve momento de flaqueza. Porque era eso: flaqueza. Flaqueza y cobardía. Por suerte o por desgracia, él no podía recurrir al atenuante de la enfermedad mental.

—Gracias —dijo—, pero quiero acabar lo que he empezado.

Ella se levantó con un suspiro.

—Está bien. Supongo que debería habérmelo imaginado, porque veo que te he traído pastillas y no recuerdo haberlas cogido. —La risita de loca que soltó parecía haber salido de aquel rostro fofo por mediación de un ventrílocuo—. Tendré que ausentarme un rato. Si no lo hago, dará igual lo que tú o yo queramos. Hago cosas, ¿sabes? Cuando me siento así, voy a un sitio que tengo. En las colinas. ¿Tú leías cuentos de Uncle Remus, Paul?

Él asintió con la cabeza.

—¿Te acuerdas del Hermano Conejo cuando le explica al Hermano Zorro lo del Lugar de la Risa?

—Me acuerdo, sí.

—Pues así es como llamo yo a ese sitio en los montes. Mi Lugar de la Risa. Te dije que volvía de Sidewinder el día que te encontré, ¿recuerdas?

Él asintió de nuevo.

—Pues era trola. Mentí porque entonces no te conocía bien. En realidad volvía de mi Lugar de la Risa. Encima de la puerta hay un rótulo que lo pone: EL LUGAR DE LA RISA DE ANNIE. Y a veces sí que me río cuando voy allí... Pero lo que más hago es gritar.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera, Annie?

Estaba yendo hacia la puerta como si flotara.

—No te lo sé decir. He traído tus pastillas. Estarás bien. Tómame dos cada seis horas. O seis cada cuatro horas. O tómatelas todas de una vez.

¿Y qué voy a comer?, quiso preguntarle Paul, cosa que no hizo. Deseaba evitar que le prestara atención, que pensara en él siquiera. Lo que quería era que se marchara. Tenía la sensación de estar en presencia del Ángel de la Muerte.

Permaneció en la cama, tenso, durante largo rato, oyéndola moverse por la casa, primero en el piso de arriba, después en la escalera, finalmente en la cocina. Esperando de hecho que cambiara de opinión y reapareciera con la escopeta. No quiso relajarse tampoco cuando la oyó cerrar con llave la puerta lateral, y luego sus pasos chapoteando fuera. Podía ser muy bien que tuviera la escopeta en el Cherokee.

El motor de la vieja Bessie ronroneó y se apagó. Annie dio gas, con furia. Un abanico de luz se encendió, los faros delanteros, iluminando una cortina plateada de lluvia. La luz empezó a alejarse por el camino de acceso. Después giró en redondo, perdió fuerza: Annie se había marchado. Esta vez no iba cuesta abajo, en dirección a Sidewinder, sino hacia las montañas.

—Camino de su Lugar de la Risa —dijo con la voz rota, y él mismo se echó a reír. Annie tenía su lugar para reír; él estaba ya en el suyo propio. Las carcajadas cesaron de golpe cuando vio el cuerpo magullado de la rata en el rincón.

Ahí fue cuando se le ocurrió una cosa.

—¿Quién dice que no me ha dejado nada para comer? —preguntó en voz alta, y soltó una risotada más sonora aún. En la casa desierta, el Lugar de la Risa de Paul Sheldon resonó como la celda acolchada de un loco.

16

Dos horas más tarde, Paul forzó de nuevo la cerradura de su cuarto y por segunda vez metió la silla de ruedas por aquel umbral casi demasiado estrecho. Confiaba en que iba a ser la última vez. Tenía un par de mantas sobre el regazo. Todas las pastillas que había ido escondiendo debajo del colchón las llevaba envueltas en clínex y remetidas en sus calzoncillos. Su intención era salir de la casa, con lluvia o sin ella; era su oportunidad, y esta vez pensaba aprovecharla. Sidewinder quedaba colina abajo y la carretera estaría resbaladiza, y además era noche cerrada; aun así, pensaba intentarlo. Su vida no había sido la de un héroe ni un santo, pero no tenía la menor intención de morir como un pájaro exótico en una jaula de zoológico.

Recordaba vagamente una velada que había pasado en compañía de un lúgubre autor de teatro apellidado Bernstein en el Lion's Head, en el Village (y si vivía lo suficiente para ver otra vez el Village, se postraría sobre lo que pudiera quedar de sus rodillas para besar la mugrienta acera de Christopher Street). En un momento dado la conversación derivó hacia los judíos que vivieron en Alemania durante los agitados cuatro o cinco años anteriores a la invasión de Polonia por la *Wehrmacht*, antes de que la fiesta empezara en serio. Paul recordaba haberle dicho a Bernstein, quien había

perdido a una tía y un abuelo en el Holocausto, que no entendía por qué los judíos alemanes —bueno, los de toda Europa, pero *especialmente* los que vivían en Alemania— no se habían largado cuando aún estaban a tiempo. No eran, bajo ningún concepto, gente idiota, y muchos de ellos habían experimentado ya de primera mano una persecución de esa índole. A buen seguro vieron venir lo que pasaría. Entonces ¿por qué se quedaron?

La respuesta de Bernstein le había parecido frívola, además de cruel e incomprensible: «La mayoría de ellos tenían piano. A los judíos nos gusta mucho el piano. Y cuando tienes un piano, es más difícil pensar en una mudanza».

Ahora sí lo entendía. Al principio fueron las piernas rotas y la pelvis destrozada. Después, que Dios lo ayudara, había llegado el libro. En cierto modo, le divertía incluso. Era fácil —demasiado fácil— achacarlo todo a las piernas rotas, o a la codeína, cuando en realidad gran parte de la culpa la tenía el *libro*. Eso y el monótono tránsito de los días inmerso en la rutina de la convalecencia. Todas esas cosas —pero sobre todo el maldito y estúpido *libro*— habían sido su piano. ¿Qué haría ella si volvía a casa y se encontraba con que él se había marchado?, ¿quemar el manuscrito?

—Me importa una mierda —dijo, y era casi la verdad. Si vivía, podía escribir otro libro, incluso recrear el de ahora, todo era ponerse. Pero un muerto no podía ni escribir un libro ni comprarse un piano nuevo.

Entró en la sala de estar. Si antes estaba todo ordenado, ahora había platos sucios en todas las superficies disponibles; le pareció como si todos los habitantes del pueblo se hubieran reunido allí. Por lo visto, Annie no solo se pellizcaba y se abofeteaba cuando estaba deprimida; al parecer, también comía a manos llenas, y no se molestaba en recoger después. Le vino el recuerdo de aquel aire pestilente que le entró en la garganta cuando estaba en el nubarrón y sintió un vahído en el estómago. Los restos eran casi todos de cosas dulces. Helado reseco o en proceso de secarse en muchos de los boles y platos de sopa. Restos de tarta o pringue de pastel en los platos planos. Encima del televisor había un montículo de gelatina de limón cubierta por una agrietada capa de nata batida, y al lado una botella de dos litros de Pepsi y una salsera. La botella se veía tan grande como el morro de un cohete Titan II. Su superficie estaba sucia y mate, casi opaca. Paul supuso que habría bebido a morro y que debía de tener los dedos sucios de salsa o de helado. No había oído ruido de cubiertos, y era lógico porque por allí no había ninguno. Platos planos y hondos, boles, pero ni un solo cubierto. Vio que también en la alfombra y en el sofá había manchones y grumos (de helado también, en su mayoría).

Era eso lo que tenía en la bata. Lo que estaba comiendo. Y a lo que le olía el aliento, pensó. Le vino otra vez la imagen de Annie como cavernícola. La imaginó allí sentada, metiéndose helado en la boca, o quizá puñados de salsa para pollo medio congelada con ayuda de un trago de Pepsi, comiendo y bebiendo sin más, aturdida por la depresión.

El pingüino sentado en su bloque de hielo descansaba aún sobre la mesita de las chucherías, pero otras piezas de cerámica habían ido a parar al rincón, donde sus restos yacían desparramados: un sinfín de astillas y pequeños ganchos puntiagudos.

No dejaba de ver los dedos de ella hundiéndose en el cuerpo de la rata, las manchas rojas en la sábana. No dejaba de verla lamiéndose la sangre de los dedos con la misma indiferencia con que se habría comido el helado y la gelatina y el brazo de gitano cubierto de chocolate. Eran imágenes terribles, sí, y un estupendo incentivo para poner tierra de por medio.

El ramo de flor seca estaba volcado sobre la mesita baja, debajo de la cual, apenas visible, había un plato con natillas apelmazadas y un álbum voluminoso: EL BAÚL DE LOS RECUERDOS. Más vale no abrir baúles cuando uno está deprimido, Annie, aunque imagino que a estas alturas de la vida eso tú ya lo sabes.

Cruzó la estancia. Enfrente estaba la cocina. A mano derecha, un trecho de pasillo corto y amplio iba hasta la puerta principal de la casa. De un lado de dicho pasillo unas escaleras llevaban a la segunda planta. Tras echar apenas un vistazo a la escalera (había goterones de helado en varios de los peldaños forrados de moqueta y restos también en la barandilla), Paul avanzó hacia la puerta principal. Creía que si había alguna manera de salir de allí, atado como estaba a la silla de ruedas, tendría que ser por la puerta de la cocina —la que ella utilizaba cuando iba a dar de comer a los animales, la puerta por la que había salido en tromba cuando se presentó el señor Rancho Grande—, pero tendría que probar esta otra. Quizá se llevara una sorpresa.

Pues no.

Los escalones del porche eran tan empinados como se temía, pero incluso si hubiera habido una rampa de acceso (posibilidad que él jamás habría aceptado en una disputada competición de ¿Puedes? aunque se lo hubiera sugerido algún amigo), no podría haber escapado por allí. La puerta tenía tres cerraduras. No creía que la barra de seguridad fuera un problema, pero las otras dos eran cerraduras Kreig, las mejores del mundo en opinión de Tom Twyford, su amigo expoli. ¿Y las llaves? Hum... veamos. Ajá, ¿camino del Lugar de la Risa tal vez? ¡SíseñoRR! ¡Denle un puro a ese hombre y un soplete para que lo encienda!

Reculó por el pasillo, luchando por no entrar en pánico, recordándose a sí mismo que de entrada no tenía grandes expectativas con respecto a la puerta de delante. Giró en redondo una vez en el salón y entró en la cocina. Era de estilo anticuado, con suelo de linóleo brillante y un cielorraso de paneles metálicos. El frigorífico era viejo pero silencioso. Había tres o cuatro imanes pegados a la puerta del mismo, y no le extrañó ver que todos parecían golosinas: un trozo de goma de mascar, una chocolatina Hershey, un Tootsie Roll. Uno de los armaritos estaba abierto y pudo ver estantes pulcramente forrados de hule. Por el ventanal de doble hoja que había sobre el fregadero debía de entrar mucha luz incluso en días nublados. Podría haber sido una cocina alegre, pero no lo era. El cubo de la basura estaba abierto y rebosaba, dejando escapar esa cálida pestilencia de los alimentos en descomposición, pero no era eso lo

único, ni el peor olor de todos. Había algo más y parecía estar en su propia mente, aunque no por ello menos real. Era auténtico *parfum de Wilkes*; fragancia psíquica de la obsesión.

En la cocina había tres puertas, dos a mano izquierda y una frente a él, entre la nevera y la despensa.

Probó las que estaban a mano izquierda. Una era el armario ropero de la cocina; lo supo antes de ver los abrigos, gorros, bufandas y botas. Le bastó con oír el breve chirrido de las bisagras. La otra puerta era por la que Annie solía salir de la casa. Y también estaba protegida por una barra de seguridad y dos Kreig: Roydman, prohibido entrar. Paul, prohibido salir.

Se la imaginó riendo a mandíbula batiente.

—¡Hija de la gran puta! —descargó el puño contra la puerta. Se hizo daño, e instintivamente se llevó el canto de la mano a la boca. Odió el escozor de las lágrimas, odió ver momentáneamente doble al pestañear, pero no hubo forma de evitarlo. El pánico aullaba de mala manera, preguntándole qué iba a hacer, qué demonios iba a *hacer* ahora; tal vez fuera su última oportunidad...

Lo primero que voy a hacer es analizar muy a fondo esta situación, se dijo resueltamente a sí mismo. Bueno, suponiendo que puedas mantener la calma un rato más. ¿Crees que podrás, cobardica?

Se secó los ojos (llorando no iba a conseguir nada) y miró por el cristal de la parte superior de la puerta. De hecho no era una ventana sola, sino dieciséis pequeñas lunas. Podía romper el cristal de todas ellas, pero tendría que cargarse también los listones, y sin una sierra tardaría horas; parecían robustos. Bueno, ¿y después? ¿Lanzarse de cabeza al porche de atrás en plan kamikaze? Magnífica idea. Quizá, si se rompía la espalda, las piernas dejarían de dolerle un rato. Y tirado en el suelo, a la intemperie y bajo la lluvia, no tardaría mucho en palmarla. Claro que eso pondría fin de una vez a la pesadilla.

Ni hablar. De eso nada, coño. Puede que me largue de aquí, pero no será hasta que tenga ocasión de demostrarle a mi admiradora número uno lo encantado que estuve de conocerla. Y esto no es una simple promesa; es un juramento sagrado.

La idea de darle su merecido a Annie hizo más por acallar el pánico que todos los intentos de lanzar piedras sobre su propio tejado. Prendió una luz exterior, que fue muy oportuna: la poca luz diurna que quedaba se había extinguido durante su excursión por la casa. El camino de acceso estaba anegado y el patio era un cenagal, entre el fango, el agua estancada y los pedazos de nieve en proceso de fundirse. Situándose en la silla de ruedas totalmente a la izquierda de la puerta, pudo ver por primera vez la carretera que pasaba por delante de la casa: nada del otro mundo, dos carriles asfaltados entre montículos de nieve, relucientes como piel de foca y rebosantes de agua, tanto de lluvia como de nieve a medio derretir.

Puede que haya cerrado con llave por los Roydman, pero no tenía ninguna necesidad de hacerlo para impedir que saliera yo. Si lo hiciera, y encima sentado en

esta silla, no tardaría ni cinco segundos en quedar atascado hasta los tapacubos. No vas a ir a ninguna parte, Paul. Ni esta noche ni, probablemente, en los próximos quince días; la temporada de béisbol llevará un mes en marcha para cuando el suelo esté lo bastante firme para que puedas desplazarte en esta silla hasta la carretera. A no ser que decidas saltar por una ventana y arrastrarte.

No, eso no quería hacerlo. Era fácil imaginar cómo protestarían sus huesos después de diez o quince minutos de bregar como un renacuajo moribundo por charcos helados y nieve fundida. Y aun suponiendo que pudiese llegar hasta la carretera, ¿qué posibilidades tenía de parar un coche? Los dos únicos vehículos que había oído pasar, aparte de la vieja Bessie, eran el Bel Air del Rancho Grande y el coche que le había dado un susto de muerte la primera vez que se había escapado del «cuarto de huéspedes».

Apagó la luz exterior y fue hasta la otra puerta, la que había entre el frigorífico y la despensa. También tenía tres cerraduras, y ni siquiera se abría desde fuera... o al menos no exactamente. Al lado de la puerta había otro interruptor. Paul lo accionó y pudo ver un pulcro anexo pegado a la casa por el lado de barlovento. En un extremo había una pila de leña y un tocón en el que estaba clavada un hacha. En el otro extremo había una mesa de trabajo y herramientas colgadas de clavos. A mano izquierda, otra puerta. La bombilla que había allí no daba mucha luz, pero sí la suficiente para que Paul viera que la puerta también estaba protegida por una barra de seguridad y dos cerraduras Kreig.

Los Roydman... todo el mundo... todos van a por mí...

—Ellos, no sé —dijo para la cocina desierta—, pero yo desde luego que sí.

Decidió echar un vistazo a la despensa y olvidarse de las puertas. Lo primero que vio, antes de fijarse en los estantes donde ella guardaba alimentos, fueron las cerillas. Había dos cajas de libritos de cerillas y al menos dos docenas de fósforos Diamond Blue Tip, las cajas bien colocadas unas encima de las otras.

Se le ocurrió prender simplemente fuego a la casa, y cuando estaba empezando a descartar esa idea como la más ridícula de todas, vio algo que le hizo valorarla otra vez: allí dentro había otra puerta, y no tenía cerraduras de ninguna clase.

Al abrirla, vio una desvencijada escalera que bajaba en pronunciada pendiente hasta el sótano. Un olor casi cruel a humedad y hortalizas podridas le llegó de lo oscuro. Pudo oír algo que parecían chillidos tenues y recordó que Annie había dicho: «Cuando llueve se meten en el sótano. He puesto ratoneras. Qué remedio».

Cerró apresuradamente. Una gota de sudor le resbaló por la sien para alojarse, escociendo, en el rabillo de su ojo derecho. Se la apartó con el índice doblado. Saber que aquella puerta daba al sótano y ver que no tenía cerradura había dado momentáneos visos de racionalidad a la idea de prender fuego a la casa: podía incluso refugiarse allí dentro. Pero la escalera era demasiado empinada; demasiado real la posibilidad de morir quemado si la casa se desplomaba justo sobre el hueco del sótano; y las ratas... los sonidos aquellos eran en cierto modo lo peor.

«¡Cómo le late el corazón! ¡Cómo pelea por escapar! Igual que nosotros, Paul. Igual.»

—África —dijo sin oír que lo había dicho. Se puso a mirar las latas y paquetes de comida de la despensa con la idea de coger lo que menos sospechas pudiera levantar la próxima vez que ella entrara allí. Y una parte de él comprendió lo que suponía aquel examen: que había renunciado a la idea de escapar.

Pero solo temporalmente, objetó su cerebro.

No, replicó con firmeza una voz más honda. *Para siempre, Paul. Definitivamente.*

—No voy a renunciar nunca, ¿me oyes? —dijo en susurros—. *Nunca.*

¿*En serio?*, susurró con sarcasmo la voz del cínico. *Bien, eso ya lo veremos, ¿verdad?*

Sí. Ya lo verían.

17

Más que una despensa, la alacena de Annie parecía el refugio de un obseso del apocalipsis nuclear. Supuso que parte de aquel acaparamiento de víveres era un mero reconocimiento de su situación: Annie era una mujer que vivía sola en el monte, donde cualquier persona debía esperar razonablemente un cierto período de aislamiento, que podía ir desde un solo día hasta una semana o incluso dos. Era probable que hasta los pajoleros Roydman tuvieran una despensa que dejaría boquiabierto a cualquier ciudadano de otra parte del país... pero dudaba mucho que los pajoleros Roydman o cualquier otra persona de los alrededores tuviera en su casa algo remotamente parecido a lo que estaban viendo sus ojos. Porque lo de Annie no era una despensa, sino un maldito supermercado. Supuso que había un cierto simbolismo en todo ello: las filas de comestibles parecían recordarle a uno hasta qué punto era borrosa la frontera que separaba el Estado Soberano de Realidad de la República Popular de Paranoia. Con todo, su propia situación actual no parecía la más idónea para analizar este tipo de sutilezas. Al carajo el simbolismo. Saqueemos la despensa.

Sí, pero cuidado. Porque no era solo que ella pudiera echar en falta algo. Debía coger solo lo que pudiese esconder si ella regresaba de improviso... ¿y cómo, si no, *pensaba* él que iba a volver? El teléfono estaba inutilizado, y dudaba mucho que Annie le enviara un telegrama o un ramo por Interflora. Pero, en el fondo, lo que echara de menos en la despensa o pudiera encontrar en el cuarto de Paul era lo de menos. Él tenía que comer, ¿no? A eso también estaba enganchado.

Sardinas. Había sardinas en abundancia en aquellas rectangulares latas chatas con la llavecita bajo el papel. Estupendo. Cogería unas cuantas. Paté de cerdo con especias, también en lata. Estas sin llavecita, pero podía abrir un par en la cocina y

empezar por comer eso. Después dejaría las latas vacías en el fondo del ya rebosante cubo de la basura. Había un paquete abierto de pasas dentro del cual había cajas más pequeñas que, según el texto del envoltorio de celofán, se llamaban «mini-snacks». Paul añadió cuatro mini-snacks al botín que ya tenía en el regazo, más unos cuantos envases individuales de copos de avena. Advirtió que no había envases individuales de cereales azucarados. En todo caso, si los hubo, Annie se los había zampado en su última depre.

En un estante de más arriba había palitos de cecina, tan bien colocados como la leña en el cobertizo. Cogió cuatro envases, procurando que no se resintiera la perfecta estructura piramidal de la pila, y se los comió con avidez, deleitándose en la grasa y el sabor salado. Se remitió los envoltorios en el calzoncillo para deshacerse de ellos después.

Empezaban a dolerle las piernas y decidió que, si no se iba a escapar ni a quemar la casa, lo mejor era volver a la habitación. Un anticlímax, sí, pero peor le podían ir las cosas. Se tomaría un par de cápsulas y escribiría hasta que le entrara sueño. No contaba con que ella regresara por la noche; lejos de amainar, el aguacero parecía estar cobrando fuerza. La idea de ponerse a escribir en silencio y luego acostarse sabiendo que estaba absolutamente solo, que no iba a entrar Annie con alguna idea loca o aún más loca exigencia, le resultaba seductora. Anticlímax al margen.

Salió reculando de la despensa, se detuvo un momento para apagar la luz y se recordó a sí mismo que tenía que

(enjuagar)

dejarlo todo tal como lo había encontrado. En caso de que se le terminaran los víveres antes de que ella volviera, siempre podía venir a por más

(como una rata hambrienta, ¿eh, Paulie?)

pero sin olvidar en ningún momento extremar las precauciones. No le convenía olvidar el simple hecho de que cada vez que salía de la habitación estaba arriesgando la vida. Olvidarlo no le haría ningún bien.

18

Mientras cruzaba el salón para volver a su cuarto, se fijó de nuevo en el álbum que había debajo de la mesita. BAÚL DE LOS RECUERDOS. Era tan grande como una obra de Shakespeare en edición folio y tan grueso como la típica biblia familiar.

No pudo resistir la curiosidad. Cogió el álbum y lo abrió. En la primera página había una solitaria columna de prensa con este titular: BODA WILKES-BERRYMAN. Había una foto de un caballero pálido de rostro alargado y una mujer de ojos muy oscuros y boquita de piñón. Paul desvió la vista al retrato que había sobre la repisa de la chimenea. Clavada. La mujer que en el recorte aparecía como Crysilda Berryman (Un

nombre perfecto para un personaje de la saga *Misery*, pensó) era la madre de Annie. En letra pulcra y tinta negra podía leerse, debajo del recorte: «*Bakersfield Journal*, 30 de mayo de 1938».

En la página dos se anunciaba un nacimiento: Paul Emery Wilkes, nacido en el Bakersfield Receiving Hospital, 12 de mayo de 1939. Padre: Carl Wilkes; madre, Crysilda Wilkes. El nombre del hermano mayor de Annie le causó un sobresalto. Debía de ser aquel con quien iba al cine y veía los seriales. Y también se llamaba Paul.

En la página tres se anunciaba el nacimiento de Anne Marie Wilkes, con fecha 1 de abril de 1943. Lo cual quería decir que Annie acababa de cumplir cuarenta y cuatro años. No se le escapó el detalle de que hubiera nacido el día de los Inocentes. [5]

Fuera, el viento soplaba con fuerza y la lluvia acribillaba la casa.

Paul miró la página siguiente. Estaba tan fascinado que ni se acordaba de los dolores.

El recorte correspondía a la primera plana del *Bakersfield Journal*. En la fotografía se veía a un bombero subido a una escalera, su silueta recortada contra un fondo de llamas que brotaban de las ventanas de un edificio de madera.

MUEREN CINCO PERSONAS EN UN INCENDIO

En las primeras horas del pasado miércoles, cinco personas, cuatro de ellas pertenecientes a la misma familia, perecieron víctimas de un incendio en un edificio de pisos de Watch Hill Avenue, en Bakersfield. Tres de las víctimas eran niños: Paul Krenmitz, de ocho años; Frederick Krenmitz, de seis, y Alison Krenmitz, de tres. La cuarta era el padre de los niños, Adrian Krenmitz, de cuarenta y un años. El señor Krenmitz logró rescatar a Laurene Krenmitz, la niña de dieciocho meses y su hija menor. Según la señora Jessica Krenmitz, su marido le puso en los brazos a la pequeña y le dijo: «En un minuto o dos volveré con los demás. Reza por nosotros». «No volví a verle», dijo la señora Krenmitz.

La quinta víctima era un soltero de cincuenta y ocho años, Irving Thalman, que vivía en la planta superior del edificio. El piso de la tercera planta estaba desocupado en el momento de producirse el siniestro. La familia de Carl Wilkes, que en un primer momento fue declarada desaparecida, había abandonado el bloque el martes por la noche debido a una fuga de agua en su cocina.

«Lloro por la señora Krenmitz y toda su familia», le dijo Crysilda Wilkes a un periodista del *Journal*, «pero doy gracias a Dios por haber salvado a mi marido y a mis dos hijos.»

El jefe de bomberos de Centralia, Michael O'Whunn, dijo que el siniestro se inició en el sótano del edificio. Al ser preguntado sobre la posibilidad de que

el incendio hubiera sido intencionado, O'Whunn respondió: «Veo más probable que un borrachín se colara en el sótano, empinara el codo más de la cuenta y provocara sin querer el incendio con un cigarrillo. Seguramente echó a correr en vez de intentar apagarlo, y han muerto cinco personas. Espero que podamos atrapar a ese beodo». Respecto a posibles pistas, el jefe de bomberos dijo: «La policía tiene varias, y puedo asegurarle que están investigando con la máxima celeridad».

Al pie del recorte de prensa, la misma letra pulcra en tinta negra: «28 de octubre de 1954».

Paul alzó la vista. Estaba totalmente quieto, pero notó el pulso muy acelerado en la garganta. Las tripas se le revolvieron de mala manera.

Mocosos.

Tres de las víctimas eran niños.

Los cuatro mocosos de la vecina de abajo, la señora Krenmitz.

Oh, no. Joder, no.

Yo odiaba a aquellos mocosos.

¡Ella era solo una cría! ¡Ni siquiera estaba allí!

Tenía once años. Lo bastante mayor y, quizá, lo bastante lista para rociar un poco de gasolina alrededor de una botella de licor barato, encender luego una vela y colocar la vela en medio de la gasolina. Puede que ni siquiera pensara que iba a funcionar. Quizá creyó que la gasolina se evaporaría antes de que la vela se consumiera del todo. Quizá pensó que saldrían de allí con vida... solo quería asustarlos para que se mudaran. Pero fue ella, Paul, fue ella quien lo hizo, lo sabes muy bien.

Tal vez sí. ¿Y quién iba a sospechar de Annie?

Miró la página siguiente.

Otro recorte del *Bakersfield Journal*, este con fecha 19 de julio de 1957. Salía una foto de Carl Wilkes; se lo veía un poco más mayor. Lo que estaba claro era que ya no iba a serlo más: el recorte era su necrológica.

MUERE CONTABLE DE BAKERSFIELD TRAS UNA CAÍDA TONTA

Carl Wilkes, residente de toda la vida en Bakersfield, falleció anoche poco después de ingresar en el Hernandez General Hospital. Al parecer, cuando estaba bajando para contestar el teléfono, tropezó con una pila de ropa que alguien había dejado en la escalera. El doctor Frank Canley, el médico que lo atendió, dijo que Wilkes había muerto a consecuencia de múltiples fracturas de cráneo y de cuello. El difunto tenía cuarenta y cuatro años.

Wilkes deja esposa, Crysilda; un hijo, Paul, de dieciocho años, y una hija, Anne, de catorce.

Cuando Paul pasó página, por un momento creyó que Annie había pegado dos copias de la necrológica de su padre, por sentimiento o por accidente (le pareció que esto último era más probable). Sin embargo, se trataba de otro accidente, y el motivo de la similitud entre ambos no podía ser más simple: ninguno de los dos había sido en realidad tal accidente.

Se sintió invadido de una pura sensación de terror.

La anotación en pulcra letra al pie del recorte rezaba: «*Los Angeles Call*, 29 de enero de 1962».

UNIVERSITARIA MUERE TRAS UNA CAÍDA TONTA

Andrea Saint James, estudiante de enfermería en la Universidad del Sur de California, fue declarada muerta a su llegada anoche al Mercy Hospital de Los Ángeles Norte, aparentemente víctima de un insólito accidente.

La señorita Saint James compartía piso en Delorme Street con una compañera de estudios, Anne Wilkes, natural de Bakersfield. Poco antes de las once de la noche la señorita Wilkes oyó un breve grito seguido de «horribles golpetazos». La señorita Wilkes, que se encontraba estudiando, salió a toda prisa al rellano de la tercera planta y vio a la señorita Saint James en el piso de abajo, «espatarrada en una postura muy poco natural».

La señorita Wilkes explicó que estuvo a punto de caer ella también cuando iba a pedir ayuda. «Teníamos un gato, Peter Gunn, pero hacía días que no lo veíamos y pensamos que quizá lo habrían cogido los de la protectora porque nunca nos acordábamos de ponerle una placa de identificación. El gato estaba allí tirado, en la escalera. Muerto. Era con él que había tropezado mi amiga. Entonces cubrí a Andrea con mi jersey y telefoneé al hospital. Yo sabía que estaba muerta, pero no se me ocurrió a quién más llamar.»

La señorita Saint James, natural de Los Ángeles, tenía veintiún años.

—Santo Dios.

Paul lo repitió en susurros una y otra vez. La mano le temblaba de mala manera cuando pasó página. En la siguiente había un recorte del *Call* informando de que el gato callejero adoptado por las dos estudiantes de enfermería había sido envenenado.

Peter Gunn. Qué nombre tan chulo para un gato, pensó Paul.

En el sótano del edificio había ratas. Los vecinos se habían quejado y el casero recibió una advertencia de los inspectores municipales. En una reunión posterior del

ayuntamiento, el casero había armado tal escándalo que hasta la prensa se hizo eco del incidente. Annie debió de enterarse. El casero, amenazado con una cuantiosa multa por unos concejales que no se dejaban insultar de palabra, había sembrado el sótano de cebos envenenados. El gato come veneno. El gato permanece dos días grogui en el sótano. El gato, finalmente, se arrastra para estar cerca de sus dueñas antes de exhalar el último suspiro... y mata sin querer a una de las susodichas dueñas.

Una ironía digna del amigo Paul Harvey,^[6] pensó Paul Sheldon, soltando una risotada. Y apuesto a que él incluyó la noticia en su informativo.

Un trabajo limpio. Sí, señor.

Aunque, claro, nosotros sabemos que Annie cogió un poco de aquel cebo envenenado y ella misma se lo dio a comer al gato, y si el pobre Peter Gunn no quería tragar, ella debió de metérselo en el gaznate con un palo o algo. Una vez muerto, lo dejó en la escalera confiando en que el truco funcionaría. Puede que supiera muy bien que su compañera de piso iba a llegar a casa achispada; no me extrañaría en lo más mínimo. Un gato muerto. Un montón de ropa. El mismo modus operandi, como diría Tom Twyford. Pero ¿por qué, Annie? Esos recortes lo dicen todo salvo una cosa: ¿POR QUÉ?

A lo largo de las últimas semanas, por puro instinto de conservación, parte de su imaginativa mente se había transformado en Annie, y fue esa parte suya de Annie la que tomó la palabra en aquel tono de voz seco y que no admitía réplica. Y si bien lo que dijo era de locos, tenía por otro lado mucho sentido.

La maté porque encendía la radio a las tantas de la noche.

La maté porque le puso al gato aquel nombre tan idiota.

La maté porque me harté de ver cómo se besuqueaba con su novio en el sofá, él con la mano tan metida en la falda de ella que parecía estar buscando oro.

La maté porque la pillé haciendo trampas.

La maté porque ella me pilló a mí haciendo trampas.

Los detalles no importan. La maté porque era una pajolera mocosa, y eso me pareció suficiente.

—Y quizá también porque era una Doña Listilla —dijo Paul en voz baja, y echando la cabeza atrás soltó otra carcajada oscurecida de temor. Conque esto era el Baúl de los Recuerdos, ¿eh? ¡Oh, qué de extrañas y ponzoñosas joyas contenía la versión de Annie de tan socorrido mueble!

¿Y nadie relacionó esas dos caídas tontas?, ¿primero su padre y luego su compañera de piso? ¿En serio pretendes que me lo crea?

Sí, pretendía creérselo. Los accidentes habían tenido lugar con casi cinco años de diferencia y en dos poblaciones distintas. Habían informado de ellos dos periódicos diferentes de un estado bastante populoso donde a buen seguro la gente se caía por la escalera y se rompía el pescuezo día sí, día no.

Y ella era muy pero que muy lista.

Aparentemente tan lista como Satanás, o casi. Solo que empezaba a perder un poco la cabeza. Eso no quitaba que si a ella acababan cazándola por el asesinato de Paul Sheldon, él tendría al menos un pequeño y preciado consuelo.

Pasó página. Otro recorte del *Bakersfield Journal*, que resultó ser el último. El titular decía así: SEÑORITA WILKES OBTIENE LICENCIATURA EN ESCUELA DE ENFERMERÍA. El terruño, ya se sabe. 17 de mayo de 1966. En la fotografía una jovencita y guapísima Annie Wilkes con uniforme y cofia de enfermera, sonriendo a la cámara. Era una foto de la graduación, claro está. Había sacado matrícula de honor. Claro que para conseguirlo tuvo que asesinar a una compañera de piso, pensó Paul, y otra vez la risa, medio rebuzno, medio carcajada de pánico. Como si le respondiera, el viento arreció en el exterior. La foto de mamá hizo unos ruiditos en la pared.

El siguiente recorte de prensa era del *Union-Leader* de Manchester (New Hampshire), 2 de marzo de 1969. Era un sencillo obituario que no parecía tener ninguna relación con Annie Wilkes. Ernest Gonyar, de setenta y nueve años, había fallecido en el Saint Joseph's Hospital. No daban la causa exacta de la muerte. «Tras larga enfermedad», decía la nota. Dejaba esposa, doce hijos y como cuatrocientos nietos y biznietos. Nada como el método Ogino para producir descendientes a punta pala, grandes o pequeños, pensó Paul, y de nuevo rebuznó de risa.

Lo mató ella. Eso fue lo que pasó, amigo Ernie. ¿Por qué si no habría guardado este recorte? Esto es el Libro de los Muertos (de Annie), ¿o no?

Pero ¿por qué?, maldita sea, ¿POR QUÉ?

Tratándose de Annie Wilkes, como sabes bien, no hay respuesta sensata a esa pregunta.

Otra página, otro obituario del *Union-Leader*. 19 de marzo de 1969. La señora en cuestión fue identificada como una tal Hester «Queenie» Beaulifant, de ochenta y cuatro años. En la foto parecía que hubieran exhumado sus restos de los pozos de alquitrán de Los Ángeles. Igual que había acabado con Ernie, había acabado también con Queenie, por lo visto había una epidemia de «larga enfermedad». Como su antecesor, había expirado en el Saint Joseph's. Visitas a las dos y a las seis de la tarde el 20 de marzo en la Funeraria Foster. Entierro en el Mary Cyr Cemetery el 21 a las cuatro de la tarde.

Eso habría merecido una versión especial de «Annie, Won't You Come by Here» a cargo del Coro del Tabernáculo Mormón, pensó Paul, e hizo el asno reidor un poco más.

En las páginas siguientes había otras tres necrológicas sacadas del *Union-Leader*. Dos ancianos que habían muerto de ese caballo ganador conocido como Larga Enfermedad. La tercera era una mujer de cuarenta y seis años, Paulette Simeaux. Paulette había muerto de ese segundón habitual, Breve Enfermedad. Aunque la foto que acompañaba la nota era más borrosa y con más grano de lo ordinario, Paul vio que al lado de la Simeaux, Queenie Beaulifant parecía Pulgarcita. Supuso que su

enfermedad tuvo que ser breve de verdad, tipo trombosis coronaria, seguida de una excursión a Saint Joseph's y luego un... ¿un qué, exactamente?

No le apetecía pensar en los detalles... pero en las tres necrológicas se mencionaba el mismo hospital como lugar del último suspiro.

Y si miráramos la lista de enfermeras de marzo de 1969, ¿no estaría por allí casualmente el apellido WILKES? Amigos, la respuesta es de cajón, ¿a que sí?

Madre de Dios, ¡este álbum era *enorme*!

Ya basta, por favor, no quiero seguir mirando. Se me ocurre una idea. Voy a dejar el álbum exactamente donde lo he encontrado. Luego voy a ir a mi cuarto. Me parece que ya no tengo ganas de escribir; creo que me tomaré una pastilla extra y me acostaré. Llamémoslo seguro contra pesadillas. Pero no más Baúl de los Recuerdos, ¿vale? *Por favor*, no más baúl.

Sin embargo, sus manos parecían tener mente y voluntad propias; seguían pasando páginas, y cada vez más rápido.

Otros dos sueltos del *Union-Leader*, un obituario de finales de septiembre de 1969 y otro de primeros de octubre.

19 de marzo de 1970. Este era del *Herald* de Harrisburg (Pennsylvania). En contraportada. NUEVO PERSONAL HOSPITALARIO. Había una foto de un hombre medio calvo y con gafas que le hizo pensar en esos individuos que se comen los mocos a escondidas. El artículo hablaba de que, además del nuevo director de publicidad (el tipo medio calvo con gafas), otras veinte personas habían entrado a formar parte de la plantilla del Riverview Hospital: dos médicos, ocho enfermeras diplomadas, personal de cocina y un celador.

Annie era una de las enfermeras diplomadas.

En la página siguiente, pensó Paul, voy a ver una breve nota sobre el anciano o anciana que expiró en el Riverview Hospital de Harrisburg (Pennsylvania).

Correcto. Era un pobre carcamal que había muerto de ese famosísimo caballo ganador, Larga Enfermedad.

Seguido de otro anciano que había fallecido de la perpetua segundona, Breve Enfermedad.

Seguido de una niña de tres años fallecida tras caerse a un pozo, sufrir graves lesiones cerebrales y ser llevada en estado de coma al Riverview.

Medio aturdido, Paul continuó pasando páginas mientras fuera el viento y la lluvia se ensañaban con la casa. Había una pauta. Annie conseguía un empleo, mataba a varias personas y se largaba.

De pronto le vino una imagen a la cabeza, la imagen de un sueño que su mente consciente había olvidado ya y que adquirió así la resonancia délfica de un *déjà vu*. Vio a Annie Wilkes con vestido largo de peto, en la cabeza una cofia, Annie con aspecto de enfermera del famoso manicomio de Londres. De un cesto que llevaba apoyado en uno de sus brazos, sacaba arena e iba arrojándola a los rostros vueltos hacia arriba conforme avanzaba. No era la sedante arena del sueño, sino arena

envenenada. Esa arena los estaba matando; al contacto con la piel, el rostro palidecía y la línea de la máquina que monitorizaba la precaria vida del enfermo se convertía en una horizontal.

Quizá mató a los Krenmitz porque eran unos mocosos... y a su compañera de piso... quizá a su propio padre también. Pero ¿y estos otros?

Pero Paul lo sabía. Lo sabía esa parte de Annie que había en él. Viejos y enfermos. Todos eran viejos y estaban enfermos, salvo la señora Simeaux, que cuando fue ingresada debía de ser poco más que un vegetal. La señora Simeaux y la cría que se había caído dentro de un pozo. Annie las había matado porque...

—Porque eran ratas en una trampa —susurró.

Pobrecillas. Pobrecillas.

Claro. Fue por eso. A ojos de Annie Wilkes los seres humanos se dividían en tres categorías: mocosos, pobrecillos... y Annie.

Sus mudanzas habían discurrido siempre hacia el oeste. De Harrisburg a Pittsburgh y de ahí a Duluth y a Fargo. Finalmente, en 1978, Denver. La pauta, en cada caso, era siempre la misma: un artículo de «bienvenidos a bordo» donde se mencionaba el nombre de Annie entre otros más (le faltaba el «bienvenidos a bordo» en el caso de Manchester, pero Paul supuso que ella seguramente ignoraba que la prensa local publicara cosas así), a continuación dos o tres muertes poco relevantes, y el ciclo volvía a empezar.

Es decir, hasta Denver.

Al principio no apreció cambios. Allí estaba el suelto sobre *NUEVAS INCORPORACIONES*, esta vez un recorte de la publicación interna del Receiving Hospital de Denver, donde constaba su nombre. Con su pulcra letra de costumbre, Annie había dejado constancia del nombre del boletín: *The Gurney*.^[7]

—Un nombre estupendo para el boletín de un hospital —dijo Paul, hablando para la habitación vacía—. Qué raro que a nadie se le ocurriera ponerle *La Muestra de Caca*. —Volvió a rebuznar de risa despavorida, ajeno a todo. Pasó página: allí estaba el primer obituario, un recorte del *Rocky Mountain News*: «Laura D. Rothberg. Larga enfermedad. 21 de septiembre de 1978. Receiving Hospital de Denver».

Lo que venía a continuación hizo pedazos la pauta.

En la página siguiente se anunciaba una boda, no un funeral. En la foto que acompañaba el suelto se veía a Annie, no de uniforme, sino luciendo un vaporoso vestido blanco repleto de encaje. A su lado, cogiéndole la mano con las suyas propias, un tal Ralph Dugan, fisioterapeuta. ENLACE DUGAN-WILKES, rezaba el titular. El periódico llevaba fecha de 2 de enero de 1979. Lo único a destacar de Dugan era su notable parecido con el padre de la novia. Afeitándole el ridículo bigotito recto, pensó Paul (aunque enseguida supuso que Annie le habría obligado a hacerlo recién terminada la luna de miel), la semejanza sería poco menos que asombrosa.

Paul comprobó el grosor de las páginas que quedaban en el álbum de Annie y pensó que Ralph Dugan debería haber mirado su horóscopo —perdón, mejor su

horroróscopo— el día en que se declaró.

Creo que hay bastantes probabilidades de que en alguna de esas páginas siguientes haya un articulito sobre ti. Hay gente que tiene citas en Samarra; yo creo que tú puedes haber tenido una con una pila de ropa sucia o un gato muerto en los escalones. Un gato muerto con un nombre chulo.

Se equivocaba. El siguiente recorte era un NUEVAS INCORPORACIONES del periódico de Nederland, una pequeña localidad al oeste de Boulder. O sea, no muy lejos de aquí, pensó Paul. De entrada no encontró el nombre de Annie en la larga lista que incluía el suelto, pero luego comprendió que no estaba buscando el que debía buscar. Claro que estaba allí, solo que convertida en parte de una empresa socio-sexual de nombre «Señor y señora Dugan».

Gesto brusco, cabeza arriba. ¿Eso que oía era un coche? No... el viento. Seguramente el viento y nada más. Bajó la vista de nuevo al álbum de Annie.

Ralph Dugan había vuelto al Arapahoe County Hospital para ayudar a los inválidos, los cojos y los ciegos; y, presumiblemente, Annie había vuelto a ese quehacer de larga tradición en la enfermería consistente en prestar ayuda y consuelo a los heridos de gravedad.

Ahora vienen los muertos, pensó. Aquí la única duda es Ralph: ¿la palma al principio, hacia la mitad o al final?

Se equivocaba otra vez. En lugar de una necrológica, el siguiente recorte era una fotocopia del folleto de una inmobiliaria. En la esquina superior izquierda había una foto de una casa. Paul solo la reconoció por el establo que había al lado; al fin y al cabo, nunca había visto la casa desde fuera.

Debajo, con su buena letra de siempre, Annie escribía: «Paga y señal, 3 de marzo de 1979. Documentos firmados, 18 de marzo de 1979».

¿Un sitio para después de jubilarse? Paul lo dudaba. ¿Casa de vacaciones? No; ellos no podían permitirse ese lujo. ¿Entonces...?

Bueno, quizá fueran fantasías, pero a ver esto: Resulta que ella ama al bueno de Dugan. Resulta que pasa un año y el hombre no da muestras de ser un pajarraco. *Algo* ha cambiado; no ha habido un solo obituario desde...

Retrocedió en el álbum para comprobarlo.

Desde septiembre de 1978, Laura Rothberg. Annie dejó de matar coincidiendo con la aparición de Ralph. Pero de aquello hace ya un tiempo, la presión empieza a crecer otra vez. Vuelven las fases depresivas. Annie se fija en los ancianos... en los enfermos terminales... y piensa «pobrecillos», y quizá piensa también: «Lo que me deprime es este entorno. Los kilómetros de pasillo embaldosado y los olores y el chasquido de los suelos de crepé y los lamentos de la gente que sufre. Si pudiera salir de aquí, me encontraría bien».

Así que, aparentemente, Ralph y Annie habían vuelto al terruño.

Pasó otra página y se sobresaltó.

Escrito al pie con evidentes prisas, se leía: «23 DE AGOSTO 1980 ¡QUE TE FOLLEN!».

Aunque el papel era grueso, la mano furiosa que había empuñado el bolígrafo había conseguido rasgarlo en varios puntos.

Era una columna del periódico de Nederland —DIVORCIO CONCEDIDO—, pero tuvo que ponerla boca abajo para comprobar que Annie y Ralph tuvieran algo que ver. Ella había pegado el recorte del revés.

Sí, allí estaban. Ralph y Anne Dugan. Causa del divorcio: crueldad mental.

—Divorciados tras breve enfermedad —musitó Paul, y una vez más alzó la cabeza creyendo haber oído un coche. El viento... el viento y nada más. Pero sería mejor volver ya a la habitación; no solo por los dolores, que iban a más, sino porque todo aquello le estaba poniendo los pelos de punta.

A pesar de lo cual, volvió a concentrarse en el álbum. A su extraña manera, era demasiado bueno para dejarlo. Como esa novela que, de tan repugnante, necesitas terminarla como sea.

El matrimonio de Annie se había disuelto de una forma mucho más legal de lo que Paul se imaginaba. Parecía justo afirmar que, en efecto, el divorcio se había producido tras una breve enfermedad: un año y medio de dicha conyugal no era gran cosa.

En marzo habían comprado una casa, y ese es un paso que uno no da si cree que su matrimonio se está viniendo abajo. ¿Qué fue lo que pasó? Paul no lo sabía. Bueno, podría haber inventado algo, pero no habría dejado de ser pura invención. Luego, al leer por segunda vez el recorte, se fijó en algo sugerente: «Angela Ford solicita el divorcio de John Ford. Kirsten Frawley de Stanley Frawley. Danna McLaren de Lee McLaren». Y...

«Ralph Dugan de Anne Dugan.»

Es la costumbre en Estados Unidos, ¿verdad? No se habla apenas de ello, pero es un hecho. Los hombres se les declaran a la luz de la luna; las mujeres los llevan a los tribunales. De acuerdo, no *siempre* funciona así la cosa, pero sí por regla general. Angela dice: «No quiero verte más, Jack». Kirsten dice: «Ve haciendo las maletas, Stan». Danna dice: «Deja la llave antes de largarte, Lee». ¿Y Ralph, único varón cuyo nombre aparece antes en esta columna? Yo creo que podría decir muy bien: «¡Deja que me largue cagando leches!».

—Quizá vio al gato muerto en la escalera —murmuró Paul.

Página siguiente. Otro recorte de los titulados NUEVAS INCORPORACIONES. Esta vez del *Camera* de Boulder (Colorado). Una fotografía de una docena de empleados nuevos en el jardín del Boulder Hospital. Annie estaba en la segunda hilera; su rostro, un círculo blanco e inexpresivo bajo la cofia con su franja negra. Otro preestreno de un nuevo espectáculo. «9 de marzo de 1981», ponía debajo. Y ella había recuperado su nombre de soltera.

Boulder. Ahí era donde Annie había *enloquecido* de verdad.

Siguió pasando páginas cada vez más rápido, y más horrorizado también. Dos pensamientos no dejaban de repetirse: Pero ¿cómo es posible que no se dieran

cuenta? Y: Pero ¿cómo es posible que se les escapara de las manos?

10 de mayo de 1981: larga enfermedad. 14 de mayo de 1981: larga enfermedad. 23 de mayo: larga enfermedad. 9 de junio: breve enfermedad. 15 de junio: breve. 16 de junio: larga.

Breve. Larga. Larga. Breve. Larga. Larga. Breve.

Las páginas tartamudearon entre sus dedos. Notó el tenue olor a pegamento seco.

—¿A cuántos ha matado esta mujer?

Si cada necrológica que había pegado en el álbum equivalía a un asesinato, entonces se había cargado a más de treinta personas desde sus comienzos hasta finales de 1981, y todo ello sin que la policía murmurase siquiera. De acuerdo, la mayoría de las víctimas eran ancianos y el resto estaban fatal, pero aun así, uno pensaría que...

Por fin, en 1982, Annie había dado un traspie. En el recorte de *Camera* del 14 de enero salía en una foto con mucho grano, el rostro inexpresivo, pétreo, bajo este titular: NUEVA ENFERMERA JEFE DEL ALA DE MATERNIDAD.

Y el 29 de enero empezaban las muertes de bebés.

Annie había dejado constancia gráfica de todo ello a su estilo siempre meticuloso. Paul no tuvo dificultad en seguir el relato. Si la gente que estaba bajo tu tutela hubiera encontrado este álbum, Annie, habrías acabado en la cárcel (o en un manicomio) para el resto de tus días.

Las dos primeras criaturas muertas no levantaron sospechas; en uno de los casos se mencionaban graves defectos de nacimiento. Pero un bebé, defectuoso o no, era otra cosa, no era una persona mayor que muere de una insuficiencia renal o una víctima de accidente automovilístico que ingresa más o menos viva aunque le falte parte de la cabeza o tenga en la barriga un boquete del tamaño de un volante. Y después Annie había empezado a matar a los sanos además de a los pochos. Paul supuso que, inmersa en la espiral de su psicosis, había empezado a considerarlos a todos unos *pobrecillos*.

Hacia mediados de marzo de 1982, se habían producido ya en el Boulder Hospital cinco muertes de bebés, lo que propició una investigación en toda regla. El día 24 de marzo el *Camera* señalaba como culpable potencial una remesa de «leche en polvo contaminada». Se citaba «una fuente hospitalaria fiable», y Paul se preguntó si la tal fuente no habría sido la propia Annie Wilkes.

En abril había fallecido otro bebé. Dos en mayo.

Y luego, de la primera plana del *Post* de Denver, con fecha 1 de junio:

ENFERMERA JEFE DE MATERNIDAD INTERROGADA SOBRE LA MUERTE DE BEBÉS

Según la portavoz de la Oficina del Sheriff, no se han presentado cargos «de momento», informa Michael Leith.

Annie Wilkes, de treinta y nueve años, enfermera jefe del ala de maternidad del Boulder Hospital, ha sido interrogada hoy sobre las muertes de ocho bebés, producidas en el espacio de varios meses. Todas ellas tuvieron lugar a partir de que la señorita Wilkes fue nombrada jefa del departamento.

A la pregunta de si la señorita Wilkes estaba arrestada, la portavoz de la Oficina del Sheriff, Tamara Kinsolving, dijo que no. En cuanto a si Wilkes aportó información sobre el caso por voluntad propia, la señora Kinsolving respondió: «Me temo que no ha sido así. La situación es un poco más grave que eso». A la pregunta de si Wilkes había sido acusada de algún delito, la portavoz respondió: «No. De momento, no».

El resto del artículo era un refrito de la carrera profesional de Annie. Estaba claro que había ido de acá para allá, pero no había el menor indicio de que en *todos* los hospitales en los que había trabajado, no solamente el de Boulder, más de uno estiraba la pata coincidiendo con su presencia.

Se quedó mirando la fotografía adjunta, fascinado.

Annie detenida. Cielo santo, Annie detenida; el ídolo no caído, sino tambaleándose... tambaleándose...

Se la veía subiendo una escalinata de piedra en compañía de una fornida agente de policía, el rostro desprovisto de toda expresión, ausente. Llevaba el uniforme de enfermera y los zuecos blancos.

Siguiente página: «WILKES EN LIBERTAD. MAMÁ INTERROGADA».

Había salido impune. A saber cómo. Ahora tocaba esfumarse y aparecer en otro lugar: Idaho, Utah, quizá California. Pero no, Annie volvió al trabajo. Y, en lugar de una columna de NUEVAS INCORPORACIONES en algún punto más al oeste, lo que había era un enorme titular correspondiente a la primera plana del *News* de Rocky Mountain, 2 de julio de 1982:

El horror no cesa:

OTROS TRES BEBÉS MUERTOS EN EL BOULDER HOSPITAL

Dos días después la policía arrestaba a un camillero puertorriqueño, que era puesto en libertad apenas nueve horas más tarde. Y luego, el 19 de julio, tanto el *Post* de Denver como el *News* de Rocky Mountain publicaban la noticia de que Annie había sido arrestada. A principios de agosto había habido una vista preliminar, y el 9 de septiembre la juzgaban por el asesinato de Niña Christopher, bebé de un día de edad. Detrás de Niña Christopher había otros siete homicidios en primer grado esperando. La crónica señalaba que varias de las presuntas víctimas de Annie no habían llegado a vivir lo suficiente para que les pusieran un nombre de verdad.

Intercaladas entre las crónicas del juicio, había cartas al director publicadas en los periódicos de Denver y Boulder. Paul dedujo que Annie había sentido el impulso de seleccionar solamente las más hostiles —aquellas que reforzaban su visión del género humano como *Homo mocosus*—, pero eran injuriosas desde cualquier punto de vista. Parecía haber consenso en una cosa: la horca sería demasiado poco para Annie Wilkes. Uno de los firmantes le colgaba el mote de la Dragona, y así se quedó durante todo lo que dio de sí el proceso. La mayoría era de la opinión de que la Dragona debía ser asaetada hasta morir con pinchos al rojo vivo, y muchos indicaban que se ofrecerían gustosos como pinchadores voluntarios.

Junto a una de las cartas Annie había escrito algo con una letra temblorosa, casi patética, totalmente distinta de la suya habitual: «No ofende quien quiere, sino quien puede».

A todas luces, el mayor error de Annie había sido no parar cuando la gente por fin entendió que *algo* estaba pasando. Por desgracia, no fue suficiente. El ídolo simplemente se bamboleó. La estrategia de la acusación se basaba en pruebas circunstanciales, y era todo tan endeble que cualquiera se habría puesto a leer el periódico. El fiscal del distrito presentó una huella en el rostro de Niña Christopher que correspondía en tamaño a la mano de Annie, incluida la marca del anillo de amatistas que llevaba en el dedo anular de la mano derecha. El fiscal adujo asimismo una pauta en las entradas y salidas de la enfermera, que se ajustaban más o menos a las muertes de bebés. Claro que, después de todo, Annie era la enfermera jefe y estaba *siempre* entrando y saliendo. La defensa pudo demostrar que en docenas de ocasiones la enfermera jefe había entrado en la sala de maternidad sin que después ocurriera *nada*. A Paul le pareció que era algo así como probar que los meteoros nunca chocan con la Tierra demostrando que en cinco días ni uno solo había chocado con el sembrado septentrional de Farmer John, aunque entendía que esa argumentación hubiera influido en el jurado.

El ministerio fiscal tejó su red lo mejor que supo, pero la huella con la marca del anillo fue la prueba más condenatoria que pudo aportar. El mero hecho de que el estado de Colorado optara por llevar a Annie a juicio, dadas las escasas probabilidades de obtener una condena a partir de las pruebas, dejó a Paul con una suposición y una certeza. La suposición era que Annie había dicho cosas extraordinariamente sugerentes en su primer interrogatorio, cosas incluso condenatorias, y que su abogado había dado los pasos necesarios para que la transcripción de dicho interrogatorio no constara en acta. La certeza era que la decisión de Annie de declarar en su propia defensa en la vista preliminar había sido muy poco sensata. Su abogado no había podido escamotear *esa* declaración (aunque por poco no se herniaba al intentarlo), y si bien durante los tres días de agosto que la habían «tenido en el estrado allá en Denver» Annie no había hecho una confesión en toda regla, él pensaba que en realidad lo había admitido todo.

Algunos recortes de prensa que había pegado en su álbum contenían verdaderas joyas:

«¿Si me hicieron sentir triste? Pues claro que sí, teniendo en cuenta el mundo en que vivimos».

«No tengo nada de qué avergonzarme. Yo nunca me avergüenzo. Las cosas que hago son definitivas. Nunca vuelvo la vista atrás.»

«¿Si fui al funeral de alguno de ellos? Naturalmente que no. Los funerales siempre me han parecido lúgubres y deprimentes. Además, yo no creo que los bebés tengan alma.»

«¿Llorar? No, no lloré.»

«¿Si lo lamenté? Bueno, yo diría que esa es una pregunta de tipo filosófico.»

«Pues *claro* que he entendido la pregunta. Entiendo *todas* las preguntas que me hace. Sé muy bien que van todos a por mí.»

Si llega a insistir en testificar en su propia defensa, pensó Paul, a buen seguro que su abogado le habría pegado un tiro para hacerla callar.

El caso quedó visto para sentencia el 13 de diciembre de 1982. Y la foto del *News* de Rocky Mountain sobresaltó a Paul. Se veía a Annie sentada tranquilamente en su celda de detención leyendo *La cruzada de Misery*. El pie de foto decía así: «¿PREOCUPADA, LA DRAGONA? ESO NUNCA. Annie espera el veredicto leyendo tranquilamente».

Y por fin, el 16 de diciembre, titulares a toda página: «LA DRAGONA DECLARADA INOCENTE». La crónica judicial citaba a un miembro del jurado, que había preferido mantener el anonimato: «Efectivamente, yo albergaba serias dudas sobre su inocencia; por desgracia, tenía también dudas muy razonables sobre su culpabilidad. Solo espero que vuelvan a juzgarla por alguno de los otros cargos. Quizá entonces la acusación pueda presentar un alegato más firme».

Todo el mundo sabía que había sido ella, pero nadie pudo demostrarlo. Y se les escurrió entre los dedos, pensó.

El caso ocupaba las tres o cuatro páginas siguientes del álbum. El fiscal del distrito afirmaba que, con toda seguridad, Annie *sería* juzgada por alguno de los otros cargos. Tres semanas después, negaba haber dicho tal cosa. A principios de febrero de 1983, la oficina del fiscal del distrito hizo público un comunicado diciendo que,

aunque los casos de infanticidio en el Boulder Hospital seguían coleando y de qué manera, el caso Annie Wilkes estaba definitivamente cerrado.

Se les escurrió entre los dedos.

Su marido no testificó, ni para la defensa ni para la acusación. ¿Y eso por qué?

Había más páginas en el álbum, pero por el modo en que estaban todas ellas muy pegadas entre sí dedujo que la historia de Annie tocaba a su fin. Gracias a Dios.

La siguiente era de la *Gazette* de Sidewinder, 19 de noviembre de 1984. Unos excursionistas habían descubierto los restos mutilados y parcialmente desmembrados de un joven en la parte este de la reserva natural de Grider. El número de la semana siguiente lo identificaba como Andrew Pomeroy, de veintitrés años, natural de Cold Stream Harbor (Nueva York). Pomeroy se había trasladado a Los Ángeles en septiembre del año anterior haciendo autostop. Sus padres no habían vuelto a saber de él desde el 15 de octubre, cuando había telefoneado a cobro revertido desde Julesburg. El cadáver había sido hallado en el lecho seco de un río. La hipótesis de la policía era que Pomeroy podría haber sido asesinado cerca de la autovía 9 y arrastrado por el deshielo hasta la reserva natural. Según el informe del forense, presentaba heridas de hacha.

Paul se preguntó, no sin cierta preocupación, a qué distancia debía de estar eso de Grider.

Pasó página. Al ver el último —temporalmente, al menos— recorte se quedó sin aliento. Era como si, después de adentrarse en las procelosas aguas de aquel mar de casi insufrible necrología, se hubiera topado por fin con su *propio* obituario. No era del todo así, pero...

—Pero le va de un pelo —dijo Paul con voz ronca y grave.

Era de la revista *Newsweek*, la columna titulada «Transiciones». Debajo del divorcio de una actriz de televisión y antes de la muerte de un magnate del acero, se leía lo siguiente:

DESAPARECIDO: *Paul Sheldon*, cuarenta y dos años, escritor conocido por sus novelas sobre la sensual, cabezona e infatigable Misery Chastain. Dio parte de ello su agente Bryce Bell. «Yo creo que se encuentra bien», dijo Bell, «pero me gustaría que se pusiera en contacto y así me quedaré más tranquilo. A sus exesposas les gustaría que se pusiera en contacto y así sus cuentas bancarias se tranquilizarán también». Sheldon fue visto por última vez hace siete semanas en Boulder (Colorado), adonde había ido para terminar una nueva novela.

El recorte era de hacía dos semanas.

Desaparecido, nada más. Solo desaparecido. O sea que no estoy muerto, no es como estar muerto.

Pero sí era como estarlo, y de repente necesitó tomarse el medicamento porque no eran solo las piernas lo que le dolía. Le dolía *todo*. Dejó el álbum en el sitio exacto de

donde lo había cogido y se propulsó en la silla para volver al cuarto de huéspedes.

Fuera, el viento arreciaba con más fuerza todavía, empujando violentamente la lluvia contra la casa. Paul se apartó de la ventana, muy asustado, tratando a la desesperada de dominarse y no romper a llorar.

19

Una hora más tarde, medio drogado y a punto de dormirse, el aullido del viento más balsámico ahora que aterrador, Paul pensó: No podré escapar. Es imposible. ¿Qué decía Thomas Hardy en *Jude el Oscuro*? «Alguien podría haber pasado por allí y aliviado el terror del muchacho, pero no pasó nadie... porque nunca pasa nadie.» Exacto. Así es. El Llanero Solitario tiene mucho trabajo haciendo anuncios de cereales para el desayuno y Superman está en Hollywood rodando películas. Estás solo, Paulie. Más solo que la una. Pero quizá no importe tanto. Porque, después de todo, es posible que conozcas la respuesta, ¿no es verdad?

Sí, claro que la conocía.

Para salir del embrollo, tendría que matar a Annie.

Sí. Respuesta correcta; la única que hay, creo yo. O sea que estamos otra vez en aquel juego de la infancia, ¿no? Paulie... ¿Puedes?

Respondió sin dudarlo un instante. Sí que puedo.

Sus párpados acabaron de cerrarse. Se quedó dormido.

20

La tormenta duró todo el día siguiente. Por la noche, las nubes se deshicieron por fin y escampó. Paralelamente, la temperatura cayó en picado, de veinte a tres bajo cero. El mundo exterior era un panorama helado. Mientras observaba la mañana centelleante de hielo junto a la ventana de su cuarto en su segundo día a solas, Paul oyó chillar a Misery, la cerda, en el establo y mugir a una de las vacas.

Oía con frecuencia a los animales; formaban parte del entorno lo mismo que el reloj del salón, pero era la primera vez que oía chillar a la cerda de esa forma. Le parecía haber oído mugir así a la vaca en alguna otra ocasión, pero él entonces estaba roído por los dolores y todo lo percibía como en una pesadilla. Fue cuando Annie se ausentó la primera vez dejándolo sin pastillas. Paul se había criado en el extrarradio de Boston y casi toda su vida la había pasado en Nueva York, pero creyó saber qué significaban aquellos dolientes mugidos: una de las vacas necesitaba que la ordeñaran. La otra, aparentemente, no, porque la errática rutina de Annie en estos menesteres la había dejado ya seca.

¿Y la cerda, entonces?

Hambre. Nada más que eso. Suficiente para chillar.

Hoy no las consolaría nadie. Dudaba de que Annie pudiera volver aun suponiendo que hubiera querido hacerlo. Aquella región se había convertido en una gigantesca pista de patinaje sobre hielo. Se sorprendió un tanto por la hondura de su empatía hacia las bestias y por la hondura de su cólera contra Annie por haberlas dejado allí, sufriendo, una muestra de su arrogante y no reconocido egoísmo.

Si esos animales pudieran hablar, Annie, te dirían quién es aquí el auténtico pajarraco.

Él, por su parte, fue sintiéndose más a gusto con el paso de los días. Se alimentaba de latas, bebía agua de la jarra nueva, tomaba las pastillas con regularidad, echaba la siesta cada tarde. La historia de Misery y su amnesia y su insospechada (y espectacularmente corrupta) pariente consanguínea fue derivando hacia África, que iba a ser el escenario de la segunda parte de la novela. Lo irónico era que la mujer lo había empujado a escribir la que sin duda era la mejor novela de la serie. Ian y Geoffrey estaban en Southampton aparejando una goleta, *Lorelei*, para el viaje. Era en el Continente Negro donde Misery, que continuaba sufriendo trances catalépticos en los momentos más inoportunos (y, naturalmente, si alguna vez volvía a picarle una abeja —hasta el fin de sus días— su muerte sería casi instantánea), había de morir o de curarse. Casi doscientos cincuenta kilómetros tierra adentro desde Lawstown, un pequeño poblado anglo-holandés en el extremo septentrional de la peligrosa media luna de la costa berberisca, vivían los bourkas, los indígenas más peligrosos de toda África y a quienes se conocía en ocasiones como hombres-abeja. De los blancos que se habían aventurado en territorio bourka, muy pocos habían regresado, pero quienes lo habían hecho contaban historias fabulosas de un rostro de mujer que sobresalía de la ladera medio desmoronada de un altiplano, un rostro implacable de boca muy abierta y con un enorme rubí incrustado en su frente de piedra. Contaban también —probablemente era solo un rumor, pero de una extraña persistencia— que dentro de las cuevas que formaban como un panal dentro de la piedra, detrás de la frente del ídolo, vivía una colmena de abejas albinas gigantes que protegían a su reina, una gelatinosa monstruosidad de veneno infinito... e infinitos poderes mágicos.

De día, Paul se entretenía pensando en esta agradable idiotez. De noche, escuchaba sin alterarse los chillidos de la cerda y pensaba en cómo matar a la Dragona.

Descubrió cuán diferente era jugar al ¿Puedes? de chaval sentado en corro que hacerlo de mayor sentado frente a la máquina de escribir. Cuando era solamente un juego (y aunque te pagaran por ello, en el fondo era un juego y nada más), podías inventar las mayores barbaridades y hacer que parecieran creíbles, como por ejemplo la conexión entre Misery Chastain y Charlotte Evelyn-Hyde (resultaba que eran

hermanastras; Misery descubriría después a su padre en África, amigo de los hombres-abeja). Pero en la vida real lo arcano perdía siempre mucha fuerza.

Y no porque Paul no se esforzara. En el baño de la planta baja había todo aquel arsenal farmacológico; seguro que algo encontraría para quitarla a ella de en medio. O, al menos, para neutralizarla el tiempo suficiente para darle la puntilla. Novril, sin ir más lejos. Con una buena dosis ni siquiera *tendría* que quitarla de en medio: volaría ella misma hasta el infierno.

Muy buena idea, Paul. Te diré lo que haremos. Coges un puñado de cápsulas de esas y las metes dentro del helado. Con lo que le gusta, pensará que son pistachos y se las tragará tan contenta.

No, claro que no funcionaría. Ni siquiera algo más sutil como abrir las cápsulas y mezclar el polvo con helado un poco blando. Paul conocía el sabor: el amargor del Novril a palo seco era extraordinario. Ella lo reconocería al momento, por contraste con el dulce del helado... *y entonces pobre de ti, Paulie. ¡Pobre de ti!*

No habría sido mala idea, para un relato, pero para la vida real sencillamente no servía. Tampoco estaba seguro de que lo habría intentado incluso si el polvo blanco que contenían las cápsulas hubiera sido totalmente insípido o casi. No, no era un método lo bastante seguro. Esto no era un juego; su vida dependía de ello.

Se le ocurrieron otras cosas y las fue rechazando más rápido aún. Como poner algo encima de la puerta (enseguida pensó en la Royal) para que le cayese a ella en la cabeza al entrar; como tender una cuerda de lado a lado de la escalera, pero el problema era el mismo que con el viejo truco del helado de Novril: ni una cosa ni otra eran lo bastante seguras. Paul se vio literalmente incapaz de pensar lo que podía sucederle si intentaba asesinarla y fallaba.

Al caer la tarde de aquel segundo día, los chillidos de Misery se reanudaron con la monotonía de siempre —la cerda parecía una puerta de bisagras oxidadas batida por el viento—, pero Bossie n.º 1 calló de repente. Paul se preguntó si a la pobre bestia no le habrían reventado las ubres, provocándole un shock hemorrágico fatal. Su mente

¡muchísima imaginación!

intentó por un momento presentar una imagen de la vaca tirada en un charco de leche y sangre. Paul se apresuró a rechazarla diciéndose a sí mismo que no fuera tan idiota: las vacas no se morían así. Pero a la voz que así hablaba le faltó convicción. Paul no tenía ni idea de cómo morían las vacas. Aparte de que aquí el problema no era la vaca, ¿verdad?

Todas tus estrambóticas ideas se reducen a una sola cosa: quieres matarla por control remoto, no quieres mancharte las manos de sangre. Eres como el tío al que nada le gusta más que un filete bien gordo pero que no duraría ni una hora en un matadero. Mira, Paulie, a ver si lo entiendes: tienes que afrontar la realidad, ahora más que nunca. Nada de ideas estrambóticas. Nada de florituras. ¿Queda claro?

Sí.

Volvió a entrar en la cocina y abrió varios cajones hasta dar con los cuchillos. Escogió el de carne más largo y regresó a su cuarto, parando para borrar las marcas de los tapacubos en ambos lados del umbral. Pese a todo, las señales de que había pasado por allí eran cada vez más claras.

Tranquilo. Si deja de verlas una vez más, ya no las verá nunca.

Dejó el cuchillo sobre la mesita de noche, se izó a pulso hasta la cama y luego lo metió debajo del colchón. Cuando Annie volviera, le pediría por favor un vaso de agua fría, y cuando se inclinara para dárselo le hundiría el cuchillo en la garganta.

Sin florituras.

Cerró los ojos, se quedó dormido. El Cherokee entró como un susurro en el camino de acceso a las cuartos de la mañana, apagados el motor y las luces, y Paul no se movió siquiera. Hasta que el pinchazo de la aguja hipodérmica en el brazo lo despertó de golpe y pudo ver la cara de ella a dos dedos de la suya, no se enteró de que Annie había vuelto.

21

Al principio pensó que estaba soñando en su novela, que la oscuridad era la propia de las cuevas que había detrás de la enorme cabeza de la diosa-abeja de los bourkas y el pinchazo, la picadura de una abeja...

—¿Paul?

Él murmuró algo, algo que no significaba nada, solamente vete de aquí, voz del sueño, lárgate ya.

—*Paul.*

Aquello no era una voz en sueños; era la voz de Annie.

Se obligó a abrir los ojos. Sí, era ella, y el pánico que ya tenía dentro aumentó, pero luego se fue escurriendo como líquido que se cuela por un desagüe medio atascado.

¿Qué cojones...?

Estaba totalmente desorientado. Ella parecía no haberse marchado nunca, estaba en las tinieblas de la habitación con su habitual uniforme de falda gruesa y jersey anticuado; Paul vio la jeringa que empuñaba y comprendió entonces que no le había picado ninguna abeja. Qué coño: inyección o picotazo, daba igual. Estaba a merced de la diosa. Pero ¿qué le había...?

Aquel pánico vibrante intentó hacerse oír una vez más, y de nuevo recibió una respuesta plana. Todo lo que Paul pudo sentir fue una especie de académica sorpresa. Eso y cierta curiosidad intelectual por la procedencia de la diosa y su aparición en aquel momento concreto. Trató de levantar las manos y, sí, se elevaron un *poco*, pero

nada más. Parecía que colgaran de ellas sendas pesas invisibles. Le cayeron sobre la sábana con un golpecito sordo.

Da igual lo que ella me haya inyectado. Esto es como lo que escribes en la última página de un libro: FIN.

La idea no le causó temor, antes bien una suerte de serena euforia.

Al menos ha tenido el detalle de hacerlo suave... de hacerlo...

—¡Ah, pero si estás *ahí*! —dijo Annie, y añadió con mostrenca coquetería—: Te estoy *viendo*, Paul... esos ojos azules. ¿Te he dicho alguna vez que tienes unos ojos preciosos? Bueno, supongo que más de una te lo habrá dicho, mujeres mucho más guapas que yo y más atrevidas a la hora de mostrar su afecto.

Ha vuelto. Ha vuelto a hurtadillas en mitad de la noche y me ha matado, no importa si inyección o picadura, y de nada servirá el cuchillo escondido bajo el colchón. Ya no soy más que el último en la larga lista de víctimas de Annie. Luego, mientras la entontecedora euforia del inyectable empezaba a diseminarse, pensó casi con humor: Menuda chapuza de Sherezade he resultado ser...

Pensó que de un momento a otro recuperaría el sueño —un sueño más definitivo—, pero no fue así. Vio que ella se guardaba la jeringa en el bolsillo de la falda y luego se sentaba en la cama... aunque no donde lo hacía siempre; se sentó a los pies, y por un momento él no vio más que su compacta e impenetrable espalda y dedujo que estaba buscando algo. Oyó un zonc como de madera seguido de un clonc metálico, y a continuación un rumor de cosa agitada, un ruido que había oído antes en alguna parte. Tardó un segundo en identificarlo: Coge las cerillas, Paul.

Diamond Blue Tips. No sabía qué otras cosas podía tener ella a los pies de la cama, pero al menos una era una caja de cerillas Diamond Blue Tip.

Annie se volvió hacia él con una sonrisa. A saber lo que había pasado, pero parecía que su apocalíptica depresión hubiera quedado atrás. Se remetió un mechón rebelde detrás de la oreja con un gesto casi infantil que no pegaba con el mate de su pelo sucio.

El mate de su pelo sucio tío no te olvides de la frase esa frase no está nada mal tío qué colocón, todo el pasado no fue más que un prólogo para esto eh nena menudo chute hostia tío estoy jodido pero esta mierda es de primerísima calidad esto es como cabalgar una ola de un kilómetro de alto en un puto Rolls-Royce esto es como...

—¿Qué prefieres?, ¿primero la buena noticia o primero la mala? —le preguntó ella.

—La buena primero. —Paul acertó a enseñar una sonrisa tonta—. Imagino que la mala noticia es que ha llegado el FIN, ¿no? Imagino que el libro te decepcionó, ¿eh? Vaya, qué pena... Hice lo que pude. Incluso creo que empezaba a funcionar, ya sabes... Yo estaba empezando a... bueno, a sentirme a gusto.

Annie lo miró con un gesto de reproche.

—No, el libro me *encantó*, Paul. Ya te lo dije, y yo nunca miento. Me gusta tanto que no quiero leer una línea más hasta que esté terminado. Siento que tengas que ser

tú quien ponga las enes a mano, pero... es como mirar a escondidas.

La sonrisa tonta se hizo más grande aún; pensó que las comisuras de la boca se le ensancharían hasta encontrarse detrás de la cabeza, harían allí un nudo —un lazo matrimonial— y buena parte de su sufrido melón caería al suelo, tal vez para aterrizar en la cuña. Mientras, en algún recóndito y oscuro rincón de su cerebro, allí donde la droga no había llegado aún, se encendieron alarmas. A ella le encantaba el libro, o sea que no tenía intención de matarlo. Y a no ser que anduviera totalmente desencaminado en su evaluación de Annie Wilkes, eso significaba que le tenía preparado algo todavía peor.

La luz de la habitación ya no le parecía mortecina, sino maravillosamente pura, maravillosamente plena de su propio encanto gris y espeluznante; podía imaginar grullas apenas entrevistas entre una bruma plomiza, aguantando en silencio sobre una sola pata a orillas de lagos de montaña en aquella luz, podía imaginar los puntitos de mica en las rocas que sobresalían de la hierba profusa en prados de montaña teñidos del fulgor del cristal esmerilado en aquella luz, podía imaginar a elfos despelotándose para trabajar en filas bajo las hojas de hiedra temprana empañadas de rocío en aquella luz...

Madre mía, TÍO, qué colocón, pensó Paul, soltando una risita.

Annie le sonrió a su vez antes de continuar:

—La *buena* noticia es que tu coche ya no está. Me preocupaba mucho tu coche, Paul. Sabía que haría falta una tormenta así para librarse de él, pero que incluso eso podía no ser suficiente. El deshielo de primavera dio cuenta de ese pajarraco de Pomeroy, pero, claro, un coche pesa muchísimo más que un hombre. Incluso que uno tan lleno de caca como ese Pomeroy. Pero la tormenta y el deshielo se han aliado para hacer la faena. Tu coche ya no está. Esa es la noticia *buena*.

—Pero ¿qué...? —Más alarmas, pequeñitas. Pomeroy... Ese apellido le sonaba, pero no conseguía recordar de *qué* exactamente. Pero luego le vino a la cabeza. Pomeroy: el gran Andrew Pomeroy que en gloria esté, veintitrés años, natural de Cold Stream Harbor (Nueva York). Hallado en la reserva natural de Grider, dondequiera que estuviera *eso*.

—Mira, Paul —dijo ella con la vocecita repipi de esas ocasiones—. No nos andemos con remilgos. Yo sé que tú sabes quién era Andrew Pomeroy porque sé que has curioseado en mi álbum. Supongo que en el fondo confiaba en que lo leyeras, la verdad, porque si no, ¿para qué iba a dejarlo a la vista? Pero tomé mis medidas, ya sabes. Sí, señor, tomé medidas. Y, cómo no, los hilos estaban rotos.

—¿Los hilos? —A Paul apenas le quedaba voz.

—Pues sí. Un vez leí no sé dónde una manera infalible de saber si alguien ha estado fisgando en tus cajones. Basta con pegar un hilo muy fino de parte a parte, y si al volver encuentras alguno roto, bueno, pues ya está. Sabes que alguien ha estado espiando. Sencillo, ¿eh?

—Ya veo. —Paul la escuchaba, pero lo único que le interesaba en aquel momento era alucinar con la maravillosa cualidad de la luz.

Ella volvió a agacharse para mirar lo que fuera que tuviese a los pies de la cama, y Paul oyó otra vez el clonc/clanc de madera contra algo metálico. Después, ella volvió a toquetearse el pelo con aire ausente.

—Es lo que hice con mi álbum, ¿sabes?, solo que no utilicé hilos, sino pelos de mi propia cabeza. Los coloqué a lo ancho del álbum en tres puntos distintos, y cuando he llegado esta mañana (muy temprano y sin hacer ruido, como un ratoncito, para no despertarte) los tres estaban rotos, o sea que *tú* habías estado fisgando en mi álbum. —Hizo una pausa. Sonrió. Tratándose de ella, fue una sonrisa casi triunfal, pero acompañada de un sesgo desagradable que él no acertó a definir—. Tampoco me ha extrañado, la verdad. Yo sabía que te habías escapado de la habitación. *Esa* es la mala noticia, Paul. Hace tiempo, *mucho* tiempo, que lo sé.

Paul pensó que debería haber sentido ira y desconsuelo. Al parecer, ella lo había sabido casi desde el principio... pero lo único que sentía era aquella euforia que lo tenía como flotando en un sueño, y lo que Annie le estaba diciendo tenía mucha menos importancia que la divina cualidad de la luz cada vez más intensa a medida que el día se aproximaba al momento de ser una realidad.

—Pero estábamos hablando del coche —dijo ella como quien recupera el hilo de una historia—. Yo uso neumáticos con clavos, Paul, y en mi refugio en el monte tengo siempre un juego de cadenas 10X. Ayer, a primera hora de la tarde, me sentía muchísimo mejor. Había pasado casi todo el tiempo de rodillas, rezando, y cuando llegó la respuesta (como suele ocurrir), no pudo ser más simple (como suele ocurrir). Lo que uno ofrece al Señor en oración, Paul, le es devuelto multiplicado por mil. En fin, que puse las cadenas y me vine otra vez para acá. No era fácil y sabía muy bien que podía sufrir un accidente, a pesar de los clavos y las cadenas. También sabía que en estas carreteras, con tantas curvas, no existe eso que llaman «pequeño accidente». Pero, ya ves, me sentía en paz conmigo misma porque me había puesto en manos de la voluntad divina.

—Annie, eso es muy edificante —dijo, o graznó, Paul.

La mirada que ella le lanzó fue de momentánea sorpresa y no poco recelo; pero luego se relajó y le ofreció una sonrisa.

—Te he traído un regalo —dijo con voz afable, y antes de que él pudiera preguntar de qué se trataba (no estaba nada seguro de querer un regalo que viniese de ella), Annie continuó—: Las carreteras *estaban* todas cubiertas de hielo. Casi fui a parar a la cuneta un par de veces... La segunda, derrapé y la vieja Bessie giró en redondo, ¡a todo esto, yendo cuesta abajo sin parar! —Annie rio alegremente—. Luego me quedé atascada en un banco de nieve (debía de ser medianoche), pero unos operarios del Departamento de Obras Públicas de Eustice pasaban por allí y me ayudaron.

—¡Bien por el Departamento de Obras Públicas de Eustice! —dijo Paul, pero lo que le salió sonaba más bien como *Biep pol Depatmento de Obas Públicas d’Estice*.

—El último trecho difícil fueron los tres kilómetros finales, ya en la autovía del condado, es decir, la carretera 9. Es la carretera por la que ibas tú cuando tuviste el accidente. Habían echado una buena capa de sal en la calzada. Paré donde tú te saliste de la carretera y busqué el coche. Sabía lo que tenía que hacer si lo encontraba. Porque harían preguntas, y yo iba a ser una de las primeras personas a las que preguntarían, no hace falta que te diga los motivos.

Te llevo mucha ventaja, Annie, pensó él. Este escenario ya lo analicé por mi cuenta hace semanas.

—Una de las razones por las que te traje aquí fue porque parecía algo más que una mera coincidencia... Parecía más bien cosa de la divina providencia, ¿no?

—¿Qué es lo que parecía cosa de la divina providencia, Annie? —consiguió decir él.

—Tu coche se accidentó casi en el lugar exacto donde yo me deshice de esa rata de Pomeroy. Ese que tú dijiste que era un artista. —Dio un manotazo de desdén, movió los pies, y al hacerlo sonó otra vez aquel ruido seco de madera. Por lo visto, había rozado con el pie lo que fuera que tenía allí en el suelo—. Recogí a Pomeroy cuando yo volvía de Estes Park, de una feria de cerámica. Me gustan las figuritas de cerámica, ¿sabes?

—Sí, me había fijado —dijo Paul, cuya voz parecía llegar de años luz de distancia. ¡Capitán Kirk! Capto una voz procedente del sub-éter, pensó, riendo un poco. Aquella parte recóndita de su mente (adonde la droga no podía llegar) intentó advertirle de que mejor se callara la boca, pero ¿qué más daba ya? Ella lo sabía. Claro que lo sabe; la diosa-abeeja de los bourkas lo sabe todo—. Me gustó especialmente ese pingüino en su bloque de hielo.

—Gracias, Paul... Es una monada, ¿a que sí?

»Pomeroy estaba haciendo dedo. Llevaba una mochila a la espalda. Dijo que era artista, aunque después me enteré de que no era más que un hippy drogata, un pajarraco que había trabajado fregando platos en un restaurante de Estes Park los dos últimos meses. Cuando le expliqué que yo tenía una casa en Sidewinder, dijo que era una gran coincidencia, porque *él* se dirigía a Sidewinder. Me dijo que una revista de Nueva York le había hecho un encargo. Tenía que subir hasta el viejo hotel y hacer un boceto de las ruinas. Sus dibujos saldrían con un artículo que estaban preparando. Un hotel famoso, el Overlook, que se incendió hará unos diez años. Fue el director provisional quien le prendió fuego. Estaba chiflado. Es lo que decía todo el mundo en el pueblo. Pero da igual, ya murió.

»Dejé que Pomeroy pasara aquí unos días.

»Fuimos amantes.

Lo miró con aquellos ojos negros incrustados en la cara compacta y fofa a la vez, y Paul pensó: Si a Andrew Pomeroy se le levantó contigo, Annie, seguro que estaba

tan chiflado como el tipo que prendió fuego al hotel.

—Luego averigüé que no era verdad que le hubieran encargado hacer unos dibujos del hotel. Los estaba haciendo por su cuenta con la esperanza de venderlos. Él ni siquiera estaba seguro de que la revista estuviera preparando un artículo sobre el Overlook. ¡Eso lo supe bastante rápido! Después eché un vistazo a su bloc de dibujo; pensé que tenía todo el derecho a hacerlo. Al fin y al cabo, Pomeroy comía de lo que yo le daba y dormía en mi cama. En todo el bloc había solo ocho o nueve dibujos, y todos *espantosos*.

Arrugó la cara y, por un momento, le recordó a Paul el día en que había imitado la voz de los cerdos.

—¡Hasta yo podría haberlo hecho mejor! —dijo—. Entró mientras yo estaba mirando los dibujos y se cabreó. Dijo que eso era espiar, y entonces le dije que no consideraba espionaje mirar cosas en mi propia casa. Y que si él era artista, yo era Madame Curie. Se echó a reír. Se rio de mí, ¿entiendes? Y yo, pues...

—Lo mataste —dijo Paul con una voz que sonó frágil y vetusta.

Annie sonrió intranquila mirando a la pared.

—Bueno, más o menos, sí. No lo recuerdo muy bien. Solo cuando vi que estaba muerto, de eso sí me acuerdo. Me acuerdo de que le di un baño.

Paul la miró con terror, un terror turbio y nauseabundo. Le vino a la mente la imagen: el cuerpo desnudo de Pomeroy flotando en la bañera de la planta baja como si fuera masa cruda, la cabeza reclinada oblicuamente en la porcelana, los ojos abiertos de par en par mirando al techo...

—Me vi *obligada* —dijo ella, enseñando ligeramente los dientes—. ¡Tú seguramente no sabes de lo que es capaz la policía con solo un trocito de hilo, o con la suciedad de las uñas, o un poco de polvo en el pelo de un cadáver! Tú no lo sabes, pero yo he trabajado en hospitales toda mi vida y lo sé. ¡Vaya si lo sé! ¡Sé mucho de medicina *for-EN-se*!

Estaba entrando en una de aquellas fases de frenesí *made in* Annie Wilkes, y Paul supo que debía hacer un esfuerzo por decir algo, algo que la calmara siquiera unos minutos, pero notaba la boca entumecida, inservible.

—¡Van todos a por mí! ¿Crees que me habrían hecho caso si hubiera intentado explicarles cómo pasó? ¿Eh? ¿Eh? ¡Qué va! Habrían dicho alguna tontería, ¡como que yo me insinué a ese tipo y que lo maté porque él se rio de mí! ¡Sí, seguramente habrían dicho algo por el estilo!

¿Y sabes qué, Annie? ¿Sabes qué? Me parece que eso estaría un poquito más cerca de la verdad.

—Los pajarracos de estos andurriales dirían lo que *fuera* para causarme problemas o ensuciar mi nombre.

Hizo una pausa; no jadeaba, pero sí respiraba con dificultad, mientras le lanzaba miradas como retándolo a llevarle la contraria. ¡*Vamos, atrévete!*

Un momento después pareció que se dominaba un poco y continuó con voz más serena:

—Lo lavé... bueno... lavé lo que quedaba de él... y también su ropa. Sabía lo que tenía que hacer. Estaba nevando, la primera nevada fuerte del año, y habían dicho que por la mañana habría un palmo de nieve. Metí su ropa en una bolsa de plástico, envolví el cadáver con unas sábanas y ya de noche lo llevé todo a esa vaguada que hay en la carretera 9. Caminé un buen trecho pasado el sitio donde había quedado tu coche, hasta que llegué al bosque, y lo tiré allí, ropa y todo. Seguramente pensarás que oculté el cuerpo, pues no. Sabía que la nieve lo cubriría, y pensé que si lo dejaba en aquel lecho seco, cuando llegara el deshielo el agua lo arrastraría. Y así fue, solo que no me imaginaba que llegaría tan *lejos*. Encontraron su cadáver al cabo de un año de... bueno, de que se muriera, y fue a parar a más de cuarenta kilómetros de allí. La verdad es que habría sido mejor si no hubiera llegado tan lejos, porque en la reserva natural siempre hay excursionistas y aficionados a la ornitología. Los bosques de por aquí están mucho menos concurridos.

Sonrió.

—Y ahí es donde está ahora tu coche, Paul —continuó—, entre la carretera 9 y la reserva natural, por ahí perdido en el bosque. Lo bastante adentro para que no se pueda ver desde la carretera. Yo llevo un reflector potente en la vieja Bessie, pero te puedo decir que la vaguada está desierta hasta que empiezan los árboles. Creo que iré un día a pie y lo comprobaré cuando baje un poco el agua, pero estoy casi convencida de que está a salvo. Algún cazador lo encontrará dentro de dos, cinco o siete años, todo oxidado y con ardillas anidando en los asientos. Y para entonces tú ya habrás terminado mi libro y estarás de vuelta en Nueva York, o Los Ángeles, o donde sea que decidas ir, y yo seguiré viviendo aquí discretamente. Puede que hasta nos escribamos de vez en cuando.

Sonrió con ojos casi empañados (la sonrisa de una mujer cuando ve un precioso castillo en el aire) y luego, desaparecida la sonrisa, prosiguió su relato:

—Bueno, pues me vine para acá y por el camino pensé mucho. Tenía que hacerlo, porque como tu coche ya no estaba, tú podías quedarte a vivir en mi casa y terminar el libro. No siempre estuve segura de que fueras capaz, ¿sabes?, pero no te lo dije por no molestarte. Digamos que en parte no quería que te molestaras porque sabía que entonces no escribirías tan bien, pero dicho así, cariño, suena mucho más frío de cómo lo sentí en realidad. Verás, yo empecé amando esa parte de ti que sabe crear historias maravillosas, porque era todo lo que tenía a mano; del resto de tu persona aún no sabía nada, y pensaba que esa parte podía ser bastante antipática. No me chupo el dedo, ¿sabes? He leído cosas sobre algunos «autores famosos», y sé que en muchos casos *son* gente antipática y desagradable. A ver, F. Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway, ese pueblerino de Mississippi (Faulkner o como se llamara); a los tres les dieron el Pulitzer y qué sé yo, pero eso no quita que fueran todos unos pajoleros borrachines y unos canallas. Y en otros casos, igual; cuando no estaban escribiendo

maravillosas historias, empinaban el codo o iban de putas o se pinchaban o sabe Dios qué más.

»Pero tú no eres así. Con el tiempo he podido conocer al resto de Paul Sheldon, y no te importe que te lo diga, pero el resto de su persona también me ha gustado mucho.

—Gracias, Annie —dijo él desde lo alto de su inmensa ola dorada, pensando: Pero quizá me hayas interpretado mal. De entrada, aquí han quedado muy restringidas las situaciones que conducen a un hombre a la tentación. No es fácil, digamos, ir de bares si tienes las dos piernas rotas, Annie. Y en cuanto a pincharse y tal, para eso ya tengo a la diosa-abeja bourka.

—Pero ¿y tú?, ¿*querrías* quedarte? —prosiguió ella—. Esa era la pregunta clave, y por más que haya intentado ponerme una venda sobre los ojos, siempre he sabido la respuesta a *esa* pregunta; la supe antes incluso de ver las señales que dejaste ahí en la puerta.

Señaló con el dedo, y Paul pensó: Y *tanto* que lo supo casi desde el principio. ¿Venda sobre los ojos? Tú no, Annie. Tú jamás. Pero aquí estaba yo para ponérmela por los dos.

—¿Te acuerdas del primer día que te dejé solo, después de aquella discusión tonta sobre el papel de escribir?

—Sí, Annie.

—Fue cuando saliste del cuarto por primera vez, ¿verdad?

—Sí. —No tenía sentido negarlo.

—Claro. Necesitabas las pastillas. Debí imaginar que harías cualquier cosa para conseguirlas, pero yo cuando me enfado, me pongo... bueno, ya sabes. —La risita fue un poco nerviosa esta vez. Paul no se la devolvió ni sonrió siquiera. El recuerdo de aquel inacabable interludio, padeciendo dolores y con la voz fantasma del locutor radiando el evento minuto a minuto era aún demasiado intenso.

Sí, ya sé cómo te pones, pensó. Te pones pringajosa.

—No estaba del todo segura, al principio. Ah, vi que algunas de las figuritas que tengo en el salón no estaban como están siempre, pero pensé que quizá lo había hecho yo misma; a veces soy muy desmemoriada. Se me pasó por la cabeza que hubieras salido de tu cuarto, desde luego, pero después pensé: Bah, imposible. Está malherido y, además, he cerrado con llave. Incluso comprobé si tenía la llave en el bolsillo de mi falda, y sí, allí estaba. Entonces me acordé de que te había dejado en la silla de ruedas. O sea que quizá...

»Mira, después de diez años de enfermera una aprende a no descartar ni un solo *quizá*. O sea que eché un vistazo a las cosas que guardo en el baño de la planta baja; casi todo son muestras que me traía de vez en cuando del trabajo. ¡No te *imaginas* la de cosas que corren por los hospitales, Paul! Yo, de vez en cuando, me apropiaba de... bueno, de unos cuantos *extras*... y te aseguro que no era la única. Eso sí, nada de opiáceos, cosas que llevaran morfina. Eso lo guardan bajo llave. Llevan la cuenta

de todo. Hay unas fichas de material. Y si se huelen que una enfermera está mangando algo, bueno, pues la vigilan hasta estar seguros y entonces ¡zas! —Annie lo ilustró con un gesto de karateca—. De patitas en la calle, y en la mayor parte de los casos ya no vuelven a vestir el uniforme blanco.

»Pero yo fui más lista.

»Mirar aquellas cajas fue como mirar las cerámicas de la mesita del salón; me dio la sensación de que algo se había movido dentro, y estaba casi segura de que una de las cajas que antes estaba en la parte de abajo ahora estaba encima de otras, pero tampoco podía poner la *mano* en el fuego. Aparte de que también *podía* haber sido yo cuando estaba... bueno... digamos que preocupada.

»Al cabo de un par de días, cuando ya había decidido olvidarme del asunto, entré aquí para darte la dosis de la tarde. Tú estabas durmiendo la siesta. Quise girar el pomo de la puerta, pero al principio no giraba, como si estuviera echada la llave. Pero luego *sí* giró, y noté que algo se movía dentro de la cerradura. Tú empezabas a despertarte, así que te di las pastillas sin hacer el menor comentario, como si no sospechara nada. Es algo que se me da muy bien. Después te ayudé a trasladarte a la silla para que pudieras escribir. Y aquella tarde me sentí como Saulo ante las puertas de Damasco. Vi la luz. Me fijé en que habías recuperado el color o buena parte de él. Me fijé en que ya movías las piernas. Te dolían, por supuesto, y solo podías moverlas un poco, pero las *movías*. Y estabas recuperando fuerza en los brazos, eso también.

»Es decir, que casi estabas *sano* otra vez.

»Fue entonces cuando empecé a ver que podía tener problemas contigo aunque nadie del exterior sospechara absolutamente nada. Te miré y vi que quizá no era yo la única que sabía guardar secretos.

»Aquella noche te cambié la medicación por algo un poco más fuerte, y cuando estuve segura de que no te ibas a despertar ni aunque explotara una granada debajo de tu cama, fui al sótano a por mi cajita de herramientas y desmonté el escudete de la puerta. ¡Y mira tú lo que encontré!

Sacó una cosa pequeña y oscura de uno de los bolsillos de la camisa, una camisa más de hombre que de mujer, y la depositó en la entumecida mano de Paul. Él se la acercó a la cara para mirarla. Era un trozo de pasador de pelo, doblado y torcido.

Se echó a reír. No pudo evitarlo.

—¿Qué te hace tanta gracia, Paul?

—El día que fuiste a pagar los impuestos atrasados. Yo tenía que abrir la puerta otra vez, porque la silla (que casi no pasaba) había dejado unas marcas negras. Quería ver si podía borrarlas.

—Para que yo no las notase.

—Claro. Pero tú ya las habías visto, ¿verdad?

—¿Tras haber encontrado una horquilla mía dentro de la cerradura? —Annie sonrió para sí—. Puedes jugarte los pirindolos a que sí.

Paul asintió con la cabeza, riendo ahora a mandíbula batiente. De tanto que se reía se le saltaban las lágrimas. Tantos apuros... tanto preocuparse... para nada. Le pareció deliciosamente divertido.

—Me preocupaba que ese trocito de pasador pudiera complicarme la vida... y fue en vano. Ni siquiera oí que bailara dentro ni una sola vez. Y, claro, era por una muy buena razón. No bailaba porque tú lo sacaste de allí. Qué pillas eres, Annie.

—Sí —dijo, y sonrió fríamente—. Soy muy pillas.

Ella movió las piernas, y aquel ruido sordo a madera volvió a sonar a los pies de la cama.

22

—En total, ¿cuántas veces has salido?

El cuchillo. Santo cielo, el cuchillo.

—Dos veces. No, espera. Ayer por la tarde, a eso de las cinco, volví a salir. Para llenar la jarra de agua. —Era verdad; *había* llenado la jarra, sí, pero no le decía el verdadero motivo de su salida. El verdadero motivo estaba debajo del colchón. El cuento de la princesa y el guisante. O Paulie y el supermachete—. Tres, contando el viaje para coger agua.

—Di la verdad, Paul.

—Solo tres veces, te lo juro. Y ninguna para escaparme. Santo Dios, Annie, que estoy escribiendo un libro, por si no te habías dado cuenta.

—No uses el nombre de Dios en vano, Paul.

—Tú deja de usar el mío de esa forma, y te haré caso. La primera vez tenía tanto dolor que fue como si me hubieran metido en el infierno de rodillas para abajo. Y así era. Tú me metiste, Annie.

—¡Cállate!

—La segunda vez solo quería coger algo de comida y asegurarme de tener víveres de sobra por si tú tardabas días en volver —continuó Paul, haciendo caso omiso—. Y luego me entró sed. Eso es todo. No hubo ninguna conspiración.

—Ya, y supongo que no intentaste llamar por teléfono ninguna de las veces, ni mirar las cerraduras, porque eres un niño *muy* bueno.

—Pues claro que intenté llamar. Y claro que miré las cerraduras... aunque si hubieras dejado todas las puertas abiertas no habría ido muy lejos, con todo aquel barrizal. —La droga le llegaba a oleadas cada vez más potentes; ahora solo tenía ganas de que ella se callara y lo dejara en paz. Lo había drogado lo suficiente para empujarlo a decir la verdad y temía tener que pagar las consecuencias tarde o temprano. Pero lo que más deseaba era dormir.

—¿Cuántas veces saliste?

—Ya te lo he dicho.

—¿Cuántas veces? —Alzó la voz—. ¡Dime la verdad!

—¡Eso *hago*! ¡Tres veces!

—¿Cuántas, *maldita sea*?

A pesar de todo el cargamento de droga que ella le había administrado, Paul empezó a asustarse.

Bueno, al menos si me hace algo no notaré tanto el daño... y ha dicho que quería que terminase el libro, ¿no?...

—Me tratas como si fuera imbécil. —Paul reparó en que le brillaba la piel; era como una piedra recubierta de algún tipo de membrana polimérica. Aquel rostro daba la impresión de no tener un solo poro.

—Annie, te juro que...

—¡Los embusteros siempre jurando! ¡Cómo les *gusta* jurar! Muy bien, sigue tratándome como si fuera idiota si así lo quieres. Perfecto. Allá tú. Si tratas de idiota a una mujer que no lo es, ella siempre sale ganando. Deja que te diga una cosa, Paul. He tendido hilos y hebras de mis propios cabellos por *toda* la casa, ¿sabes?, y después he visto que muchos estaban rotos. Y si no rotos, simplemente no estaban. ¡Desaparecidos por arte de magia! No solo en mi álbum de recortes, sino en el pasillo y arriba en mi cómoda... en el cobertizo... *por todas partes*.

Annie, ¿cómo iba a salir al cobertizo con todas esas cerraduras que tienes en la puerta de la cocina?, quiso decirle, pero ella no le dio tiempo y siguió presionando:

—Y ahora vuelva a decirme que fueron solo *tres* veces, Señor Listo, y seré yo quien le diga quién es aquí el idiota.

Él se la quedó mirando, grogui pero estupefacto. No sabía qué contestar. Era todo pura paranoia... pura locura...

Dios mío, pensó, olvidándose del cobertizo, ¿arriba? ¿Ha dicho ARRIBA?

—Pero, Annie, por Dios, ¿cómo creías que iba a subir?

—¡Oh, *VALE*! —gritó ella, la voz cascada—. ¡Oh, *CLARO*! Hace unos días entré aquí y habías conseguido ir *tú solito* hasta la silla de ruedas. Si podías hacer eso, ¡también podías subir! ¡*Arrastrándote*!

—Sí, con las piernas rotas y la rodilla hecha polvo.

Otra vez la mirada de la *grieta*, aquella chiflada negrura bajo el prado. Ya no era Annie Wilkes; había dejado paso a la diosa-abeja bourka.

—No te pases de listo conmigo, Paul, no te conviene —susurró ella.

—Mira, Annie, uno de los dos tiene que intentarlo al menos, y no se puede decir que a ti te esté saliendo muy bien. Si hicieras un esfuerzo por entender lo loc...

—¿Cuántas veces, Paul?

—Tres.

—La primera para conseguir pastillas.

—Sí. Las cápsulas de Novril.

—La segunda para conseguir comida.

—Exacto.

—La tercera fue para llenar la jarra.

—Sí, Annie. Estoy muy mareado...

—La llenaste en el baño de la planta baja.

—Sí.

—Una para pastillas, otra para comida y la tercera para agua.

—¡Ya te lo he dicho, caray! —Intentó gritar, pero lo que salió fue un graznido sin fuerza.

Annie volvió a meter la mano en el bolsillo de su falda y sacó el cuchillo de carnicero. La hoja resplandeció a la luz ahora más intensa de la mañana. De pronto, se inclinó hacia la izquierda y lanzó el cuchillo. Lo hizo con la elegancia letal y un tanto indiferente de un artista de circo. El cuchillo se hincó en el yeso, bajo la foto del Arc de Triomphe, y quedó allí bailando.

—He investigado debajo de tu colchón antes de ponerte la inyección preoperatoria. Esperaba encontrar cápsulas de Novril; lo del cuchillo ha sido toda una sorpresa. Casi me corto con él. Pero tú no lo dejaste ahí, ¿verdad?

Paul guardó silencio. Su cabeza giraba y bajaba en picado como una atracción de feria fuera de control. ¿Inyección preoperatoria? ¿Había dicho ella eso? ¿*Preoperatoria*? De repente estuvo seguro de que iba a arrancar el cuchillo de la pared para castrarlo.

—No, *tú* no lo pusiste ahí debajo. Un día saliste a por pastillas, otro a por comida, otro a por agua. Ese cuchillo habrá... qué sé yo, habrá llegado *flotando* y se habrá colado ahí él solito. ¡Claro, eso es lo que debió de pasar! —Annie soltó una risotada de burla.

¿PREOPERATORIA? Dios del cielo, ¿es que ha dicho eso?

—¡Maldito! —gritó ella—. ¡Que Dios te *maldiga*! ¿*Cuántas veces*?

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Cogí el cuchillo cuando fui a buscar agua! ¡Lo confieso! ¡Si crees que eso significa que salí más veces, adelante, explícamelo tú misma! Si prefieres pensar que fueron cinco veces, vale, pues cinco. Si prefieres que sean veinte, cincuenta, cien, allá tú. Todas las veces que creas que he salido, lo reconoceré, y no se hable más.

Por un momento, entre la rabia y la estupefacción causada por la droga, perdió de vista el brumoso y aterrador concepto inherente a la frase «inyección preoperatoria». Quería decírselo tal cual, incluso a sabiendas de que una paranoica desatada como Annie rechazaría lo que era evidente. Había mucha humedad; a la cinta adhesiva no le iba la humedad; en muchos casos sus pequeñas trampas estilo Robert Ludlum se habrían despegado sin más y salido volando a la primera corriente de aire. Y las ratas. Con tanta agua en el sótano y la señora de la casa ausente, él las había oído corretear. Pues claro. Eran las dueñas de la casa, y sin duda se habrían sentido atraídas por todo el pringue que Annie había ido dejando por doquier. Seguramente las ratas eran los

gremlins que habían roto la mayoría de los hilos. Pero ella desecharía semejante hipótesis. Según Annie, él estaba casi listo para correr la maratón de Nueva York.

—Annie... ¿qué has querido decir con eso de que me habías puesto una inyección preoperatoria?

Pero Annie todavía estaba concentrada en el otro asunto.

—Yo digo que han sido siete. Por lo menos. ¿Han sido siete, Paul?

—Si quieres que sean siete, pues siete. ¿Qué has querido decir cuando...?

—Veo que te pones en plan tozudo —dijo ella—. Imagino que los tipos como tú deben de estar tan acostumbrados a mentir para ganarse las lentejas que no pueden dejar de hacerlo en la vida real. Pero no pasa nada, Paul, porque el *principio* no cambia. Tanto si saliste siete veces como si saliste setenta o setenta veces siete. El *principio* no cambia, y la *respuesta* tampoco.

Él estaba flotando, flotando, cada vez más lejos. Cerró los ojos y la oyó hablar como si estuviera a mucha distancia... como una voz sobrenatural surgida de una nube. La diosa, pensó.

—¿Has leído algo sobre los primeros tiempos de las minas de diamantes Kimberley, Paul?

—El libro lo escribí yo —respondió Paul sin venir a cuento, y se le escapó la risa. (*¿inyección preoperatoria?*)

—A veces los obreros indígenas robaban diamantes. Los envolvían en hojas y se introducían las hojas en el recto. Si conseguían salir del Gran Hoyo sin ser descubiertos, se daban a la fuga. Y ¿sabes qué les hacían los británicos si los cazaban antes de que pudieran alcanzar el río Orange y pasar a la zona bóer, eh?

—Matarlos, supongo —dijo él, cerrados todavía los ojos.

—¡Qué va! Eso habría sido como tirar un coche caro por un simple muelle roto. No, se aseguraban de que pudieran seguir trabajando... pero *también* de que no pudieran fugarse otra vez. A esa operación la llamaban «encojar», Paul, y es lo que te voy a hacer a ti. Por mi propia seguridad... y por la tuya. Créeme, necesitas que te protejan de ti mismo. Tú recuerda esto: un poco de dolor y enseguida estamos. Procura aferrarte a esa idea.

La sensación de terror que lo invadió fue como una violenta ráfaga de viento cargada de cuchillas de afeitar; los ojos se le abrieron de golpe. Ella se había levantado y estaba retirando las sábanas, dejando al descubierto sus magulladas piernas y sus pies descalzos.

—No —dijo—. No... Annie... sea cual sea tu plan, podemos hablarlo, ¿verdad? ... te lo suplico...

Ella se dobló por la cintura. Al enderezarse tenía en una mano el hacha del cobertizo y en la otra un soplete de propano. La hoja del hacha resplandeció. En un costado del soplete se podía leer «Bernz-O-matiC». Annie se inclinó de nuevo; esta vez reapareció con un frasco oscuro y la caja de cerillas. El frasco llevaba una etiqueta. En la etiqueta ponía «Betadine».

Paul jamás olvidó estos objetos, estas palabras, estos nombres.

—*¡Annie, no!* —gritó—. *¡Annie, me quedaré siempre aquí! ¡No me moveré ni de la cama! ¡Por favor! ¡Dios, por favor, no me cortes!*

—Tranquilo —dijo ella, cuyo rostro había adquirido de nuevo aquella expresión ausente, desconectada (aquella expresión de vaciedad perpleja), y antes de que la mente de Paul fuera consumida por completo en un incendio forestal de pánico, entendió que cuando todo terminara, ella apenas si recordaría haber hecho lo que hizo, como tampoco recordaba apenas haber matado a los bebés, los ancianos, los enfermos terminales y a Andrew Pomeroy. No en vano esta era la mujer que, si bien había colgado el uniforme en 1966, le había dicho hacía solo unos minutos que fue enfermera durante diez años.

Con esa misma hacha mató a Pomeroy, seguro, pensó.

No dejó de chillar y de suplicar, pero las palabras le salían desarticuladas, farfullantes. Intentó darse la vuelta, apartarse de ella, y sus piernas se quejaron a gritos. Intentó recogerlas a fin de que estuvieran menos expuestas, menos vulnerables, y la rodilla mala soltó un alarido.

—Será solo un minuto, Paul —dijo ella, destapando el frasco de Betadine. Derramó un poco de aquel mejunje rojizo sobre su tobillo izquierdo—. Un minuto más y hemos terminado.

Puso el filo del hacha plano; los tendones de su robusta muñeca derecha parecían a punto de saltar, y Paul distinguió el guiño del anillo de amatista que ella seguía luciendo en el meñique de aquella mano. Echó Betadine sobre la hoja. Paul notó el olor; olía a consulta de médico. El aviso de que te iban a poner una inyección.

—Un poquito de dolor, Paul. No será gran cosa. —Giró el hacha para humedecer la hoja por el otro lado. Él pudo ver varias ronchas de herrumbre antes de que el líquido oscuro la cubriera.

—*Annie Annie oh Annie por favor no por favor Annie no te juro que seré bueno lo juro por Dios seré bueno por favor dame una oportunidad de ser bueno OH ANNIE DÉJAME SER BUENO POR FAVOR...*

—Un poquito de dolor y este desagradable asunto habrá quedado atrás para siempre, Paul.

Dicho esto, lanzó hacia atrás el frasco de Betadine, sin molestarse en taparlo, la cara ausente y vacía y sin embargo tan inapelablemente compacta. Deslizó la mano derecha por el mango casi hasta la cabeza del hacha y luego con la mano izquierda asió el mango y separó los pies como un leñador.

—*¡ANNIE NO POR FAVOR NO ME HAGAS DAÑO!*

Ella tenía ahora una mirada afable y soñadora.

—No te preocupes —le dijo—. Soy enfermera diplomada.

El hacha descendió con un silbido para sepultarse en la pierna izquierda de Paul Sheldon, un poco más arriba del tobillo. Fue una explosión de dolor, la descarga de un rayo gigantesco. Sangre de un rojo muy oscuro salpicó la cara de Annie

convirtiéndola en india con pinturas de guerra. Salpicaduras también en la pared. Paul oyó chillar la hoja de la herramienta cuando ella tiró para arrancarla del hueso. Incrédulo, miró hacia sus pies. La sábana estaba tiñéndose de rojo. Vio que los dedos del pie se meneaban solos. Y entonces vio que ella levantaba otra vez el hacha; el pelo se le había soltado y ahora le colgaba a ambos lados de la cara, inexpresiva.

Intentó retroceder pese al dolor en la pierna y la rodilla y se dio cuenta de que la pierna se movía, pero no así el pie. Lo único que hacía era ensanchar el tajo del hacha, abrirlo como una boca. Tuvo el tiempo suficiente para comprender que el pie estaba apenas unido a la pierna por la carne de la pantorrilla, porque un instante después la hoja volvió a caer, justo en la abertura, cercenando el resto de la pierna para ir a enterrarse en el colchón. Ruidos descoyuntados de muelles de somier.

Annie recuperó el hacha y la arrojó a un lado. Miró el muñón, como ida, apenas un segundo y luego cogió las cerillas. Encendió una. Después cogió el soplete de propano Bernz-O-matiC y giró la válvula que llevaba en uno de los lados. El soplete soltó un silbido. Manaba sangre del lugar en el que Paul ya no estaba. Annie arrimó un fósforo a la boquilla del Bernz-O-matiC y un ¡pluf! anunció la aparición de una larga llama amarilla, que Annie ajustó hasta tener una intensa línea de fuego azul.

—Suturar es imposible —explicó—. No hay tiempo. Un torniquete no serviría de nada. No hay punto de presión central. Tengo que

(enjuagar)

cauterizar.

Se inclinó, y el contacto del fuego con la carne viva y el sanguinolento muñón hizo gritar a Paul. Salió humo, un humo de olor dulzón. Su primera luna de miel la había pasado en Maui. Hubo un *luau*, y el olor le recordó al del cerdo cuando lo sacaron empalado del horno de tierra donde había estado asándose todo el día. El cerdo salió reblandecido, negruzco, medio deshecho.

El dolor chillaba. Chillaba *él* también.

—Ya casi estamos —dijo Annie, girando la válvula, y la sábana de abajo se incendió en torno al muñón, que ya no sangraba y que estaba negro como el pellejo de aquel cerdo cuando lo sacaron del hoyo. Eileen, su primera esposa, había apartado la vista, pero no Paul, que miró fascinado cómo arrancaban al cerdo la chisporroteante piel como quien se quita la camiseta sudada después de un partido.

—Casi estamos...

Annie apagó el soplete. La pierna estaba en una línea de llamas con el pie cortado agitándose más abajo. Ella se inclinó y esta vez lo que no sacó no fue una novedad, sino el cubo amarillo de fregar. Lo vació encima del fuego.

Él gritaba, chillaba. ¡El dolor! ¡La diosa! ¡El dolor! ¡Oh, África!

Ella se lo quedó mirando, miró también la sábana ensangrentada y cada vez más oscura; su gesto de leve consternación era el que pondría alguien al oír por la radio que en Pakistán, o Turquía, han muerto diez mil personas en un terremoto.

—Te vas a poner bien, Paul —dijo, pero en su voz hubo un repentino deje de temor. Empezó a mirar de un lado a otro, igual que lo había hecho cuando aquel día pensó que las llamas del manuscrito quemado podían descontrolarse. De pronto, casi con alivio, se centró en algo—. Voy a tirar esto.

Cogió el pie. Los dedos se movían aún espasmódicamente. Lo llevó al otro extremo de la habitación y para cuando hubo llegado a la puerta ya habían dejado de menearse. Paul vio una cicatriz en el arco del pie y se acordó de cómo se la había hecho, pisando una botella rota cuando era un chaval. ¿Fue en Revere Beach? Le parecía recordar que sí. Se acordó de que había llorado y de que su padre le dijo que solo era un pequeño corte, nada más, que hiciera el favor de dejar de gritar como si le hubieran arrancado el pie. Annie se detuvo en la puerta y miró a Paul, que se removía de dolor en la cama medio chamuscada y sucia de sangre, la cara blanca como el papel.

—Bien, ahora estás cojo —dijo ella—, pero no me culpes a mí. Tú te lo has buscado.

Salió.

Paul perdió el conocimiento.

23

Había vuelto la nube. Paul se lanzó a ella sin importarle que esta vez la nube significara la muerte en lugar de la inconsciencia. Casi esperaba que fuera así. Todo con tal de que no le doliera. Basta de recuerdos, basta de dolor, basta de espantos, basta de Annie Wilkes.

Se lanzó a la nube, se zambulló en ella, oyendo apenas sus propios gritos, oliendo apenas su propia carne asada.

Mientras los pensamientos se le desvanecían lentamente, pensó: ¡Diosa! ¡Te mataré! ¡Diosa! ¡Te mataré!

Y luego solo la nada.

TERCERA PARTE

PAUL

Es inútil. Llevo media hora intentando dormir, pero no puedo. Escribir aquí es una especie de droga. Es lo único que me hace alguna ilusión. Esta tarde he leído lo que había escrito... y creo que tiene fuerza. Lo sé porque mi imaginación aporta todo lo que otra persona no podría entender. Pura vanidad, dicho de otra manera. Pero es como si fuera algo mágico... Además, en este presente soy incapaz de vivir. Si lo hiciera me volvería loco.

JOHN FOWLES,
El coleccionista

CAPÍTULO 32

—Oh, dulce Jesús —gimió Ia , haciendo un movimiento
convulso hacia el frente. Geoffrey agarró los brazos de
su amigo. El ritmo constante de los tambores latía dentro
de su cabeza como algo oído en pleno delirio homicida.
Zumbaban abejas a su alrededor pero ninguna se detenía;
pasaban simplemente de largo camino del claro del bosque
como atraídas por una imagen , lo cual, pese a ser morboso e
Geoffrey, era exacto e

2

Paul cogió la máquina de escribir y la sacudió. Al cabo de un rato, una pequeña pieza
metálica cayó en la tabla atravesada sobre los brazos de la silla de ruedas. Paul la
cogió.

Era la letra te. La máquina acababa de vomitar la te.

Y pensó: Me voy a quejar a la dirección. No solo voy a *pedir* una máquina de
escribir nueva, sino que la voy a *exigir*. Ella tiene dinero, eso lo sé. Quizá lo tiene
escondido en tarros de fruta debajo del establo, o quizá metido en las paredes de su
Lugar de la Risa, pero está claro que tiene pasta, y la te, coño, ¡una de las letras más
comunes!

Naturalmente, no le iba a pedir nada a Annie, mucho menos exigir. Antes existía
un hombre que al menos se habría atrevido a *pedir*; un hombre que sufría muchísimo
más dolor y que no tenía nada a lo que agarrarse, ni siquiera aquella mierda de libro.
Ese hombre habría *pedido*. Le doliera o no, ese hombre había tenido al menos los
cojones de plantar cara a Annie Wilkes.

Él había sido ese hombre, y Paul suponía que lo lógico era sentirse avergonzado,
pero ese hombre tenía dos grandes ventajas sobre el de ahora mismo: ese hombre
tenía dos pies... y dos dedos pulgares.

Paul se quedó pensando un rato, releyó la última línea (rellenando mentalmente
las omisiones) y luego se puso sin más a trabajar otra vez.

Mejor así.

Mejor no pedir nada.

Mejor no provocarla.

Fuera, frente a su ventana, zumbaban abejas.

Era el primer día del verano.

3

lo que había pasado.

—¡Suéltame! —dijo Ian entre dientes, y se volvió hacia Geoffrey blandiendo el puño derecho. Sus ojos miraban enloquecidos desde el rostro lívido, y parecía desconocer por completo quién era la persona que le impedía ir hacia su amada. Geoffrey entendió con fría certeza que lo que habían visto cuando Hezekiah apartó los arbustos que les servían de protección había estado muy cerca de volver loco a Ian. Le había ido de muy poco, en realidad, y la menor excusa podía precipitarlo definitivamente a la locura. Y si eso llegaba a ocurrir, arrastraría a Misery consigo.

—Ian..

—¡Suéltame, te digo! —Ian tiró hacia atrás con tremenda fuerza y Hezekiah gimió asustado.

—No, amo, las abejas volver locas y picar a la señora...

Ian no pareció oírle. Con la mirada desorbitada, ida, lanzó un puño contra Geoffrey, golpeando a su viejo amigo en el pómulo. Estrellas negras traspasaron la cabeza de Geoffrey.

Este, sin embargo, vio que Hezekiah empezaba a balancear el potencialmente mortífero gosha —un saco lleno de arena que los bourkas utilizaban para pelear cuerpo a cuerpo—, y tuvo tiempo de decir:

—¡No! ¡Yo me ocuparé de eso!

A desgana, Hezekiah dejó que el gosha perdiera impulso al extremo de su cordel de cuero y quedara balanceándose como un péndulo.

Entonces Geoffrey recibió un nuevo golpe en la cabeza. Esta vez Ian le había aplastado los labios contra la dentadura, y Geoffrey notó que la boca se le llenaba del sabor entre dulce y salado de la sangre. Se oyó como un ronroneo seco cuando la camisa de vestir que llevaba Ian, blanqueada por el sol y desgarrada ya en una docena de sitios, empezaba a abrirse, asida por Geoffrey. De un momento a otro, Ian quedaría libre. Geoffrey comprendió con aturrido asombro que era la misma camisa que Ian

había llevado hacia tres noches en la fiesta del barón y la baronesa... Claro que era la misma; no habían tenido oportunidad de cambiarse de ropa desde entonces, ni Ian ni ninguno de ellos. Tres noches nada más... pero cualquiera habría dicho que Ian la llevaba puesta desde hacía tres años, aunque a Geoffrey le pareciera que habían pasado tres siglos desde la fiesta. Solo tres noches, pensó otra vez con estúpido asombro, y ahora Ian le estaba machacando la cara a puñetazos.

—¡Que me sueltes, maldita sea! —Ian volvió a golpear una y otra vez la cara de Geoffrey, el amigo por quien, de haber estado cuerdo, habría dado la vida.

—¿Quieres demostrar tu amor por ella matándola? —le preguntó Geoffrey, procurando mantener la calma—. Si eso es lo que quieres, muchacho, entonces más vale que me pegues hasta dejarme sin sentido.

El puño de Ian quedó en el aire. Su enloquecida mirada de terror registró algo mínimamente semejante a la cordura.

—Debo ir a verla —murmuró, como si hablara en sueños—. Siento haberte pegado, Geoffrey (de veras que lo siento, querido amigo), pero debo... Tú ves su... —Miró de nuevo, como para confirmar el espanto de la visión, e hizo un nuevo intento de precipitarse hacia donde Misery había sido atada a un poste, con los brazos en alto sobre la cabeza, en un claro de la selva. Brillantes en sus muñecas y sujetándola a la rama más baja del eucalipto, que era el único árbol en todo el claro, había algo a lo que los bourkas parecían haber tomado afecto antes de enviar al barón Heidzig a las fauces del ídolo y a su muerte sin duda horripilante: sus esposas de acero pulido.

Esta vez fue Hezekiah quien sujetó a Ian, pero el matorral se agitó de nuevo y Geoffrey miró hacia el claro, sintiendo que el aire se le atascaba en la garganta como un trozo de tela se engancha en un espino; tenía la sensación de ser alguien que debe subir una cuesta pedregosa llevando en brazos un cargamento de explosivos deteriorados, peligrosamente volátiles. Una picadura, pensó. Una sola y todo habrá acabado para ella.

—No, amo —decía Hezekiah con una suerte de aterrorizada paciencia—. Es como dice otro amo... Si ir allí, abejas despiertan. Y si abejas despiertan, es lo mismo que ella muere de una picadura o de cien mil picadura. Si abejas

despiertan todos morir nosotros, pero ella morir primero y muerte horrible la que más.

Poco a poco, Ian se fue serenando entre los dos hombres, uno negro, el otro blanco. Su cabeza giró hacia el claro con espantada renuencia, como si no deseara mirar y al mismo tiempo no pudiera evitarlo.

—¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Qué vamos a hacer por mi pobre amada?

No lo sé, fue lo primero que se le ocurrió a Geoffrey, y en su estado de terrible agitación, esas palabras escaparon casi de sus labios. No era la primera vez que pensaba que el hecho de que Ian poseyera a la mujer que él, Geoffrey, amaba con tanto ahínco como su amigo (si bien en secreto) permitía a este regodearse en un extraño egoísmo y una histeria casi femenina de los que el propio Geoffrey debía privarse; a fin de cuentas, a ojos de los demás él era amigo de Misery, pero solamente eso.

Sí, su amigo solamente, pensó con ironía rayana en la histeria, y fueron sus propios ojos los que giraron hacia el claro. Hacia su amiga.

Misery no llevaba encima ni una prenda de ropa, a pesar de lo cual Geoffrey pensó que hasta la más beata de las viejas del pueblo, las que iban a la iglesia tres veces por semana, podría haberla culpado de obscenidad. La hipotética beata probablemente habría huido espantada y lanzando gritos al ver a Misery así, pero no por un ultrajado decoro, sino movida por el terror y la revulsión. Misery no llevaba nada encima. Pero no por ello estaba desnuda, en absoluto.

Iba vestida de abejas, desde la punta de los pies hasta su melena castaña, vestida de abejas. Era casi como si llevara puesto un extraño hábito monacal, extraño porque este se movía y ondulaba entorno a las curvas de sus pechos y caderas a pesar de que no soplabla una sola pizca de brisa. Del mismo modo, su cara parecía revestida de un velo de casi islámico pudor; solamente sus azules ojos destacaban en la máscara de abejas que se cernían torpes sobre su rostro, ocultando a la vista tanto la boca y la nariz como el mentón y las cejas. Más abejas aún, de la especie gigante africana, las más venenosas y de peor genio de cuantas se conocen, iban y venían entorno a los brazaletes metálicos del barón antes de sumarse a los guantes vivientes que cubrían las manos de Misery.

Mientras Geoffrey observaba, nuevos enjambres seguían llegando al claro desde los cuatro puntos cardinales. Sin embargo, e incluso distraído como estaba en ese momento, no dejó de advertir que la mayoría de las abejas venían de poniente, donde estaba el enorme rostro de piedra oscura de la diosa.

Los tambores marcaban su ritmo constante, tan soporífero a su manera como el adormecedor zumbido de las abejas. Pero Geoffrey sabía cuán engañosa era esa sensación de adormecimiento; había visto lo que le había ocurrido a la baronesa y daba gracias a Dios por haber salvado de ese suplicio a Ian... y del monótono zumbido que de repente cambiaba a un furioso chillido como de sierra... un sonido que primero atenuó y después sofocó los gritos de la mujer en su agonía. La baronesa había sido un ser frívolo y estúpido, además de peligroso —casi conseguía que los mataran a todos dejando en libertad a la serpiente cascabel de Stringfellow—, pero tonta o no, estúpida o no, peligrosa o no, ninguna persona en el mundo merecía morir así.

La pregunta de Ian resonó en la mente de Geoffrey: ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer por mi pobre amada?

—Nada puede hacer, amo —dijo Hezekiah—. Pero la señora no estar en peligro. Si los tambores tocan, abejas duermen. Y dormir también ella.

Las abejas la cubrían ahora como una gruesa manta en movimiento; sus ojos, abiertos pero privados de visión, parecían retroceder en la gruta viviente de abejas zumbantes que reptaban y se tropezaban entre ellas.

—¿Y si paran los tambores? —preguntó Geoffrey con voz grave, casi exangüe, y justo en aquel instante, los tambores callaron.

Por un mome o, s qu daro los r s

4

Paul no se lo podía creer. Levantó en vilo la Royal —le había dado por levantarla como si fuese una extraña haltera cuando Annie no estaba presente, sabía Dios por qué— y la volvió a sacudir. Las teclas traquetearon y otra pieza metálica cayó sobre la tabla que le servía de escritorio.

Fuera se oía rugir el tractor cortacésped azul chillón, Annie estaba en la parte de delante dándole un buen repaso a la hierba para que aquellos pajoleros de los

Roydman no tuviesen de qué criticar cuando fueran al pueblo.

Paul bajó la máquina de escribir y luego la inclinó hacia arriba a fin de pescar la pieza sorpresa. La fuerte luz de la tarde que entraba sesgada por la ventana le permitió verla bien. Su cara de incredulidad no varió.

En la cabeza de la tecla, impreso en relieve y ligeramente entintado, se veía esto:

E

e

Para que fuese más divertido aún, la vieja Royal acababa de vomitar la letra más utilizada de todo el abecedario.

Paul miró el calendario en la pared. La hoja decía «Mayo» y la foto era de un prado sembrado de flores, pero él llevaba su propia cuenta en un trozo de papel y, según su calendario casero, estaban a 21 de junio.

«Estira esos perezosos brumosos revoltosos días del estío»,^[8] pensó amargamente, lanzando la tecla hacia donde estaba la papelera.

Bueno, ¿y ahora qué?, se preguntó, pero lógicamente sabía lo que le tocaba hacer. Escribir a mano.

Pero no enseguida. Aunque solo unos segundos atrás iba a toda velocidad, ansioso por hacer caer en la emboscada a Ian, Geoffrey y el siempre gracioso Hezekiah a fin de que los bourka pudieran trasladar a todo el grupo a las cuevas de detrás del ídolo para la emocionante apoteosis final, se sintió súbitamente cansado. El agujero en el papel se había cerrado de golpe.

Mañana sería otro día.

Mañana escribiría a mano.

Qué coño a mano. Quéjate a la dirección, Paul.

Pero no iba a hacer tal cosa. Annie se había vuelto extremadamente rara.

Escuchó el monótono bramido del tractor cortacésped, vio la sombra de ella y, como le ocurría a menudo cuando pensaba que Annie se había vuelto extremadamente rara, su mente reprodujo la imagen del hacha en alto y su subsiguiente descenso; la imagen de ella con el rostro, tan horripilante como impasible, salpicado de sangre. Un recuerdo vívido: cada palabra que ella había pronunciado, cada palabra que él había gritado, el chillido de la hoja del hacha al separarse del hueso cercenado, la sangre en la pared. Todo ello grabado en su memoria. Y como solía hacer *también* en estos casos, intentó cortar el paso al recuerdo y comprobó que había reaccionado demasiado tarde.

Como el giro argumental decisivo de *Automóviles veloces* entrañaba el choque casi fatal de Tony Bonasaro en su último y desesperado intento de esquivar a la policía (lo cual conducía al epílogo, consistente en el duro interrogatorio a que Tony era sometido en el hospital por parte del socio del difunto teniente Gray), Paul había

hablado con varias víctimas de accidentes automovilísticos. Y todas ellas le decían lo mismo: «Recuerdo que subí al coche y recuerdo que me desperté aquí. Lo demás está en blanco».

¿Por qué demonios no podía haberle pasado a él igual?

Porque los escritores se acuerdan de todo, Paul. Y más de lo que duele. Pon a un escritor en cueros, señala las cicatrices y él te contará la historia de todas las pequeñas. De las grandes saca novelas, no amnesia. Un poquito de talento no viene mal si uno quiere ser escritor, pero el único requisito de verdad es la capacidad de recordar la historia de cada cicatriz.

El arte consiste en la persistencia de la memoria.

¿Quién fue el que dijo eso?, ¿Thomas Szasz?, ¿William Faulkner? ¿Cyndi Lauper?

Este último nombre llevaba implícita su propia asociación, que, dadas las circunstancias, resultó dolorosa y poco feliz: el recuerdo de Cyndi Lauper cantando a alegres trompicones «Girls Just Want to Have Fun», tan vívida la reminiscencia que casi era auditiva: «*Oh daddy dear, you're still number one / But girls, they wanna have fuh-un / Oh when the workin' day is gone / Girls just wanna have fun*».^[9]

Sintió el antojo de escuchar un éxito de rock and roll, lo deseó como nunca había deseado un cigarrillo. No tenía por qué ser Cyndi Lauper, no. Cualquiera serviría. ¡Incluso el pesado de Ted Nugent!

El hacha abatiéndose.

El susurro del hacha.

No pienses en eso.

Qué tontería. No dejaba de repetirse que era mejor no pensar en ello, aun sabiendo que la imagen estaba allí, como un hueso atravesado en la garganta. ¿Qué iba a hacer?, ¿atragantarse con ella?, ¿o iba a portarse como un hombre y vomitarla de una puta vez?

Otro recuerdo vino a complicar las cosas; estaba visto que era el día de Viejos Recuerdos Solicitados. En este caso fue Oliver Reed haciendo el papel de científico loco pero delicadamente persuasivo en *Cromosoma 3*, de David Cronenberg. Reed instando a sus pacientes del Instituto de Estudios Psicoplasmáticos (un nombre que Paul había encontrado graciosísimo) a «ir hasta el final».

Sí... quizá no era un mal consejo, bien mirado.

Yo ya fui hasta el final una vez. Con una basta.

Pamplinas. Si eso fuera verdad, si bastara con ir una vez hasta el final, habría sido vendedor de aspiradoras, coño, igual que su padre.

Vale, pues ve hasta el final, Paul. Adelante. Empieza por Misery.

No.

Sí.

Que te jodan.

Paul se recostó, se cubrió los ojos con la mano y, de buena o mala gana, empezó a ir hasta el final.

Hasta el final del todo.

5

No había muerto, no se había dormido, pero después de que Annie lo dejara cojo hubo un rato en que no sintió dolor. Se había quedado medio grogui, desenganchado de su cuerpo, un globo de pensamiento puro con el cordel colgando debajo.

Mierda, ¿para qué tomarse la molestia? Ella lo había hecho, y todo el tiempo transcurrido hasta el momento presente había consistido en dolor y tedio más alguna que otra racha de trabajo en aquel libro tan estúpidamente melodramático, para huir de las dos cosas anteriores. No tenía el menor sentido.

Oh, pero te equivocas; aquí hay un tema, Paul. Es el hilo que lo recorre todo, el hilo que hace que funcione. ¿No te das cuenta?

Misery, claro. Ese era el hilo que lo recorría todo, pero, fuera falso o verdadero, era una auténtica chorrada.

Como sustantivo significaba desdicha, por regla general de larga duración y muchas veces inútil; como nombre propio significaba un personaje y una trama, esta última sin duda alguna larga y pesada, pero que sin embargo iba a terminar pronto. Misery pasaba sus cuatro (o quizá cinco) últimos meses de vida, pues eso, pasando desdichas, desdichas casi a diario, pero explicado así era demasiado simple, ¿no?

Qué va, Paul. En Misery no hay nada simple. Salvo que le debes la vida, o lo que sea esto de ahora... Porque al fin y al cabo te has convertido en Sherezade, ¿verdad?

Intentó una vez más desechar estos pensamientos, pero fue en vano. La persistencia de la memoria y tal. Los plumíferos solo quieren pasarlo bien. Pero entonces se le ocurrió una idea, una idea inesperada que abrió toda una nueva vía de pensamiento.

Lo que sigues pasando por alto, de tan evidente, es que tú también eras —eres— Sherezade para ti mismo.

Parpadeó varias veces, bajó la cabeza y contempló como un idiota el verano que jamás había esperado llegar a ver. La sombra de Annie pasó y volvió a desaparecer.

¿Era verdad eso?

¿Sherezade de mí mismo?, pensó de nuevo. De ser así, el suyo era un caso de estupidez colosal: debía el hecho de estar vivo a que quería terminar la porquería que Annie le había empujado a escribir. Mejor sería haber muerto. Pero no podía morirse, al menos hasta saber cómo acababa todo.

Estás como una chota, amigo.

¿Seguro?

No, seguro no. Ya no estaba seguro de nada.

Excepto de una cosa: que toda su vida había girado y continuaba girando en torno a Misery.

Dejó sus pensamientos a la deriva.

La nube, pensó. Empieza por la nube.

6

Esta vez la nube había sido aún más oscura, más densa, y en cierto modo más fluida. La sensación no fue tanto de flotar como de deslizarse. A veces le venían pensamientos y a veces había dolor, y a veces, muy en segundo plano, oía a Annie, aquel tono de voz de cuando al quemar el manuscrito el fuego había amenazado con descontrolarse: «Bébetelo, Paul... ¡Tienes que hacerlo!».

¿«Deslizarse»?

No.

No era la palabra exacta. La palabra exacta era «hundirse». Recordaba una llamada telefónica a las tres de la madrugada (fue cuando estaba estudiando en la universidad). El encargado de la cuarta planta del *college* aporreando su puerta y diciéndole que fuera a contestar el puto teléfono. Su madre. «Ven a casa lo antes que puedas, Paul. Tu padre ha sufrido un ataque. Se está hundiendo.» Y, sí, había ido todo lo rápido que le permitía su camioneta Ford, poniéndola a ciento diez a pesar del traqueteo en el frontal que se disparaba en cuanto pasaba de ochenta, pero a la postre había sido en vano. Cuando llegó a casa, su padre ya no estaba hundiéndose, sino hundido del todo.

¿Hasta qué punto había estado en un tris de hundirse él también la noche de los hachazos? No podía decirlo, pero que no hubiera sentido apenas dolor durante la semana siguiente a la amputación era un indicador bastante claro de que le fue por los pelos. Eso, y el pánico en la voz de ella.

Había yacido en estado semicomatoso, respirando someramente debido a los efectos secundarios de la medicación, de nuevo con las vías de glucosa en los brazos. Y lo que sacó de aquello fueron los tambores y el zumbido de las abejas.

Tambores bourka.

Abejas bourka.

Sueños bourka.

Colores que lentamente pero sin pausa se concretaron en una tierra y una tribu que nunca traspasaron los márgenes del papel en que escribía.

Sonar con la diosa, con el *rostro* de la diosa que se cernía sobre el verde selvático, perturbadora y erosionada. Diosa oscura, oscuro continente, cabeza de piedra llena de abejas. Y superpuesta a todo ello una fotografía, que a medida que pasaba el tiempo

iba haciéndose más nítida (como una diapositiva gigante proyectada sobre la nube en la que yacía). Era la foto de un claro en el bosque, con un viejo eucalipto en medio. Y colgando de la rama más baja de dicho árbol había unas esposas antiguas, de acero pulido. Recubiertas de abejas. Las esposas estaban vacías. Y estaban vacías porque Misery había...

... ¿escapado? Sí, ¿verdad? ¿No era así como iba la historia?

Antes, sí; ahora no lo veía tan claro. Que las esposas estuvieran vacías, ¿significaba eso?, ¿o que a ella se la habían llevado? ¿La habían llevado al interior del ídolo, a presencia de la abeja reina, la Súper Reina de los bourkas?

Tú eras también Sherezade para ti mismo.

¿Para quién estás contando esta historia, Paul? ¿A quién se la cuentas? ¿A Annie?

No, claro que no. Él no miraba a través del agujero en el papel para ver a Annie, ni para complacerla... Miraba para *librarse* de Annie.

El dolor estaba regresando. Y también el escozor. La nube fue perdiendo densidad y se agrietó. Paul empezó a vislumbrar la habitación, mala cosa, y a Annie, lo cual era aún peor. Pero había decidido vivir. Una parte de él, adicta a los seriales como Annie lo había sido de pequeña, había decidido que no podía morirse hasta ver cómo acababa la historia.

¿Había escapado Misery con ayuda de Ian y Geoffrey?

¿O bien la habían llevado a la cabeza de la diosa?

Era ridículo, sí, pero parecía que esas estúpidas preguntas exigían una respuesta.

7

Ella, al principio, no quiso que se pusiera a trabajar otra vez. Paul le notó en los ojos el susto que había pasado —él había estado a punto de morir— y lo asustada que estaba todavía. Annie extremó los cuidados de forma exagerada; le cambiaba el vendaje del supurante muñón cada ocho horas (al principio, según le comunicó con el aire de quien sabe que nunca le van a dar una medalla por lo que hizo —aunque la merezca—, lo había hecho cada cuatro); le daba baños de esponja y friegas con alcohol... como para negar lo que le había hecho. Trabajar, le dijo, era contraproducente. «Podrías tener una recaída, Paul. No te lo diría si no fuera así, créeme. Tú al menos sabes lo que viene; yo me muero de ganas de descubrir qué pasará después.» Resultó que había leído todo lo que Paul había escrito —su trabajo postcirugía, por decirlo así—, mientras él se debatía entre la vida y la muerte... Algo más de trescientas páginas manuscritas. Paul no había rellenado las enes en las últimas cuarenta o así; lo hizo ella. Annie se lo mostró con una suerte de orgullo

inquietantemente retador. Sus enes eran como de libro de texto, nada que ver con las de él, que habían ido degenerando hasta ser un garabato con joroba.

Aunque ella no lo dijo, Paul tenía la certeza de que había rellenado las enes ya como otra muestra de su solicitud —«¿Cómo puedes decir que fui cruel contigo, Paul?, ¿no ves todas las enes que escribí por ti?»—, ya como acto de contrición, o quizá incluso como un ritual casi supersticioso: suficientes vendas cambiadas, suficientes baños de esponja, suficientes enes, y Paul tendría que vivir. *Mujer-abeja bourka hacer magia negra, bwana, llenar todas esas condenadas enes y todo ir bien.*

Así era como había empezado ella... pero luego vino el *tengo-que*. Paul conocía bien los síntomas. Cuando Annie decía que estaba impaciente por saber qué pasaría luego, no estaba bromeando.

Porque tú continuaste viviendo para averiguar lo que pasaba a continuación; es eso lo que estás diciendo en realidad, ¿no?

Aunque fuese una locura —vergonzoso incluso, de tan absurdo—, le pareció que sí.

El tengo-que.

Había descubierto, irritado, que era algo que podía generar en la serie *Misery* casi a voluntad, pero no en sus otros libros de ficción, o solo de manera irregular. Uno nunca sabía dónde encontrar exactamente el *tengo-que*, pero siempre sabía cuándo daba con él, y entonces la aguja de un contador Geiger interior saltaba hasta la otra punta del dial. Incluso sentado a la máquina de escribir con un poco de resaca, tomando repetidas tazas de café solo y masticando un antiácido cada par de horas (sabiendo que debía dejar el puto tabaco, al menos por la mañana, pero incapaz de decidirse a salvar el escollo), a meses de terminar el libro y a años luz de publicar, uno reconocía el *tengo-que* en cuanto lo tenía. En tales ocasiones, Paul se sentía un poco avergonzado, manipulador. Pero, por otra parte, lo vivía también como una justificación de su trabajo. ¡Los días que pasaban sin que el agujero en el papel fuera más que un punto, la luz siempre mortecina, las conversaciones sosas! Uno seguía esforzándose porque era lo único que podía hacer. Decía Confucio que para que crezca una sola hilera de mazorcas hay que echar una tonelada de estiércol. Y de repente un día el agujero se ensanchaba a tamaño VistaVisión y la luz penetraba cual rayo solar en una epopeya de Cecil B. De Mille, y uno sabía que había conseguido el *tengo-que*: allí estaba, vivito y coleando.

El *tengo-que*, como en: «Ya sé que debería ponerme a hacer la cena (él se enfadará si le sirvo otra vez comida preparada), pero es que tengo que ver cómo termina esto».

Tengo que saber si ella se salva.

Tengo que saber si él atrapará al desgraciado que mató a su padre.

Tengo que saber si ella descubre que su mejor amiga se está tirando a su marido.

El *tengo-que*. Tan vulgar como una paja en un bar de mala muerte, tan cojonudo como un polvo con la *escort* más habilidosa del mundo. Tío qué mal y tío qué bien y

tío al final daba lo mismo que hubiera sido una guarrada porque al final era como cantaba Michael Jackson en aquel disco: no pares hasta que te hartes.

8

Eras Sherezade para ti también.

Una idea que, entonces, no había sido capaz de articular o de entender siquiera; los dolores le impedían pensar. Pero saberlo sí que lo había sabido...

Tú no. Los tíos del taller clandestino. Ellos sí lo sabían.

Eso tenía el sello de lo verdadero.

El ruido del tractor cortacésped cobró fuerza. Annie apareció un momento en su campo visual. Lo miró, vio que él la miraba, y levantó una mano a modo de saludo. Él hizo lo propio —con la que conservaba el dedo pulgar—, y un momento después ella desapareció de nuevo. Mejor así.

Finalmente logró convencerla de que volver al trabajo le daría marcha, y no al revés... Estaba como poseído por aquellas imágenes tan específicas que habían logrado sacarlo de la nube; sí, «poseído» era la palabra: hasta que no las pusiera por escrito serían como la amenaza de un maleficio.

Y aunque ella no le creyó —no entonces—, tampoco puso reparos a que volviera al trabajo. Pero no porque él la hubiera convencido, sino por el *tengo-que*.

Al principio solo había sido capaz de trabajar en dolorosas tandas de quince minutos, media hora máximo si la historia se lo exigía. Pero incluso las tandas breves suponían un suplicio. Era cambiar apenas de postura y volver a la vida el muñón, tal como un hierro al rojo prende cuando lo aviva una brisa. Le dolía con verdadera furia mientras estaba escribiendo, pero no era eso lo peor; lo peor eran las dos horas siguientes, cuando el muñón lo atormentaba con una insistente comezón, como si tuviera dentro un enjambre de abejas adormiladas.

Y llevaba razón él, no ella. No acabó de encontrarse bien —en aquella situación quizá era imposible—, pero su salud mejoró y poco a poco fue recuperando fuerzas. Se daba cuenta de que el abanico de sus intereses se había estrechado, pero lo aceptaba como la factura de la supervivencia. Porque era un verdadero milagro que estuviera vivo todavía.

Sentado frente a la máquina de escribir con los dientes cada vez peor, rememorando un período que había consistido más en trabajo que en acontecimientos, Paul asintió con la cabeza. Sí, suponía que había sido su propia Sherezade, del mismo modo que era su propia mujer soñada cuando le daba por cascársela al ritmo febril de sus fantasías. No necesitaba que ningún psiquiatra le hiciese ver el lado autoerótico del hecho de escribir; le das a la máquina en lugar de

pajearte, pero ambas cosas dependían en gran manera de una estrategia de efectos rápidos, unas manos veloces y un sincero compromiso con el arte de lo rebuscado.

Pero ¿no había habido también una especie de polvo, aun en su variedad más seca? Porque en cuanto se puso a trabajar otra vez... bueno, no es que ella lo interrumpiera mientras estaba escribiendo, pero iba a controlar los resultados tan pronto como él terminaba, aparentemente para rellenar las letras que faltaban, pero en realidad —y esto lo sabía él ahora, del mismo modo que un hombre sexualmente perspicaz sabe qué ligues se abrirán de piernas al término de la velada y cuáles no— para conseguir su dosis. Para tener su *tengo-que*.

Los seriales. Sí. Volvamos a eso. Salvo que en los últimos meses Annie ha estado yendo a diario en lugar de solo los sábados por la tarde, y el Paul que la acompaña no es su hermano mayor, sino su escritor mascota.

Los ratos ante la máquina de escribir iban siendo cada vez más largos conforme el dolor iba menguando y él recuperaba una parte de su aguante... pero luego no conseguía escribir lo bastante rápido para satisfacer las exigencias de Annie.

El *tengo-que* que los había mantenido a ambos con vida —y así era, porque de lo contrario Annie ya habría acabado con los dos, no solo con él— era también la causa de que hubiera perdido un pulgar. Fue algo horrible, pero también gracioso en parte. *Concédete un poco de ironía, Paul; es bueno para la sangre.*

Y piensa que podría haber sido muchísimo peor.

En vez del pulgar, el pene, por ejemplo.

—Y de eso solo tengo uno —dijo, echándose a reír en la habitación vacía delante de la Royal y su antipática sonrisa desdentada. Se carcajeó a placer hasta que le dolieron la tripa y el muñón. Hasta que le dolió el *cerebro*. En un momento dado la risa derivó en sollozos secos que avivaron el suplicio en lo que quedaba de su pulgar izquierdo, y solo entonces fue capaz de parar. Se preguntó, un tanto aburrido, cuánto le faltaba para volverse loco.

Claro que eso, supuso, no importaba gran cosa.

9

Un día, poco antes de la pulgarectomía —quizá menos incluso de una semana—, Annie había entrado con dos platos gigantes de helado de vainilla, una lata de sirope de chocolate Hershey, un bote de Reddi-Whip y un tarro en el que flotaban, como muestras biológicas, cerezas al marrasquino de un color rojo sangre.

—Se me ha ocurrido preparar un postre helado, Paul —dijo Annie en un tono de voz espuriamente jovial. A Paul no le gustó. Ni el tono de voz ni su mirada inquieta, que parecía decir: *Soy una niña mala*. Eso lo puso en alerta, encendió todas las

alarmas. Nada más fácil que imaginársela exactamente con aquella mirada cuando puso un montoncito de ropa en la escalera, un gato muerto encima de otro.

—Vaya, pues muchas gracias —dijo, y la observó verter el sirope y presionar la válvula del bote para formar dos cumulonimbos de nata montada, todo ello con la pericia y la firmeza del adicto al azúcar de toda la vida.

—No hay de qué. Te lo mereces. Has estado trabajando mucho.

Le pasó el helado. Después del tercer mordisco, el dulzor se hacía empalagoso, pero Paul siguió comiendo. Era preferible. Una de las normas básicas de supervivencia en el pintoresco Western Slope era, a saber, *Cuando Annie te mima, no te la quites de encima*. Tras un rato en silencio, Annie dejó su cuchara, se limpió con el dorso de la mano un poco de sirope mezclado con vainilla semiderretida que tenía en el mentón y dijo afablemente:

—Cuéntame el resto.

—¿Disculpa? —dijo Paul, dejando también su cuchara a un lado.

—El resto de la historia. No puedo aguantar más. Necesito saberlo ya.

¿Acaso no sabía él que esto iba a pasar? Sí. Si alguien hubiera traído a casa de Annie los veinte rollos del nuevo serial de *Rocket Man*, ¿habría tenido ella la paciencia de mirar solo uno a la semana, o incluso uno al día?

Contemplando aquel alud semiderruido de helado de vainilla, una cereza casi sepultada en nata, otra flotando en sirope de chocolate, Paul recordó el aspecto de la sala de estar, con platos pringados de azúcar por todas partes.

No. Annie no era de las que sabían esperar. Se habría tragado los veinte episodios en una sola noche aunque se hubiera quedado bizca y con una jaqueca de narices.

Porque a Annie le gustaba el dulce.

—Eso no puedo hacerlo —dijo Paul.

La cara de ella se había ensombrecido de golpe, pero ¿no hubo también una sombra de alivio?

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

Porque mañana ya no me respetarías, pensó en responder. Tuvo que aguantarse. Cerrar bien la boca.

—Porque soy un podrido cuentista —fue lo que dijo en cambio.

Ella se zampó lo que le quedaba de helado en cinco enormes cucharadas que a Paul le habrían congelado la garganta en cuestión de segundos. Luego dejó el plato y lo miró enojada, no como si estuviera viendo al gran Paul Sheldon, sino a alguien que hubiera pretendido *criticar* al gran Paul Sheldon.

—Si eres un podrido cuentista, como tú dices, ¿cómo es que has escrito best sellers y que tus libros gustan a millones de personas?

—No he dicho que sea un podrido *escritor*. De hecho, resulta que me considero bastante bueno en *ese* sentido. Pero como *cuentista*, soy un desastre total.

—Te estás inventando una pajolera excusa, Paul. —El rostro cada vez más oscuro. Las manos convertidas ya en puños sobre la gruesa tela de su falda. El

huracán Annie estaba de vuelta. Quien sembraba vientos recogía tempestades, solo que las cosas ya no *habían* vuelto a ser igual, ¿verdad que no? Paul le tenía tanto miedo como siempre, pero el poder que ella ejercía sobre él había disminuido. Su vida ya no era tan importante como antes, con *tengo-que* o sin *tengo-que*. Lo único que le daba miedo era que le hiciese daño.

—No es ninguna excusa —había respondido—. Son cosas completamente diferentes, Annie. Por regla general, la gente que *cuenta* historias no sabe *escribir* historias. Si crees que la gente que sabe escribir es capaz de decir cosas interesantes, es que no has visto a un pobre novelista intentando responder preguntas en una entrevista por televisión.

—Ya, pero no quiero esperar —dijo ella, enfurruñada—. Te he preparado un postre, y lo menos que podrías hacer es contarme *algunas* cosas. No digo que tengas que explicarme toda la historia, de acuerdo, pero... ¿fue el barón quien mató a Calthorpe? —Sus ojos centellearon—. Es algo que me interesa *mucho* saber. Y si fue él, ¿qué hizo con el cadáver?, ¿está cortado a trocitos dentro de ese baúl del que su mujer no se aparta ni un segundo? Es lo que creo yo.

Paul meneó la cabeza, no para indicar que ella estaba en un error, sino para expresar que no iba a contarle nada.

Ella se puso casi negra, no obstante lo cual su voz sonó dulce al decir:

—Me estás haciendo enfadar, Paul. Tú te das cuenta, ¿verdad?

—Claro que me doy cuenta, pero no puedo evitarlo.

—Yo podría hacer que lo evites. Podría *obligarte* a evitarlo, obligarte a que me *cuentes*. —Pero se la veía frustrada, como si supiera que no era así. Podía obligarlo a decir algunas cosas, pero no obligarlo a contar.

—Annie, ¿recuerdas el día en que me explicabas lo que le dice un crío a su madre cuando ella ve que está jugando con el bote de lejía y le dice que pare? ¡*Eres mala, mamá!* Pues ahora es como si tú me estuvieras diciendo ¡*Eres malo, Paul!*

—Como me hagas enfadar más, no respondo de mí —dijo ella, pero Paul intuyó que la crisis había pasado; Annie era curiosamente vulnerable a los conceptos de disciplina y conducta.

—Me temo que tendré que correr ese riesgo —dijo él—, porque soy como esa madre; no digo que no porque sea malo ni para fastidiarte, digo que no porque lo que deseo es que te guste la historia... y si te doy lo que pides, no te va a gustar y ya no querrás saber nada.

¿Y qué será de mí entonces, Annie?, estuvo a punto de añadir.

—¡Al menos dime si es verdad que ese negro, Hezekiah, sabe dónde está el padre de Misery! ¡Dime eso al menos!

—¿Quieres la novela, Annie, o quieres que rellene un formulario?

—¡A mí no me hables en ese tono sarcástico!

—¡Pues no finjas que no entiendes lo que te digo! —le gritó Paul a su vez. Ella retrocedió un poco, sorprendida e inquieta. La oscuridad del rostro estaba

desapareciendo y lo único que permanecía era la extraña mirada de niña, aquella mirada de he-sido-mala—. ¡Quieres abrir la oca de oro en canal, como en el cuento! ¡En el fondo se trata de eso! Pero al final, cuando el granjero la abre, ¡no encuentra más que las tripas de una oca muerta y nada de valor!

—Está bien —dijo ella—. De acuerdo, Paul. ¿Te vas a terminar el helado?

—No me cabe más.

—Ya. Te has molestado. Lo siento. Imagino que tienes razón. No he hecho bien en preguntar. —Había recuperado totalmente la calma. Paul temió que entrara en una nueva fase de depresión o cólera profundas, pero no hubo tal. Retomaron la antigua rutina, Paul escribiendo, Annie leyendo lo escrito al final del día, y tanto tiempo había pasado entre la discusión y la pulgarectomía que Paul no llegaría a relacionarlas hasta mucho después.

Me quejé de la maldita máquina, pensó, mirándola ahora mientras el cortacésped seguía rugiendo de fondo. Pero el sonido le pareció menos áspero, y fue relativamente consciente de que no era porque Annie estuviera alejándose, sino porque quien se alejaba era *él*. De un momento a otro se iba a quedar dormido. Le ocurría a menudo, últimamente; dormitaba sin remedio como un anciano en una residencia.

No mucho, solo me quejé de la máquina esa vez. Pero con una bastaba, ¿no? De sobra. ¿Cuándo fue eso?, ¿una semana después del día en que apareció con su pringajoso postre helado? Sí, más o menos. Una semana y una queja. La queja era porque aquella tecla me estaba volviendo tarumba. Ni siquiera le insinué que comprara otra máquina en la tienda de Nancy Putimonger o como se llamara la mujer aquella, una máquina con todas las teclas intactas. Solo dije que aquel ruido me estaba volviendo tarumba, y luego, casi sin dar tiempo a nada, abracadabra, visto y no visto: el dedo gordo de la mano izquierda había pasado a mejor vida. Claro que no lo hizo porque yo me quejara de la Royal, no. Lo hizo porque me negué en redondo y ella no lo había aceptado. Fue un acto de venganza. Consecuencia de haberse dado cuenta. ¿Cuenta de qué? A ver, pues de que en realidad no dictaba ella todas las reglas, de que yo ejercía cierto control pasivo sobre ella. El poder del *tengo-que*. Resulta que no se me daba tan mal hacer de Sherezade.

Era de locos. Era gracioso. Y también era real. Muchos se mofarían, claro, pero solo porque no entendían hasta qué punto era omnipresente la influencia del arte (incluso en una variante tan degenerada como la narrativa popular). Muchas amas de casa organizaban sus tareas en función del serial de la tarde. Las que tenían que volver al trabajo daban máxima prioridad a la compra de un aparato de vídeo para poder ver esos seriales por la noche. Cuando Arthur Conan Doyle decidió matar a Sherlock Holmes en Reichenbach Falls, la Inglaterra victoriana reaccionó al unísono para exigir que lo devolviera a la vida. El tono de las protestas había sido como el de

Annie: no de pesar, sino de indignación. Hasta su madre se lo echó en cara cuando Doyle le comentó su intención de acabar con Holmes para siempre. La ultrajada respuesta llegó a vuelta de correo: «¿Matar al bueno del señor Holmes? Pero ¡qué insensatez! ¡Que no me entere yo!».

O también el caso de su amigo Gary Ruddman, que trabajaba en la biblioteca pública de Boulder. Paul había entrado un día a saludarlo y se encontró con que Gary tenía las persianas echadas y un crespón negro en la puerta. Preocupado, llamó varias veces hasta que su amigo le abrió por fin. «Vete», le dijo Gary. «Hoy estoy deprimido. Ha muerto alguien que era muy importante para mí.» Al preguntarle Paul quién se había muerto, Gary respondió con gesto cansino: «Van der Valk». Paul lo oyó alejarse hacia el interior, y aunque llamó otra vez a la puerta, su amigo hizo oídos sordos. Van der Valk era un personaje de ficción, un inspector creado —y des-creado más adelante— por un tal Nicolas Freeling, novelista.

Paul quedó convencido de que la reacción de Gary había sido más que falsa; le pareció postiza y veleidosa. Una pose, en otras palabras. Hasta que leyó *El mundo según Garp* en 1983 y cometió el gran error de leer, poco antes de acostarse, la escena en que el hijo pequeño de Garp muere empalado por una palanca de cambio de marchas. Hasta varias horas después no pudo conciliar el sueño. La escena se repetía una y otra vez en su cerebro. Mientras se agitaba en la cama, insomne, la idea de que era absurdo llorar la pérdida de un personaje de ficción se le hizo más que patente. Y es que se trataba de eso exactamente, de llorar una pérdida. Identificar la causa no le sirvió de nada, pero hubo un momento en que se preguntó si Gary Ruddman no habría sido mucho más sincero sobre la muerte de Van der Valk de lo que él había pensado en su momento. Lo cual sacó a la superficie otro recuerdo: terminar de leer *El señor de las moscas* de William Golding, un día de mucho calor, ir a la nevera para servirse un vaso de limonada fría y de repente cambiar de dirección, y también de paso —de normal a esprint—, para acabar vomitando en el inodoro del cuarto de baño.

Paul recordó otros ejemplos de tan extraña manía: cómo la gente se apiñaba cada mes en los muelles de Baltimore cuando estaba previsto que llegara el paquete con la nueva entrega de *La pequeña Dorrit* o de *Oliver Twist*, de Dickens (algunos se ahogaron, lo que no disuadió al resto); la anciana de ciento cinco años que declaró que viviría hasta que Galsworthy terminara *La saga de los Forsyte*... y que falleció menos de una hora después de hacer que le leyeran la última página del último volumen de la serie; el joven montañero hospitalizado con lo que parecía ser un caso grave de hipotermia cuyos amigos le habían leído sin parar *El señor de los anillos*, relevándose las veinticuatro horas del día, hasta que el montañero salió del coma; y cientos de incidentes similares.

Suponía que todo autor «de éxito» debía de tener uno o más ejemplos de implicación lectora radical en los mundos de fantasía creados por el escritor... Ejemplos del complejo de Sherezade, pensó ahora, medio dormido mientras el sonido

del cortacésped de Annie disminuía o aumentaba como un eco en la distancia. Recordó haber recibido dos cartas proponiendo un parque temático sobre Misery, en la onda de Disneylandia o la Gran Aventura. En una de las cartas se adjuntaba un plano hecho de cualquier manera. Pero el ganador del primer premio (al menos hasta la aparición de Annie Wilkes) era la señora Roman D. Sandpiper III, de Ink Beach (Florida). La señora Roman D. Sandpiper, cuyo nombre de pila era Virginia, había convertido una habitación de su casa en el Salón de Misery. Tenía allí polaroids de la Rueda de Misery, del Buró de Misery (con una inconclusa nota de agradecimiento al señor Faverey diciendo que asistiría el 20 de noviembre *del corriente* al recital en el salón de actos; escrita en una letra que a Paul le pareció enigmáticamente adecuada para su heroína, no de trazos fluidos y redondeados como era propio de una dama, sino con una caligrafía mucho menos femenina), el Diván de Misery, el Dechado de Misery (*Deja que el amor te dé lecciones; No oses dar lecciones al amor*), etc., etc. El mobiliario, decía en su carta la señora Roman D. («Virginia») Sandpiper, era todo él auténtico, no una reproducción, y aunque Paul no podía estar seguro de ello, suponía que era verdad. De ser así, este capricho debía de haberle costado a la señora Roman D. («Virginia») Sandpiper sus buenos miles de dólares. La señora Roman D. («Virginia») Sandpiper se apresuraba a asegurarle que ella no utilizaba su personaje para ganar dinero y que tampoco tenía planes en ese sentido —¡Dios la liblara!—, pero que le *encantaría* que Paul viera las fotos y le dijese si algo estaba mal (como sin duda debía de ser el caso). La señora Roman D. («Virginia») Sandpiper confiaba también en que le diera su opinión. Mirando aquellas fotos Paul había tenido una sensación extraña y a la vez misteriosamente intangible; era como mirar fotografías de su propia imaginación, y supo que de entonces en adelante, siempre que tratara de imaginar la salita-estudio de Misery, inmediatamente le vendrían a la cabeza las polaroids de la señora Roman D. («Virginia») Sandpiper, entorpeciendo su imaginación con su alegre pero unidimensional especificidad. ¿Decirle *a ella* si algo estaba mal? Eso sería una locura. A partir de ahora, iba a ser él quien se hiciera esa pregunta. Le había escrito una breve nota felicitándola —una nota que no incidía en absoluto en diversas preguntas que se le habían pasado por la cabeza en relación con la señora Roman D. («Virginia») Sandpiper: por ejemplo, ¿hasta qué punto estaba enganchada a él?—, y había recibido otra carta en respuesta con más polaroids. La primera misiva de la señora Roman D. («Virginia») Sandpiper había consistido en una carta de dos páginas escritas a mano y siete polaroids. La segunda, en una carta de diez páginas escritas a mano y *cuarenta* polaroids. La carta era un exhaustivo (y, en definitiva, extenuante) manual de dónde había encontrado la señora Roman D. («Virginia») Sandpiper cada una de las piezas, cuánto había pagado por ellas y los procesos de restauración subsiguientes. La señora Roman D. («Virginia») Sandpiper conocía a un tal señor McKibbon que tenía una carabina vieja, y le contaba que le había pedido que hiciera un agujero de bala en la pared al lado de la silla; aunque la señora Roman D. («Virginia») Sandpiper confesaba no poder asegurar si el arma era

históricamente adecuada, sí estaba segura en cuanto al calibre. La mayoría de las fotos eran primeros planos de detalles. Pero, a juzgar por las anotaciones a mano en el reverso, podrían haber sido instantáneas de la sección ¿QUÉ ES ESTA FOTO? de una revista de pasatiempos, donde la macrofotografía consigue que la parte recta de un sujetapapeles parezca un poste de alta tensión y la anilla de una lata de cerveza, una escultura de Picasso. Esta vez Paul no había respondido, lo cual no consiguió disuadir a la señora Roman D. («Virginia») Sandpiper de enviarle cinco cartas más (las cuatro primeras con nuevas polaroids) antes de sumirse en un perplejo y ligeramente dolido silencio.

La última carta iba escuetamente firmada «Señora Roman D. Sandpiper». La tácita invitación (aun entre paréntesis) a llamarla «Virginia» había sido retirada.

Los sentimientos de aquella mujer, por obsesivos que hubieran podido ser, no habían derivado en la fijación paranoide de Annie Wilkes, pero Paul comprendió ahora que en ambos casos la fuente era la misma: el complejo de Sherezade. El profundo y elemental poder de atracción del *tengo-que*.

La sensación de flotar aumentó. Se quedó dormido.

10

Aquellos días dormitaba como dormitan los viejos, de buenas a primeras y a veces en momentos inapropiados, y la calidad de su sueño era la misma que la de los viejos, es decir, siempre a un paso del mundo de vigilia. No dejó de oír el tractor cortacésped, pero el ruido se volvió más intenso, más áspero, más cortante: el sonido del cuchillo eléctrico.

Había escogido el peor día para quejarse de la Royal y de la ene ausente. No es que existiera un día *bueno* para decirle no a Annie Wilkes, por supuesto. El castigo podía postergarse... pero tarde o temprano llegaba.

«Bueno, si tanto te molesta, te voy a dar algo para que dejes de pensar en esa vieja ene.» La oyó rebuscar en la cocina, tirar cosas, maldecir en su extraño idioma particular. Diez minutos más tarde aparecía con la jeringa, el Betadine y el cuchillo eléctrico. Paul se puso a gritar al instante. Era, en cierto modo, como el perro de Pavlov. Cuando Pavlov hacía sonar un timbre, los perros salivaban. Cuando Annie entró en el cuarto de huéspedes con una hipodérmica, un frasco de Betadine y un afilado objeto punzante, Paul empezó a gritar. Ella había enchufado el cuchillo a la toma de corriente que había junto a la silla de ruedas, y él había suplicado y gritado y prometido que sería bueno. Y cuando intentó apartarse de la aguja, ella le dijo que se estuviera quieto y que fuera bueno o lo que iba a pasar pasaría igual pero sin el beneficio de un poco de anestesia. Comoquiera que él seguía debatiéndose para que

no le pinchara, gimiendo y suplicando, Annie dijo que si era así como se sentía, tal vez fuera más práctico que le rajara la garganta y así acabar de una vez.

Él entonces se había quedado quieto para que le pusiera la inyección, y esta vez el Betadine había caído sobre su pulgar izquierdo así como la hoja del cuchillo (una vez lo hubo conectado y la hoja inició su rápido movimiento de sierra, gotitas de Betadine de color granate salieron volando sin que ella pareciera darse cuenta), y al final, claro, hubo también una buena rociada de gotitas más rojas. Y es que cuando a Annie se le metía una cosa entre ceja y ceja, iba siempre hasta el final. No se dejaba convencer por más que uno suplicara, por más que uno chillara. Sus convicciones le daban el coraje necesario.

Cuando el vibrante y zumbante filo penetró en la telilla de carne entre el futuro pulgar difunto y su dedo índice, ella volvió a asegurarle en aquel tono de voz de esto-le-duele-más-a-mamá-de-lo-que-te-duele-a-ti-Paulie que lo quería.

Y luego, aquella noche...

No estás soñando Paul. Estás pensando cosas en las que no te atreves a pensar cuando estás despierto. Así que despierta ya. Por el amor de Dios, ¡DESPIERTA!

Y no podía despertarse.

Ella le había cortado el pulgar por la mañana y esa misma noche entraba la mar de contenta en la habitación donde él permanecía en un estúpido limbo de droga y dolor con la mano izquierda vendada y pegada al pecho. Traía una tarta y estaba cantando «Cumpleaños feliz» a pleno pulmón con aquella voz afinada pero nada melodiosa a pesar de que no era el cumpleaños de Paul y la tarta llevaba un montón de velas y en el centro exacto, incrustado como una vela extragrande, estaba el pulgar ajusticiado, pulgar gris con la uña un poco mellada porque él a veces se la mordía cuando se quedaba atascado en una palabra, y ella le dijo: «Si prometes que serás bueno, te dejo comer tarta de cumpleaños, pero no hace falta que pruebes ni un trocito de la vela especial», y él le prometió que sería bueno porque no quería que lo obligara a comer ni un trocito de la vela especial, pero sobre todo porque a buen seguro Annie era increíble Annie era buena demos gracias por los alimentos que vamos a tomar incluido lo que no vamos a tomar las chicas solo quieren pasarlo bien pero aquí hay algo perverso por favor no me hagas comer el dedo Annie la madre Annie la diosa cuando Annie está en casa más te vale decir la verdad porque ella sabe cuándo has estado durmiendo sabe cuándo estás despierto sabe si te has portado mal o bien o sea que sé bueno por el amor de la diosa procura no llorar procura no hacer pucheros pero sobre todo procura no gritar no grites no grites no grites no

No gritó.

Y al despertar ahora, lo hizo con un sobresalto que le produjo pinchazos en todo el cuerpo, apenas consciente de que tenía los labios muy apretados para cortar el paso al grito, y eso que había pasado ya un mes desde la pulgarectomía.

Tan obsesionado estaba con no gritar que, por un momento, ni siquiera vio lo que estaba entrando por el camino de acceso, y cuando sí lo vio, al principio creyó que se

trataba de un espejismo.

Era un coche patrulla de la policía estatal de Colorado.

11

Posteriormente a la amputación y durante un borroso período, el mayor logro individual de Paul, aparte de trabajar en la novela, había sido llevar la cuenta de los días. Era ya una manía, hasta el punto de que podía tirarse cinco minutos enteros haciendo la cuenta atrás para asegurarse de no haber pasado por alto ningún día.

Acabaré tan mal como ella, pensó una vez.

Recibió de su cerebro una cansina respuesta: *Qué más da.*

Había adelantado bastante con el libro después de perder el pie, en esa fase que Annie había denominado con tanto remilgo su «período de convalecencia». No: *bastante* era falsa modestia, si es que tal cosa existía. Había adelantado *muchísimo* para ser alguien a quien en otro tiempo le resultaba imposible escribir si se quedaba sin tabaco o le dolía la espalda, o la cabeza, un poco más de lo normal. Por más que le tentara creer que se había portado como un héroe, probablemente no fue más que la vieja vía de escape, porque los dolores habían sido espantosos. Cuando el proceso de curación empezó de verdad, le pareció que el «picor fantasma» del pie que ya no estaba donde antes era más insufrible aún que el dolor. Le torturaba especialmente el arco del pie. En mitad de la noche se despertaba con el dedo gordo del pie derecho rascando el aire diez centímetros más abajo de donde terminaba ahora su cuerpo en ese lado.

A pesar de lo cual, había continuado trabajando.

Las pelotas de papel arrugado no empezaron a proliferar en la papelera hasta después de la pulgarectomía (y del episodio con la estrafalaria tarta de cumpleaños que parecía sacada del rodaje de *¿Qué fue de Baby Jane?*). Quedarse sin un pie, estar a punto de palmarla y seguir trabajando. Perder un pulgar y verse inmerso en una especie de problemático enigma laboral. ¿No debería ser al revés?

Bueno, claro, la fiebre; lo tuvo una semana entera encamado, pero tampoco había motivo para alarmarse. A lo máximo que llegó el termómetro fue a 38,1, y eso no daba para un melodrama de altos vuelos. Su cochambroso estado general, y no una infección, había sido sin duda la causa de la fiebre. Pero unas decimitas no eran problema para Annie, teniendo como tenía antibióticos a punta pala entre sus otros souvenirs hospitalarios. Le administró varias dosis y Paul se encontró mejor... o, en cualquier caso, todo lo mejor que era posible encontrarse en aquellas singulares circunstancias. Pero algo no andaba bien. Tenía la sensación de haber perdido un ingrediente vital, lo que hacía que el combinado fuera mucho menos potente. Intentó achcarlo a la ene que faltaba, pero ya había bregado antes con ese problema, y, la

verdad, ¿qué era una tecla de menos comparada con un pie de menos y, ahora, para rematarlo, con un pulgar de menos?

Por una u otra razón, algo había perturbado el sueño, algo estaba reduciendo la circunferencia de aquel agujero en el papel a través del cual veía. Hubo un momento —¿podría haber jurado que fue así!— en que el agujero era tan grande como la entrada al túnel Lincoln, mientras que ahora no pasaba de ser ese pequeño boquete por el que el típico curioso espiaría un interesante edificio en construcción. Había que estirar el cuello para ver algo, y las más de las veces las cosas de genuino interés pasaban fuera de tu campo visual... lo que no era de extrañar, siendo el campo visual tan limitado.

En la práctica, lo que había ocurrido a raíz de la pulgarectomía y del brote de fiebre subsiguiente no podía ser más obvio. La prosa del libro se había vuelto otra vez recargada y pretenciosa; no era del todo autoparodia, de momento, pero iba cada vez más en esa dirección y Paul parecía incapaz de ponerle freno. Habían empezado a surgir lapsos de continuidad con el mismo sigilo con que procrean las ratas en rincones de sótano: a lo largo de treinta páginas, el barón se había transformado en el vizconde de *La búsqueda de Misery*. Paul había tenido que volver atrás y mandarlo todo a la papelera.

No tiene importancia, se repitió a sí mismo en aquellos últimos días antes de que la Royal escupiera primero la te y luego la e, ya tienes el libro casi listo. Y así era. Trabajar en él era una tortura y terminarlo iba a significar el fin de su vida. Que esto último empezara a parecerle ligeramente más atractivo que lo primero lo decía casi todo sobre el empeoramiento progresivo de su cuerpo, de su mente, de su espíritu. Pese a ello, el libro seguía avanzando, como si no dependiera de ninguna de esas tres cosas. Los fallos de continuidad eran molestos pero menores. Ahora lo que le daba más problemas era la estricta fantasía: el juego del ¿Puedes? había degenerado en un fatigoso ejercicio, ya no era pura y sana diversión. Pero el libro había salido adelante a pesar de las cosas horribles a las que Annie lo había sometido, y Paul podía muy bien quejarse de que algo —tal vez sus agallas— había abandonado su cuerpo junto con el cuarto de litro de sangre perdido en la amputación del pulgar, pero seguía siendo una historia buenísima, la mejor de todas sus novelas sobre Misery. La trama, aun siendo melodramática, estaba bien armada y era, dentro de sus modestas pretensiones, bastante entretenida. Si alguna vez llegaba a publicarse fuera de la extremadamente limitada Edición Annie Wilkes (primera impresión: un solo ejemplar), Paul creía que las ventas podían ser espectaculares. Sí, señor, intentaría llegar hasta el final... siempre y cuando la maldita Royal no se le desmontara del todo.

Con lo dura que se suponía que eras, había pensado una vez tras uno de sus compulsivos ejercicios de levantamiento de máquina. Sus bracitos temblaban, el muñón del pulgar le dolía horrores, la frente estaba recubierta de una oleosa pátina de sudor. Dura como el joven pistolero que buscaba hacerse famoso a expensas de un

viejo chocho de sheriff, ¿verdad? Solo que ya has soltado una tecla y estoy viendo que algunas más (la te, la e y la ge, por ejemplo) llevan el mismo camino, unas veces se inclinan hacia un lado, otras veces hacia el contrario, unas veces quedan un poquito altas, otras veces un poquito bajas. Me temo, amigo pistolero, que esta vez el viejo chocho lleva las de ganar. Me temo que el viejo chocho te va a dar una paliza de muerte... y es posible que esa zorra lo supiera. Puede que fuera por eso que me cortó el pulgar *izquierdo*. Como dice el refrán, estará loca pero no tiene un pelo de tonta.

Paul había mirado la máquina con fatigada intensidad.

Adelante. Venga, rómpete. Terminaré igual. Si ella quiere conseguirme otra máquina, se lo agradeceré, pero si no, terminaré el libro escribiendo en mis malditos blocs.

Lo que no pienso hacer es gritar.

No gritaré.

No, señor.

12

¡No gritaré!

Estaba sentado junto a la ventana, por fin despierto del todo, plenamente consciente de que el coche patrulla que estaba viendo en el camino de acceso era tan real como lo había sido su pie izquierdo.

¡Grita, maldita sea tu estampa! ¡Grita!

Quería gritar, pero el dictamen era demasiado fuerte, demasiado. No fue capaz ni de abrir la boca. Lo intentó y vio volar gotitas marronáceas de Betadine de la hoja del cuchillo eléctrico. Lo intentó y oyó el chillido del hacha separándose del hueso, el suave flop cuando la cerilla que Annie sostenía en la mano encendió el Bernz-O-matic.

Intentó abrir la boca y no pudo.

Intentó levantar los brazos. No pudo.

Un gemido horrible traspasó la barrera de sus labios cerrados y sus manos ejecutaron un ligero y caprichoso tamborileo a cada lado de la Royal, pero eso fue todo lo que se vio capaz de hacer, todo el control de su destino que fue capaz de tomar. Nada de lo ocurrido hasta entonces —salvo, tal vez, el momento en que había comprendido que, aunque su pierna izquierda se movía, el pie de ese lado estaba quieto— fue tan espantoso como el infierno de su inmovilidad. En tiempo real duró poco, unos cinco segundos quizá, menos de diez seguro, pero dentro de su cabeza pareció que duraba una eternidad.

Tenía la posibilidad de salvación al alcance de la mano: todo lo que debía hacer era romper la ventana, y el cerrojo que aquella zorra le había puesto en la lengua, y

gritar: *¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Sálvenme de Annie! ¡Sálvenme de la diosa!*

Al mismo tiempo, otra voz gritaba: *¡Seré bueno, Annie! ¡No gritaré! ¡Me portaré bien, por el amor de la diosa! ¡Prometo que no gritaré, pero no me cortes nada más!* ¿Sabía, antes de que eso pasara, sabía *realmente* hasta qué extremo lo había convertido ella en un cobarde, cuánto de su esencia (el hígado y los pulmones de su espíritu) le había arrancado? Era consciente de haber sido víctima de un terror sostenido, pero ¿sabía hasta qué punto su realidad subjetiva, antaño tan fuerte que llegó a subestimarla, había sido eliminada?

Una cosa sí sabía con relativa certeza: le pasaban cosas peores que la parálisis en la lengua, del mismo modo que había cosas mucho peores en lo que llevaba escrito que la tecla ausente o la fiebre o los lapsos de continuidad o incluso que la pérdida de agallas. Todo ello respondía a una verdad horripilante y aterradora, de tan simple como era. Se estaba muriendo poco a poco, pero morir así no era tan malo como él había temido. Pero es que además se estaba *desvaneciendo*, y eso era tanto más espantoso cuanto que era una imbecilidad.

¡No grites!, gritó sin embargo la voz del pánico mientras el policía abría la puerta de su coche patrulla y se ajustaba el sombrero del oso Smokey al apearse. Era joven, no tendría más de veintidós o veintitrés años, y llevaba unas gafas de sol tan negras y de aspecto tan líquido como una cucharada de petróleo crudo. Se detuvo un momento para ponerse bien las pinzas del pantalón caqui de uniforme. A treinta metros de distancia, un hombre de ojos azules que parecían saltar de su cara de viejo, pálida y mal afeitada, estaba mirándolo desde el otro lado de una ventana, gimiendo con los labios apretados mientras sus manos tamborileaban inútilmente sobre una tabla atravesada sobre los brazos de una silla de ruedas.

no grites

(sí, grita)

grita y todo habrá terminado, grita y será el fin

(*no esto no acabará nunca no hasta que esté muerto ese poli joven no es rival para la diosa*)

Paul, demonios, ¿estás muerto ya? *¡Grita, gallina de los cojones! ¡¡¡GRITA HASTA DESGAÑITARTE, CABRÓN!!!*

Sus labios se separaron con un ruido minúsculo de desgarró. Metió un poco de aire en sus pulmones y cerró los ojos. No tuvo la menor idea de lo que iba a salir o de si iba a salir algo siquiera... hasta que pasó.

—*¡ÁFRICA!* —Al tiempo que esto gritaba, sus temblorosas manos alzaron el vuelo como pajarillos asustados y se pegaron a los costados de su cabeza, como para impedir que le explotaran los sesos—. *¡África! ¡África! ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡África!*

Abrió los ojos de golpe. El agente estaba mirando hacia la casa. Paul no pudo verle los ojos a Smokey debido a las gafas de sol, pero la inclinación de su cabeza denotaba cierta perplejidad. El poli dio un paso y luego se detuvo.

Paul bajó la vista. En la tabla, a la izquierda de la máquina de escribir, había un pesado cenicero de cerámica. En otro tiempo habría rebosado de colillas, pero ahora no contenía nada más peligroso para su salud que unos sujetapapeles y una goma de borrar. Agarró el cenicero y lo lanzó contra la ventana. Cristales rotos salieron despedidos hacia el exterior. Paul no había oído en su vida un ruido tan liberador. Los muros se vienen abajo, pensó, sumido en una especie de vértigo, y luego gritó:

—¡Aquí! ¡Socorro! ¡Cuidado con la mujer! ¡Está loca!

El agente lo miró. Boquiabierto. Se llevó la mano al bolsillo de la pechera y extrajo algo que solo podía ser una foto. Después de mirarla, fue hacia el borde del camino de acceso. Una vez allí, pronunció las tres únicas palabras que Paul llegaría a oír de sus labios, las tres últimas palabras que *alguien* llegó a oír de sus labios. Después de decirlas emitiría unos sonidos no articulados, que no fueron realmente palabras.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Es usted!

Tan sumamente concentrado estaba Paul en el policía, que no vio a Annie hasta que ya era demasiado tarde. Y al verla, un terror supersticioso se apoderó de él. Se había *transformado* en diosa, un ser mitad mujer y mitad Lawn Boy, un extraño centauro hembra. Había perdido la gorra de béisbol. Su semblante se había paralizado en mitad de un gruñido. Sujetaba en una mano una cruz de madera. Esa cruz había señalado la sepultura de la vaca —Paul no recordaba si la número 1 o la número 2—, que por fin había dejado de mugir.

Porque la vaca en cuestión se había muerto. Y cuando la primavera hubo reblandecido suficientemente el suelo, Paul había mirado desde su ventana —unas veces patitioso de sobrecogimiento, otras veces presa de escandalosos accesos de risa— cómo ella primero cavaba la tumba (había tardado casi todo el día en hacerlo) y arrastraba después a la vaca (que también se había reblandecido lo suyo) desde la parte trasera del establo, utilizando para ello una cadena enganchada al acople para remolques del Cherokee; el otro extremo de la cadena lo había arrollado a la panza del bovino. Paul apostó mentalmente consigo mismo a que la vaca se partiría en dos antes de llegar al hoyo, pero perdió. Annie empujó hasta meterla dentro y luego se puso a rellenar impasible el agujero, tarea que no logró terminar hasta que fue noche cerrada.

Paul la había visto poner la cruz y luego leer la Biblia junto a la tumba a la luz de una luna de primavera recién salida.

Ahora esgrimía la cruz como si fuera una lanza, el extremo sucio de tierra del palo vertical apuntando a la espalda del policía.

—¡Cuidado! ¡Detrás de usted! —chilló Paul, a pesar de saber que ya era tarde.

Soltando una especie de gorgorito guerrero, Annie hundió la cruz en la espalda del agente.

—¡*AGH!* —exclamó él, dando unos pasos hacia el césped, la espalda arqueada y las tripas asomando por delante. La cara que ponía era la de alguien que intentara expulsar un cálculo renal, o que estuviera sufriendo un fuerte acceso de gases. La cruz empezó a inclinarse hacia el suelo conforme el policía se aproximaba a la ventana de Paul, cuyo rostro gris de inválido aparecía enmarcado por la luna rota. El policía se llevó lentamente los brazos a la espalda, por encima de los hombros, mirando a Paul como si intentara por todos los medios rascarse en ese punto al que no hay modo de llegar.

Annie, que se había apeado del Lawn Boy y se había quedado tiesa como un palo, los dedos formando sendas tiendas sobre las cúpulas de sus pechos, se lanzó ahora hacia delante y le arrancó la cruz al policía.

El hombre se volvió hacia ella haciendo ademán de sacar su arma reglamentaria, momento en que Annie le hincó la punta de la cruz en la barriga.

—¡*OGH!* —dijo esta vez el policía, y cayó de rodillas agarrándose la tripa. Al inclinarse, Paul le vio el rasgón en la camisa del uniforme, allí donde ella lo había ensartado la primera vez.

Annie volvió a arrancar la cruz —la afilada punta se había resquebrajado dejando un muñón erizado de astillas— y se la hincó entre los omóplatos. Parecía que intentara matar a un vampiro. Las dos primeras estocadas tal vez no habían penetrado lo suficiente para causar verdaderos destrozos, pero esta vez el palo de apoyo de la cruz penetró más de siete centímetros en la espalda del genuflexo agente, mandándolo al suelo.

—¡*TOMA YA!* —gritó ella, y recuperó de un tirón la cruz conmemorativa—. *¿QUÉ TE HA PARECIDO ESO, EH, PAJARRACO?*

—¡Basta, Annie! —gritó Paul.

Ella lo miró, sus ojos momentáneamente brillantes como monedas, sus greñas mohosas pegadas a la cara, las comisuras de la boca tensas en el rictus jovial del lunático que, siquiera por un instante, se ha desprendido de toda inhibición. Luego volvió a mirar al agente de policía.

—¡*TOMA YA!* —gritó, hincándole de nuevo la cruz en la espalda. Y en el trasero. Y en la parte superior de uno de los muslos. Y en el codo. Y en la entrepierna. Lo asaltó una docena de veces gritando «¡*TOMA YA!*» en cada una, hasta que el montante de la cruz se partió—. Toma ya —dijo Annie, casi como si conversara con él, y se alejó por donde había llegado corriendo. Antes de salir del campo visual de Paul, arrojó la cruz manchada de sangre como si hubiera dejado de interesarle.

Paul apoyó las manos en las ruedas de la silla sin saber bien adónde pensaba ir ni qué pensaba hacer, si es que pensaba hacer algo, cuando llegara; ¿quizá a la cocina a por un cuchillo? Oh, pero no para intentar matarla, porque Annie lo vería cuchillo en mano e iría corriendo al cobertizo a por su escopeta. No para matarla, sino para defenderse de su venganza abriéndose las muñecas. No supo si su intención había sido esa, pero vaya si no le pareció una idea buenísima, porque si alguna vez había habido un momento para hacer mutis por el foro, era este. Ya estaba harto de perder partes de su anatomía porque ella se pusiera furiosa.

Entonces vio algo que lo dejó tieso.

El poli.

El poli, que no se había muerto.

Levantó la cabeza. Las gafas se le habían caído al suelo y Paul pudo verle los ojos. Pudo ver lo joven que era, joven y herido y asustado. Le chorreaba sangre por la cara. El chico logró ponerse a cuatro patas, cayó de bruces y con mucho esfuerzo se incorporó otra vez y empezó a arrastrarse hacia el coche patrulla.

Consiguió llegar hasta la mitad de la cuestecita de hierba que separaba la casa del camino de acceso y luego perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Quedó así un momento, patas arriba, tan indefenso como una tortuga del revés. Poco a poco, giró hacia un costado e inició la horrible tarea de ponerse otra vez de rodillas. La camisa y el pantalón de uniforme estaban cada vez más oscuros; manchas pequeñas de sangre se hacían más grandes, chocaban con otras, se agrandaban todavía más.

El Smokey llegó al camino de acceso.

De repente el ruido del cortacésped aumentó.

—*¡Cuidado!* —le advirtió Paul gritando—. *¡Cuidado, que viene!*

El policía volvió la cabeza. Su rostro expresó desconcierto y alarma. Hizo ademán de sacar su pistola. Esta vez sí pudo (era una cosa negra enorme con un cañón largo y cachas de madera), pero entonces apareció Annie, erguida en el asiento y forzando el motor del Lawn Boy todo lo que daba de sí.

—*¡DISPARA!* —gritó Paul, y el poli, en vez de disparar contra Annie Wilkes, titubeó y aquel pedazo de arma digna de Harry el Sucio se le cayó al suelo.

Alargó una mano para cogerla. Annie dio un volantazo y le pasó por encima, mano y antebrazo. Un impresionante chorro de sangre escapó por la parte trasera del tractor. El muchacho con disfraz de policía soltó un grito. Un instante después se oía un sonoro clang, el impacto de la cuchilla del Lawn Boy con el arma de fuego. Annie se desvió entonces hacia el césped lateral, a fin de virar lo más rápido posible, y su mirada captó a Paul apenas un segundo. A él no le cupo la menor duda de qué significaba aquella mirada: primero el Smokey, después él.

El chaval, al ver que el tractor se le echaba encima, giró sobre su espalda e hincó frenéticamente los talones en la tierra del camino, con la intención de colarse debajo del coche patrulla.

Ni acercarse pudo. Annie aceleró hasta que el motor del cortacésped se puso a rugir y le pasó por encima de la cabeza.

Paul captó una última imagen de aquellos aterrados ojos castaños, jirones de camisa caqui colgando de un brazo que intentaba protegerse en vano, y cuando los ojos desaparecieron, Paul apartó la vista.

El motor del Lawn Boy perdió súbitamente intensidad y hubo una rápida secuencia de ruidos sordos, extrañamente líquidos.

Paul vomitó a un lado de la silla, los ojos cerrados.

15

Y cerrados los mantuvo hasta oír el traqueteo de la llave en la puerta de la cocina. La puerta de su cuarto estaba abierta, así que pudo verla acercarse por el pasillo con sus viejas botas marrones de cowboy, sus vaqueros —de una de cuyas presillas colgaba el llavero— y la camiseta de hombre ahora manchada de sangre. Se encogió nada más verla. Quería decirle: Annie, si me cortas algo más, me voy a morir. Y no será necesario el trauma de otra amputación, porque me moriré adrede. Pero no le salieron palabras, solo un farfulleo de pánico que le asqueó.

De todos modos, ella no le dio tiempo a hablar.

—A ti te voy a apañar luego —dijo, y cerró la puerta del cuarto. Paul la oyó introducir una llave en la cerradura (una Kreig nueva que, pensaba Paul, habría podido con el mismísimo Tom Twyford) y alejarse a grandes trancos por el pasillo, sus tremendas pisadas disminuyendo afortunadamente de volumen.

Paul volvió la cabeza y miró desanimado por la ventana. Solo vio una parte del cuerpo del policía; la cabeza seguía debajo del cortacésped, que estaba, a su vez, inclinado como un borracho contra el coche patrulla. Era como un tractor en pequeño y estaba pensado para recortar y segar extensiones de césped más grandes de lo normal. No lo habían diseñado para que no volcara al pasar por encima de piedras gordas, leños sueltos o cabezas de polis estatales. De no haber estado el coche patrulla exactamente donde estaba, y de no haber llegado el agente exactamente hasta donde consiguió llegar antes de que Annie lo arrollara, casi seguro que el cortacésped habría volcado, tirándola a ella. Lo cual quizá no le habría causado ninguna herida de importancia, pero dolerle seguro que le habría dolido.

Tiene la suerte del mismísimo diablo, pensó Paul, espantado, mientras la veía poner el vehículo en punto muerto y apartarlo luego del poli de un único y poderoso empujón. El cortacésped arañó ruidosamente el costado del coche, arrancando un poco de pintura.

Ahora que estaba muerto, Paul se atrevió a mirarlo. Parecía un muñeco grande que hubiera sido maltratado por una pandilla de niños malos. Paul sintió una horrible

y dolorosa empatía por aquel joven sin nombre, pero mezclada con otro sentimiento, que, una vez lo hubo analizado, descubrió sin mucha sorpresa que se trataba de envidia. El poli no volvería a ver a su mujer ni a sus hijos, suponiendo que tuviera una o ambas cosas, pero en cambio se había librado definitivamente de Annie Wilkes.

Annie agarró una de aquellas manos manchadas de sangre y tiró del cuerpo hacia el establo, cuyas puertas estaban entornadas. Al salir, empujó las puertas sobre sus guías todo lo que daban de sí y luego regresó a donde estaba el coche patrulla. Sus movimientos traslucían algo muy parecido a la serenidad. Puso el coche en marcha y lo metió en el establo. Cuando salió por segunda vez, cerró las puertas casi del todo, pero dejando apenas espacio para que ella pudiera entrar y salir.

Se alejó unos pasos por el camino de acceso y giró en redondo, las manos en las caderas. Paul volvió a percatarse de su extraordinaria expresión de serenidad.

La parte inferior del cortacésped estaba manchada de sangre, sobre todo la parte trasera, que todavía goteaba. Pequeños retales de uniforme caqui adornaban el camino o se agitaban débilmente en el recién cortado césped lateral. Había salpicaduras y manchones de sangre por todas partes. El arma del agente, con el largo cañón mostrando el araño brillante de otro objeto metálico, descansaba en el suelo. Un trozo cuadrado de papel o cartulina blancos se había enganchado en las púas de un pequeño cactus que Annie había plantado en mayo. La cruz que en su momento había señalado el lugar donde estaba enterrada la vaca yacía ahora en tierra a modo de comentario sobre toda aquella guarrada.

Annie salió de su campo visual. Momentos después entraba en la cocina, y Paul pudo oírla cantar una canción tradicional: *«She'll be driving six white horses when she comes!... she'll be driving six white horses when she COMES! She'll be driving six white HORSES, driving six white HORSES... she'll be driving six white HORSES when she COMES!»*.^[10]

Cuando la vio otra vez, tenía en las manos una bolsa grande de basura, de color verde, y tres o cuatro bolsas más saliéndole de los bolsillos traseros del pantalón. El cuello y los sobacos de su camiseta presentaban oscuras manchas de transpiración. Al darse ella la vuelta, vio en su espalda una mancha de sudor que recordaba a un árbol por su forma.

Demasiadas bolsas para unos pocos jirones de ropa, pensó Paul, pero sabía que antes de terminar la faena tendría muchas cosas que meter dentro.

Primero recogió los restos del uniforme, después la cruz. Partió esta en dos pedazos y los metió en la bolsa de plástico. Cosa curiosa, se puso de rodillas después de hacerlo. Cogió luego la pistola, hizo girar el tambor, extrajo las balas, se las guardó en un bolsillo de atrás, volvió a encajar el tambor con un rápido gesto de la muñeca, como si lo hubiera hecho a menudo, y se remitió el arma por la cintura del pantalón. Desenganchó del cactus el trozo de papel y lo miró con aire reflexivo antes de guardárselo en el otro bolsillo de atrás. Fue al establo, lanzó las bolsas de basura al interior y luego regresó a la casa.

Fue siguiendo el césped lateral hasta la trampilla del sótano, que estaba casi justo debajo de la ventana de Paul. Algo atrajo su mirada. Era el cenicero. Lo cogió del suelo y, con mucha educación, se lo pasó a él a través de la ventana rota.

—Aquí tienes —dijo.

Paul adelantó la mano, medio aturdido.

—Después recogeré los sujetapapeles —añadió ella, como si respondiera a una pregunta que él le hubiera hecho ya. Por un momento, viendo que se agachaba, a Paul se le ocurrió aplastarle el cráneo con el pesado cenicero, para sacarle aquella enfermedad que tenía dentro disfrazada de sesos.

Entonces pensó en lo que le iba a pasar —lo que *podía* pasarle— si le hacía daño siquiera, y dejó el cenicero con su temblorosa mano de cuatro dedos.

Ella lo miró desde abajo.

—Yo no lo he matado, ¿sabes?

—Annie...

—Lo has matado *tú*. Si hubieras tenido la boca cerrada, yo lo habría despedido sin más. Ahora estaría vivo y a mí no me tocaría limpiar toda esta pringajosidad.

—Sí —dijo Paul—. Él se habría ido carretera abajo, pero ¿y yo, Annie?

Estaba sacando la manguera por la trampilla y arrollándosela en el brazo.

—No entiendo a qué te refieres —dijo ella.

—Claro que lo entiendes. —Paul, traumatizado como estaba, había conseguido alcanzar su propio estado de serenidad—. Ese agente tenía mi foto. La que ahora llevas metida en uno de tus bolsillos, creo.

—Tú no hagas preguntas y yo no te mentiré —dijo Annie. En un costado de la casa, a la izquierda de la ventana de Paul, había una toma de agua. Ella empezó a enroscar el extremo de la manguera.

—Un policía con mi foto quiere decir que alguien ha encontrado mi coche. Ambos sabíamos que iba a pasar. Lo que me sorprende es que hayan tardado tanto. En una novela es fácil hacer que un coche deje de importar para la historia que se cuenta (supongo que yo podría hacerlo creíble si se diera el caso), pero no en la vida real. Sin embargo, tú y yo nos seguíamos engañando al respecto, ¿verdad, Annie? Tú, por el libro; yo, por seguir con vida, si es que puedo llamar vida a esto.

—No sé de qué me estás hablando. —Annie abrió el grifo—. Lo único que sé es que has matado a ese pobre al tirar el cenicero por la ventana. Confundes lo que podría haberte pasado a *ti* con lo que ya le ha pasado a *él*. —Le sonrió, una sonrisa de lunática, pero Paul creyó ver otra cosa, algo que lo aterrorizó de verdad. Vio en aquella sonrisa una maldad consciente, un demonio haciendo cabriolas detrás de sus ojos.

—Hija de puta.

—Y *chiflada*, ¿no? —preguntó ella sin dejar de sonreír.

—Sí, claro; chiflada lo estás.

—Bueno, pues tendremos que hablar de ello, ¿no te parece? Cuando tenga tiempo. Sí, hablaremos *mucho* de ese tema. Pero ahora estoy muy ocupada, como puedes ver.

Desenrolló la manguera y la abrió. Estuvo casi media hora limpiando de sangre el cortacésped y el camino de acceso y el césped lateral; en el agua que escupía la manguera se entrelazaban arcoíris brillantes.

Luego cerró la boca de la manguera y caminó a todo lo largo de la goma al tiempo que se la iba arrollando al brazo. Aún había mucha luz diurna, pero su sombra la seguía, alargada. Eran las seis de la tarde.

Finalmente, desenroscó la manguera, abrió la trampilla y arrojó a su interior la serpiente verde de plástico. Cerró la trampilla, echó el cerrojo y se apartó unos pasos para examinar el camino y la hierba, ahora anegados como si hubiera caído encima gran cantidad de rocío.

Volvió al cortacésped, montó en él, lo puso en marcha y fue hacia la parte de atrás. Paul sonrió ligeramente. Ella tenía la suerte del diablo, sí, y cuando la forzaban tenía casi la inteligencia del diablo, pero ese «casi» era la palabra clave. Había metido la pata en Boulder y salido airoso de allí en gran parte debido a la suerte. Ahora había vuelto a meter la pata. Él había sido testigo. Annie había limpiado de sangre el cortacésped, pero olvidado limpiar también la cuchilla de debajo, bueno, en realidad, todo el bastidor. Tal vez se acordaría más tarde, aunque Paul no lo creía. A Annie se le iban las cosas de la cabeza tan pronto pasaba el momento inmediato. Se le ocurrió que la mente y el cortacésped tenían mucho en común: lo que quedaba a la vista parecía estar bien, pero si ponías la cosa panza arriba y mirabas el mecanismo, veías una sanguinolenta máquina de matar provista de una hoja muy afilada.

Ella entró de nuevo en la casa por la puerta de la cocina. Subió al piso de arriba y Paul la oyó remover cosas durante un rato. Luego volvió a bajar, más despacio, arrastrando algo que sonaba blando y pesado. Tras pensar un rato, Paul fue en la silla de ruedas hasta la puerta y pegó el oído a la madera.

Pisadas que se alejaban; sonido ligeramente hueco. Y otra vez aquel ruido amortiguado de algo que arrastraba. Inmediatamente, el cerebro de Paul encendió las alarmas y toda la carne se le puso de gallina de puro terror.

¡El cobertizo! ¡Ha ido a buscar el hacha al cobertizo! ¡Es el hacha otra vez!

Pero no fue más que un momentáneo atavismo, y se lo quitó rápidamente de la cabeza. Annie no había ido al cobertizo; estaba bajando al sótano. Arrastrando algo consigo.

La oyó subir de nuevo y regresó a la ventana. Al oír el sonido de sus botas cerca ya de la puerta y luego el ruido de la llave en la cerradura, pensó: Viene a matarme. Y el único sentimiento que despertó esta idea fue un fatigado alivio.

Se abrió la puerta y allí estaba Annie, mirándolo con gesto contemplativo. Se había puesto una camiseta blanca, limpia, y unos chinos. Colgada del hombro llevaba una bolsa de color caqui, demasiado grande para ser un bolso y demasiado pequeña para ser una mochila.

Al entrar ella, Paul se sorprendió a sí mismo de ser capaz de decirlo, y de decirlo con cierta dignidad:

—Adelante, Annie, márame si es lo que piensas hacer, pero al menos ten la decencia de hacerlo rápido. No me cortes ya más cosas.

—No voy a matarte, Paul. —Hizo una pausa—. Al menos, si la suerte se pone un poco de mi lado. *Debería* matarte, eso desde luego, pero tú sabes que estoy loca, ¿no? Y los locos muchas veces no miran por su propio interés.

Se situó detrás de él y lo empujó en la silla de ruedas hacia la puerta y luego por el pasillo. Él iba oyendo el golpeteo de la bolsa contra su costado y en ese momento pensó que nunca la había visto llevar una bolsa así. Cuando bajaba al pueblo bien vestida, solía llevar un bolso grandote, anticuado, como el que usan las tías solteras cuando van al mercadillo de beneficencia. Si iba al pueblo en pantalones, llevaba una cartera metida en el bolsillo de atrás, como un hombre.

La luz que entraba sesgada en la cocina era de un fuerte tono dorado. Sombras de las patas de la mesa cruzaban el linóleo en franjas horizontales, como sombras de barrotes de una celda. Según el reloj de encima de los fogones eran las seis y cuarto, y aunque no había ningún motivo para pensar que Annie fuese tan descuidada con los relojes como con los calendarios (el de la cocina había conseguido llegar a mayo), le pareció la hora correcta. Empezaban a oírse fuera los primeros grillos, y pensó: Ese mismo sonido lo oí cuando era un niño y estaba ileso. Estuvo a punto de echarse a llorar.

Ella lo introdujo en la despensa. La puerta que daba al sótano estaba abierta y una luz amarillenta trepaba por la escalera para caer muerta de cansancio en el suelo de la despensa. Se notaba aún el tufo a humedad de la inundación de finales del invierno.

Arañas, pensó. Ratones. Ratas.

—Nanai —le dijo—. Conmigo no cuentas.

Ella lo miró con cierta impaciencia serena y Paul hubo de admitir que, desde el asesinato del policía, la actitud de Annie había sido casi de persona cuerda. Su cara tenía la expresión decidida, aunque ligeramente agobiada, de la mujer que se arregla para una gran cena.

—Vas a bajar ahí abajo —le comunicó Annie—. Lo único que necesitamos saber es si bajarás a caballito o de culo. Tienes cinco segundos para decidir.

—A caballito —respondió él de inmediato.

—Sensata decisión. —Dio media vuelta para que él pudiera pasarle los brazos alrededor del cuello—. No hagas ninguna tontería, como intentar estrangularme. Fui

a clases de kárate en Harrisburg y se me daba bien. Te haría caer; el suelo es de tierra pero está muy duro. Acabarías con la espalda rota.

Se lo echó a la espalda con facilidad. Las piernas de él, sin entablillar ya pero tan torcidas y feas como algo que uno ve a través de un rasgón en la tienda de los monstruos de circo, quedaron colgando. La izquierda, la del salero en lugar de rodilla, era diez centímetros más corta que la otra. Paul había intentado apoyar la pierna derecha en el suelo y, si no era por mucho rato, podía hacerlo, pero el suplicio que eso conllevaba podía durar horas. Era un dolor bestial que ninguna droga conseguía mitigar, un dolor como un profundo sollozo de toda la anatomía.

Empezaron a descender, y a medida que lo hacían aumentaba el olor a piedra y madera viejas, a agua estancada y a verduras putrefactas. Abajo había tres bombillas peladas. Entre las vigas colgaban telarañas como hamacas viejas. Vio que las paredes de piedra estaban muy agrietadas; parecía que las hubiera dibujado un niño. Hacía fresco, pero no un fresco agradable.

Paul no había estado nunca tan cerca de ella como entonces, montado a caballito mientras bajaban los empinados escalones. Solo volvería a estar tan cerca una vez. Notó el olor a sudor de su reciente ajeteo, y aunque siempre le había gustado el olor a transpiración —lo asociaba con trabajo, con esfuerzo físico, cosas que él respetaba—, aquel olor hermético tiraba para atrás, era como de sábana vieja incrustada de semen. Y por debajo de ese había otro olor, un olor a suciedad muy antigua. Supuso que Annie había acabado adoptando respecto a ducharse la misma actitud que respecto a cambiar la hoja del calendario. Vio que en uno de los oídos tenía un tarugo de cera marrón oscuro y se preguntó, con cierta repugnancia, cómo demonios podía oír algo aquella mujer.

Junto a una de las paredes de piedra estaba el origen de aquel ruido de cosa fofa llevada a rastras: era un colchón. Al lado del mismo había colocado una mesita baja, medio rota, encima de la cual había varias latas y botellas. Se acercó al colchón, giró sobre sí misma y se puso en cuclillas.

—Bájate.

Paul se soltó con mucho cuidado y se dejó caer hacia atrás, sobre el colchón. La miró con recelo al ver que ella se levantaba y metía la mano en su bolsa caqui.

—No —dijo, tan pronto la cansina luz de las bombillas dio un fulgor amarillento a la aguja hipodérmica—. No. No.

17

—Madre mía —dijo ella—. Debes de estar pensando que Annie está de un humor cacapedo, ¿no? Tranquilízate un poco, hombre. —Dejó la aguja en la mesita baja—. Eso es escopolamina, un derivado de la morfina. Tienes suerte de que haya algo de

morfina en casa, Paul. Ya te dije cómo vigilan estas cosas en los hospitales. Te la dejo aquí porque este sótano es bastante húmedo y puede que te duelan mucho las piernas hasta que yo vuelva.

»Será un momento. —Le dedicó un guiño que tenía un trasfondo extrañamente inquietante, un guiño entre cómplices de alguna fechoría—. Tiraste un cenicero y estoy más ocupada que un empapelador manco. Enseguida vuelvo.

Se fue escaleras arriba y volvió al poco rato con los cojines del sofá de la salita y las mantas de la cama de él. Le puso los cojines detrás de la espalda para que pudiera estar incorporado sin demasiada incomodidad, pero así y todo Paul notó el arisco helor de la piedra, esperando el momento de asaltar los cojines y dejarlo tieso de frío.

En la mesita baja había tres botellas de Pepsi. Annie abrió dos con el abridor que llevaba en el llavero y le pasó una a Paul. Después se llevó la suya a los labios y se tragó la mitad sin parar, hecho lo cual reprimió un eructo llevándose la mano a la boca, como las señoras.

—Tenemos que hablar —anunció—. Mejor dicho, yo hablaré y tú escucharás.

—Oye, Annie, cuando dije que estabas loca...

—¡A callar! Ni una palabra de eso. Después, si acaso, ya lo hablaremos. Y no lo digo porque tenga la menor intención de hacerte cambiar de parecer sobre lo que puedas pensar, un Señor Listo que se gana la vida pensando... Yo lo único que hice fue sacarte de aquel coche antes de que te murieras congelado y entablillarte las piernas, pobrecitas, y darte la medicina para que no sufieras tanto y convencerte de que dejaras correr una mala novela para concentrarte en la mejor que hayas escrito *nunca*. Si eso es estar loca, llévame al manicomio.

Ay, Annie, ojalá te llevara alguien, pensó, y antes de poder contenerse ya le había espetado esto:

—¡También me amputaste el pie, joder!

La mano de Annie voló y de un bofetón que sonó como un leve chasquido le giró la cabeza.

—No vuelvas a decir tacos en mi presencia —dijo—. A mí me educaron mejor que a ti, por lo que se ve. Tienes suerte de que no te haya cortado el miembro viril. Y lo pensé, no te vayas a creer.

Paul la miró. Sentía como si en lugar de estómago tuviera una heladera.

—Ya sé que lo pensaste, Annie —dijo. Ella abrió mucho los ojos, y por momentos pareció que se sentía sorprendida y culpable; Annie la Mala, no Annie la Terrible.

—Escúchame atentamente, Paul. Todo va a ir bien si anochece antes de que alguien se presente aquí en busca de ese individuo. Dentro de una hora y media será de noche. Si viene alguien antes...

Volvió a meter la mano en la bolsa y sacó la pistola del calibre 44 que llevaba el agente. La luz del sótano resaltó el zigzagueante rayo que la hoja del cortacésped había dejado en el cañón.

—Si viene alguien antes, tengo esto —dijo—. Para quien pueda venir, y luego tú y después yo.

18

En cuanto anocheciera, le explicó Annie, llevaría el coche patrulla hasta su Lugar de la Risa. Al lado de la cabaña había un cobertizo donde podría dejarlo aparcado fuera de la vista. Ella pensaba que el único riesgo de que la vieran sería yendo por la carretera 9, pero era un riesgo mínimo, ya que solo tenía que recorrer unos seis kilómetros de esa carretera. Después, hasta las cumbres todo eran pistas poco concurridas y sin mantenimiento; en muchos casos apenas si se utilizaban, puesto que a aquellas altitudes era ya una rareza encontrar reses paciando. Algunas, además, tenían cancela, Ralph y ella habían conseguido las llaves al comprar la finca. Ni siquiera hubieron de pedir las; se las dieron los propietarios de los terrenos que había entre la calzada y la cabaña. Eso sí que era *buena vecindad*, le dijo a Paul, consiguiendo conferir a una expresión agradable insospechados matices oscuros: recelo, desdén, amarga diversión.

—Te llevaría conmigo solo por tenerte controlado, ya que has demostrado hasta qué punto eres poco de fiar, pero no funcionaría. Podría llevarte en la trasera del coche patrulla, pero volverte a bajar sería imposible. Tendré que venir en la moto de trial de Ralph. ¡Puede que me caiga bajando y me rompa la pajolera *crisma*!

Se rio alegremente para hacerle ver de qué forma esa posibilidad la convertiría en el cazador cazado, pero Paul no le siguió la corriente.

—Si eso *llegara* a ocurrir, Annie —dijo—, ¿a *mí* qué me pasaría?

—No te preocupes, Paul —respondió ella, serena—. ¡Uf, siempre tan preocupón! —Se acercó a una de las ventanas del sótano y se quedó mirando un momento hacia el exterior, calculando cuánto quedaba para el anochecer. Paul la observó meditabundo. Si ella se caía de la moto de su marido o perdía el control en una de aquellas pistas de montaña sin asfaltar, dudaba mucho que no debiera preocuparse. Más bien tenía la certeza de que moriría como un perro en aquel sótano, y cuando todo terminara les serviría de almuerzo a las ratas que, ya ahora, debían de estar observando a aquel par de bípedos que habían ido a meter las narices en sus dominios. La puerta de la despensa tenía una cerradura nueva, una Kreig, y la trampilla del sótano, un candado tan grueso como su muñeca. Las ventanas, como si fueran un reflejo de la paranoia de Annie (y pensó que no había en ello nada raro; ¿acaso, con el tiempo, todas las casas no acababan reflejando la personalidad de sus dueños?), no eran más que sucias troneras de unos cincuenta centímetros de alto por treinta y cinco de ancho. Paul no se veía capaz de colarse por una ni siquiera estando en plena forma, y ahora no lo estaba. Quizá podría romper una, eso sí, y gritar

pidiendo ayuda si aparecía alguien por allí antes de que se muriera de hambre, pero eso no lo consoló mucho.

Los primeros avisos de dolor recorrieron sus piernas como agua contaminada. Y la abstinencia. Su cuerpo pidiendo Novril a gritos. Era el *tengo-que*, ¿verdad? Claro que sí.

Al volver, Annie cogió la tercera botella de Pepsi.

—Te bajaré un par más antes de irme —dijo—. Ahora necesito una dosis de azúcar. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto. Mi Pepsi es tu Pepsi.

Ella desenroscó el tapón y bebió con avidez. A Paul le vino una canción a la cabeza. «*Chug-a-lug, chug-a-lug, make ya want to holler hi-de-ho.*»^[11] ¿Quién cantaba eso? Ah, sí, Roger Miller. Qué curioso, lo que el cerebro podía producir en un momento dado.

Para troncharse.

—Voy a meterlo en el coche patrulla y lo llevaré hasta mi Lugar de la Risa. Me llevaré todas sus cosas. Dejaré el coche en el cobertizo y luego los enterraré, a él y a sus... bueno, sus *andrajos*, en algún lugar del bosque.

Paul guardó silencio. Estaba pensando en la vaca que mugía y mugía y mugía hasta que no pudo mugir más porque estaba muerta; otro de los grandes axiomas de la vida en el Western Slope era este: *Vaca muerta no muge*.

—Tengo una cadena para el camino de acceso. La voy a poner. Si viniera la policía, puede que eso levante sospechas, pero prefiero que sospechen a que vengan hasta la casa y te oigan a ti armar un pajolero barullo. Había pensado amordazarte, pero las mordazas son peligrosas, sobre todo cuando tomas un medicamento que puede afectar a la respiración. Y también podrías vomitar. O podrían cerrársete los senos nasales de tanta humedad como hay aquí abajo. Si se te obstruyeran los senos y no pudieras respirar por la boca...

Apartó la vista, desconectando una vez más, silenciosa como las piedras de la pared, vacía como la primera botella de Pepsi que se había bebido. «*Make ya want to holler hi-de-ho.*» ¿Había gritado hoy Annie *hi-de-ho*? Apuesta lo que quieras a que sí. Oh, hermanos, Annie había chillado *hi-de-ho* hasta dejar todo el patio hecho una pena. Rio al pensarlo. Ella no dio síntomas de haberlo oído reír.

Luego, paulatinamente, recuperó la normalidad.

Lo miró pestañeando.

—Dejaré una nota remetida en la cadena de la cerca —dijo despacio, reordenando sus pensamientos—. Hay un pueblo grande a menos de sesenta kilómetros de aquí. Steamboat Heaven, se llama. Curioso nombre para un pueblo, ¿eh?^[12] Esta semana celebran el Mayor Mercadillo del Mundo al Aire Libre, así lo anuncian ellos. Lo hacen cada verano. Siempre hay un montón de gente vendiendo cerámicas. Pondré en la nota que estoy en el mercadillo de Steamboat Heaven. Y diré que pasaré allí la noche. Si alguien me preguntara después dónde me hospedé, para poder verificarlo,

diré que como no vi ninguna cerámica interesante me vine para acá pero luego me entró cansancio. Eso es lo que diré. Diré que aparqué para echar un sueñecito porque tenía miedo de quedarme dormida al volante. Que solo quería cerrar los ojos un rato, pero que estaba muy cansada de trajinar todo el día en la casa y me quedé dormida toda la noche.

La hondura de tanta astucia dejó consternado a Paul. Se dio cuenta de que Annie estaba haciendo exactamente lo que él no podía: jugar al ¿Puedes? en la vida real. Quizá es por eso, pensó, que no escribe libros. No le hace falta.

—Volveré tan pronto como sea posible, porque *seguro* que vendrá la policía —dijo ella. No pareció que la perspectiva turbara en lo más mínimo su extraña serenidad, aunque Paul no podía creer que en algún rincón de su mente no entendiera hasta qué punto habían estado cerca del final del juego—. Dudo que vengan esta noche (salvo para hacer la ronda), pero *vendrán* en cuanto sepan seguro que ese agente está desaparecido. Harán toda la ruta que él seguía para ver si lo encuentran, tratando de averiguar dónde paró... ¿No crees, Paul?

—Sí.

—Es *preciso* que esté de regreso antes de que vengan. Si subo a la moto cuando empiece a amanecer, puede que esté aquí incluso antes del mediodía. En principio debería llegar antes que ellos. Si ese tipo salió de Sidewinder, tuvo que parar en muchas casas antes de llegar aquí.

»Y para cuando vengan, tú ya deberías estar otra vez en tu cuarto, feliz como una lombriz... No te voy a atar ni amordazar ni nada, Paul. Si quieres mirar a escondidas mientras hablo con ellos, no hay problema. Esta vez serán dos, supongo. Por lo menos, ¿no te parece?

Paul asintió.

Ella puso cara de satisfacción.

—Pero, si es necesario, puedo encargarme de dos. —Dio unas palmaditas al bolso caqui—. Quiero que te acuerdes de esta pistola mientras espías, Paul, que recuerdes que va a estar aquí dentro todo el rato mientras hablo con esos agentes cuando vengan mañana, o pasado. La cremallera no estará cerrada. Que *tú* los veas a *ellos* me parece perfecto, pero si *ellos* te ven a *ti*, Paul (accidentalmente o porque tú intentas algo como has hecho hoy), si eso pasa, entonces sacaré el arma del bolso y empezaré a disparar. Ya tienes la culpa de que haya muerto ese chico.

—Bobadas —dijo Paul, sabiendo que eso le merecería un castigo, pero no le importó.

No hubo tal castigo, solo aquella sonrisa serena y maternal.

—Oh —dijo Annie—, lo sabes muy bien. No creas que me engaño pensando que te *importa*. Esa no me la cuelas, pero tú lo sabes muy bien. No creas que me engaño pensando que te importaría que murieran otras *dos* personas si eso pudiera ayudarte... Pero no será así, Paul. Si tengo que cargarme a dos, al final serán cuatro.

Ellos... y nosotros. ¿Y sabes qué, Paul? Yo diría que todavía te importa tu propio pellejo.

—No mucho —dijo él—. Te seré franco, Annie. A medida que pasan los días, menos ganas tengo de estar en este pellejo.

Ella se echó a reír.

—Ya, el viejo truco. Pero ¡la cara que ponen cuando finges que les vas a arrancar la pringajosa máscara de oxígeno! ¡Ah, cómo cambia la cosa, entonces! ¡Ya los ves chillando y berreando, convertidos en unos *mocosos*!

No será que eso te haya frenado alguna vez, ¿eh, Annie?

—En fin —dijo ella—. Solo quería que supieras cómo está la situación. Si de verdad te da igual, puedes gritar hasta desgañitarte. Es cosa tuya.

Paul no dijo nada.

—Cuando venga la policía yo saldré al camino y les diré que sí, que el otro día vino un agente en su coche patrulla. Diré que vino justo cuando yo me disponía a marcharme para ir al mercadillo de Steamboat Heaven. Diré que el poli me enseñó tu foto. Diré que no, que no te había visto. Entonces uno de los dos me preguntará: «Esto fue el invierno pasado, señorita Wilkes. ¿Cómo puede estar tan segura?». Y yo contestaré: «Si Elvis Presley estuviera vivo y usted le hubiera visto el invierno pasado, ¿se acordaría de que lo vio?». Y él dirá que sí, probablemente, pero que qué tiene eso que ver con el precio del café en Borneo, y yo le diré que Paul Sheldon es mi escritor favorito y que lo he visto en foto cientos de veces. Tengo que decir eso, Paul. ¿Sabes por qué?

Él lo sabía. Continuaba anonadado ante tanta astucia. Tal vez no tenía por qué, a estas alturas, pero así era. Se acordó del pie de foto de Annie en su celda, la foto que le habían hecho en el interludio entre el final de la vista y el regreso del jurado. Lo recordaba palabra por palabra. «¿PREOCUPADA, LA DRAGONA? ESO NUNCA. Annie espera el veredicto leyendo tranquilamente.»

—Bueno, y después —continuó ella— diré que el agente lo anotó todo en su libreta y me dio las gracias. Diré que lo invité a pasar y a tomar un café aun cuando tenía prisa por ponerme en camino, y ellos me preguntarán por qué. Diré que el agente seguramente estaba al tanto de mis problemas en otro tiempo y que yo quería tranquilizarlo para que viera que aquí todo estaba en orden. Pero que él me dijo que no, que tenía que seguir la ronda. Y que entonces yo le pregunté si quería llevarse una Pepsi fría para el camino porque hacía mucho calor y él dijo sí, gracias, muy amable de su parte.

Apuró su segunda Pepsi y sostuvo la botella vacía entre los dos. Visto a través del plástico, el ojo de ella era enorme como el de un cíclope, y temblaba. El costado de su cabeza adquirió una ondulante hinchazón hidrocefálica.

—Pararé a dejar esta botella en la cuneta unos tres kilómetros más adelante —dijo—. Pero antes, claro, la adornaré con sus huellas dactilares. —Sonrió; una sonrisa

reseca, sin asomo de saliva—. Por las huellas sabrán que estuvo aquí y luego siguió su camino. O *pensarán* que así fue, lo cual viene a ser lo mismo, ¿verdad, Paul?

Su consternación aumentó.

—Irán carretera arriba, pero no podrán encontrarlo. Habrá desaparecido sin más, como esos swamis que tocan la flauta hasta que sale una cuerda de un cesto y luego trepan por la cuerda y, ¡puf!, ya no los ves más.

—Puf —dijo Paul.

—La policía no tardará mucho en volver, eso ya lo sé. Al fin y al cabo, si no encuentran más rastro de él que esa botella que se bebió después de estar aquí, pensarán que quizá yo les oculto algo. Porque, a ver, Annie Wilkes está loca, ¿no? Es lo que dijeron los periódicos. ¡Como una cabra!

»Pero al principio me creerán. Dudo que quieran hacer un registro, al menos de entrada. Buscarán primero en otros sitios e intentarán pensar en otras cosas antes de decidirse a volver. Eso nos dará tiempo. Puede que hasta una semana.

Hizo una pausa y le dedicó una mirada ecuánime.

—Vas a tener que escribir más deprisa, Paul —dijo.

19

Se hizo de noche y no apareció ningún policía. Annie, sin embargo, no estuvo todo ese rato con Paul; quería arreglar la ventana de su cuarto y recoger los sujetapapeles y los cristales rotos que habían quedado esparcidos en la hierba. «Cuando llegue la policía al día siguiente buscando a su oveja descarriada», le dijo, «no nos interesa que vean nada fuera de lo normal, ¿verdad que no, Paul?».

Tú déjales que miren debajo del cortacésped, criatura. Déjales mirar ahí debajo y verán *muchas* cosas fuera de lo normal.

Pero aunque se esforzó en poner a trabajar su imaginación, no logró inventar un escenario que derivara en esa situación ideal.

—¿Te extraña que te haya contado todo esto, Paul? —le preguntó ella antes de subir a ver cómo podía arreglar la ventana—, ¿que te haya explicado mi plan con tanto lujo de detalles?

—No —dijo él sin fuerzas.

—En parte quería que supieras qué es exactamente lo que está en juego, y lo que tendrás que hacer exactamente para seguir con vida. También quería que supieras que yo podría acabar con esto ahora mismo. Si no fuera por el libro, claro. El libro me sigue interesando. —Sonrió. Fue una sonrisa a la vez radiante y extrañamente melancólica—. Realmente es lo *mejor* que has escrito sobre *Misery*, y tengo verdaderas ganas de saber cómo termina la historia.

—Y yo, Annie —dijo Paul.

Ella lo miró, sobresaltada.

—Pero, pero... tú lo *sabes*, ¿verdad?

—Cuando empiezo un libro siempre *pienso* que sé cómo irán las cosas, pero nunca he escrito un final que fuera *exactamente* lo que había planeado. Tampoco es tan extraño, si lo piensas bien. Escribir una novela es un poco como disparar un misil intercontinental... solo que viajando a través del tiempo, no del espacio: el tiempo-libro que los personajes pasan viviendo en la trama argumental y el tiempo real que el novelista pasa redactándolo. Hacer que una novela acabe exactamente como tú habías pensado cuando la empezaste sería como lanzar un misil Titan hacia el otro extremo del mundo y hacer que la carga explosiva se cuele por un aro de baloncesto. Leído puede sonar bien, y hay quienes hacen cosas así y te dirán que es pan comido (y encima lo dirán muy serios), pero las probabilidades de que eso ocurra son mínimas.

—Ya —dijo Annie.

—Yo debo de tener un sistema de navegación bastante bueno en el misil, porque normalmente me acerco bastante al objetivo, y si llevas suficiente carga explosiva en la ojiva, acercarse bastante ya es mucho. Ahora mismo contemplo *dos* posibles finales para el libro. Uno es muy triste. El otro, aunque no es el típico final feliz hollywoodiense, deja al menos cierta esperanza.

Annie puso cara de alarma... y de repente se encendió:

—No estarás pensando en matarla *otra vez*, ¿verdad, Paul?

Él esbozó una sonrisa.

—¿Qué harías en ese caso, Annie? ¿Matarme? Eso no me da ningún miedo. Puede que no sepa lo que va a ser de Misery, pero sí sé lo que nos va a pasar, a mí y a ti. Escribiré la palabra FIN, leerás el final y luego *tú* escribirás la palabra FIN, ¿me equivoco? El fin de nosotros dos. Ese no necesito adivinarlo. De hecho, la verdad no es más extraña que la ficción, diga lo que diga la gente. La mayor parte de las veces uno sabe *exactamente* cómo acaban las cosas.

—Pero...

—Creo que sé por cuál de los dos finales me voy a decantar. Estoy un ochenta por ciento seguro. Si resulta que es así, a ti te gustará, pero incluso si acaba como yo creo que acabará, ninguno de los dos va a saber los detalles concretos a menos que yo pueda escribirlos, ¿no es cierto?

—Sí, supongo.

—¿Te acuerdas del viejo eslogan de los autobuses Greyhound? «La mitad de la gracia está en el viaje mismo.»

—Sea como sea, estamos llegando casi al final, ¿no?

—Casi al final, sí —dijo Paul.

Antes de marcharse le llevó otra Pepsi, una caja de galletas Ritz, sardinas, queso... y la cuña.

—Si me traes el manuscrito y una de esas libretas mías, puedo ir escribiendo a mano —dijo Paul—. Así me entretendré.

Annie lo pensó.

—Ya me gustaría —dijo, negando finalmente con la cabeza—, pero entonces tendría que dejar al menos una luz encendida, y es un riesgo que no puedo correr.

Paul se imaginó encerrado allí dentro, a oscuras, y volvió a notar un estremecimiento de pánico. Pero fue solo un instante. Luego se convirtió en frío. Notó como se le ponía la carne de gallina. Pensó en las ratas, escondidas en sus agujeros y en las paredes; pensó en ellas saliendo tan pronto el sótano quedara a oscuras; pensó en ellas oliendo, quizá, su invalidez.

—Te lo ruego, Annie. No me dejes aquí solo sin luz.

—Tengo que hacerlo. Si pasa alguien y ve luz en el sótano, quizá se verá empujado a investigar, haya o no cadena en la entrada, deje o no deje una nota en la cadena. Si te doy una linterna, puede que intentes hacer señales con ella. Y si te doy una vela, puede que intentes quemar toda la casa. Ya ves que te conozco al dedillo, ¿eh?

Paul no se atrevía a mencionarle las veces que había llegado a salir de su cuarto, porque eso siempre la ponía furiosa, pero ahora el miedo a quedarse solo en el sótano lo empujó a hacerlo.

—Annie, si yo hubiera querido incendiar la casa, podría haberlo hecho hace ya tiempo.

—Bueno, entonces era diferente —dijo ella—. Siento que no te guste quedarte aquí a oscuras. Siento que no haya otro remedio, pero la culpa es tuya, o sea que no hagas el mocosito. Tengo que irme. Si te parece que necesitas esa inyección, píñchate en la pierna. —Lo miró—. O métetela por el culo.

Echó a andar hacia la escalera.

—¡Pues tapa las ventanas! —le gritó él—. Pon trozos de sábana... o... píntalas de negro... o... ¡Joder, Annie, las ratas! ¡Las ratas!

Ella estaba ya en el tercer escalón. Se detuvo un instante y lo miró con aquellos ojos como monedas polvorientas.

—No tengo tiempo para ninguna de esas cosas —dijo—, y de todos modos las ratas no te molestarán. Puede que te vean como alguien de su misma clase, Paul. Hasta puede que te adopten.

Dicho esto, se rio y continuó subiendo entre carcajadas cada vez más sonoras. Sonó un clic cuando apagó las luces, y Paul se dijo a sí mismo que no gritaría, que no imploraría; que todo eso lo tenía superado. Pero el horror que le causaron las sombras en la húmeda estancia y el eco de sus carcajadas pudo con él y se puso a chillar

diciendo que no le hiciera aquello, que no lo abandonara allí. Ella continuó riendo y luego sonó un clic cuando cerró la puerta y su risa sonó amortiguada, pero era risa, al fin y al cabo, risa al otro lado de la puerta, en el mundo de luz, y luego el ruido de la cerradura seguido de otra puerta que se cerraba, y su risa sonó más amortiguada todavía (pero era risa, al fin y al cabo), y luego otra cerradura y el chasquido de un candado, y la risa de Annie alejándose; su risa estaba ya fuera de la casa, e incluso después de poner en marcha el coche patrulla, dar marcha atrás, colocar la cadena en la entrada al camino de acceso y alejarse, le pareció a Paul que aún podía oírla. Le pareció que seguía oyéndola reír y reír y reír.

21

La caldera era una cosa difusa en mitad de la estancia. Parecía un pulpo gigante. Paul pensó que quizá habría podido oír el reloj de la sala de estar de no ser por el fuerte viento estival que se había levantado, cosa que venía ocurriendo por las noches, así que no había más que tiempo sin medida, tiempo eternizándose. Cuando el viento amainó, pudo oír grillos en el exterior de la casa... y luego, más tarde, empezó a oír los ruidos constantes que tanto temía, las ratas escarbando y correteando.

Solo que no era de las ratas de lo que tenía miedo, ¿verdad? No. Era del policía. Su cerebro, su *muchísima imaginación*, raramente le proporcionaba detalles espantosos, pero cuando lo hacía, que Dios le ayudara. Que Dios le ayudara en cuanto su imaginación se pusiera en marcha. Y no solo estaba en marcha ahora, sino acelerando a toda pastilla. Que lo que le venía a la cabeza no tuviera el menor sentido daba absolutamente igual estando a oscuras. A oscuras, lo racional parecía estúpido y lo lógico, un sueño. A oscuras, pensaba con la piel. No dejaba de ver al poli volviendo a la vida —o una especie de vida— allá en el establo, incorporándose, briznas del heno con que Annie lo había tapado cayéndole en el regazo y hacia los costados, su rostro un amasijo sanguinolento tras el paso de la cuchilla del cortacésped. Lo veía salir a rastras del establo y llegar por el camino de acceso hasta la trampilla del sótano, los jirones del uniforme ondeando a la buena de Dios. Lo veía atravesar por arte de magia la trampilla y retomar su realidad de cadáver una vez abajo. Lo veía reptar por el suelo de tierra apisonada, y los ruiditos que oía Paul no eran las ratas, sino el muerto que se acercaba, un único pensamiento anidando en su cada vez más fría sesera: *Tú me mataste. Abriste la boca y me mataste. Lanzaste un cenicero y me mataste. Pajolero hijo de la gran puta, tú me quitaste la vida.*

En un momento dado Paul notó que los dedos del policía se deslizaban por su mejilla, haciéndole coquillas, y pegó un grito. Sacudió las piernas, que rugieron de dolor. Se pasó frenéticamente las manos por la cara y lo que apartó no fueron dedos, sino una araña grande.

Ese ademán puso fin a la inquieta tregua con el dolor en las piernas y la necesidad de droga de su sistema nervioso, pero también mitigó ligeramente su terror. Poco a poco iba aumentando su visión nocturna, veía más cosas, y eso ayudó. No es que hubiera gran cosa que mirar: la caldera, restos de una pila de carbón, una mesa con lo que parecían ser unas latas y varios utensilios... y a su derecha, un poco más arriba de donde él estaba... ¿qué era aquello?, ¿qué era lo que había al lado de los estantes? Conocía aquella forma. Tenía algo que le daba *mala* espina. Se sostenía sobre tres patas. La parte superior era redondeada. Le recordó una de las mortíferas máquinas de *La guerra de los mundos* de Wells, solo que en miniatura. Paul se quedó pensando, le entró sueño, al cabo despertó, volvió a mirar y pensó: Claro, cómo no me he dado cuenta antes. Es una máquina mortífera. Y si hay algún marciano en el planeta Tierra, no puede ser sino la puta Annie Wilkes. Eso es su barbacoa. El crematorio donde me hizo incinerar *Automóviles veloces*.

Se movió un poco porque el trasero se le estaba durmiendo y gimió. Dolor en las piernas —sobre todo en la rodilla izquierda destrozada—, y dolor también en la pelvis. Eso quería decir que le esperaba una muy mala noche, porque en los dos últimos meses la pelvis no le había protestado apenas.

Tanteó buscando la jeringa, la cogió, la volvió a dejar. Una dosis muy pequeña, había dicho ella. Entonces, mejor reservarla para más adelante.

Oyó un ruidito y miró rápidamente hacia el rincón esperando ver al agente de policía arrastrándose hacia él, el solitario ojo castaño mirando desde la cara rasgada. *Si no fuera por ti, ahora podría estar en casa mirando la tele con una mano sobre la pierna de mi mujer.*

No era el poli. Una silueta borrosa que quizá fuera fruto de su imaginación, pero más probablemente una rata. Paul hizo un esfuerzo por tranquilizarse.

Ah, qué larga iba a ser la noche.

22

Se quedó un rato dormido y al despertar vio que estaba derrumbado sobre el costado izquierdo con la cabeza colgando, como un borracho en un callejón. Se enderezó y las piernas lo maldijeron duramente. Cuando utilizó la cuña notó un pinchazo al orinar y comprendió consternado que debía de tener una infección de orina. Se había vuelto muy vulnerable. Joder, vulnerable a *todo*. Apartó la cuña y volvió a coger la hipodérmica.

Una dosis pequeña de escopolamina, dijo; ya, puede que sí. O puede que le haya metido una superdosis de algo letal, como lo que les pinchó a Ernie Gonyar y a Queenie Beaulifant, por ejemplo.

Sonrió un poco. ¿Tan grave sería eso? La respuesta fue un contundente ¡QUÉ VA! No, sería bueno. Los pilotos desaparecerían definitivamente. No más marea baja. Nunca.

Con ese pensamiento en la cabeza se buscó el pulso en el muslo izquierdo, y aunque jamás en la vida se había inyectado, lo hizo de manera eficiente, por no decir entusiasta.

23

No murió y no durmió tampoco. Disipado el dolor, desapareció, fue a la deriva, con la sensación de estar casi desgajado de su cuerpo, un globo de pensamiento flotando al extremo de un largo cordel.

También fuiste la Sherezade de ti mismo, pensó, y al mirar la barbacoa pensó en rayos de la muerte marcianos, incendiando Londres.

Recordó de pronto una canción, un tema disco de un grupo llamado los Trammmps: «*Burn, baby, burn, burn the mother down...*»^[13]

Una chispa.

Una idea vaga.

Burn the mother down...

Paul Sheldon se quedó dormido.

24

Cuando despertó, la cenicienta luz del amanecer iluminaba el sótano. Una rata enorme estaba mordisqueando queso encima de la bandeja que Annie le había dejado, su larga cola enrollada alrededor del cuerpo.

Paul chilló, dio una sacudida que le hizo gritar de nuevo, ahora de dolor. La rata salió corriendo.

Annie le había llevado unas cápsulas. Él sabía que con Novril no habría suficiente, pero era mejor que no tomar nada.

Además, te duelan o no te duelan las piernas, es la hora de tu pico matutino, ¿verdad, Paul?

Tragó dos cápsulas con un poco de Pepsi y luego se recostó, notando el pinchazo sordo en los riñones. No había duda, algo se estaba cociendo allí. Estupendo.

Marcianos, pensó. Máquinas de guerra marcianas.

Miró hacia la barbacoa, esperando que su aspecto *fuera* el de una barbacoa a la luz de la mañana: una barbacoa y nada más. Pero le sorprendió que siguiera

pareciéndole una de aquellas máquinas de destrucción con forma de trípode inventadas por Wells.

Tuviste una idea anoche; ¿qué era?

Le vino otra vez la canción, la que cantaban los Trammmps:

Burn, baby, burn, burn the mother down!

¿Sí? Y dime, ¿qué clase de madre es esa, que ni siquiera te dejó una vela? No podrías encender ni un pedo.

Los muchachos del taller clandestino le mandaron un mensaje.

No es necesario que quemes nada ahora. Ni aquí.

¿Se puede saber de qué coño estáis hablando, tíos? ¿Os importaría explicarme...?

Y entonces le vino, de repente, como ocurría con las ideas realmente buenas, redondeada y lisa y absolutamente persuasiva en su torva perfección.

Burn the mother down...

Miró la barbacoa esperando el dolor de lo que había hecho —lo que ella le había obligado a hacer—, y así fue, hubo dolor, pero muy somero; el que sentía en los riñones era muchísimo peor. ¿Qué era lo que había dicho Annie? «Yo lo único que hice fue... convencerte de que dejaras correr un mal libro para concentrarte en escribir la mejor de tus novelas...»

Sí, quizá había algo de extrañamente verdadero en sus palabras. Quizá se había pasado de la raya al creer que *Automóviles veloces* era tan buen libro.

Eso es que tu cerebro intenta curarse, le susurró una parte de él. *Si sales de esta, te las apañarás de la misma manera para convencerte a ti mismo de que en el fondo nunca necesitaste el pie izquierdo (qué coño: cinco uñas menos que cortar). Además, ahora hacen unas prótesis maravillosas. No, Paul, lo uno era un libro que estaba muy bien y lo otro era un pie que estaba muy bien. No nos engañemos ahora.*

Pero una parte más interior de él sospechaba que pensar de esa forma era engañarse a uno mismo.

Engañarte a ti mismo no, Paul. Las cosas como son, caray. Dirás mentirte a ti mismo. Un tío que inventa historias, un tío así le miente a todo el mundo, o sea que ese tío jamás puede mentirse a sí mismo. Curioso, pero cierto. Una vez te metes en ese berenjenal, da lo mismo que tapes la máquina de escribir y empieces a estudiar para agente de bolsa o algo así, porque ya te has ido al carajo.

Entonces ¿cuál era la verdad? La verdad, puestos a insistir, era que el creciente rechazo de su obra por parte de la crítica calificándolo de «escritor popular» (que, según lo entendía él, era apenas un peldaño más arriba de «gacetillero») le había hecho mucho daño. No cuadraba con la imagen que él tenía de Escritor Serio que solo pergeñaba aquella mierda de novelas románticas para subvencionar su (¡a ver esa fanfarria, señores!) OBRA DE VERDAD. ¿Había odiado a Misery? ¿En serio? De ser así, ¿cómo le había resultado tan fácil meterse de nuevo en su mundo? Más que fácil; una auténtica bendición, como meterse en la bañera de agua caliente con un buen libro en una mano y una cerveza fría en la otra. Quizá, en el fondo, lo que había

odiado era que el rostro de Misery en las sobrecubiertas hubiera eclipsado el suyo en las fotografías de autor, impidiendo a los críticos darse cuenta de que estaban frente a un nuevo Mailer o un nuevo Cheever, que tenían entre manos la novela de un peso pesado. Como consecuencia de ello, ¿no había ido volviéndose más acartonada su «narrativa seria»? Una forma de gritar: ¡Eh, miradme! ¡Mirad qué bueno es esto! ¡Eh, gente! ¡Esto tiene un enfoque narrativo múltiple! ¡Esto tiene pasajes de fluido de conciencia! ¡Esto es OBRA DE VERDAD, capullos! ¡OJO con darme la espalda! ¡Mucho OJO, mocosos! ¡OJO con dar la espalda a mi OBRA DE VERDAD! Porque si lo hacéis...

¿Qué? ¿Cómo se vengaría de ellos? ¿Les cortaría el pie? ¿Les serraría el dedo gordo?

De repente le entró un acceso de temblequera. Necesitaba orinar. Agarró la cuña y al final lo consiguió, aunque esta vez el dolor fue más fuerte que antes. Gimió mientras meaba y siguió haciéndolo hasta un buen rato después.

Por suerte, el Novril empezó a hacerle efecto —un poco, al menos— y Paul se quedó adormilado.

Con los párpados a media asta, contempló la barbacoa.

¿Cómo te sentirías si te hiciera quemar El regreso de Misery?, le susurró la voz interior, y Paul dio una pequeña sacudida. Mientras flotaba, se dijo a sí mismo que le dolería, sí, que le dolería muchísimo; el dolor que había sentido cuando *Automóviles veloces* se convirtiera en humo sería como el que le estaba provocando la infección comparado con el que había sentido cuando ella le cortó el pie de un hachazo, ejerciendo autoridad editorial sobre su cuerpo.

Se dio cuenta también de que esa no era la cuestión.

La cuestión era: ¿cómo se sentiría Annie?

Cerca de la barbacoa había una mesa. Encima de la misma, media docena de tarros y latas.

Había una de líquido para encender barbacoas de carbón.

¿Y si fuera Annie la que grita de dolor? ¿Sientes alguna curiosidad por saber cómo sonaría eso, eh? Dice el proverbio que la venganza es un plato que se come mejor frío, pero cuando se inventaron el dicho no existía el Ronson Fast-Lite.

Paul pensó: *Burn the mother down*, y se quedó dormido. En su cara macilenta había una leve sonrisa.

25

Cuando Annie llegó aquella tarde a las tres menos cuarto, con los pelos normalmente en punta pegados ahora a la cabeza con la forma del casco que había llevado durante el trayecto, estaba bastante callada pero no por la depresión, sino de cansancio y de

estar dándole vueltas a algo. Cuando Paul le preguntó si había ido todo bien, ella asintió con la cabeza.

—Creo que sí. Me ha costado poner en marcha la moto, si no habría llegado hace una hora o más. Las bujías estaban sucias. ¿Qué tal tus piernas? ¿Quieres que te pinche antes de subirte a tu habitación?

Tras casi veinte horas en aquel ambiente húmedo, Paul sentía las piernas como si se las hubiesen remachado con clavos oxidados. Quería más que nunca una inyección, pero no allí en el sótano. No surtiría efecto.

—Creo que estoy bien —dijo.

Annie se volvió de espaldas y se puso en cuclillas.

—Vale, agárrate. Pero acuérdate de lo que dije sobre intentar estrangularme y eso. Estoy muy cansada y creo que no reaccionaría muy bien a una broma pesada.

—Me temo que yo ya no estoy para bromas.

—Mejor.

Con un gruñido, se lo cargó a la espalda. Él tuvo que reprimir un grito de dolor. Fueron hacia la escalera, ella con la cabeza ligeramente ladeada, y Paul se dio cuenta de que estaba (o podía estar) mirando la mesa con las latas y demás. Fue una mirada breve, aparentemente fortuita, pero a Paul le pareció que se eternizaba; no le cupo duda de que ella iba a notar que faltaba la lata de líquido para encender barbacoas. Paul se la había remetido por detrás del calzoncillo. Al cabo de varios meses de sus primeras escaramuzas, se había armado finalmente de valor para robar otra cosa, y si a ella le daba por deslizar las manos hacia arriba por las piernas de él, podía ser que tocara algo más que un huesudo trasero de escritor.

La expresión de Annie no varió al apartar la mirada de la mesa, y Paul se sintió tan aliviado que la incómoda ascensión a lomos de aquel hipopótamo se le hizo casi soportable. Ella, cuando le convenía, sabía poner cara de póquer, pero le pareció —*ojalá* no fuera una ilusión— que había conseguido engañarla.

Que esta vez sí la había engañado.

26

—Creo que tendrás que ponerme esa inyección, Annie —dijo una vez que ella lo hubo dejado en la cama.

Ella miró brevemente su cara lívida y perlada de sudor, asintió y salió de la habitación.

No bien se hubo ido, él se sacó la lata que se había guardado en el calzoncillo y la metió debajo del colchón. No había vuelto a esconder nada desde el cuchillo y no pensaba dejar la lata allí mucho tiempo, solo hasta la noche, cuando buscaría otro sitio más seguro.

Annie volvió y le puso la inyección. Después dejó en el alféizar una libreta y varios lápices de punta recién sacada y arrimó la silla de ruedas a la cama.

—Bueno —dijo—. Voy a ver si duermo un poco. Si viene un coche, seguro que lo oiré. En caso de que nadie nos moleste, puede que duerma hasta mañana por la mañana. Si quieres levantarte y escribir a mano, aquí tienes la silla. El manuscrito te lo he dejado ahí, en el suelo. Pero casi mejor que no te muevas hasta que las piernas se te hayan calentado un poco.

—Ahora no podría moverme, pero imagino que de aquí a la noche me veré con ánimos de trabajar un rato. Entiendo eso que dijiste de que ya va quedando poco tiempo.

—Me alegro, Paul. ¿Cuánto calculas que necesitas para terminar el libro?

—En circunstancias normales, yo diría que un mes. Tal como he venido trabajando últimamente, calcula unas dos semanas. Si pongo la directa, quizá cinco días. Una semana, a lo sumo. No sé si quedará muy bien, pero estará listo.

Annie soltó un suspiro y luego se miró las manos con aturdida concentración.

—Sé que va a ser menos de dos semanas.

—Me gustaría que me prometieras una cosa.

Ella lo miró sin ira ni suspicacia, tan solo leve curiosidad.

—¿Qué?

—Que no vas a leer nada más hasta que termine... o hasta que tenga... bueno...

—¿Que parar?

—Sí. O hasta que tenga que parar. Así verás la conclusión sin tantas interrupciones. El efecto será mucho más contundente.

—Será un buen final, ¿verdad?

—Lo será. —Paul sonrió—. Va a ser un cañonazo.

27

Hacia las ocho, aquella noche, Paul se trasladó con cuidado hasta la silla de ruedas. Aguzó el oído y no le pareció oír nada en el piso de arriba. El silencio había sido absoluto desde el crujir de muelles de somier al tumbarse ella en su cama a las cuatro de la tarde. Debía de ser cierto que estaba *muy* cansada.

Paul cogió la lata de líquido inflamable y se situó junto a la ventana en el lugar donde estaba instalado su pequeño campamento de escritor: allí tenía la máquina de escribir con los tres dientes de menos en su antipática sonrisa; la papelera, los lápices, las libretas, el papel para escribir a máquina y una pila de hojas ya escritas y revisadas, parte de las cuales serviría; el resto iría a parar a la papelera.

O habría ido, antes.

Y allí estaba, invisible, la puerta que daba a otro mundo. Y estaba también, se dijo, su propio espectro en una serie de transparencias, como fotos fijas que, pasadas rápidamente, daban una ilusión de movimiento.

Con la facilidad que proporciona la práctica, desplazó la silla entre las pilas de papel y las libretas amontonadas, aguzó de nuevo el oído y luego bajó la mano y sacó un trozo de tabla de veintitrés centímetros. Un mes atrás había descubierto que esa sección estaba suelta, y por la fina película de polvo que la cubría (Cualquier día pegarás cabellos encima tú también para asegurarte, había pensado entonces), vio que Annie no había reparado en aquel trozo suelto de tabla. Detrás había un espacio vacío de otra cosa que no fuera polvo y cagarrutas de mosca esparcidas.

Alojó la lata de fluido en el hueco y volvió a colocar la tabla en su sitio. Tuvo un momento de nerviosismo, pensando que quizá no encajaría a la perfección como antes (¡y vaya si no tenía Annie una vista de *lince*!), pero afortunadamente comprobó que sí.

Después de mirar cómo había quedado, Paul abrió la libreta, cogió uno de los lápices y buscó el agujero en el papel.

Las cuatro horas siguientes estuvo escribiendo sin parar —hasta que los tres lápices a los que ella había sacado punta quedaron inservibles—; después rodó en la silla al borde de la cama, se acostó y el sueño le venció enseguida.

28

CAPÍTULO 37

Geoffrey empezaba a sentir los brazos como si los tuviera al rojo vivo. Llevaba quince minutos esperando de pie en las sombras frente a la choza que pertenecía a M'Chibí «el Bello», y, sosteniendo como estaba el baúl de la baronesa sobre la cabeza, parecía una versión en flaco del forzado de circo.

Justo cuando ya creía que nada de lo que Hezekiah pudiera decir convencería a M'Chibí de abandonar su choza, oyó algo que se movía. Geoffrey notó que los músculos de sus brazos estaban a punto de ceder. El jefe M'Chibí «el Bello» era el guardián del fuego y dentro de su cabaña había un centenar largo de antorchas, cada una de ellas impregnada de una espesa resina gomosa. Era una resina que daban los árboles enanos de la zona; los bourkas la llamaban fuego-aceite, o fuego-sangre-aceite. Como otras lenguas básicas, la de los bourkas podía resultar bastante imprecisa en ocasiones. Fuera cual fuese el nombre de la resina, sin embargo, había allí dentro antorchas suficientes para prender fuego a toda la aldea, y Geoffrey pensó que ardería como un muñeco con la efigie de Guy Fawkes... esto es, suponiendo que pudieran quitar de en medio a M'Chibí.

No tener miedo, amo Geoffrey, le había dicho Hezekiah. M'Chibí sale primero, porque es el hombre fuego. Hezekiah sale segundo. Amo no espera a ver cómo brilla mi diente de oro. ¡Aplastar la cabeza de ese mal bicho cuanto antes!

Pero cuando llegó el momento de la verdad, Geoffrey tuvo un instante de vacilación a pesar de que sus brazos ya no aguantaban más. ¿Y sí, por una vez, el ord

29

Paró a media palabra al oír un motor que se acercaba. Le sorprendió estar tan sereno; en aquel momento no sentía otra cosa que un leve fastidio por el hecho de haber sido interrumpido cuando todo empezaba a fluir a las mil maravillas. Oyó las botas de Annie acelerando en el pasillo.

—Aparta de ahí. Que no te vean. —Su semblante estaba tenso y serio. Llevaba al hombro la bolsa caqui, con la cremallera abierta—. Aparta d...

Entonces vio que él ya había retirado la silla de la ventana. Miró para comprobar que no hubiera quedado en el alféizar ninguna de sus cosas y luego asintió.

—Son de la estatal —dijo. Parecía dueña de sí misma a pesar de la tensión del momento. Llevaba la bolsa al alcance de su mano derecha—. Vas a ser bueno, ¿verdad, Paul?

—Sí —dijo él.

Ella lo miró detenidamente.

—Me fío de ti —dijo, dio media vuelta y cerró la puerta, pero sin molestarse en echar la llave.

El coche giró hacia el camino de acceso con aquel limpio y pausado ronroneo del enorme motor Plymouth 442 que era casi su marca de fábrica. Paul oyó cerrarse la puerta mosquitera de la cocina y arrimó la silla a la ventana de manera que quedase en una zona de sombra pero pudiera ver el exterior. El coche patrulla se acercó a donde Annie esperaba de pie y el motor dejó de sonar. El agente que iba al volante se apeó del coche, caminó unos pasos y se detuvo casi en el sitio exacto donde lo había hecho el policía joven cuando dijo sus últimas tres palabras... pero hasta ahí llegaban las semejanzas. El primero era flaco, casi un niño, un agente bisoño a quien habían encargado una misión jodida, seguir la pista abandonada de un novelista descerebrado que después de sufrir un percance, una de dos, o se había adentrado en el bosque para acabar muriendo allí, o había conseguido salir del coche siniestrado y largarse tranquilamente haciendo dedo.

El agente que acababa de apearse del coche patrulla tendría unos cuarenta años y unos hombros tan anchos, aparentemente, como una viga. Su cara era un cuadrado de granito con algunas finas arrugas incrustadas en los ojos y las comisuras de la boca. Annie era corpulenta, pero al lado de aquel tipo parecía casi menuda.

Había también otra diferencia. El policía al que Annie había matado iba solo. Del asiento del acompañante estaba saliendo ahora un hombre vestido de paisano, pelo rubio lacio, bajo de estatura y hombros caídos. David y Goliat, pensó Paul.

El de paisano no se limitó a rodear el coche, sino que casi se le insinuó, a juzgar por sus andares. Parecía viejo y cansado, solo que sus ojos, de un azul lavado, estaban totalmente alerta, mirándolo todo a la vez. Paul pensó que sería un tipo ágil.

Se situaron uno a cada lado de Annie. Ella les estaba diciendo algo, primero alzando un poco la cabeza para hablarle a Goliat, luego volviéndola un poco y bajándola para responder a David. Paul se preguntó qué podía pasar si rompía otra vez la ventana y volvía a pedir auxilio. Calculó que había ocho probabilidades contra diez de que se la cargaran. Annie era muy rápida, desde luego, pero el policía grande daba la impresión de serlo aún más a pesar de su tamaño, y encima lo bastante fuerte para arrancar con las manos un árbol de tamaño mediano. Los andares afectados del de paisano podían ser un truco para despistar, lo mismo que su cara de sueño. Pensó que podrían con Annie... salvo que lo que les sorprendería a ellos no la sorprendería a ella, lo cual, a fin de cuentas, le daba a Annie una oportunidad extra.

El de paisano llevaba la chaqueta abrochada pese a que hacía mucho calor. Si ella disparaba primero contra Goliat, era muy probable que pudiera meterle una bala a David entre ceja y ceja antes de que este pudiese desabrocharse la pajolera chaqueta y sacar su pistola. La chaqueta abrochada era una demostración de que Annie no se había equivocado: por ahora, se trataba de una comprobación de rutina.

Por ahora.

«Yo no lo he matado, ¿sabes? Lo has matado *tú*. Si hubieras tenido la boca cerrada, yo lo habría despedido sin más. Ahora estaría vivo...»

¿Se lo creía Paul? No, por supuesto que no. Pero aun así experimentó un potente y doloroso momento de culpa, como una puñalada a fondo. ¿Iba a tener la boca cerrada solo porque había dos probabilidades entre diez de que ella se cargara también a aquel par si la abría?

La culpa lo apuñaló otra vez y desapareció. La respuesta a esa pregunta también era no. Habría sido bonito atribuirse tan desinteresados motivos, pero la verdad era otra. No podía ser más simple: Paul quería cargarse a Annie Wilkes personalmente. Ellos solo te meterían en la cárcel, hija de puta, pensó. Yo sé cómo hacerte daño.

30

Naturalmente, siempre había la posibilidad de que se olieran una trampa. A fin de cuentas, lo suyo era atrapar malhechores, y seguro que conocían los antecedentes de Annie. Si la cosa terminaba así, qué se le iba a hacer... pero Paul creía factible que Annie se escabullera una vez más, la última, del brazo de la ley.

Suponía que estaba al corriente de todo lo que necesitaba saber. Annie había tenido puesta la radio desde que se había levantado de su largo sueño, y la noticia del día era la desaparición del agente de la policía estatal, que resultó llamarse Duane Kushner. Se comentaba el hecho de que hubiera estado buscando algún rastro de Paul Sheldon, un escritor de primera fila, pero su desaparición no había sido relacionada, ni como simple conjetura, con la de Paul. De momento, al menos.

El deshielo había zarandeado y arrastrado el Camaro ocho kilómetros vaguada abajo. Podría haber seguido en el bosque un mes —o un año— más sin que nadie lo descubriera de no ser por una simplísima coincidencia. Una pareja de motoristas de la Guardia Nacional que estaba haciendo un recorrido antidroga (es decir, buscando plantaciones de hierba en aquellos montes perdidos) había visto reflejarse el sol en lo que quedaba del parabrisas del Camaro y había parado cerca de allí para ir a echar una ojeada. La gravedad del propio accidente había quedado disimulada por la violenta paliza recibida por el coche en su tránsito hasta su lugar de reposo final. Si en el Camaro había rastros de sangre susceptibles de ser analizados por un forense (si, de hecho, *había habido* o no análisis forense), la radio no lo dijo. Paul sabía que incluso una búsqueda exhaustiva no revelaría más que unas pocas muestras de sangre: su coche había pasado buena parte de la primavera en el túnel de lavado del deshielo.

Por otra parte, y estando en Colorado, lo que más preocupaba era la desaparición del agente Duane Kushner, como dedujo Paul que demostraba la presencia de los dos visitantes. Hasta el momento todas las conjeturas se centraban en tres sustancias: aguardiente ilegal, marihuana y cocaína. Parecía posible que el agente Kushner se hubiera topado con la fuente de una de dichas sustancias ilegales por accidente durante su búsqueda de indicios del escritor. Y conforme las esperanzas de encontrar a Kushner con vida se desvanecían, empezaron a surgir protestas sobre por qué el agente iba solo; y aunque Paul dudaba de que el estado de Colorado tuviese dinero suficiente para dotar a sus coches policiales de un tándem de dos agentes por vehículo, era evidente que ahora estaban peinando la zona por parejas. Nada de correr riesgos.

Goliat hizo un gesto en dirección a la casa. Annie se encogió de hombros y negó con la cabeza. David dijo algo. Un momento después ella asintió y los condujo hasta la puerta de la cocina. Paul oyó chirriar las bisagras. Estaban dentro. El sonido de tantos pasos fue aterrador, casi una profanación.

—¿Qué hora era cuando vino? —preguntó Goliat; *tenía* que ser él. Voz estentórea, acento del Medio Oeste, timbre áspero de fumador.

—Serían las cuatro —dijo Annie—. Más o menos.

Ella acababa de cortar el césped y no llevaba puesto el reloj. Hacía un calor del demonio, eso sí lo recordaba bien.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí, señora Wilkes? —preguntó David.

—*Señorita*, si no le importa.

—Disculpe.

Annie explicó que no podía calcular con exactitud cuánto tiempo había estado allí el agente, pero que fue poco rato. Unos cinco minutos.

—¿Le enseñó él una foto?

—Sí —dijo Annie—, ese era el motivo de su visita.

Paul se maravilló de lo tranquila que parecía, afable incluso.

—¿Y usted había visto al hombre de la foto?

Annie dijo que sí, por supuesto, que era Paul Sheldon. Eso lo vio enseguida.

—Tengo todos sus libros —dijo—. Me gustan mucho. El agente Kushner dijo que si era así, yo debía de saber de qué estaba hablando. Parecía muy desanimado. Y muy acalorado también.

—Sí, la verdad es que ese día hacía muchísimo calor —dijo Goliat. Paul se alarmó al notar que su voz sonaba ahora mucho más cercana. ¿Estaban en la salita? Sí, casi seguro. Grandote o no, el tipo se movía como un maldito lince. Cuando Annie respondió, también su voz sonó muy cerca. Los polis habían entrado ahora en la salita, y ella detrás. Annie no les había pedido que entraran allí, pero ellos habían tomado la iniciativa. Mirándolo todo.

Aunque su escritor mascota estaba a solo diez metros de distancia, Annie mantuvo el tono de voz sereno. Le había preguntado a Kushner si quería pasar a tomar un café con hielo y él dijo que no podía, de modo que ella le preguntó si quería llevarse un refresco para el camino, una P...

—Cuidado, no lo vaya a romper —se interrumpió, ahora con voz más seca—. Me gustan estas cosas, y algunas son bastante frágiles.

—Perdone. —Ese debía de ser David. Tenía una voz grave y susurrante, a la vez tímida y un poco sobresaltada. Ese tono de voz, en un poli, habría sido gracioso en otras circunstancias, pero las presentes no eran otras y a Paul no le hizo gracia ninguna. Estaba rígido cuando oyó el ruidito de algo depositado cuidadosamente en su sitio (tal vez el pingüino sobre su bloque de hielo); tenía las manos tensas sobre los brazos de la silla de ruedas. Se imaginó a Annie tanteando el bolso que llevaba al hombro, y esperó a que uno de los polis —Goliat, seguramente— le preguntara qué diablos llevaba dentro.

Ahí empezaría los tiros.

—¿Qué estaba usted diciendo? —preguntó David.

—Que le dije al agente si quería que le sacara una Pepsi de la nevera, ya que hacía un calor asfixiante. Siempre las guardo al lado del congelador, para que estén bien frías pero sin llegar a congelarse. Él dijo que me lo agradecía. Era un chico muy educado. ¿Y cómo es que dejan patrullar solo a alguien tan joven?

—¿Se tomó aquí el refresco? —dijo David, obviando la pregunta de Annie. Su voz sonó más cerca aún. Había cruzado el salón y Paul no tuvo que cerrar los ojos para imaginárselo allí de pie, mirando hacia el pasillo donde estaba el pequeño cuarto

de baño y al fondo la puerta, cerrada, del cuarto de huéspedes. Paul se sentó muy erguido, tenso, el pulso acelerándose ahora en su descarnada garganta.

—No —respondió Annie, serena en todo momento—. Se llevó la botella. Dijo que tenía que seguir patrullando.

—¿Qué hay ahí, al final? —preguntó Goliat. Hubo un doble ruido sordo de pisadas de bota, el sonido un poco hueco al pasar de la moqueta del salón a las tablas desnudas del pasillo.

—Un cuarto de baño y una habitación. A veces, cuando hace mucho calor, duermo en ella. Echen un vistazo, si quieren, pero les prometo que no até a su agente a la cama.

—Descuide, estoy seguro de que no lo hizo. —Fue David el que habló y, sorprendentemente, los pasos y las voces empezaron a alejarse de nuevo hacia la cocina—. ¿Le pareció nervioso por algún motivo mientras estuvo aquí?

—No, para nada —dijo Annie—. Acalorado y desanimado, eso sí.

Paul empezaba a respirar otra vez.

—¿Diría que preocupado por algo, quizá?

—No.

—¿Dijo adónde se dirigía?

Aunque a los polis seguramente se les escapó ese detalle, Paul, acostumbrado a aguzar el oído, notó que ella dudaba apenas un instante; podía tratarse de una trampa, un cepo que se dispararía enseguida o quizá con un poco de retardo.

—No —dijo Annie, pero como se marchó en dirección oeste, ella supuso que habría ido hacia la carretera de Springer y las tres o cuatro granjas de la zona.

—Gracias por su cooperación, señora —dijo David—. Tal vez tengamos que volver más tarde.

—No pasa nada —dijo Annie—. Cuando gusten. Últimamente no viene apenas nadie por aquí.

—¿Le importa que echemos un vistazo al establo? —preguntó Goliat de golpe y porrazo.

—En absoluto. Pero acuérdense de decir hola antes de entrar.

—¿Hola, a quién, señora? —preguntó David.

—Pues a Misery —dijo Annie—. Mi cerda.

31

Se quedó parada en el umbral mirándolo fijamente, tan fijamente que él empezó a notar calor en la cara y dedujo que estaba ruborizándose. Los policías se habían ido hacía un cuarto de hora.

—¿Ves algo verde? —preguntó él al cabo.

—¿Por qué no has gritado? —Los dos agentes se habían llevado la mano al sombrero a modo de saludo antes de montar en el coche patrulla, pero ninguno de los dos había sonreído, y hubo algo en su mirada que Paul llegó a detectar incluso desde la angosta perspectiva que le proporcionaba la esquina de su ventana. Sabían perfectamente quién era ella—. He estado esperando que gritaras. Se habrían lanzado sobre mí como un alud.

—Quizá sí o quizá no.

—Contesta, ¿por qué?

—Annie, si te pasas la vida pensando que lo peor que puedes imaginar es lo que pasará, alguna vez tendrás que equivocarte.

—*¡No te pases de listo conmigo!*

Paul se dio cuenta de que, bajo la apariencia de impasibilidad, ella estaba tremendamente perpleja. Su silencio no encajaba con su visión del mundo como un combate de lucha libre: Annie la Sincera contra la famosa pareja de feísimos luchadores conocida como los Pajoleros Mocosos.

—¿Listo, yo? Te dije que mantendría la boca cerrada y es lo que he hecho. Quiero terminar el libro más o menos en paz. Y quiero terminarlo para ti.

Annie lo miró sin saber a qué atenerse, queriendo creerle, con miedo a creerle... y al final creyéndole de todos modos. Y hacía bien en tener fe, porque él le estaba diciendo la verdad.

—Ponte a trabajar, pues —dijo ella, más calmada—. Enseguida. Ya has visto cómo me han mirado.

32

La vida en los dos días que siguieron volvió a ser la que había sido antes de Duane Kushner; era casi imposible creer que el tal Kushner hubiese existido siquiera. Paul escribía casi constantemente. Por el momento había renunciado a la máquina. Annie la dejó sin hacer comentarios sobre la repisa de la chimenea, bajo la foto del Arc de Triomphe. En aquellos dos días Paul llenó tres cuadernos. Le quedaba solo uno. Cuando lo hubiera terminado, continuaría en las otras libretas. Ella sacaba punta a su media docena de lápices Berol Black Warrior, él los dejaba chatos, Annie les sacaba punta otra vez. Iban encogiéndose de tamaño mientras él seguía allí sentado al sol, junto a la ventana, inclinado al frente, a veces rascando el aire con el dedo gordo del pie derecho donde antes estaba la planta de su pie izquierdo, mirando a través del agujero en el papel. Había vuelto a ensancharse del todo, y la novela corría hacia su clímax como lo hacían siempre las mejores, deslizándose sobre un trineo cohete. Paul lo veía todo con absoluta nitidez: tres grupos que iban a por Misery en los almenados pasadizos de detrás de la frente del ídolo, dos grupos decididos a matarla y el tercero

—compuesto por Ian, Geoffrey y Hezekiah—, con la intención de salvarla... mientras que allá abajo la aldea bourka ardía y los supervivientes del incendio se apiñaban en el único punto de salida —la oreja izquierda del ídolo— dispuestos a matar a todo el que saliese de allí con vida.

Ese hipnótico estado de concentración se vio bruscamente alterado pero no hecho pedazos cuando, tres días después de la visita de David y Goliat, una ranchera Ford de color crema con las palabras «KTKA/Grand Junction» impresas en el costado apareció en el camino de acceso. La trasera del vehículo iba llena de material de filmación.

—¡Mierda! —dijo Paul, entre divertido, sorprendido y horrorizado—. Pero ¿qué es este *coñazo*?

Apenas acababa el coche de detenerse cuando se abrió una de las puertas de atrás y saltó un tipo vestido con pantalones de camuflaje y camiseta de los Grateful Dead. Empuñaba en una mano algo grande y negro y Paul creyó por un momento que se trataba de una pistola de gases lacrimógenos. Pero luego, cuando se la llevó al hombro e hizo un barrido de la casa, Paul vio que era una minicámara. Del asiento del acompañante bajó una chica muy guapa, que se atusó el pelo secado con secador y comprobó por última vez su maquillaje en el retrovisor lateral.

El ojo público, el ojo del mundo exterior que había dejado en paz a la Dragona durante los últimos años, volvía ahora con rabia.

Paul reculó al instante, confiando en que no lo hubieran visto.

Bueno, si quieres saberlo seguro, pon las noticias de las seis, pensó, y tuvo que taparse la boca con ambas manos para sofocar una risa tonta.

La mosquitera se abrió y se cerró ruidosamente.

—¡Fuera de aquí! —gritó Annie—. ¡Largaos de mi propiedad!

De fondo:

—Señorita Wilkes, si pudiéramos tener unas p...

—¡Lo que vais a tener es una ración doble de perdigones de los gordos en vuestros pajoleros *ojetes* como no salgáis de aquí cagando leches!

—Señorita Wilkes, soy Glenna Roberts de la KTKA...

—*¡Por mí como si eres la Virgen María que penaba y sufría recién llegada del planeta Marte! ¡Fuera de mi propiedad o me lío a tiros!*

—Pero...

¡PUM!

Annie, Dios santo. No me digas que Annie ha matado a esa locutora imbécil...

Atisbó por la ventana. No había vuelta de hoja; tenía que hacerlo. Lo primero que sintió fue alivio. Annie había disparado al aire. Y la cosa parecía haber surtido efecto. Glenna Roberts se había lanzado de cabeza a la unidad móvil de la KTKA. El cámara giró su objetivo hacia Annie; Annie giró el cañón de su escopeta hacia el cámara; el cámara, diciéndose a sí mismo que prefería ver otra actuación de los Grateful Dead a inmortalizar en vídeo a la Dragona, se metió inmediatamente en el asiento de atrás.

No había cerrado del todo la puerta cuando la ranchera había arrancado ya y reculaba para salir a la carretera.

Annie, el rifle colgando de una mano, los vio alejarse y luego regresó despacio a la casa. Paul oyó el ruido seco cuando ella dejó el arma sobre la mesa. Annie entró en el cuarto de Paul. Nunca la había visto tan mal: demacrada y pálida, los ojos de acá para allá sin parar.

—Han vuelto —dijo en un susurro.

—Tranquila, Annie.

—Sabía que todos esos mocosos iban a volver. Pues ya están aquí.

—Acaban de irse, Annie. Los has echado.

—Esos *nunca* se van. Alguien les ha dicho que ese poli estuvo en casa de la Dragona antes de su desaparición. Y por eso vienen.

—Oye...

—¿Sabes lo que buscan? —preguntó ella con brusquedad.

—Pues claro. Me las he visto con la prensa. Buscan dos cosas, siempre las mismas: que la cagues mientras te están filmando y que sea otro quien pague los martinis cuando llega la hora feliz. Pero, Annie, tienes que...

—Lo que quieren es *esto* —dijo ella, llevándose a la frente una mano en forma de garra. De pronto tiró hacia abajo, abriendo en la carne cuatro surcos rojos. Regueros de sangre resbalaron por sus cejas y mejilla abajo, a ambos lados de la nariz.

—¡Basta, Annie! ¡No!

—¡Y esto! —Se abofeteó con fuerza en la mejilla izquierda con la mano de ese lado, dejando los dedos marcados en la carne—. ¡Y *esto*! —La mejilla derecha, más fuerte aún, hasta hacer saltar gotitas de sangre por la cresta de las uñas.

—¡*PARA!* —gritó él.

—¡*Eso es lo que quieren!* —gritó ella a su vez. Se llevó las manos a la frente y apoyó las palmas en las heridas, para que no supuraran. Luego se las mostró a él apenas un momento, rojas de sangre, y salió a grandes trancos de la habitación.

Pasó mucho rato hasta que Paul fue capaz de escribir otra vez. Al principio le costó (a cada momento lo turbaba la imagen de ella arañándose la piel), y ya pensaba que era inútil intentarlo, que mejor sería dejarlo para otro día, cuando la historia lo atrapó y pudo zambullirse de nuevo en el agujero del papel.

Como le venía ocurriendo, la zambullida fue una bendición.

33

Al día siguiente llegaron más policías, esta vez pueblerinos. Iban acompañados de un individuo flaco que portaba un maletín, dentro del cual solo podía haber una máquina

de estenotipia. Annie salió a recibirlos y escuchó con gesto inexpresivo lo que tenían que decir. Luego los llevó a la cocina.

Paul se quedó quieto, un cuaderno de taquigrafía en su regazo (el día anterior había terminado su última libreta), y escuchó a Annie hacer una declaración que consistió en todo lo que les había dicho a David y a Goliat cuatro días antes. Esto era acoso flagrante y nada más, pensó Paul. Le hizo gracia, y al mismo tiempo lo horrorizó, comprobar que Annie Wilkes le daba un poquito de pena.

El policía de Sidewinder que llevaba la voz cantante empezó diciéndole a Annie que podía solicitar la presencia de un abogado. Ella dijo que no era necesario y se limitó a contar la historia por segunda vez. Paul no detectó el mínimo cambio con respecto a la versión anterior.

Estuvieron una media hora en la cocina. Hacia el final, otro de los agentes preguntó a Annie cómo se había hecho aquellos feos rasguños en la frente.

—Fue anoche —respondió ella—. Tuve una pesadilla.

—¿Y qué era lo que soñaba? —quiso saber el poli.

—Que después de tanto tiempo la gente se acordaba de mí y empezaba a presentarse en mi casa —dijo Annie.

Cuando se hubieron ido, ella fue al cuarto de Paul. Tenía el rostro fofo, la expresión distante, enferma.

—Esto empieza a parecer la estación Grand Central —dijo Paul.

Ella no sonrió.

—¿Cuánto te queda? —dijo.

Él dudó un poco. Miró la pila de folios escritos a máquina, coronada por el montón más irregular de lo escrito a mano. Luego miró a Annie y dijo:

—Dos días. Quizá tres.

—La próxima vez que vengan, traerán una orden de registro —dijo ella, y salió sin darle tiempo a contestar.

34

Aquella noche, hacia las doce menos cuarto, se presentó otra vez.

—Ya hace una hora que deberías estar en la cama, Paul —dijo.

Él levantó la vista, inmerso todavía en el profundo sueño de la trama. Geoffrey —que al final había resultado ser el verdadero héroe— acababa de llegar a presencia de la espantosa abeja reina, con la que tendría que luchar a muerte para salvar a Misery.

—No pasa nada —dijo—. Enseguida me acuesto. A veces o lo escribes o se te va la inspiración. —Sacudió la mano, que le dolía de mala manera. En la cara interior del dedo índice, en el punto donde apretaba el lápiz con más fuerza, le había salido

una cosa dura, mitad callo y mitad ampolla. Tenía analgésicos para aliviar el dolor, pero cuando los tomaba las ideas se le volvían borrosas.

—Tú crees que es bueno, ¿verdad? —preguntó ella con voz queda—. Quiero decir, bueno de verdad. No lo estás haciendo solo por mí, ¿eh?

—No, qué va —dijo él. Por un momento se sintió tentado de decir otra cosa, de decirle: *Nunca ha sido por ti, Annie, ni por ninguna de las otras personas que firman sus cartas «Tu admiradora número uno». En cuanto te pones a escribir, toda esa gente está en el otro extremo de la galaxia, por decir algo. Nunca escribí para mis exesposas, ni para mis padres. La razón de que un autor ponga casi siempre una dedicatoria, Annie, es que al final hasta él mismo se horroriza de lo egoísta que es.*

Claro que decirle algo así a ella no habría sido prudente.

Escribió hasta que el día empezaba a apuntar y luego se acostó y durmió cuatro horas seguidas. Tuvo sueños confusos y desagradables. En uno de ellos, el padre de Annie subía por un largo tramo de escaleras, llevando en brazos lo que parecía una cesta de recortes de prensa. Paul intentaba alertarlo a gritos, pero cada vez que abría la boca lo único que le salía era un párrafo de narrativa bien redactada; aunque era un párrafo diferente cada vez que intentaba gritar, el comienzo era siempre el mismo: «Un día, transcurrida una semana...». Y entonces aparecía Annie chillando, corriendo por el pasillo, los brazos extendidos para empujar a su padre y matarlo... solo que sus gritos eran más bien un extraño zumbido, y paralelamente su cuerpo iba transformándose bajo la falda y el jersey, porque Annie se estaba convirtiendo en una abeja.

35

No apareció ningún funcionario al día siguiente, pero sí otras muchas personas. Mirones designados. Uno de los coches iba repleto de adolescentes. Cuando giró hacia el camino de acceso para cambiar de dirección, Annie salió corriendo y les gritó que salieran de su propiedad o empezaba a disparar porque eran unos pajarracos.

—¡Que te follen, Dragona! —gritó a su vez uno de los adolescentes.

—¿Dónde lo enterraste? —chilló otro mientras el coche aceleraba en medio de una nube de polvo.

Un tercero arrojó una botella de cerveza. Cuando el coche ya se alejaba, Paul pudo ver la pegatina que llevaba pegada en la ventanilla de atrás: APOYAD A LOS BLUE DEVILS DE SIDEWINDER.

Una hora más tarde vio pasar a Annie enfurruñada frente a su ventana, poniéndose unos guantes de faena camino del establo. Al cabo de un rato volvió con la cadena. Se había dedicado a poner alambre de espino entre los eslabones metálicos. Cuando hubo colocado su disuasoria labor en el camino de acceso, sacó del bolsillo

de la pechera unos trocitos de tela roja y procedió a anudarlos en varios de los eslabones de la cadena para que esta fuera más visible.

—No parará a los polis —dijo cuando por fin volvió a entrar—, pero mantendrá alejados al resto de los mocosos.

—Ya.

—Oye, tienes la mano como hinchada, Paul.

—Ya.

—No quiero ser una pajolera pesada, pero...

—Mañana —dijo él.

—¿Mañana? ¿En serio? —A Annie se le iluminó el rostro.

—Creo que sí. Calculo que hacia las seis.

—¡Eso es estupendo, Paul! ¿Empiezo a leer ya, o...?

—No, prefiero que esperes.

—De acuerdo, esperaré. —Ella volvió a dirigirle aquella mirada dulce y enternecedora. Lo que más había acabado odiando Paul era cuando lo miraba así—. Te quiero mucho, Paul. Tú lo sabes, ¿verdad?

—Sí —dijo él, y se puso a escribir otra vez.

36

Aquella tarde Annie le llevó un antibiótico —la infección de orina iba mejorando, pero muy lentamente— y un cubo con hielo. Luego dejó al lado una toalla bien doblada y salió sin decir palabra.

Paul dejó el lápiz —tuvo que usar la mano izquierda para mover los dedos agarrotados de la derecha— e introdujo la mano en el hielo. La tuvo allí hasta que casi dejó de sentirla; al sacarla, le pareció que la hinchazón había disminuido un poco. Se envolvió la mano con la toalla y contempló la oscuridad de fuera hasta que empezó a notar pinchazos. Dejó la toalla a un lado, flexionó la mano repetidas veces (al principio el dolor le hizo torcer el gesto, pero luego la mano fue adquiriendo agilidad) y empezó a escribir otra vez.

Amanecía cuando por fin llevó la silla hasta la cama y se acostó. Un momento después estaba durmiendo. Soñó que se extraviaba en plena ventisca, pero no era nieve lo que caía; eran hojas de papel, a millares, papeles que le impedían orientarse, cada página escrita a máquina de arriba abajo, y en todas faltaban la ene, la te y la e, y comprendía que si seguía con vida para cuando terminara el temporal, iba a tener que rellenar a mano las letras que faltaban, descifrando palabras casi inexistentes en el papel.

Se despertó hacia las once, y poco después de que Annie le oyera moverse se presentó en su cuarto con zumo de naranja, las pastillas y un bol de caldo de pollo con fideos. Se la veía radiante de excitación.

—Hoy es un día muy especial, ¿verdad, Paul?

—Sí. —Intentó agarrar la cuchara con la mano derecha y no pudo. La tenía roja e inflamada, la piel le brillaba por la hinchazón. Hizo un intento de cerrarla y fue como si le hubieran atravesado el puño con largas varas de metal. Los últimos días, pensó Paul, habían sido como una maratoniada y agotadora sesión de autógrafos.

—¡Oh, mira cómo tienes la *mano*, pobre! —exclamó ella—. ¡Ahora mismo te traigo otra pastilla!

—No. Esto es la ofensiva final y quiero tener la cabeza despejada.

—¡Pero con la mano así no puedes escribir!

—Es verdad —concedió él—. Esta mano ya no sirve. Voy a terminar la novela tal como la empecé, con la Royal. Creo que con ocho o diez páginas quedará lista. Espero poder apañármelas a pesar de las enes, las tes y las es.

—Tendría que haberte conseguido otra máquina —dijo ella. Parecía lamentarlo de verdad; sus ojos estaban húmedos. Paul pensó que aquellos escasos momentos de emoción eran los más espeluznantes, pues en ellos veía a la mujer que Annie habría podido ser si hubiera recibido una buena educación, o si las drogas que supuraban todas sus curiosas y pequeñas glándulas no hubieran sido tan malas. O ambas cosas —. La pifié. Aunque me cueste reconocerlo, es verdad. Todo porque no quería admitir que la Dartmonger me ganara la batalla. Lo siento mucho, Paul. Pobrecita mano.

Annie se la cogió, dulce como Níobe en el charco, y le plantó un beso.

—No te preocupes —dijo Paul—. Nos apañaremos, Sonrisitas y yo. *La odio*, pero me da la impresión de que ella también me odia a *mí*, así que estamos a la par.

—Perdona, ¿de quién hablas?

—De la Royal. Le he puesto ese apodo, entre algunos otros.

—Ah... —Annie voló. Desconectó. Quedó desenchufada. Paul se dispuso a esperar su regreso tomándose el caldo. Tuvo que sujetar la cuchara con los dedos índice y medio de la mano izquierda. No fue fácil.

Finalmente Annie volvió en sí y lo miró con una sonrisa radiante, como si acabara de despertarse y hubiera visto que iba a hacer un día espléndido.

—¿Te has terminado la sopa? Si es así, tengo una cosita muy especial.

Él le mostró el bol, casi vacío a excepción de unos pocos fideos.

—¿Te fijas, Annie, lo bueno que soy? —dijo sin el menor asomo de sonrisa en sus labios.

—Eres lo más buenísimo del mundo, Paul, ¡y te mereces toda una *ristra* de estrellas doradas! Ya verás, ya... ¡espera! ¡Espera a ver esto!

Se marchó. Paul miró primero el calendario y después el Arc de Triomphe. Levantó la vista al techo y vio las emes entrelazadas bailando en la escayola. Por último, desvió la mirada hacia la máquina de escribir y la enorme pila de hojas manuscritas. Adiós a todo eso, pensó sin venir a cuento, y fue entonces cuando Annie volvió a entrar a toda prisa con una bandeja.

Había en ella cuatro platos; rodajas de limón en uno, huevo rallado en el segundo, puntas de tostada en el tercero. Un plato más grande ocupaba el centro de la bandeja, y en él había una enorme

(pringajosa)

montaña de caviar.

—No sé si te gusta esto —dijo ella con timidez—. Bueno, ni siquiera sé si me gusta *a mí*. No lo he probado en mi vida.

Paul se echó a reír. Le dolió el diafragma y le dolieron las piernas; hasta la mano le dolió. Probablemente enseguida le dolerían más cosas, porque Annie era tan paranoica que si veía a alguien reírse tenía que ser a expensas de *ella*. Pero Paul no podía parar. Rio hasta que empezó a toser y a atragantarse, las mejillas coloradas, un río de lágrimas desbordándose de los rabillos de sus ojos. Aquella mujer le había cortado el pie con un hacha y el pulgar con un cuchillo eléctrico, y allí estaba con un montón de caviar que haría atragantarse a un jabalí verrugoso. Y, cosa rara, en su rostro no apareció aquella negra expresión de *grieta*. En cambio, se echó a reír también.

38

Se suponía que el caviar era de esas cosas por las que uno sentía amor u odio, pero Paul nunca había sentido ni una cosa ni la otra. Si volaba en primera clase y una azafata le ponía delante un plato de caviar, él se lo comía y luego olvidaba que existiera aquel supuesto manjar hasta la siguiente vez que una azafata le ponía otro plato delante. Sin embargo, en esta ocasión lo devoró, incluida la guarnición, como si recién descubriera el gran principio de la comida.

Annie no hizo apenas caso del caviar. Mordisqueó un poco que había puesto sobre una punta de tostada, arrugó la cara con repugnancia y lo dejó a un lado. Paul, en cambio, siguió comiendo con el mismo entusiasmo. Quince minutos después, se había zampado medio monte Beluga. Eructó, se llevó rápidamente una mano a la boca y miró culpable a Annie, pero ella no hizo otra cosa que soltar otra alegre carcajada.

Me parece que te voy a matar, Annie, pensó él, sonriéndole con afecto. Va en serio. Puede que me vaya contigo —de hecho, es lo más seguro—, pero pienso irme con la tripa bien cargada de caviar. Peor podrían ir las cosas.

—Estaba riquísimo, pero creo que ya no me entra más —dijo.

—Si sigues comiendo, lo más probable es que vomites —dijo Annie—. Es empalagoso, el caviar. —Le sonrió—. Hay otra sorpresa. Tengo preparada una botella de champán. Para más tarde... cuando el libro esté terminado. La marca es Dom Pérignon. ¡Setenta y cinco dólares la botella! ¡*Imagínate!* Pero Chuckie Yoder, el de la licorería, me ha dicho que es el mejor.

—Chuckie Yoder tiene razón. —Paul recordó que en parte era por culpa de Dom que él había acabado en aquel infierno. Pasado un momento, dijo—: Hay otra cosa que me gustaría, Annie. Para cuando acabe.

—¿Sí? ¿Qué?

—Un día dijiste que guardabas todas mis cosas.

—Así es.

—Bien, pues en mi maleta había un cartón de tabaco. Me gustaría fumar un cigarrillo cuando termine el libro.

La sonrisa de Annie había ido desvaneciéndose.

—Ya sabes que fumar no es bueno para ti. Provoca cáncer.

—Oye, Annie, ¿y tú crees que ahora mismo el cáncer es algo que deba preocuparme?

Ella no contestó.

—Solo quiero un cigarrillo y basta. Tengo la costumbre de fumarme uno siempre que termino un libro. Es el que sabe mejor, te lo aseguro, mejor aún que el que te fumas después de una comida exquisita. O al menos era así en otro tiempo. Supongo que esta vez me dará un poco de mareo y náuseas, pero me encantaría concederme ese vínculo con el pasado. ¿Qué dices, Annie? Venga, sé buena *tú* también.

—De acuerdo... pero antes del champán. No pienso beberme una botella carísima de cerveza con burbujitas en la misma habitación que tú te has estado envenenando.

—Me parece bien. Si me traes el tabaco a eso del mediodía, lo pondré en el alféizar para ir mirándolo a ratos. Terminaré el libro, rellenaré las letras que faltan y luego fumaré hasta que parezca que voy a desmayarme. Después apagaré el cigarrillo y te avisaré.

—Muy bien —dijo ella—. Pero no acabo de estar convencida. Aunque fumar un cigarrillo no vaya a provocarte cáncer de pulmón, sigue sin convencerme la idea. ¿Y sabes por qué, Paul?

—No.

—Porque solo los chicos malos fuman —dijo ella, y empezó a recoger los platos.

—¡Shhhh! —le hizo callar Ian *entre dientes*, y Hezekiah se calmó. Geoffrey *notó que el* pulso le latía con salvaje rapidez *en la garganta*. Del exterior llegaban los suaves crujidos de cabos y aparejo, el lento restallar de las velas con las primeras brisas de los ya más frescos alisios, el grito de un ave de vez *en cuando*. En segundo plano, *en la cubierta de popa*, Geoffrey oyó a una cuadrilla de hombres cantando una canción marinera con voces atronadoras y desafinadas.

Pero todo era silencio donde ellos tres, dos blancos y un negro, aguardaban para ver si Misery viviría o... Ian soltó un gruñido ronco y Hezekiah le agarró el brazo; Geoffrey se limitó a hacer más férreo aún el dominio que ya ejercía sobre sí mismo. Después de todo lo sucedido, ¿iba a ser Dios tan cruel como para dejarla morir? En otro tiempo él habría negado de plano esa posibilidad, y más con humor que con indignación; la idea de que Dios pudiera ser cruel le habría parecido entonces totalmente absurda.

Pero sus ideas sobre Dios, como sobre tantas cosas, habían cambiado. África las había cambiado. En África había descubierto que no existía un solo Dios, sino muchos, y que algunos de ellos no solo eran crueles, sino dementes, y eso lo cambió todo. Al fin y al cabo, la crueldad era algo comprensible. Pero ante la demencia no había nada que discutir.

Si su Misery estaba realmente muerta, como él se temía ya, su idea era ir hasta la proa del barco y arrojarse al mar. Siempre había sabido, y aceptado, el hecho de que los dioses eran duros; sin embargo, no tenía el menor deseo de vivir en un mundo donde los dioses fueran dementes. Tan lúgubres reflexiones se vieron interrumpidas por una sofocada exclamación, casi supersticiosa, de Hezekiah.

—¡Bwana Ian! ¡Bwana Geoffrey! ¡Mirar! ¡Los ojos!
¡Los ojos!

Los ojos de Misery, que tenían aquel delicado y maravilloso tono azul lavanda, acababan de abrirse.

Miraron primero a Ian, después a Geoffrey, luego a Ian otra vez. En un primer momento Geoffrey no vio en ellos más que desconcierto... pero luego la mirada reconoció lo que estaba viendo, y Geoffrey sintió cómo su alma se henchía de júbilo.

—¿Dónde estoy? —preguntó Misery, bostezando y desperezándose—. Ian... Geoffrey... ¿estamos navegando? ¿Por

qué *tengo tanta* hambre?

Entre risas y lágrimas, Ian se inclinó para abrazarla, repitiendo su nombre una vez y otra.

Perpleja pero contenta, Misery lo abrazó también.

Y como sabía que ella estaba bien, Geoffrey vio que sería capaz de soportar el amor de ellos dos, ahora y siempre. Él viviría solo, podía vivir solo, en paz consigo mismo.

Quizá, después de todo, los dioses no eran dementes... o al menos no todos ellos. Tocó a Hezekiah en el hombro y le dijo:

—Creo que deberíamos dejarlos a solas, amigo.

—Quizá ser mejor, bwana Geoffrey —dijo Hezekiah, y su sonrisa dejó ver hasta el último de sus siete dientes de oro.

Geoffrey no pudo evitar mirarla una vez más, y durante apenas un momento aquellos ojos azul lavanda miraron en su dirección, reconfortándolo, colmándolo, satisfaciéndolo.

Te amo, vida mía, pensó Geoffrey. ¿Me has oído?

Tal vez fue su propio cerebro nostálgico quien le proporcionó la respuesta, aunque él quiso pensar que no; había sonado demasiado claro, era claramente la voz de ella.

Te he oído... y yo también te amo.

Geoffrey cerró la puerta y subió a la cubierta de popa. En lugar de arrojar al agua, como podría haber hecho, encendió su pipa y se fumó una cazoleta entera, sin prisa, viendo cómo el sol se ocultaba tras aquella nube lejana que iba desapareciendo en el horizonte; aquella nube que era la costa de África.

Y luego, porque no pudo aguantarse, Paul Sheldon tiró de la página introducida en la vieja Royal y escribió a mano, con un bolígrafo, la palabra más amada y odiada del vocabulario de todo escritor:

FIN

40

Su mano derecha, hinchada, había intentado negarse a rellenar las letras que faltaban, pero él la había obligado a hacer el trabajo. Si no conseguía reducir al menos en parte

su rigidez, no iba a ser capaz de llegar hasta el final.

Terminado el libro, Paul dejó el bolígrafo a un lado y contempló su obra. Se sintió como se sentía siempre en esas circunstancias: extrañamente vacío, decepcionado, consciente de que por cada pequeño éxito había tenido que pagar un precio absurdo.

Era siempre lo mismo, siempre lo mismo, como afanarse cuesta arriba a machetazos para finalmente, tras un infierno de meses, salir de la jungla y descubrir que la ansiada vista no consiste más que en una autovía, con el añadido (para que no se diga) de alguna que otra estación de servicio con bolera incluida.

Con todo, estaba bien haber terminado; sí, siempre era bueno terminar, bueno producir o dar vida a algo. De un modo poco claro comprendía y valoraba el coraje del acto en sí, crear esas pequeñas vidas que antes no existían, crear una apariencia de movimiento y una ilusión de cariño. Comprendió —ahora, por fin— que era un poco zopenco en ese cometido; pero no conocía ningún otro y aunque siempre acababa haciendo una chapuza, al menos estaba demostrado que lo hacía con amor. Tocó la montaña de folios escritos y esbozó una sonrisa.

Su mano izquierda abandonó la pila de papel y apresó el solitario Marlboro que ella le había dejado en el alféizar. Había también un cenicero de cerámica con un turístico vapor de ruedas pintado en el fondo y a su alrededor esta leyenda: SOUVENIR DE HANNIBAL (MISSOURI), QUE VIO CRECER AL GRAN NARRADOR AMERICANO.

En el cenicero había un librito de cerillas, pero solo contenía una —todo lo que ella le había permitido—. Con una cerilla, sin embargo, podía apañarse.

Oyó a Annie atareada en el piso de arriba. Mejor así. Eso le daba tiempo de sobra para hacer sus pequeños preparativos, y también margen de sobra por si decidía bajar antes de que él lo tuviera todo listo.

Ahora viene lo *bueno*, Annie. Veamos si soy capaz de hacerlo. A ver... ¿puedo?

Se dobló por la cintura, desoyendo las protestas de sus piernas, y empezó a sacar con los dedos el trozo de tabla que estaba suelto.

41

Llamó a Annie cinco minutos más tarde y pudo oír sus contundentes y más bien monótonas pisadas en la escalera. Al principio había pensado que sentiría terror cuando llegara el momento, y le alivió ver que estaba bastante sereno. La habitación apestaba a líquido inflamable, gotas del mismo caían sin tregua por el costado de la tabla atravesada sobre los brazos de la silla de ruedas.

—Paul, ¿has acabado *de verdad*? —preguntó ella desde la otra punta del pasillo.

Paul contempló los papeles amontonados encima de la tabla, junto a la odiosa máquina Royal. Los papeles estaban impregnados de líquido inflamable.

—Bueno —respondió, alzando la voz—. He hecho lo que he podido.

—¡Bien! ¡Estupendo! ¡Casi no puedo creerlo! ¡Después de tanto tiempo!
¡Enseguida vengo! ¡Voy a por el champán!

—¡Estupendo!

La oyó en la cocina, sabiendo dónde iba a sonar cada chasquido del linóleo antes de que sonara. Estoy oyendo todo esto por última vez, pensó, y eso le produjo una sensación de maravillado asombro, y el asombro rompió la calma como si fuera un huevo. El miedo estaba dentro... pero había algo más. Supuso que era la costa de África perdiéndose en el horizonte.

Oyó la puerta de la nevera, abrir y cerrar. A ella cruzando otra vez la cocina; a ella saliendo de allí.

No se había fumado el pitillo, claro está; seguía en el alféizar. Él lo único que quería era la cerilla, nada más. Aquella solitaria cerilla.

¿Y si no prende cuando intentes encenderla?

Demasiado tarde para pensar en esas cosas.

Cogió el librito de cerillas que descansaba en el cenicero. Arrancó la única que había. Annie estaba acercándose por el pasillo. Paul rascó el fósforo y, por supuesto, no pasó nada.

¡Calma! ¡Tranquilo!

Probó otra vez. Nada.

Calma... calma...

Rascó el fósforo por tercera vez en la tira rugosa marrón oscuro que el librito llevaba al dorso y una llama amarillenta brotó de la cabeza de la varilla.

42

—Espero que este...

Annie no terminó. La palabra siguiente se le quedó atascada al boquear de asombro. Paul estaba en su silla de ruedas detrás de una barricada de papeles y espurioestenotipia *made in* Royal. Había girado adrede la página de arriba para que ella pudiera leer:

EL REGRESO DE MISERY

por Paul Sheldon

La mano hinchada se cernía sobre la pila de papeles empapados en líquido inflamable, sosteniendo entre el pulgar y el índice una cerilla encendida.

Ella se quedó quieta en el umbral, la botella de champán envuelta en un paño. Cerró de golpe la boca, que aún tenía abierta.

—¿Paul? —Con cautela y extrañeza—. ¿Qué haces?

—Libro terminado —dijo él—. Y es bueno, Annie. Llevabas razón. La mejor de mis novelas sobre Misery, y puede que la mejor de cuantas haya escrito, híbrida o no. Ahora voy a hacer un pequeño truco con ella. Un truco de los buenos, que aprendí de ti.

—¡Paul, no! —gritó Annie con voz angustiada, al comprender. Adelantó ambas manos, y la botella, sin su sostén, se estrelló contra el suelo y explotó como si fuera un torpedo. Cuajarones de espuma salieron volando en todas direcciones—. ¡No! ¡No! ¡POR FAVOR, NO HAG...!

—Qué pena, no podrás leer la novela —dijo Paul, y le sonrió. Era su primera sonrisa sincera en muchos meses, radiante y auténtica—. Falsa modestia aparte, debo decir que era realmente buena. Un *gran* libro, Annie.

El fósforo empezaba a chorrear, imprimiendo su pequeño calor en las puntas de sus dedos. Paul lo dejó caer. Durante un horrible momento pensó que se había apagado, pero enseguida un fuego azul claro se abrió paso por la página del título con un sonoro ¡fuump! Avanzó cuesta abajo por los costados, probó el líquido que había formado un charco en el borde exterior de la montaña de papel y prendió, ahora amarillo.

—¡DIOS MÍO, NO! —chilló Annie—. ¡MISERY NO! ¡ELLA NO, POR FAVOR! ¡NO! ¡NO!

Su cara empezaba a resplandecer al otro lado de las llamas.

—¿Quieres pedir un deseo, Annie? —le gritó él—. ¿Quieres pedir un *deseo*, trasgo de los cojones?

—¡CIELO SANTO PAUL PERO QUÉ ESTÁS HACIEEEEENDO! —Annie se abalanzó hacia él con los brazos extendidos. La pila de papel ya no solo ardía; era una hoguera. El chasis de la Royal estaba pasando de gris a negro. Un poco de líquido se había escurrido debajo de la máquina, y unas lenguas de fuego azulado brotaron de entre las teclas. Paul notó la cara muy caliente, la piel más tirante cada vez.

»¡A MISERY NO! —gemía Annie—. ¡NO PUEDES QUEMAR A MISERY, PAJOLERO MOCOSO, NO PUEDES QUEMAR A MISERY!

Y entonces hizo lo que él estaba casi seguro que iba a hacer. Agarró la pila de papel en llamas y dio media vuelta, quizá pensando en ir al cuarto de baño y remojarla dentro de la bañera.

Al volverse ella, Paul agarró la Royal sin tener en cuenta las ampollas que el metal al rojo abrió en su ya hinchada mano derecha. La levantó sobre la cabeza. Gotas de fuego caían de la base, pero no les hizo el menor caso, como tampoco a una punzada de dolor en la espalda. Su rostro era una mueca demente de esfuerzo y concentración. Llevó los brazos hacia delante y hacia abajo, con fuerza, dejando que la máquina escapara de sus dedos. La Royal chocó de lleno con la sólida espalda de Annie.

—¡*AUU-GGH!* —Más que un grito fue un tremendo gruñido de sorpresa. Annie salió despedida y cayó al suelo de bruces, sobre la pila de papel en llamas.

Pequeñas luminarias azuladas, como espíritus santos, salpicaron la superficie de la tabla que había hecho las veces de escritorio. Boqueando, el aire como hierro al rojo en su garganta, Paul la tiró a un lado y luego se izó apoyando los brazos en la silla y se tambaleó erguido sobre su pie derecho.

Ella, mientras tanto, se retorció entre gemidos. Una lengua de fuego emergió por la brecha entre su brazo izquierdo y el costado. Lanzó un grito. Paul notó olor a piel frita, a grasa quemada.

Annie giró sobre sí misma e intentó arrodillarse. La mayor parte del papel estaba esparcida por el suelo, ardiendo todavía o siseando al contacto con los charcos de champán, pero ella aún tenía algunas hojas en la mano y ardían; también su jersey había prendido. Paul vio que tenía cuñas verdes de cristal clavadas en los antebrazos. Un fragmento más grande asomaba de su mejilla derecha como la hoja de un tomahawk.

—Te voy a matar, embustero soplapollas —dijo ella, y trastabilló hacia Paul. Dio tres «pasos» sobre sus rodillas y luego cayó sobre la máquina de escribir. Con mucho esfuerzo, logró volverse a medias. Fue entonces cuando Paul se lanzó encima de ella. Pudo sentir las puntiagudas esquinas de la máquina pese a que el cuerpo de ella estaba encima. Annie rugió como un felino, se retorció como un felino, intentó escabullirse como un felino.

A su alrededor, las llamas empezaban a apagarse, pero Paul seguía notando el salvaje calor que emanaba de aquel corpachón que se debatía debajo de él, y supo que debía de tener parte del jersey y del sujetador pegados al cuerpo. No sintió la menor compasión por ella.

Annie corcoveó. Él se agarró fuerte; ahora estaba tumbado cuan largo era encima de ella, como si quisiera violarla, las caras casi pegadas. Tanteó con la mano derecha; sabía exactamente qué era lo que buscaba.

—¡Quítate de encima!

Paul encontró un puñado de papel muy caliente, a medio chamuscar.

—¡*Quítate de encima!*

Hizo una pelota con el papel, estrujando llamas entre sus dedos. Notaba el olor de ella: a carne asada, a sudor, a odio, a locura.

—¡*QUÍTATE DE ENCIMA!* —volvió a gritar Annie, la boca abierta a más no poder, y de repente él se vio mirando al interior del húmedo foso rojizo de la diosa—. ¡*QUE TE QUITES DE ENCIMA, PAJOLERO MOC...*!

Paul metió una pelota de papel, folios blancos y negra piel de cebolla chamuscada, en la boca abierta que gritaba. Vio los ojos encendidos que de repente se abrían todavía más, ahora de sorpresa y horror y dolor renovado.

—Aquí tienes el libro, Annie —jadeó mientras su mano agarraba más papel.

Esta vez la pelota estaba completamente empapada y despedía un pestazo a vino derramado. Ella corcoveó y se retorció debajo de él. El salero de la rodilla maltrecha golpeó el suelo y Paul sintió un dolor atroz, pero no se movió de donde estaba. Sí, Annie, te voy a violar. Te voy a violar porque lo único que puedo hacer es lo peor de todo, o sea que chupa la novela. Chúpamela. Chúpala hasta que te *asfixies*, cabrona.

Con un gesto convulso y doloroso del puño, arrugó el papel y se lo metió en la boca, hundiéndola todavía más la primera pelota medio chamuscada.

—¿Qué te parece, Annie? ¿Te gusta? Es una auténtica primera edición, ¿eh?, la Edición Annie Wilkes. ¿Qué opinas? Vamos, traga, chupa. *Cómetelo*, sé buena chica y cómete el libro *entero*.

Le remitió una tercera pelota de papel, una cuarta después. La quinta estaba ardiendo aún, y un momento antes de introducirla en la boca la apagó con el pulpejo ya ampollado de la mano derecha.

Ella estaba emitiendo extraños sonidos apagados. Dio una tremenda sacudida y esta vez Paul salió despedido. Annie consiguió ponerse de rodillas, se llevó las manos como garras al cuello ahora renegrido; lo tenía espantosamente hinchado. De su jersey apenas quedaba la parte de arriba, el cuello chamuscado. La carne de su vientre era un campo de ampollas volcánicas. De la pelota de papel que sobresalía de su boca chorreaba champán.

—¡*Mumpf!* ¡*Ark!* ¡*Ark!* —graznó. Un momento después había conseguido ponerse de pie, sin dejar de agarrarse la garganta. Paul reculó por el suelo, las piernas tiesas de cualquier manera delante de él, y la observó con cautela—. ¿*Querku?* ¿*Dorg?* ¡*Mumpf!*

Annie dio un paso hacia él, y luego otro, pero volvió a tropezar con la Royal. Esta vez, en su caída, la cabeza se le fue hacia un lado y Paul vio que sus ojos lo miraban con una expresión inquisitiva y en cierto modo horrible: ¿*Qué ha pasado, Paul? Yo te traía champán, ¿no?*

La sien izquierda chocó con el borde de la repisa de la chimenea y Annie se derrumbó como un saco de ladrillos, golpeando el suelo y haciendo temblar toda la casa.

43

Annie había caído encima del grueso del papel; su cuerpo lo había apagado. Era un bulto negro y humeante en mitad del suelo. Los pequeños charcos de champán habían sofocado la mayoría de las páginas sueltas, pero dos o tres hojas habían ido volando hasta la pared de la izquierda de la puerta, todavía encendidas, y el papel pintado había prendido en varios puntos... aunque ardía sin entusiasmo.

Paul se arrastró hasta la cama apoyándose en los codos y agarró la colcha. Luego fue como pudo hasta la pared, apartando cristales rotos por el camino con el canto de las manos. Se había hecho daño en la espalda. Tenía quemaduras serias en la mano derecha. Le dolía la cabeza. Sentía vahídos en el estómago debido al olor dulzón a carne quemada. Pero era libre. La diosa estaba muerta y él era libre.

Apoyó la rodilla derecha en el suelo, alargó torpemente el brazo con la colcha (que estaba húmeda de champán y con franjas negruzcas de ceniza) y empezó a golpear las llamas. Cuando dejó caer la colcha, humeante, junto al zócalo, había en mitad de la pared un gran claro humoso, pero el papel ya no ardía. La página del calendario se había abarquillado por el calor, pero eso era todo.

Volvió a rastras hacia la silla de ruedas. Estaba a mitad de camino cuando Annie abrió los ojos.

44

Sin dar crédito, Paul vio cómo ella se ponía lentamente de rodillas. Él, por su parte, estaba apoyado en las palmas de las manos, sus piernas tías detrás; parecía una extraña versión adulta del ahijado de Popeye, Cocoliso.

No... no, tú estabas muerta.

Te equivocas, Paul. A la diosa no se la puede matar. La diosa es inmortal. Ahora tengo que enjuagar.

Aquellos ojos que lo miraban eran horribles. Entre el pelo, en el lado izquierdo de la cabeza, tenía una herida enorme, de un rosa subido, y toda la cara bañada en sangre.

—¡Pajj! —gritó Annie, la garganta empapelada, y empezó a reptar hacia él al tiempo que flexionaba las manos—. ¡Pajj aco!

Paul describió un semicírculo sobre sí mismo y empezó a ir hacia la puerta. Oyó que ella lo seguía. Y, cuando estaba entrando en la zona de cristales rotos, notó que una mano le agarraba el tobillo izquierdo y apretaba ferozmente el muñón que tenía allí. Paul lanzó un grito.

—¡RRACO! —exclamó Annie, triunfal.

Paul miró hacia atrás y vio que la cara se le estaba poniendo morada; parecía hinchada también. Entonces comprendió que Annie estaba transformándose en el ídolo de los bourkas.

Dio un tirón con todas sus fuerzas y la pierna se escurrió de la manaza de ella, dejándola sin otra cosa que el pequeño aro de cuero con que le había rematado el muñón.

Paul reanudó la marcha; estaba llorando, y el sudor dibujaba riachuelos en sus mejillas. Avanzó acodándose en el suelo como un soldado bajo el fuego de las

ametralladoras enemigas. Oyó a su espalda el golpe sordo de una rodilla primero, la otra después, de nuevo la primera. Annie lo seguía. Era tan sólida y compacta como siempre había temido. La había quemado roto la espalda asfixiado con papel y aun así aun así aun así la tenía detrás.

—¡PAJ...! —gritó Annie—. ¡PAJ... ARRACO!

Al apoyar un codo, el brazo de Paul se llevó consigo, clavado, un pedazo de cristal, pero él siguió adelante con la cosa asomando como una chincheta americana.

La mano de Annie le agarró la pantorrilla izquierda.

—¡OU! ¡GO... UUU AU... OU!

Paul se volvió de nuevo y, en efecto, la cara se le había puesto negra, un negro de ciruela podrida del que sus ojos ensangrentados sobresalían a punto de saltar. Tenía la garganta hinchada como una cámara de rueda de bicicleta, y su boca se retorció sin parar. Paul comprendió que estaba intentando sonreír.

La puerta estaba al alcance de su mano. Alargó el brazo y se agarró a la jamba como a un salvavidas.

—¡GO... UUU... AU!

La mano derecha de Annie en su muslo derecho.

Paf. Una rodilla. Paf. La otra.

Más cerca. Su sombra. Su sombra cayendo sobre él.

—No —lloriqueó Paul. Notó como ella tiraba, estiraba. Se aferró desesperado a la jamba, los ojos ahora fuertemente cerrados.

—¡GO... UUU... AU!

Encima de él. Estruendo. La diosa-trueno.

Las manos de ella correteando por su espalda como arañas, alcanzándole el cogote.

—¡GOU... UUU... PAJ... ARRACO!

A Paul le faltó el aire. Se aferró a la puerta. Se aferró a la puerta y la notó a ella encima notó como las manos se hundían en su cuello y entonces gritó *¡Muérete por qué no te mueres es que no te vas a morir nunca...!*

—¡GOU... G...!

La presión disminuyó y Paul pudo respirar brevemente otra vez. Luego, Annie se desplomó encima de él, toda una montaña de carne fofa, y no pudo respirar más.

Salir de allí debajo fue como abrirse camino por una avalancha de nieve. Lo logró con las últimas fuerzas que le quedaban.

Cruzó el umbral esperando casi que la mano de ella volviera a aferrarse en cualquier momento a su tobillo, pero no ocurrió tal cosa. Annie yacía callada, boca

abajo, en un charco de sangre y champán y fragmentos de cristal verde. ¿Estaba muerta? *Debía* de estarlo. Paul no creía que estuviese muerta.

Cerró de un portazo. El candado que ella había puesto en la puerta parecía estar en mitad de una ladera, pero Paul estiró el brazo hasta alcanzarlo, lo cerró, y luego se dejó caer hecho un guiñapo a los pies de la puerta.

Estuvo aletargado durante no se sabe cuánto tiempo. Lo que le sacó de aquel letargo fue un ruidito grave, como si alguien estuviera rascando. Las ratas, pensó. Son las r...

Los dedazos de Annie, sucios de sangre, asomaron por debajo de la puerta y tiraron mecánicamente de su camisa.

Paul lanzó un grito y se apartó, y la sacudida hizo que su pierna izquierda chillara de dolor. Se puso a aporrear los dedos, pero estos, en lugar de retirarse hacia el otro lado de la puerta, quedaron quietos tras unos cuantos espasmos.

Dios, que sea el final, por favor; que sea el fin de esta mujer.

Sufriendo indeciblemente, empezó a arrastrarse despacio hacia el cuarto de baño. A mitad de camino miró hacia atrás. Los dedos seguían asomando por la puerta. Con dolor o sin él, se veía incapaz de mirarlos, de pensar en ellos siquiera. Así pues, giró sobre sí mismo, desanduvo el camino y los empujó hacia dentro. Tuvo que hacer acopio de coraje, pues estaba convencido de que en cuanto los tocara, los dedos se agarrarían a él.

Llegó por fin al baño, todo el cuerpo dolorido. Se metió dentro y cerró la puerta.

Oh, Dios, ¿y si ha guardado los medicamentos en otra parte?

Pero no. Allí estaba todavía el botín, incluidas las cajas donde ella guardaba las muestras de Novril. Se tomó tres cápsulas con saliva, volvió a la puerta y se tumbó en el suelo, atrancándola con el peso de su cuerpo.

Se quedó dormido.

46

Cuando despertó era de noche y al principio no supo dónde estaba: ¿cómo era que su cuarto se había vuelto tan *pequeño*? Luego lo recordó todo, y una extraña certeza se apoderó de él: Annie no estaba muerta, ni siquiera ahora. Estaba de pie al otro lado de la puerta, con el hacha a punto para decapitarlo cuando él saliera a rastras. Su cabeza rodaría por el pasillo como un bolo en una bolera y Annie se echaría a reír.

Qué locura, se dijo a sí mismo, y entonces oyó —o creyó oír— un murmullo, tal vez el frufrú de una falda almidonada rozando ligeramente la pared.

Te lo acabas de inventar. Ya sabes, «¡muchísima imaginación!».

No me lo invento. Lo he oído.

No era verdad. Lo sabía. Levantó el brazo hasta el picaporte, pero luego lo dejó caer, inseguro. Sí, sabía que no había oído nada... pero ¿y si se equivocaba?

Ella podía haber salido por la ventana.

¡Que está MUERTA, Paul!

El eco, implacable en su falta de lógica: *La diosa nunca muere.*

Advirtió que se estaba mordiendo frenéticamente los labios e hizo un esfuerzo por parar. ¿Era eso lo que pasaba si te volvías loco? Sí. Estaba a un paso de la locura, ¿y quién no, con lo que había pasado? Pero si se dejaba llevar, si la policía regresaba al día siguiente o al otro y encontraba a Annie muerta en el cuarto de huéspedes y a una farfullante pelota de protoplasma en el baño de la planta baja, una farfullante pelota de protoplasma que en otro tiempo era Paul Sheldon, novelista, ¿no sería una victoria de Annie?

Claro. Y ahora, Paulie, vas a ser buen chico y a ceñirte al argumento, ¿vale?

De acuerdo.

Hizo ademán de agarrar de nuevo el picaporte... y renunció otra vez. No podía ceñirse al argumento original. Se había imaginado prendiendo el papel y a ella intentando salvarlo, y eso sí había pasado. Solo que él debería haberle aplastado los sesos con la puta máquina de escribir en vez de darle en la espalda. Luego pensaba ir hasta el salón y prender fuego a la casa. Según ese argumento, él tendría que haber huido por una de las ventanas del salón. Iba a suponer un buen batacazo, pero sabía muy bien lo meticulosa que era Annie a la hora de asegurar las puertas. Mejor un batacazo que acabar hecho rodajitas, como le parecía que había dicho san Juan Bautista.

En una novela, todo habría salido según el plan... Pero, joder, la vida era tan desordenada: ¿qué podía decirse de una existencia en la que algunas de las conversaciones más cruciales se producían cuando uno necesitaba ir a cagar o algo así?, ¿una existencia en la que ni siquiera había *capítulos*?

—Muy desordenada —graznó—. Menos mal que hay tíos como yo, que se ocupan de enjuagar a base de bien. —Soltó una risotada.

La botella de champán no formaba parte del argumento, pero eso era poca cosa comparado con la aterradora vitalidad de aquella mujer y con la incertidumbre que ahora lo aquejaba.

Y hasta que no supiera si ella había muerto o no, no podía incendiar la casa y convertirla en un faro que atrajera a alguien. No porque Annie pudiera respirar todavía; a él le importaba tres pitos tener que asarla viva.

No era *Annie* lo que le frenaba; era el manuscrito. El manuscrito de verdad. Lo que había quemado no era más que una ilusión con la página del título encima, hojas en blanco intercaladas entre otras escritas y desechadas. El manuscrito *real* de *El regreso de Misery* lo había guardado debajo de la cama. Y allí seguía.

A no ser que ella esté viva. Si lo está, quizá me la encuentre allí, leyendo.

Entonces ¿qué vas a hacer?

Espera aquí, le aconsejó una parte de su cerebro. *Espera aquí dentro, aquí estás bien y a salvo.*

Pero otra parte, más lanzada, lo instó a seguir adelante con el argumento, en lo posible al menos. Ir al salón, romper la ventana, salir de aquel espanto de casa. Arrastrarse hasta la carretera y hacer señas a un coche. En circunstancias anteriores eso podría haber supuesto una espera de días, pero ya no. La casa de Annie se había convertido en una atracción.

Haciendo acopio de todo su valor, Paul alcanzó el picaporte y lo giró despacio. La puerta se abrió lentamente a la oscuridad y, sí, allí estaba Annie, allí estaba la diosa, de pie en las tinieblas, una forma blanca con uniforme de enfermera.

Paul cerró los ojos, apretando con fuerza las pestañas, y los abrió. Tinieblas, sí. Annie, no. Salvo en los recortes de periódico, él no la había visto nunca vestida de enfermera. Solo tinieblas. Eso y

(muchísima imaginación)

nada más.

Se arrastró hasta el pasillo y miró en dirección al cuarto de huéspedes. La puerta estaba cerrada. Fue hacia la sala de estar.

Era un pozo de tinieblas. Annie podía estar allí escondida; Annie podía ser *esas* tinieblas. Y quizá tenía el hacha en la mano.

Reptó.

Allí estaba el sofá con exceso de relleno, y Annie detrás. La puerta de la cocina, abierta, y Annie *detrás*. La madera del suelo crujió a su espalda... ¡Claro! ¡Annie estaba *detrás* de él!

Se volvió, el corazón a mil, los sesos a punto de reventarle las sienes, y allí estaba Annie, en efecto, el hacha en alto, pero fue apenas un instante. Se hizo humo en las tinieblas. Paul entró en el salón y fue entonces cuando oyó el rumor de un vehículo que se acercaba. Un débil haz de faros delanteros iluminó la ventana, cobrando fuerza. Paul oyó el chasquido de neumáticos sobre tierra y comprendió que habían visto la cadena que Annie había tendido en la entrada del camino de acceso.

Una puerta se abrió y se cerró.

—¡Mierda! ¡Mira eso!

Reptó más deprisa, miró al exterior y vio que una silueta se aproximaba a la casa. El tocado de la silueta era inconfundible. Se trataba de un policía estatal.

Paul tanteó con la mano en la mesa de las chucherías, volcando algunas piezas, varias de las cuales se estrellaron contra el suelo; su mano se cerró alrededor de una, y esa por lo menos era como un libro; tenía la redondez que las novelas aportaban precisamente porque la vida lo hacía muy raras veces.

Era el pingüino sentado en su bloque de hielo.

¡Y ESTA ES MI HISTORIA!, proclamaba la leyenda escrita en el bloque, y Paul pensó: ¡Bien! ¡Gracias a Dios!

Apoyado en el brazo izquierdo, cerró con esfuerzo la mano derecha alrededor de la figurita. Reventaron ampollas, salió pus. Luego echó el brazo hacia atrás y arrojó el pingüino contra la ventana, tal como había hecho con el cenicero al lanzarlo contra la ventana del cuarto de huéspedes.

—¡Aquí! —gritó Paul Sheldon, loco de alegría—. ¡Aquí dentro! ¡Por favor, estoy aquí!

47

El desenlace tuvo aún otra redondez novelística: eran los dos agentes que se habían presentado la otra vez para interrogar a Annie sobre Kushner, David y Goliat. Solo que ahora David llevaba la cazadora desabrochada y el arma a la vista. Resultó que se llamaba Wicks; Goliat era McKnight. Traían una orden de registro. Cuando por fin forzaron la entrada en respuesta a los gritos delirantes que se oían en el salón, encontraron a un hombre que parecía una pesadilla en carne y huesos.

—En el instituto nos hicieron leer un libro —le dijo Wicks a su mujer la mañana siguiente—, no recuerdo si era *El conde de Montecristo* o *El prisionero de Zenda*. Da igual, salía un personaje que se había tirado cuarenta años encerrado, él solo. No había visto a ningún ser humano en cuatro décadas. Bueno, pues *ese* tipo tenía la misma pinta. —Wicks hizo una pausa. Quería expresar mejor los sentimientos contradictorios que había experimentado (horror, compasión, pena, repugnancia), sobre todo la sorpresa ante el mero hecho de que una piltrafa humana como aquella pudiera estar aún con vida. No encontró las palabras—. Cuando nos vio, se puso a llorar —dijo, y añadió—: Todo el rato me llamaba David, no sé por qué.

—Quizá le recordabas a algún conocido suyo —dijo su mujer.

—Quizá sí.

48

Paul tenía la piel gris y el cuerpo esquelético. Estaba hecho un ovillo junto a la mesa auxiliar, tiritando de pies a cabeza, mirando a los policías con ojos como platos.

—¿Quién...? —empezó McKnight.

—La diosa —le interrumpió aquel ser demacrado que había en el suelo. Se pasó la lengua por los labios—. Tengan mucho cuidado con ella. La habitación. Me tenía encerrado. Su escritor mascota. La habitación. Está dentro.

—¿Annie Wilkes? —Ahora Wicks—. ¿En esa de allá? —Señaló hacia el pasillo.

—Sí, sí. Cerrado con llave. Oh, bueno. Hay una ventana.

—¿Quién...? —intentó de nuevo McKnight.

—Coño, ¿es que no lo ves? —dijo Wicks—. Es el tipo al que estaba buscando Kushner. El escritor. No me acuerdo del nombre, pero es él.

—Menos mal —dijo el esqueleto viviente.

—¿Cómo? —Wicks se inclinó hacia él, frunciendo el ceño.

—Que menos mal que no se acuerda de mi nombre.

—No le sigo, amigo.

—Tranquilo. No pasa nada. Pero... tengan mucho cuidado. Yo creo que está muerta. Pero tengan cuidado. Si vive aún... peligrosa... como una víbora. —Hizo un tremendo esfuerzo para poner la maltrecha pierna izquierda en el haz de la linterna que sostenía McKnight—. Me cortó el pie. Con un hacha.

Se quedaron mirando durante segundos eternos el lugar en donde había habido un pie y luego McKnight susurró:

—Santo cielo.

—Vamos —dijo Wicks. Sacó su arma y fueron los dos muy despacio hacia la puerta cerrada del cuarto de Paul.

—*¡Mucho ojo con ella!* —gritó Paul con una voz que era un graznido—. *¡Cuidado!*

Los agentes abrieron la puerta y entraron. Paul se pegó a la pared y echó la cabeza atrás, cerrados los ojos. Tenía frío. No dejaba de tiritar. Ellos gritarían, o gritaría ella. Tal vez habría pelea. Quizá habría tiros. Intentó prepararse mentalmente para una cosa u otra. Pasaba el tiempo, y la sensación fue de que se eternizaba.

Por fin oyó pisadas de bota acercándose por el pasillo. Abrió los ojos. Era Wicks.

—*Estaba muerta* —dijo Paul—. Lo sabía; el lado de mi cerebro que controla la *realidad* lo sabía, pero me cuesta mucho c...

Wicks lo interrumpió:

—Ahí dentro hay sangre y cristales rotos y papeles chamuscados... pero en esa habitación no hay nadie.

Paul Sheldon lo miró y acto seguido empezó a gritar. No había dejado de hacerlo todavía cuando se desmayó.

CUARTA PARTE

DIOSA

—Recibirás la visita de una persona desconocida, alta y de piel morena —le dijo a Misery la gitana, y Misery comprendió sobresaltada dos cosas a la vez: que aquella mujer no era gitana, y que ya no estaban solas en la tienda. Percibió el perfume de Gwendolyn Chastain un momento antes de que las manos de la loca se cerraran en torno a su garganta—. De hecho —observó la gitana que no era gitana—, creo que ya está aquí.

Misery intentó gritar, pero ya no podía respirar siquiera.

El hijo de Misery

—Siempre es así, amo Ian —dijo Hezekiah—. La mire como la mire, ella parece que siempre lo mira a uno. No sé si es verdad, pero los bourkas dicen que si uno se pone detrás, ella, la diosa, parece que te esté mirando.

—Ya, pero a fin de cuentas no es más que un pedazo de roca —objetó Ian.

—Sí, amo Ian —concedió Hezekiah—. Eso es lo que le da tanto poder.

El regreso de Misery

1

umro uunnooo

tu addmmra dooora

umro uunnooo

Aquellos sonidos, aun en la bruma

2

Ella dijo «Ahora tengo que enjuagar», y he aquí el resultado:

3

Nueve meses después de que Wicks y McKnight lo sacaran de la casa de Annie Wilkes en una camilla improvisada, Paul Sheldon vivía a caballo del Doctors Hospital de Queens y de un nuevo apartamento en el East Side de Manhattan. Le habían roto otra vez las piernas. La izquierda estaba aún escayolada de rodilla para abajo. Andaría cojeando lo que le quedara de vida, le dijeron los médicos, pero *andaría*. Y pasado un tiempo, andar no le causaría dolor. La cojera en sí habría sido mucho más pronunciada si hubiera caminado con su propio pie en lugar de con una prótesis hecha a medida. Ironías del destino, Annie le había hecho un favor, en cierto modo.

Paul bebía demasiado y no escribía nada. Tenía pesadillas.

Una tarde de mayo, saliendo del ascensor a la novena planta, no iba pensando en Annie, sino en el voluminoso paquete que llevaba bajo el brazo y que contenía dos galeradas encuadernadas de *El regreso de Misery*. Su editorial le había dado preferencia, lo cual, considerando el eco que aquel caso había tenido en la prensa de todo el mundo, era poco de extrañar. Hastings House había encargado una primera edición de un millón de ejemplares, una cifra sin precedentes. «Y eso es solo para empezar», le había dicho su editor, Charlie Merrill, almorzando ese día juntos, y de esa comida estaba volviendo Paul con las galeradas bajo el brazo. «Este libro se va a vender más que cualquier otro en el mundo, amigo mío. Deberíamos postrarnos todos de rodillas y dar gracias a Dios por que la historia *de* la novela sea casi tan buena como la historia que hay *detrás de* la novela.»

Paul no sabía si era verdad o no, pero había dejado de importarle. Solo quería dar carpetazo a todo aquello y pensar en el *próximo* libro... pero visto que a los días

improductivos seguían semanas improductivas y luego meses improductivos, había empezado a pensar que quizá no llegaría a *haber* un próximo libro.

Charlie le suplicaba que escribiera un texto de no ficción sobre lo que le había ocurrido. Ese libro, decía, vendería aún más que *El regreso de Misery*. Más, incluso, que *Iacocca*. Y cuando Paul le preguntó, por simple curiosidad, a cuánto podían ascender los derechos de un libro así en edición de bolsillo, Charlie se apartó de la frente los largos cabellos, encendió un Camel y dijo: «Creo que podríamos establecer un precio base de diez millones de dólares y luego organizar una subasta *por todo lo alto*». Ni siquiera pestañeó al decirlo; pasado un momento o dos, Paul se dio cuenta de que o hablaba en serio o lo pensaba.

Pero era imposible que él pudiera escribir un libro así, al menos de momento, y tal vez nunca. Lo suyo era escribir novelas. *Podía*, sí, escribir esa crónica que Charlie deseaba, pero hacerlo vendría a ser como reconocer interiormente que jamás escribiría otra novela.

Y el chiste era que sería otra novela, estuvo a punto de decirle a Charlie Merrill... pero se contuvo en el último momento. El chiste *era* que a Charlie le importaba tres pitos.

La cosa empezaría como una reseña de los hechos, y luego yo empezaría a adornarlo... al principio solo un poquito... luego un poco más... y un poco más, no para quedar yo mejor (aunque seguramente sería así) ni para dejar peor a Annie (lo cual era imposible). Simplemente para crear esa redondez. No quiero hacer ficción de mí mismo. Puede que escribir sea como masturbarse, pero Dios nos libre de que sea un acto de autocanibalismo.

Su apartamento era el 9-E, el más alejado del ascensor, y esta vez el pasillo le pareció larguísimo. Empezó a recorrerlo, cojeando ceñudo, un bastón con forma de T en cada mano. Clac... clac... clac... clac. ¡Dios, cómo odiaba aquel sonido!

Las piernas le dolían horrores y solo pensaba en el Novril. A veces le daba por pensar si no habría sido mejor estar en casa de Annie y poder tomar la droga. Los médicos le habían aconsejado que se desenganchara. En el alcohol había encontrado un sustituto, y pensaba servirse un bourbon doble cuando entrara en su piso.

Después se quedaría mirando un rato la pantalla blanca de su procesador de textos. Qué divertido. Un pisapapeles de quince mil dólares.

Clac... clac... clac... clac.

Ahora tocaba sacar la llave del bolsillo sin que se le cayeran los bastones ni el grueso sobre marrón con las galeradas. Apoyó los bastones en la pared, junto a la puerta. Mientras lo hacía, las galeradas se le escurrieron de debajo del brazo y cayeron a la moqueta. El sobre se abrió.

—¡Mierda! —gruñó Paul, y luego, para hacerlo más divertido aún, los bastones aterrizaron también en el suelo.

Cerró los ojos, tambaleándose sobre sus dolientes piernas torcidas; no tenía claro si tendría una rabieta o se echaría a llorar. Confiaba en que fuese lo primero. No

quería ponerse a llorar en mitad del pasillo. Podía ser. Fue. Las piernas le dolían constantemente y necesitaba su dosis, pero no la potente aspirina que le daban en el dispensario del hospital. Él quería su droga, su Annie-dosis. Y, oh, qué cansado estaba siempre. Lo que necesitaba para sostenerse no era aquella mierda de bastones, sino sus juegos y su fantasía. Aquello sí era droga de la buena, el chute que nunca defraudaba, pero eso había quedado atrás. Por lo visto, la hora del recreo había terminado.

Esto es lo que pasa después del fin, pensó mientras abría la puerta y entraba dando tumbos. Este es el motivo de que nadie lo escriba. Porque es deprimente de cojones. Ella debería haber muerto después de que le llenara la cabezota de papel en blanco y páginas que no servían, y también yo debería haber muerto entonces. En aquel momento, más que nunca, fuimos como personajes de uno de aquellos seriales; sin grises, solo blancos y negros, buenos y malos. Yo era Geoffrey y ella, la diosa-abeja de los bourka. Esto... vale, tengo una vaga idea de qué es el desenlace, pero esto es absurdo. Olvídate del barrizal en el suelo. Primero la priva y luego la pota. Primero a portarse mal y luego...

Se detuvo a tiempo de percatarse de que el apartamento estaba excesivamente a oscuras. Y el olor... Conocía aquel olor, una mezcla letal de mugre y polvos faciales.

Annie surgió como un fantasma de detrás del sofá, vestida con uniforme y cofia de enfermera. Empuñaba el hacha en una mano y estaba gritando: *¡Hora de enjuagar, Paul! ¡Hora de enjuagar!*

Paul lanzó un alarido, intentó dar media vuelta sobre sus estropeadas piernas. Ella salvó el sofá de un salto, torpe y poderoso a la vez; parecía una rana albina. Su almidonado uniforme crepitó. El primer hachazo no hizo otra cosa que dejarlo a él sin aire; eso fue lo que Paul pensó hasta que estuvo tirado en la moqueta y pudo oler su propia sangre. Al mirar hacia abajo, vio que estaba cortado casi por la mitad.

—*¡Enjuaga!* —chilló Annie, y adiós mano derecha.

»*¡Enjuaga!* —chilló de nuevo, y adiós mano izquierda; él reptó hacia la puerta apoyándose en los chorreantes muñones de ambos brazos y, cosa increíble, allí estaban aún las galeradas que Charlie Merrill le había dado durante el almuerzo en Mr Lee's, pasándole el sobre por encima del reluciente mantel blanco mientras los altavoces del techo seguían derramando música enlatada.

¡Ahora puedes leerlo, Annie!, intentó gritar, pero apenas había dicho *Ahora pue...* cuando su cabeza salió volando y rodó hasta la pared. Lo último que vio, borroso, del mundo fue su propio cuerpo yacente y los zuecos blancos de Annie a cada lado del mismo.

La diosa, tuvo tiempo de pensar, y luego murió.

Argumento: Resumen del asunto de una obra literaria. Asunto de que se trata en una obra.

Escritor: Persona que escribe, especialmente como oficio.

Fantasía: Fingimiento o invención.

5

Paulie, ¿Puedes?

6

Sí; claro que podía. «El *argumento* era que Annie aún estaba viva, aunque el *escritor* entendiera que se trataba únicamente de una *fantasía*.»

7

Sí había ido a almorzar con Charlie Merrill. La conversación que mantuvieron fue la misma. Solo que cuando entró en su apartamento supo que era la mujer de la limpieza quien había corrido las cortinas, y aunque cayó y tuvo que sofocar un grito de espanto cuando Annie surgió como Caín de detrás del sofá, se trataba solo del gato, un siamés bizco llamado Dumpster que había recogido hacía un mes de la protectora de animales.

No hubo Annie porque Annie no era ninguna diosa, claro, sino una señora chiflada que había hecho daño a Paul por motivos personales. Annie había conseguido sacarse de la boca y la garganta la mayor parte del papel y había huido por la ventana del cuarto de Paul mientras este dormía su sueño farmacológico. Había conseguido llegar al establo y se había desplomado allí. Estaba muerta cuando Wicks y McKnight la encontraron, pero no por estrangulación. En realidad había muerto a resultas de la fractura de cráneo que se había producido al chocar con la repisa de la chimenea, y había chocado con la repisa porque había tropezado. Así pues, en cierto modo, la causante de su muerte había sido aquella máquina de escribir tan odiada por Paul.

Pero ella tenía, eso desde luego, planes para él. Esta vez ni siquiera el hacha sería suficiente.

La habían encontrado junto a la casilla de Misery, la cerda, con una mano agarrada al mango de la motosierra.

Pero todo eso pertenecía al pasado. Annie Wilkes yacía en su tumba. Sin embargo, al igual que Misery Chastain, reposaba allí inquieta. Paul, en sus sueños y en sus fantasías diurnas, la desenterraba una y otra vez. A la diosa no se la podía matar. Drogarla temporalmente con bourbon, eso tal vez, pero nada más.

Paul fue al minibar, miró la botella y luego dirigió la vista a donde habían quedado las galeradas y sus dos bastones. Fue hacia allí después de dirigir una mirada de despedida a la botella.

8

Enjuaga.

9

Media hora más tarde se hallaba sentado frente a la pantalla en blanco pensando que era un masoquista. Se había tomado la aspirina en lugar de la copa, pero eso no cambiaba lo que iba a pasar ahora; estaría allí sentado unos quince minutos, tal vez media hora, mirando el cursor relampagueando en la oscuridad; luego apagaría la máquina y se tomaría la copa.

Salvo que...

Salvo que al volver del almuerzo con Charlie había visto algo curioso, y eso le había dado una idea. Nada del otro mundo, una pequeña idea. Después de todo, no había sido más que un pequeño incidente. Un chaval que iba empujando un carrito de la compra por la calle Cuarenta y ocho, eso era todo, pero en el carrito llevaba una jaula y en la jaula había un animal peludo, bastante grande, que Paul tomó primero por un gato. Al fijarse mejor, vio que el gato tenía una franja blanca en el lomo.

—Oye —dijo Paul—, ¿eso es una mofeta?

—Sí —respondió el chaval, y apretó ligeramente el paso. En la ciudad uno no se paraba a conversar con la gente, menos aún si era un tipo de aspecto extraño con unas bolsas como maletas Samsonite bajo los ojos y cojeando sobre dos bastones metálicos. El chaval dobló la esquina y se perdió de vista.

Paul siguió su camino. Quería tomar un taxi, pero se suponía que debía caminar un par de kilómetros diarios y le dolían mucho las piernas, y para no pensar en la caminata empezó a preguntarse de dónde habría salido aquel chico, de dónde había sacado el carrito y, sobre todo, de dónde había salido la mofeta.

Oyó un ruido a su espalda y al volver la cabeza vio a Annie saliendo de la cocina vestida con vaqueros y una camisa de franela roja de leñador, armada con la motosierra.

Cerró los ojos, los abrió, vio que no había nada y de repente se sintió enojado consigo mismo. Se volvió de nuevo hacia el monitor y empezó a escribir deprisa, aporreando casi las teclas:

1

El chaval oyó un ruido en la parte de atrás del edificio y, aunque se le pasó por la cabeza que podían ser ratas, dobló igualmente la esquina; era demasiado temprano para ir a casa porque las clases no terminaban hasta una hora y media más tarde y él había hecho novillos al mediodía.

Lo que vio agazapado contra la pared en un polvoriento rayo de luz de sol no era una rata, sino un gato muy grande con la cola más peluda que él había visto jamás.

10

Paró, el corazón le latía muy rápido.

Paulie, ¿Puedes?

Era una pregunta que no se atrevía a responder. Se inclinó de nuevo sobre el teclado del ordenador y al cabo de un rato se puso a teclear otra vez... pero ahora con más suavidad.

11

No era un gato. Eddie Desmond había vivido toda su vida en Nueva York, pero había estado en el zoo del Bronx y, caray, había libros ilustrados, ¿no?

Sabía qué era aquel bicho, aunque no tenía la más remota idea de cómo había podido ir a parar a aquel bloque de pisos abandonado de la Ciento cinco Este, pero aquella larga franja blanca en el lomo lo delataba. Era una mofeta.

Eddie caminó despacio hacia el animal, sus pies rechinando en el polvo de yeso.

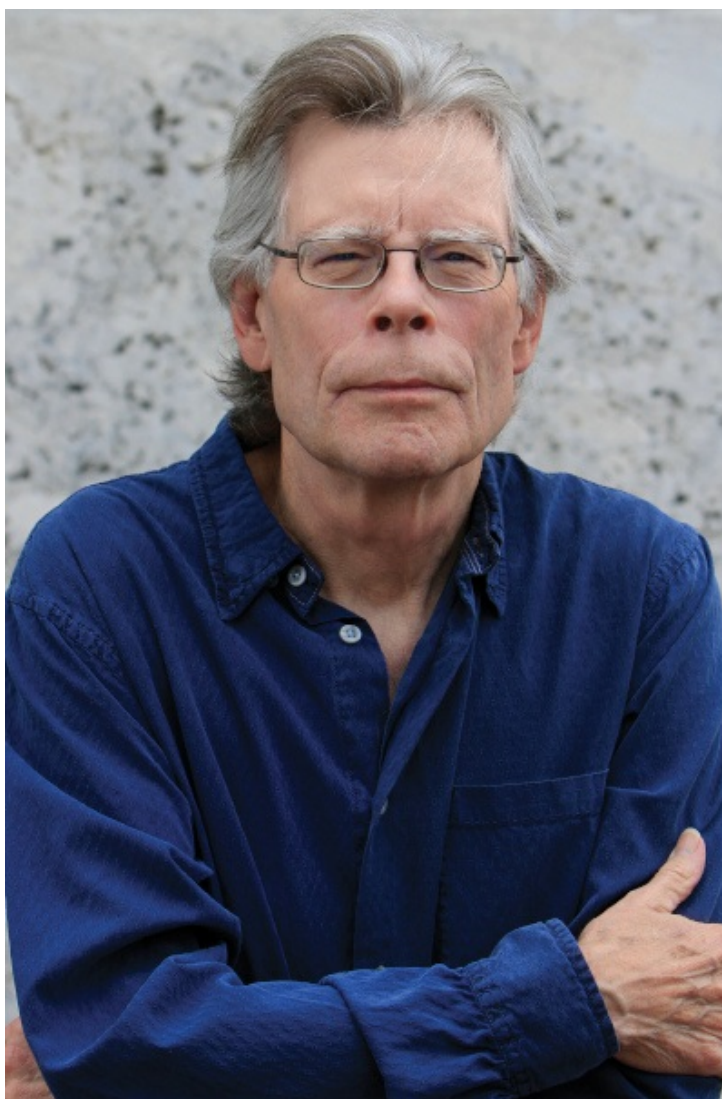
12

Podía, sí. *Podía*.

Así pues, agradecido y aterrorizado, lo *hizo*. El agujero se abrió y Paul miró lo que había allí sin advertir que sus dedos estaban cobrando velocidad, sin advertir que sus dolientes piernas estaban en la misma ciudad pero a cincuenta manzanas de distancia, sin advertir que mientras escribía estaba llorando.

Lovell (Maine): 23 de septiembre de 1984 / Bangor (Maine): 7 de octubre de 1986: *Y esta es mi historia*.





STEPHEN KING (Portland, Maine; 21 de septiembre de 1947) es un escritor estadounidense de novelas de terror, ficción sobrenatural, misterio, ciencia ficción y literatura fantástica. Es autor de más de sesenta libros y relatos, los cuales han vendido más de 350 millones de ejemplares y en su mayoría han sido adaptados al cine y a la televisión.

King ha ganado numerosos premios literarios, incluyendo el Premio Bram Stoker en trece ocasiones, el Premio British Fantasy siete veces, los Premios Locus en cinco oportunidades, el Premio Mundial de Fantasía cuatro veces, el Premio Edgar en dos ocasiones y los premios Hugo y O. Henry en una oportunidad.

Algunos de sus libros más famosos son *Carrie* (1974), *El resplandor* (1977), *It* (*Eso*, 1986), *Misery* (1987), *Apocalipsis* (1990), *Insomnio* (1994), *Mientras escribo* (2000), *22/11/63* (2011) y *El instituto* (2019), así como la saga «La torre oscura» y la trilogía «Bill Hodges».

Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista. Los últimos libros publicados por King han sido *La sangre manda* (2020), *Después* (2021) y *Billy*

Summers (2021).

NOTAS

[1] *Sandman* en el original, el «hombre de la arena» sería la contrapartida bondadosa de nuestro coco. La arena vertida sobre los ojos ayuda a los niños a conciliar el sueño. (N. del T.) <<

[2] El primero era un actor más bien enclenque; el segundo, un boxeador profesional.
(*N. del T.*) <<

[3] *Misery*, en inglés, significa «desdicha». (*N. del T.*) <<

[4] En el argot cinematográfico, nombre que se da a las escenas que dejan al espectador en suspense. Literalmente, «colgados de un precipicio». (*N. del T.*) <<

[5] En Estados Unidos se celebra en primavera. (*N. del T.*) <<

[6] 1918-2009. Famoso locutor de radio de la cadena ABC. (*N. del T.*) <<

[7] «La camilla» en inglés. (*N. del T.*) <<

[8] Título de una canción de Nat King Cole. (*N. del T.*) <<

[9] «Papi querido, tú sigues siendo el mejor / Pero a las chicas nos gusta pasarlo bien / Cuando termina la jornada laboral / Las chicas solo queremos pasarlo bien.» (*N. del T.*) <<

[10] ¡Vendrá sobre seis caballos blancos cuando venga!... ¡Vendrá sobre seis caballos blancos cuando venga! ¡Vendrá sobre seis caballos, seis caballos blancos..., vendrá sobre seis caballos blancos cuando venga! (*N. del T*) <<

[11] «Dan ganas de gritar yupiyú». (*N. del T.*) <<

[12] Steamboat Heaven significa «Paraíso del barco de vapor». (*N. del T.*) <<

[13] Aproximadamente: «Arde, nena, arde / Que arda la madre», donde «madre» equivale a decir «la mala puta» o una lindeza similar. (*N. del T.*) <<